27

OBRAS

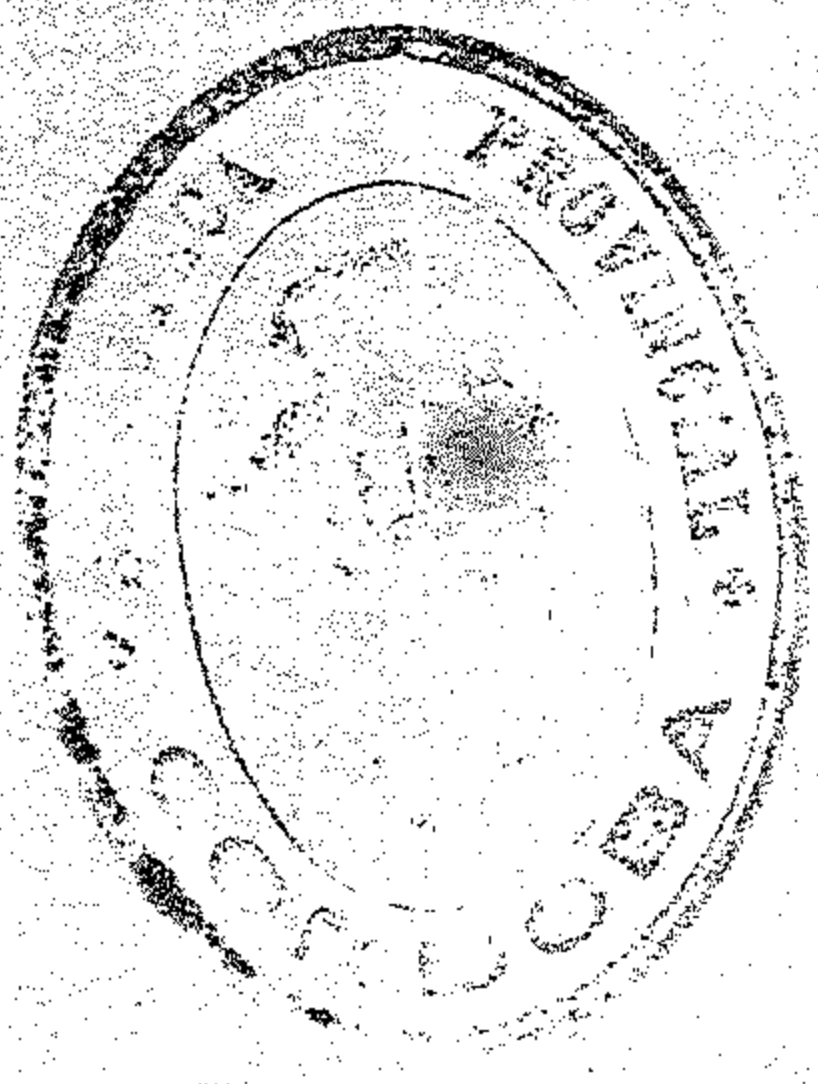
DE

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA.

DE MADRID Á NÁPOLES

TOMO II.



21.378
A
XIX
1935

DE MADRID
Á NÁPOLES

POR

D. PEDRO ANTONIO DE ALARCON

TERCERA EDICIÓN

TOMO SEGUNDO



BIBLIOTECA PROVINCIAL
CORREOS
MINISTERIO DE FOMENTO
0024
CUERPO DE LIBROS

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, 22

1886

Reg. nº 5.726

Es propiedad del Autor. — Quedan hechos los depósitos que marca la Ley.

DE MADRID Á NÁPOLES

LIBRO SEXTO

LAS LEGACIONES

I.

UN DÍA EN PADUA.—SAN ANTONIO.—LA ANTIGUA FRONTERA PONTIFICIA.

EL 17 de Noviembre de 1860, á las nueve de la mañana, recorrí por última vez el *Canal Grande de Venecia* en la góndola del viejo *Beppo*, quien hasta me hizo el honor de fingir llorar al dejarme!....—En la proa iba mi saco de noche.... Á popa iba yo con mi tristeza de peregrino....

—«¡Ah, Venecia! ¡Venecia! (díjeme al desembarcar en la Estación del Camino de hierro.) ¡Moriré muy lejos de ti, como tantos otros que también gozaron de tu hermosura, y tú seguirás recibiendo indiferente los besos de estas olas, las ardientes miradas del sol y las caricias de la inso mne luna!....—¡Adiós, adiós, inolvidable Venecia!»

Tales y otras cosas análogas iba yo todavía pensando, sin cuidarme de si andaba poco ó mucho el tren, cuando sentí que hacíamos alto de pronto, y que

una voz gritaba, como quince días antes:—«¡*Padova!* ¡*Padova!*»

Habíamos andado ocho ó diez leguas, y estábamos en la célebre *Padua*.

—Terminó mi viaje por hoy.... (exclamé, echando pie á tierra.) Permaneceré aquí todo el día; mañana iré á la poética *Ferrara*, y pasado mañana visitaré á *Bolonia*, donde tomaré el camino de *Florencia*....—Consolémonos con tan hermosas esperanzas, y no pensemos más en Venecia por ahora.

Á todo esto: el monstruo devorador de la tierra, ó bien de la distancia, seguía ya su marcha hacia *Verona*, *Milán*, *Turín*, etc., y yo montaba en un prosaico ómnibus, que muy luego me trasladó al centro de la Ciudad de San Antonio.

Padua está rodeada de muros, y tiene siete Puertas.—Yo entré por la de *Codalunga*.

Las Calles que recorrí para ir al *Hotel della Stella d'Oro*, al cual pertenecía el ómnibus, eran las principales de la Ciudad, y, sin embargo, no brillaban por su alineación, por su alegría ni por su buen empedrado. En varias de ellas vi pórticos, nada elegantes, que me recordaron los de nuestra Palencia. Entre las casas (antiquísimas y adornadas con escudos heráldicos), había muchos Palacios poco artísticos y en muy avanzada decrepitud....

Aunque *Padua* contiene nada menos que 45,000 almas, eran sorprendentes el silencio y la soledad que se advertían doquiera.... Sólo en algunas Plazas reinaba cierta animación, y esa provenía de las bandadas de soldados austriacos que hormigueaban cargados de sacos de harina ó de cajones de pólvora....—¡Ah! ¡El Austria tiene muy bien tomadas sus medidas en todo el desventurado Véneto!

Por lo demás, el sol se había nublado, y aunque *Padua* apenas se eleva 33 metros sobre el nivel del mar, el día estaba bastante frío.... Los paduanos, embozados en sendas capas, iguales á las de nuestro país, discurrían tétricamente bajo los soportales.... Y todo esto (creedme) exacerbaba en grado superlativo mi tristeza de amante separado de su amada.

Así llegué al *Hôtel*, donde sufrí un largo ataque de tedio (afección muy grave en quien viaja solo), hasta que al cabo comprendí que debía sacudir aquella murria, y, á fin de conseguirlo, echéme á la Calle.... ó Plaza donde se levantaba mi alojamiento.

Había en ella una calesa de mala muerte, sobre cuyo pescante descubrí á duras penas al cochero, el cual era un muchacho de catorce á quince años, jorobado como una &; de lo más jorobado que nunca he visto; jorobado hasta el punto de que el lazo de la corbata le caía sobre el comienzo de las piernas.—Mucho me consoló y alentó la contemplación de aquel desgraciado, que parecía la criatura más feliz del mundo.... ¡Riendo y bromeando, ofrecióme *il suo legno* (su coche), no sin añadir que tenía toda la Ciudad al dedillo, y que me llevaría al SANTO, al *Prato de la Valle*, á ver los *Frescos de Giotto*, y al *Café Pedrocchi*, «uno de los prodigios de Italia»!....

—¡Alto! (exclamé, interrumpiéndole.) ¡Llévame á ese *Café*, donde supongo que darán de almorzar!

—¡Mejor que en parte alguna, señor caballero! (respondió el fantástico auriga.) ¡Allí pienso yo celebrar mis bodas!

—¡Pues vamos!

El *Café Pedrocchi*, como casi todo lo que goza de plebeya celebridad, ha llegado á no merecerla. Hoy le aventajan en lujo, comodidad y belleza casi todos

los Cafés principales de Europa.—Sin embargo, en él se almuerza todavía perfectísimamente.

Después de almorzar, pasé allí otra media hora, fumándome un detestable cigarro austriaco y coordinando mis ideas acerca de *Padua*....

—Estoy en Padua.... (pensaba yo): en Padua, antiquísima Ciudad, cuyo origen se pierde en la noche de la Mitología, y á quien no se sabe si comenzaron ya á tiranizar los pícaros dioses del Olimpo: en Padua, oprimida después sucesivamente por los Romanos, por Atila, por los Húngaros, por los Emperadores Alemanes, por los Scala de Verona, por los Carrara, y por la República de Venecia, como actualmente por el Austria.—Estoy en la tierra de los sepulcros, en la patria de Tito Livio y de Mantegna, en la Ciudad amada de los dos ilustres amigos Dante y Giotto.... —Aquí murió y está sepultado aquel famoso portugués (San Antonio), que ha extendido el nombre de *Padua* hasta las aldeas y cortijos del territorio español. —Aquí pasó Petrarca los últimos años de su vida, como Canónigo que era de esta Catedral, y en esos montes que se elevan al Oeste se halla la aldea de *Arqua*, donde murió y está sepultado el conceptuoso poeta.—Finalmente, en ese Palacio que he visto al pasar por la *Piazza dei Signori*, figuró Víctor Hugo la tremenda acción de su drama *Angelo*...., ¡tan célebre en los grandes tiempos del romanticismo!

De vuelta en la calesa, di mis instrucciones al jorobado, y empecé á visitar obras de arte.

Primero fuí á la *Catedral*, magnífica obra del Renacimiento, dibujada, á lo que se dice, por Miguel Ángel.—Allí vi un busto del amante de Laura, en el hueco de negra losa, con una inscripción en que sólo

se dice que Francisco Petrarca fué Canónigo de aquella Santa Iglesia....

Acto continuo me hice conducir al *Palazzò della Ragione*, donde se ve «*la Sala más grande del mundo*». —Mide esta Sala 300 pies de longitud por 100 de anchura, y fué construída á fines del siglo XII. El techo, plano en un principio, se hundió hacia el siglo XIV, y hubo que sustituirlo con una bóveda. Así y todo, es un prodigio de edificación.

El *Salone* (pues tal nombre se le da por antonomasia) se extiende paralelamente á la Línea equinoccial, y en medio de él se halla trazado el *meridiano*, al que baja un rayo del sol, por pequeñísimo agujero de la bóveda, á marcar la hora del mediodía....—Pero ayer estaba nublado, y hube de contentarme con las indicaciones de mi reloj....

Además: en torno de la Sala, y á media altura de sus extensas paredes, corre una balaustrada ó galería desde donde se estudian las *cuatrocientas* pinturas que adornan los muros de tan descomunal aposento.—Representan dichas pinturas los varios destinos de la humanidad, juzgados por un criterio *histórico-astrológico*.... ¡Y bien sabe Dios que nunca he visto alegoría tan extravagante, disforme y gratuíta como aquella, aunque al mismo tiempo grandiosa en su locura, al modo de ciertas aberraciones del *Greco!*

También es de notar allí el *Monumento de Tito Livio*, acompañado de su *Sepulcro*, por más que muchos nieguen que sean los huesos del eminente historiador los que se veneran como tales....

De cualquier modo, el *Salone* de Padua, *Forum* y *Capitolio* de la Ciudad durante muchos siglos, infunde respeto.... ¡Allí ha administrado justicia más de un *Podestá;* allí se ha reunido el Concejo; allí se han celebrado Elecciones; allí han dado audiencia los Tiranos;

allí han funcionado, en fin, todos los Poderes, todas las Instituciones, todas las Corporaciones que han regido á *Padua* en sus multiplicadas vicisitudes!

Pues aún hay en *Padua* otro edificio más venerado que el que acabamos de describir.—Tal es la *Iglesia de San Antonio*, llamada comúnmente EL SANTO;—(y van dos veces que escribimos esta palabra con tan visibles caracteres, á fin de expresar el énfasis y la unción con que la pronuncian los paduanos).

La *Iglesia de San Antonio*, blanca y luminosa, sin unidad de estilo, con sus ocho cúpulas, sus capillas cuajadas de monumentos, sus esculturas en mármol ó en madera y sus antiquísimas pinturas, reune á la par los contradictorios caracteres de mezquita, de templo gótico y de catedral del Renacimiento. —Semejante heterogeneidad artística es muy propia de toda Iglesia de pura *devoción*. La cándida piedad de los niños adorna así la *Cruz de Mayo* con todo cuanto puede darle vistosidad, sin fijarse en el simbolismo de cada cosa, y haciendo ver allí reunidos (evoco recuerdos de mi casa y de mi niñez) el angosto *schall* de colores de alguna hermana, las flores del huerto, los retratos de Castaños y de María Cristina, el busto de Napoleón y saleros de porcelana antigua, llenos de incienso ó de pebete....—Me complaceré, pues, en decir que la *Capilla* donde se halla el *Sepulcro* del Abogado de las niñas enamoradas es, ya que no otra cosa, un gran almacén de riquezas.... Toda está revestida de mármol blanco y negro. Estatuas de bronce y preciosos bajo-relieves, alusivos á la vida del Santo, adornan los muros. En el centro se levanta el *Altar*, de serpentina, sobre el cual se destacan cuatro *Serafines* de mármol blanco, sostén de otros tantos candeleros de plata. Delante del Altar hay dos magistrales *Grupos de Angeles*, también

de mármol, que sirven de pie á dos enormes y magníficos *Candelabros* del mismo metal. El Candelabro de la izquierda pesa 1,607 onzas de plata; el de la derecha 1,450. Del techo del Santuario penden innumerables *Lámparas de plata y de alabastro*, constantemente encendidas. Y, en fin, por todas partes se ven ricas y piadosas ofrendas, *ex-votos* y cuadros que representan Diligencias volcadas, epidemias, terremotos, naufragios y otras desventuras que han dado ocasión *á los más recientes milagros del Santo.*

Detrás del Altar hay una gran *Lámina de bronce*, que sirve de Puerta á la *Tumba* del gloriosísimo Portugués. —Nunca he visto (y cuenta que he vivido en Andalucía y en Valencia) devoción semejante á la que inspira este *Sepulcro* á los hijos del Veneciado. Hube yo de visitarlo á las dos de la tarde de un día cualquiera, y encontré allí infinidad de damas y caballeros y de humildes gentes del pueblo, que con el mayor recogimiento oraban de rodillas.... Los campesinos, que habían ido á *Padua* al mercado ó á peores negocios, entraban, fatigados de los quehaceres del día, con sus compras debajo del brazo, á tocar medallas y rosarios en aquella plancha de bronce; á aplicar á ella sus miembros doloridos, como á una fuente de salud; á que sus hijos impusieran allí sus manos, su boca y su cabeza, á fin de hacerlos buenos de pensamiento, palabra y obra; á confiar penas y secretos al Patrono de la comarca; á pedirle ayuda ó consejo; á darle gracias por anteriores mercedes; ó meramente á visitarlo, á *cumplir con él*, á llevarle expresiones de la familia....

Concluiré diciendo que, al lado de la Iglesia, está la antigua *Scuola del Santo;* la cual merece también ser visitada, *aunque no sea más* que por los muchos y muy notables *Frescos de Ticiano* que adornan sus paredes, alusivos todos á la historia de San Antonio....

Pero los *Frescos* verdaderamente admirables de *Padua* están en otro lado y constituyen un monumento artístico.—Trasladémonos, para verlos, á las ruínas de la antigua Iglesia llamada la *Madonna dell' Arena*.

La *Madonna dell' Arena* fué edificada á fines del siglo XIII sobre los cimientos de un Anfiteatro romano,—y de aquí su nombre.—Hoy está ya cerrada al culto, desmantelada y vacilante, en el fondo de un jardín de propiedad particular. Sin embargo, nadie visitará á *Padua* sin ir á ver en las inseguras paredes de aquella nave los célebres *Frescos* de *Giotto*.

Estos *Frescos* (ya lo he dicho en Pisa) son un monumento del Arte. Su fecha no baja de 1276....—*Giotto*, pintor *ideal*, genuínamente cristiano y algo bizantino, como su Maestro el griego Cimabue, propendía, sin embargo, á resucitar la belleza pagana y á convertirla en expresión y forma de su teológico misticismo. Esta idea la había heredado de su maestro, en quien era instinto de su sangre helénica, y la legó á sus discípulos, que no dejaron de hallar en el Mediodía de Italia otros mal apagados recuerdos de la beldad gentílica. Así, pues, *Giotto* es el segundo príncipe de la dinastía del Renacimiento.

Entre los *Frescos* de la *Madonna dell' Arena*, hay unos que son del mismo *Giotto*, y otros que se atribuyen á sus discípulos. Los del Maestro se distinguen por la alta concepción del asunto, por las sencillas actitudes de los personajes y por la ideal poesía de las caras. El principal de todos y la obra más notable de *Padua* es uno que cubre toda la pared de la puerta de ingreso y que representa el *Juicio Final*.

Esta soberana pintura parecería hermana de la *Divina Comedia*, aun ignorándose que Dante y Giotto fueron íntimos amigos; que el poeta vivió mucho

tiempo en *Padua* en casa del artista, y que uno y otro se dieron en sus obras mutuos testimonios de amor y estimación (Dante, hablando de Giotto en sublimes versos, y Giotto, retratando más de una vez al infortunado Dante).—Lo que nadie ha podido decidir hasta ahora es si la *Divina Comedia* fué inspirada por el *Juicio Final*, ó si la idea de esta pintura surgió en la mente de Giotto al oir á su amigo recitar el inmortal poema de los Siglos Medios.

No haré la descripción detallada de aquella disforme pintura.—Sería tarea muy larga.—Me contentaré con decir que el Sumo Juez ocupa el centro; que de sus pies brota un río de llamas que inunda toda la parte izquierda de la composición; que en este mismo lado se hallan (según un escritor de *Padua*) «las mujeres de mal vivir y los Obispos simoníacos, todos con la bolsa en la mano»; que á la derecha se ven los Elegidos, los Santos, los Ángeles y las Vírgenes, y que ya ardo en deseos de llegar á Roma y ver el celebérrimo *Juicio final* pintado tres siglos después por Miguel Ángel, para comparar nuevamente en mi pobre imaginación á los *creyentes de lo que pintan* y á los *pintores de creencias ajenas*.

Después fuí á la *Iglesia de Santa Justina*, sólo por ver el *Martirio* de esta Santa, famosa pintura de Pablo el Veronés.

Santa Justina es un hermosísimo templo del Renacimiento, que bien podría servir hasta de Catedral en una Corte esplendorosa como París ó Londres; elogio aplicable también á otras muchas Iglesias secundarias de Italia, que no tienen nombre en Europa, pero que, si se alzaran en país donde fuesen menos comunes las obras maestras, bastarían por sí solas para dar nombre y lustre á las Capitales que las encerrasen....

Pues bien: *Santa Justina* sirve hoy de granero á los Austriacos....—Ayer, cuando la vi, contendría más de veinte mil sacos de trigo, sobre los cuales estaban tumbados, y jugaban, cantaban ó reian, groseros soldados tudescos, cuyas voces resonaban sarcásticamente en las altísimas cúpulas, adonde subía el humo...., no del incienso, como otras veces, sino de las pipas y cigarros de aquellos impíos.

Y diré aquí, de paso, que el Austria, en vista de lo que acontece en Nápoles, está acumulando hace algunos días, en las orillas del Po, tropas, víveres y municiones, y que los paduanos *creen* que de un momento á otro las águilas de Hapsburgo pasarán el río y caerán sobre los nuevos Estados de Víctor Manuel.... —Estas noticias las adquirí en el *Café Pedrocchi*, y después me las han confirmado en otros puntos....

En cuanto á la pintura de Pablo el Veronés que yo había ido á ver á *Santa Justina*, aunque todavía figura en el Altar Mayor, recibe allí tan mala luz, hállase tan ahumada por los cirios que la alumbraban en otro tiempo, y ha sido restaurada últimamente con tan poca fortuna, que apenas pude formar juicio de su verdadero mérito.

Á todo esto eran las cuatro de la tarde; yo estaba fatigado, y además había visto los más notables monumentos de *Padua*.... Di, pues, por terminada mi excursión artística, y dije al astuto jorobado que me paseara *por donde quisiese*....

El rapaz aceptó con júbilo el mando discrecional que le confiaba, y, blandiendo el látigo denodadamente, puso al galope el jamelgo de su desvencijada calesa, la cual empezó á dar saltos mortales sobre el *incoherente* empedrado, haciéndome creer á cada momento que había llegado mi última hora.

Así crucé por la *Plaza de los Frutos*, mercado de los granos; por la *Plaza de las Hierbas*; por la *Plaza de las Uvas*, y no sé por cuántas Plazas más, hasta que finalmente llegamos al *Prato della Valle*, cuya hermosura desdice del resto de la Ciudad, y donde pasé lo que quedaba de tarde, dando vueltas á pie ó en coche bajo amarillentas arboledas....

El *Prato della Valle* es la Plaza principal de *Padua*. En medio de ella hay un gran *Jardín* cubierto de césped, cruzado por varias calles de árboles y rodeado de un *Canal* elíptico, en cuyas dos márgenes se elevan hasta *setenta y cuatro Estatuas de italianos célebres*, paduanos casi todos. — La forma de aquel Jardín recuerda la de un Anfiteatro que ocupaba antiguamente el mismo lugar. Las Estatuas son menos que medianas; pero, confundidas con los árboles, repetidas en el agua, dibujadas en el cielo, ennoblecen y hermosean aquella Plaza monumental, en donde sólo eché de menos algunas personas de agradable porte que paseasen al propio tiempo que yo....

Pero la verdad es que ayer tarde hacía demasiado frío en la insigne Ciudad de *Padua* para que las ahijadas de San Antonio dejasen sus nobiliarios y tristes hogares....—Me hube de contentar, pues, con entreverlas tras los cristales de severos balcones...., y con aprender las historias que el diabólico jorobado me contaba respecto de cada una, poniéndome al tanto de su nombre, apellidos, títulos, posición, costumbres, amores....conocidos y aun amores por conocer, así como de otros pormenores y circunstancias que me causaban tanto efecto cual si me los refiriese Balzac en su mejor novela de tipos de provincias.

¡Oh! ¡nada hay tan melancólico en nuestra vida humana como estas intersecciones de dos destinos, procedentes de diversas y apartadas cunas y llama-

dos á no encontrarse más sobre la tierra! — Ni ¿quién será tan insensible que no haya experimentado alguna vez la vaga ansiedad de semejantes emociones?

Mientras yo pensaba de este modo (sin más razón ni motivo que haber visto moverse dos ó tres lindas cabezas detrás de los susodichos cristales), el día comenzaba á fenecer; los pájaros cantaban, reuniéndose para dormir, en las marchitas copas de la arboleda; el frío se hacía sentir cada vez más; la niebla se desprendía del suelo é iba á juntarse con las nubes de la glacial atmósfera, y en los balcones de algunas casas brillaba ya la luz de envidiables veladas de familia....

Decididamente, yo estaba de sobra en *Padua*.— Fuíme, pues, al Hotel; comí solo, lo cual es más triste que no comer (suponiendo que se haya almorzado); escribí á España una carta muy más interesante y curiosa que este capítulo; envié á la Posta por un billete para *Ferrara*; arreglé mi diminuto equipaje, y me acosté con malditísimo humor y ningún sueño....

¿Dónde estaba ya *Venecia?*....—Venecia, y no sólo Venecia, sino también *Padua*, se habían hundido en el abismo sin fondo de *lo pasado*.

A las cuatro de la madrugada encontrábame ya de pie: dirigíme á la Administración de Correos; subí en la *mala-posta*, y poco después salía de la devota Ciudad por la puerta de *Santa Croce*.

El día apareció espléndido; la tierra estaba escarchada; los árboles, todavía verdes, brillaban al naciente sol, y las aves cruzaban el limpio azul de la atmósfera, aprovechando como yo el buen tiempo para emigrar al Sur de Italia.

La carretera se dilataba por entre viejísimos álamos, que la cubrían de dulce sombra.—Aquel magnífico arrecife me recordaba los paseos del Real sitio de

Aranjuez, á las márgenes del Tajo y del Jarama....

Así anduve leguas y leguas. — Á un lado y otro del camino veía constantemente dos Canales : el de *Bataglia* y el de *Monselice*.... ¡Ni frío, ni polvo, ni calor, ni gran movimiento del coche ; nada traía á mi memoria las fatigas propias de un viaje!

Á seis leguas de Padua , pasé á la vista de la Ciudad de *Este*, cuna de la ilustre familia del mismo nombre, que reinó en casi todos los Estados del Norte de Italia, y que, representada por la rama de Brunswick, reina todavía en Inglaterra y en Hannover....—Pero yo pensaba sobre todo en Alfonso I de Este, el *cuarto marido* de Lucrecia Borgia, cuyo Palacio iba á visitar al cabo de pocas horas, después de haberlo visto tantas veces pintado en el Teatro Real de Madrid ó en otros templos de la música ; y también pensaba con gran interés en Alfonso II, hermano de aquella Eleonora inmortalizada por el Tasso....—¡Ah!.... La poesía y el arte acaban por ser la verdadera historia.

Luego pasé el poderoso *Adige*, y después el *Adigetto*, desmembración suya.... — Á orillas del *Adigetto* se levanta *Rovigo*, Ciudad de 9,000 habitantes, en la cual sólo me detuve el tiempo preciso para almorzar, en tanto que la *mala-posta* mudaba caballos.

Al partir de *Rovigo*, sorprendióme mucho que el terreno, lejos de subir , como es natural cuando se sale del lecho de un gran río (y nosotros acabábamos de dejar atrás el opulento *Adige)*, seguía bajando cada vez más....—El conductor, á quien comuniqué mi extrañeza, me explicó entonces que, tanto el *Adige* como el *Po* (al cual nos dirigíamos), corren en aquella comarca entre altas orillas artificiales ó recios diques, por lo que todos los terrenos adyacentes están más bajos que sus aguas.... Semejantes diques han sido levantados para evitar las antiguas inundaciones y tam-

bién para que las corrientes arrastren más arena.... Por cierto que estas arenas, depositadas siglos y siglos en las playas del Adriático, han hecho que ciudades bañadas en otro tiempo por las olas, como *Adria*, que dió nombre á aquel mar, se hallen ahora muchas millas tierra adentro.... Y de aquí también que el *Adige* y el *Po* suban continuamente de nivel y estén hoy levantados sobre la llanura, á modo de simples acueductos, amenazando á *Ferrara* (y á otras poblaciones que se asientan debajo de ellos) con espantosos cataclismos....

Por lo demás, el territorio comprendido entre el *Adige* y el *Po* no puede ser más ameno. La carretera se prolonga sobre altas calzadas cubiertas de frondosos árboles. Los olivares y las viñas se recuestan por ambos lados sobre apacibles llanuras, é innumerables arroyos, procedentes sin duda de filtraciones de los grandes ríos, brillan al sol como serpientes de plata y se pierden á la derecha en solitarios arenales.

¡Llegamos en fin al *Po!*.... ¡Al *Po*, que sirve de frontera entre el Veneciado y los Estados-Pontificios, ó, por mejor decir, entre las bayonetas austriacas que aún oprimen á venecianos, paduanos y veroneses, y las banderas tricolores piamontesas que han invadido las Provincias papales, denominadas las *Legaciones!*

En aquellos melancólicos parajes el *Po* es caudalosísimo, y corre lento y sosegado como un brazo de mar en calma.—Yo lo había visto niño alborozado y juguetón al pasar por Turín: luego lo hallé impetuoso y adulto cerca de Pavía; y entonces lo encontraba ya fatigado y próximo á la muerte; pero sereno y majestuoso!—Él, como yo, había recorrido toda la Alta Italia, desde el Monte Viso al Adriático, ó sea una extensión de ciento cincuenta leguas.... ¡Cuántas ciudades, cuántas aldeas, cuántas campiñas,

cuántos puentes, cuántos bosques habían reflejado sus aguas en tan larga peregrinación!

La silla de posta no lo pasó desde luego; sino que subió por su orilla izquierda durante dos horas, sobre la calzada que por aquel lado sirve de dique á la corriente.... ¡Figuraos lo deliciosa que sería esta marcha al galope, por aquel elevado camino, sobre aquella especie de muro, viendo á un lado, allá abajo, la extensísima superficie del noble río, y al otro, á mayor profundidad, una verde pradera cuajada de árboles y cruzada de arroyuelos...., que son otras tantas filtraciones de la gran corriente aprisionada!....

Así llegamos á un pueblecillo de pescadores y bateleros llamado *Santa María Magdalena*....—Allí está la *Aduana de los Austriacos*; esto es: por allí debíamos pasar del Veneciado á las LEGACIONES.

Y, en efecto: frente á *Santa María Magdalena*, al opuesto lado del río, se miraba en las aguas otro pueblecillo, nombrado *Ponte-Lagoscuro*, antes primera población de los Estados de la Iglesia, y hoy primera población del improvisado Reino itálico.—Allí nos aguardaba la *Aduana de Italia*, coronada por una bandera tricolor con la Cruz blanca de Saboya....

Ni era esto todo.... ¡En la orilla esclava había cerca de mí un fuerte destacamento de soldados de Austria, con sus capotes grises y sus kepis aplastados!... ¡En la orilla libre paseaban algunos *bersaglieri*, ufanos con su uniforme montañés y su sombrero de plumas!

Entre una y otra margen no hay allí todavía ningún Puente. La travesía del *Po* se hace aún en frágiles barquichuelos, y el que debía trasladarme á mí hallábase ya preparado....—Sufrí, pues, nuevos vejámenes de la policía austriaca; dejé que me interrogaran y que registraran mi saco de noche; di expresiones para Giotto al conductor, que desde allí se volvía á

Padua con la silla de posta, y penetré en un bote de mala muerte, gobernado por dos remeros....

Pocos minutos después, pasábamos, en medio del *Po*, aquella línea *imaginaria*—¡demasiado imaginaria!—que separa nominalmente, y no de otra manera, á dos pueblos dotados por Dios de unos mismos ríos, de un mismo horizonte, de una misma sangre, de una misma lengua, de un mismo genio, en fin; ¡del genio de las artes, lazo indisoluble de la Unidad italiana!

Cuando hubimos acabado de pasar el río, no pude menos de respirar fuertemente, como quien sale de una mazmorra al aire libre....; y, si no grité *¡Viva Italia!*, fué por temor á que los *bersaglieri italianos* me creyesen adulador del éxito y á que los soldados austriacos lo tomasen por tardía baladronada....—¡Pero la verdad es que éstos me habían enfurecido mucho, desde Peschiera en adelante, con tanto doblar y desdoblar los picos de mi pasaporte!

II.

UNA TARDE EN FERRARA.—EL CASTELLO.—RECUERDOS DE LUCRECIA BORGIA.—PARISINA.—EL TASSO.

FERRARA 18 de Noviembre.

.....

En la orilla derecha del *Po* me aguardaba otra *mala-posta*, igual á la que había dejado en la orilla derecha: por consiguiente, una hora después (á eso de las cuatro de la tarde) llegaba á las puertas de *Ferrara*.

La antigua corte de los Duques de Este es hoy demasiado grande para la población que le queda.... Baste decir que, en un perímetro que no bajará de dos leguas y media, apenas contiene 30,000 almas.—Las calles, anchas y rectas, están empedradas de menudos guija-

rros, y las enormes casas que las forman, entre las cuales se ven centenares de Palacios, tienen un aire señorial, que recuerda los grandes tiempos de *Ferrara.* —Muchas de tan insignes construcciones están cerradas por falta de inquilinos. La hierba, amiga siempre de la soledad, crece, pues, impunemente delante de aquellos sepulcros de pasadas familias, y los viejos Escudos de armas, tallados en piedra, que abundan en torres, portadas, rejas y balcones, parecen epitafios de las nobles gentes que allí vivieron y de que sólo queda ya algún pálido nombre en la Historia.

Al principio atravesé calles completamente desiertas. Más adelante vi algunos hombres, embozados en negras capas, más cortas y de menos vuelo que las españolas. Luego entró el coche en una calle donde había ya algún comercio, algún ruído, alguna animación....—Estábamos en el centro de la Capital....

En muchos balcones particulares ondeaba la bandera tricolor de Italia, y en muestras, paredes y cristales se advertían otros claros indicios del entusiasmo de los ferrareses por el nuevo estado de cosas.—«*Almacén de la Unidad*,» decía un letrero. —«*Café de Cavour*,» leímos en otro lado.—«*Calle de Solferino*,» rezaba un azulejo.—«*Bazar de Víctor Manuel.*» «*¡A la nueva Italia!*» «*Fonda de lá Libertad*,» manifestaban otros rótulos.—Á más de esto, veíanse en las esquinas infinidad de carteles con anuncios de folletos, libros, periódicos y espectáculos, cuyo solo título hubiera constituído un crimen ó una herejía á los ojos del *Cardenal Legado* que imperaba en esta Ciudad (en nombre de la Santa Sede y *con ayuda de las bayonetas austriacas)* antes de las famosas anexiones del año último....

Al considerar tales cosas, no podía menos de conmoverme, pensando en la honda perturbación que debió de experimentar este pueblo al pasar brusca-

mente desde el más intolerante absolutismo á la más amplia libertad.—¡Qué catástrofe aquella para los que vivían apegados al antiguo régimen! ¡Qué delirio de júbilo para los que deseaban, pero no se atrevían á esperar, lo que sucedió de pronto!—¡Cuántas lágrimas de placer ó de pena! ¡Cuántas ruínas y cuántas resurrecciones en una hora!

De todo ello sólo quedan ya en la Ciudad (en el centro, vuelvo á decir) las señales de la alegría.—La pena acaba siempre por ocultarse....—¡Sí! Un júbilo innegable, sincero, expansivo, se reflejaba esta tarde en todos los rostros. Los ferrareses celebraban, paseándose por aquellas calles, las noticias favorables á Víctor Manuel que llegaban de las Dos-Sicilias, y así es que iban vestidos con su ropa de los días de fiesta, no obstante ser hoy día de trabajo. Hasta las jóvenes de la clase alta llegaban, en anticuados coches, ó á pie, seguidas de lacayos, á la *Via dei Piopponi*, foco de la animación; y por cierto que, en cuanto pude juzgar al paso de la *mala-posta*, las paisanas de Lucrecia Borgia me parecieron muy lindas y muy elegantes.—Los jóvenes, vestidos de guardias nacionales, conferenciaban entre tanto á la puerta de los Cafés.... Algunos organillos tocaban el *Himno de Milán* ó el de *Garibaldi*.... En un *Canal* que atraviesa toda la población se veían dos ó tres falúas empavesadas con gallardetes tricolores.... El sol, en fin, que se ponía por el extremo de una larga calle, proyectaba horizontalmente su radiosa luz sobre el leve tamo de la atmósfera, haciéndole bullir y reverberar como polvo de oro....—Aquella claridad de gloria parecía aumentar el alborozo de este pueblo convaleciente, que todavía no puede contar por años la historia de su libertad é independencia.

A poco pasamos por delante del *Castello*, antigua morada de los Duques de Este, y el mayoral tuvo la dignación de señalármela en silencio con el doblado látigo....—¡Pero ya había yo reconocido el célebre alcázar romántico, y estaba devorándolo con los ojos!....—La *Ferrara* papal y la *Ferrara* piamontesa habían desaparecido de mi imaginación, cediendo el sitio á la *Ferrara* ducal de la Edad Media y del Renacimiento....

—¡Vaya V. muy despacio!....—supliqué al conductor, aunque mi propósito era volver á aquel punto á los pocos instantes....

Y el conductor me hizo hasta el obsequio de parar el coche-correo medio minuto.

El *Castello*, ó sea el Palacio Ducal, es uno de los alcázares más poéticos, por su forma y por sus tradiciones, que puede imaginar la fantasía.—Aislado en el centro de una Plaza, elevadísimo, de color bermejo, rodeado de profundos fosos llenos de agua, flanqueado por cuatro esbeltas y macizas torres, con sus arcos que pasan de una ala á otra, con sus puentes levadizos, con sus recios muros almenados, con sus ventanas ojivales y gruesas cadenas de hierro, ofrece en medio de su elegancia un aspecto sombrío, imponente, amenazador, como la edad en que fué construído, como los Príncipes que reinaron en él, como las historias de que son monumentos sus torreones y calabozos.

Estas historias acudieron en tropel á mi imaginación, en tanto que la *mala-posta* seguía marchando hacia la Administración de Correos.

—«Ahí (me dije) vivieron los Azos, los Hércules y los Alfonsos de Este, ¡aquellos otros Médicis, famosos por sus amoríos, sus crueldades y sus fiestas!—De ahí salían á pelear en defensa de la Soberanía de los Papas y de la independencia de Italia, cobijadas *enton-*

ces por una misma bandera.—Ahí celebraban después sus victorias con espléndidos regocijos, que extendían por toda Europa el nombre de *Ferrara*, llamada con razón en aquel tiempo «emporio del placer, de la hermosura, del lujo, de la galantería, de las letras y de las artes».—Ahí ocurrió la tremenda tragedia de *Parisina*, cantada por lord Byron y Donizetti—Ahí fueron los saraos presididos por Lucrecia Borgia.... Ahí pudieron ser los envenenamientos imaginados por Víctor Hugo.—En esos vastos salones, cuyas ventanas dejan ver molduras doradas y lujosos cortinajes, leyó Juan Guarini su tragi-comedia *Il Pastor Fido*, en presencia de Alfonso II, de su hermana Eleonora y del infortunado Tasso.—*¡Tasso y Eleonora!*.... Ahí se conocieron; ahí la amó años y años el inmortal poeta; ahí leyó por primera vez su *Gerusalemme liberata*, buscando en los ojos de la ingrata beldad el único lauro á que aspiraba en el mundo, y de ahí lo llevaron un día al *Hospital de Santa Ana*, y lo encerraron en un calabozo, tomando por locura su amor.—Los salones de ese alcázar (continué diciéndome) recuerdan también haber oído á Boiardo y Ariosto recitar sus inmortales poemas;—vieron á Ticiano retratar á Lucrecia Borgia, ó inspirarse en su peregrina hermosura para pintar las *Bacantes* y el *Triunfo del Amor*;—conocieron á Tito Vespasiano Strozzi, el último poeta latino, autor de madrigales en honor de la terrible hija de Alejandro VI;—temblaron al oir la voz de Savonarola, cuyas primeras predicaciones fueron para condenar los escándalos en que vivían los Borgias y los Este;—albergaron á Calvino, llamado á esta Ciudad por su sectaria la mujer de Hércules II;—hospedaron después por espacio de dos siglos á los Cardenales Legados;—se estremecieron un día de asombro al ver entrar por sus puertas al primer Napoleón;—y, últimamente,

han sufrido la ocupación austriaca, sostén material del Gobierno Pontificio....»

.....

Llegado que hube al *Hotel de la Estrella de Oro* (donde, dicho sea entre paréntesis, escribo estas líneas á las once de la noche), escogí cuarto, dejé en él mi equipaje, y torné á salir á la calle, á fin de aprovechar lo que restaba de día para acabar de ver la Ciudad.

Mi primera visita fué á la *Prisión del Tasso*.

Es ésta una especie de sótano húmedo, obscuro, infecto, que en su origen sirvió de leñera del *Hospital de Santa Ana*.—Sus cuatro paredes, la puerta y hasta el techo se hallan cubiertos de nombres ilustres, entre los cuales he leído los de Goethe y Byron.

Byron grabó el suyo en gruesos caracteres, labrando el muro de piedra con un puñal.—El Conserje dice que el Poeta inglés empleó dos horas en esta operación, y que pasó otras dos encerrado en el calabozo.... Lo cierto es que al cabo de ellas, y de vuelta en su casa, escribió su célebre elegía *La lamentación del Tasso*, que termina con estos melancólicos pensamientos:

«Y tú ¡oh Eleonora!; tú, que te sonrojas de tener un amante por mi estilo; tú, que no habrás podido saber sin abochornarte que alguien, además de los monarcas, se ha atrevido á encontrarte bella, sabe que, cuando se haya apagado ya ese esplendor de que te rodean el rango y la hermosura, llegarás á compartir el laurel que dará sombra á mi sepulcro. ¡No habrá entonces poder que baste á separar nuestros nombres en la muerte, como nada ha bastado en vida á arrancarte de mi corazón!.... Sí, Eleonora: nuestro destino es unirnos para siempre; pero ¡ay! ¡demasiado tarde!»

En cuanto á Goethe, nadie ignora que pagó tam-

bién su deuda de dolor fraternal al sublime Torcuato, escribiendo el sentidísimo drama á que dió asunto aquel temerario amor del Poeta hacia la dulce y pobre de corazón Princesa d'Este.

Por último: encima de la puerta de la Prisión hay una lápida de mármol con estas palabras en letras de oro:

RISPETATE, Ó POSTERI,
LA CELEBRITA DI QUESTA ESTANZA,
DOVE
TORCUATO TASSO,
INFERMO, PIU DE TRISTEZZA CHE DE DELIRIO,
DETENUTO DIMORO ANNI VII MESSI II.
SCRISSE VERSI E PROSE,
E FU RIMESSO IN LIBERTA
AD ISTANZA DELLA CITTA DI BERGAMO
NEL GIORNO VI IUGLIO MDLXXXVI.

Desde la *Prisión de Tasso* volví al *Castello*:—de la casa de *Torcuato* á la de *Eleonora*....

Para ello atravesé la *Plaza Ariostea*, en medio de la cual se levanta la *Estatua* del mucho más feliz cantor de *Orlando el furioso*.—Su pedestal ha sostenido ya otras dos estatuas: una del Papa Alejandro VI, derribada por los revolucionarios en 1796; y otra de Napoleón I, arrebatada por los Austriacos en 1815.—Pero yo no estaba ya esta tarde para pensar más que en mis héroes románticos, y seguí marchando hacia el *Castello*, sin detenerme en aquella Plaza.

El *Castello* sirve hoy de Prefectura: algunos milicianos daban, pues, la guardia en la puerta....—Preguntéles si se podía entrar, y con la mayor urbanidad me dijeron que sí.

Estaba obscureciendo.... Vi á la izquierda una escalera iluminada, y me dirigí hacia allá.—Era una hermosa escalera de caracol, amplia y cómoda, alfombrada con mucho lujo, hecha indudablemente para que sobre ella arrastrasen colas de mantos....

Yo creí hallarme en el siglo XVI, y que acudía á un baile dado por los Duques de Este....—Pero la *verdadera verdad* se reducía á que el primer piso del Palacio ha sido restaurado por dentro hace muy poco, y á que el Prefecto de Víctor Manuel, y no ningún héroe ni heroína, daba allí audiencia esta tarde á los pretendientes....—Pasé, pues, como sobre ascuas por delante de la puerta de la habitación en que penetraba la tira de alfombra, y continué subiendo la escalera.

Pronto no revistió las paredes flamante estuco, ni hallé tampoco iluminación alguna....—Estaba en el *no restaurado* piso segundo.... Mis pies se enterraban en espesa alfombra de polvo....

Llegué al fin delante de otra puerta, por donde penetraba alguna claridad del moribundo día, mientras que la espiral de la escalera seguía subiendo.... ¡yo no sé si hasta las estrellas fijas!—Aquella segunda puerta daba á un corredor, con ventanas al patio, y este corredor me llevó á una galería con vistas á la Plaza....—Después empezaba una escalera obscura, que bajaba.... ¡tampoco sabía yo adónde; pero de seguro á ningún paraje alegre!....

—¿Bajaré por ella?—me pregunté.

¡Ni ladrones ni asesinos eran de temer en el asilo de la Autoridad!....—Bien: sí; ¡pero la escalera podía estar hundida ó cortada!.... ¡Podía llevar á una cisterna ó á una prisión....! ¡tal vez á la prisión de *Parisina!*....—Y luego, ¿quién está seguro de que no hay nada de fundamento en lo que se cuenta de aparecidos, fantasmas y almas en pena?—Ya véis que el susto

de los *Plomos* y de los *Pozos* venecianos había dejado huella en mi espíritu.

Renuncié, pues, á bajar, y eché por otro lado.

Entonces recorrí salones y más salones, todos desamueblados....—Dijérase que nadie había vivido en el *Castello* desde la muerte de Alfonso II, último Duque reinante de Ferrara.

El crepúsculo, ya casi muerto, alumbraba apenas lo bastante para que yo no tuviese que ir palpando las paredes de desnuda piedra....

Resultado de todo, que me perdí.

Y perdido seguí mucho tiempo, andando y desandando salones, galerías y escaleras, cada vez más lóbregas.... Y primero sentí fatiga, luego sentí hambre, y, finalmente, sentí miedo.... ¡Miedo, sí! ¡miedo de pasar allí la noche, ó de ser tomado por un ladrón, ya que no de topar de manos á boca con la melodramática *Lucrezzia Borgia* de Víctor Hugo, armada de puñal y veneno, y envuelta en aquella rubia cabellera, tan fina y abundante, de que había yo besado.... (digo, tenido en la mano....) una preciosa trenza en la Biblioteca de Milán!....

Así andaba por cierta larga galería, que ya había recorrido tres veces por lo menos, cuando (os suplico que me creáis) oí leves pasos y el roce de una falda de seda....

La obscuridad era casi absoluta.

Yo me paré.

—Caballero.... ¿por dónde andáis?—me preguntó entonces una voz de mujer, desde el extremo opuesto de aquella galería.

¡Figuraos mi susto!

—¿Quién va?—dije, por decir algo.

—«Soy yo....» (repuso la voz, acercándose.)

—¿El señor quiere ver la *Prisión de Parisina?*

Este nombre me tranquilizó por completo:—*Parisina* me libraba de *Lucrecia*.

—Pero ¿sois vos Parisina?—repliqué entonces donosamente, adivinando mi verdadera situación.

—Yo soy la mujer del Conserje, para servir al caballero.... (contestó la voz á pocos pasos de mí). Os vi entrar en el *Castello*, y entré detrás....—¡Por señas que ya hay poca luz y nos hemos extraviado!—Si el señor quiere ver la *Prisión de Parisina*, venga mañana por la mañana.... Mi marido tiene la llave, y no volverá hoy hasta media noche.

—Lo que quiero es que me saquéis de aquí....—repuse en el acto con impaciencia....

—Seguidme....—dijo humildemente la mujer, que por cierto era fea y vieja....

Y cinco minutos después me ponía en mitad de la calle, ó sea camino del Hotel, donde me aguardaba la comida.

Durante ella hablé largamente de política con el camarero que me servía á la mesa, el cual me contó á su modo una porción de curiosas anécdotas de la dominación papal, de la revolución del año pasado y del actual orden de cosas....—Estas anécdotas no son para referidas al público; pero me sirven á mí para formar juicio de la Italia de ayer y de la Italia de hoy....—Creo habéroslo dicho: cuando viaja uno por país extranjero, aprende muchas más verdades oyendo á los mayorales, á los fondistas y á los mozos de los Cafés, que departiendo filosóficamente con profundos hombres de Estado.... Éstos os descubren sus opiniones; aquéllos os relatan los hechos.

Cuando salí del Hotel para ir al Teatro, encontré que *Ferrara* había vuelto á sumirse en su lúgubre

historia.... Todo era tristeza y soledad en las calles. (La opinión política se había trasladado al Teatro, como veréis después.) Los Palacios se sucedían en la sombra, mudos y severos, olvidados de las alegrías pasajeras de esta tarde y recordando sus grandes días de los siglos XV y XVI.

No obstante las minuciosas señas que me habían dado en el Hotel, me perdí también varias veces antes de llegar al *Teatro*.—Y lo consigno, porque la última vez me sirvieron de guía dos embozados de mala catadura, que se brindaron á ello al verme andar y desandar un mismo camino, y los cuales se quitaban reverentemente el sombrero, sin descubrir por eso la cara, al pasar por delante de los muchos Cristos y Vírgenes que hay en las esquinas de la Ciudad. — Estos embozados me llevaron por intrincadas callejuelas, en que no se veía otra luz que la de las susodichas Imágenes.... ¡Yo me acordaba de Toledo y de Guadix á las altas horas de la noche, y como que me arrepentí más de una vez de haberme dejado guiar por aquella gente!....—Pero también en este otro lance eran infundados mis temores, y los buenos ferrareses me sacaron á puerto de salvación, dejándome enfrente del *Teatro*.

El *Teatro de Ferrara* es muy bueno y capaz; pero de sus ciento veinte palcos sólo había ocupados doce.—En cambio, el patio estaba completamente lleno, y, según costumbre, casi toda la gente se hallaba de pie y los hombres conservaban el sombrero puesto, no obstante haberse descorrido las dos cortinas que hacían veces de telón de boca.

Representábase una comedia de actualidad: *El desembarco de Garibaldi en Marsala*...., y el público aplaudía estrepitosamente. Pero, como yo conocía ya el

asunto por los periódicos, los actores eran muy malos, y el público demasiado común...., dime por satisfecho con haber visto el local; busqué un *cicerone* entre la multitud, cosa que me costó poquísimo trabajo y menos dinero, y abandoné el Teatro con intención de venirme derecho á casa.

Pero el *cicerone*, que era un muchacho muy listo, lo dispuso de otro modo, y, quieras que no quieras, me hizo pasar por delante de la casa en que nació *Ariosto*; pararme delante de otra en que murió, situada á media legua de la primera, y saludar el Palacio *Guarini*, en que viven todavía los descendientes del gran bucólico....—Mucho me alegro ahora de haber hecho semejantes saludos á los Penates de ambos genios; aunque la verdad es que estoy rendido....

¡A bien que la cama que me ha tocado en suerte tiene nueve palmos de anchura!—En cuanto á su fecha, yo creo que no bajará del siglo xv....—¿Quién sabe si esta cama formaría parte del mobiliario de los Duques d'Este, vendido en pública almoneda en 1598, cuando la Santa Sede se apoderó de Ferrara? ¿Quién sabe si habrán dormido en ella Lucrecia Borgia y sus cuatro maridos, que, con permiso de Víctor Hugo, ahora resulta que sólo fueron tres, como también parece averiguado que aquella hermosísima señora no envenenó á nadie ni era capaz de tales fechorías? ¿Quién sabe, en fin, ni esto, ni aquello, ni lo otro, ni lo de más allá, ni nada del mundo ni de fuera del mundo?

Lo único que yo sé es que son las doce de la noche; que mañana he de madrugar, á fin de llegar á *Bolonia* temprano, y que me estoy cayendo de sueño....—Muy buenas noches, por consiguiente.

III.

EL AMANECER EN FERRARA.—VIAJE Á BOLONIA.—LAS TORRES INCLINADAS.—PASEOS POR LA CIUDAD.—LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES.

Son las siete de la mañana cuando escribo estas líneas, al aire libre, en una ancha, recta y larguísima Calle de Ferrara, sentado á la puerta de no sé qué casa (cerrada todavía, pero donde debe de vivir alguien, pues oigo barrer en el piso principal), enfrente de la Administración de Correos, que se abrió hace diez minutos, y esperando á que acaben de enganchar cuatro caballos al coche que ha de conducirme á *Bolonia*.

La mañana no puede estar más hermosa, aunque bastante fría. (¡Anoche ha helado de lo lindo!) El cielo se halla azul y puro, como si Dios acabara de crearlo. El sol sale en este instante...., y, por cierto, de una manera muy sorprendente....—Oid:

La calle en que me encuentro termina en una Puerta monumental *(Porta di Po)*, compuesta de tres arcos, que se dibujan con gallardía en una verde llanura y en el turquí del firmamento; y cata aquí que al sol le ha tocado hoy salir precisamente por aquel punto del horizonte que enfila el arco central de la *Porta di Po*.... Ha habido, pues, un momento (hace un minuto) en que el astro del día asomó su disco por aquel hueco de las talladas piedras, como glorioso Rey que entrara en la Ciudad bajo un Arco de triunfo....

Mas ¡qué hablo!—¡Todavía, todavía penetra su resplandor, fúlgido y rutilante, por aquel majestuoso rompimiento, inundando de vívidas llamas toda la longitud de la Calle! —Diríase que un cañonazo de luz, disparado en el remoto Oriente, ha abierto tres brechas

en el muro que cerca á *Ferrara*, y barrido y dispersado las tinieblas acampadas hacía catorce horas dentro de sus muros.

Ferrara duerme todavía.—Por donde quiera que miro, sólo veo enormes casas cerradas. Las únicas personas que hasta ahora han dado señales de vida son dos ó tres dependientes de la Diligencia, que conversan á su modo con los caballos; un señor que se pasea por la acera de enfrente, y en el cual adivino un compañero de viaje; la criada de la casa á cuya puerta estoy sentado (y digo *criada*, porque ya ha empezado á amenizar el barrido con algunas canciones), y yo, que tomo el sol y escribo al mismo tiempo, experimentando un bienestar y una alegría inexplicables.

Al fin de esta calle, y cerca de la susodicha *Porta di Po*, se distingue una esbelta *Columna*.... levantada en honor de Ariosto....—(El daros la segunda parte de esta noticia me ha costado un paseo desde aquí á la Columna y desde la Columna hasta aquí, á fin de leer su inscripción....)

¡Qué dulce mañana!....—Ahora será todavía noche completa en mi país natal.... ¡Si personas caras á mi alma contemplan hoy la salida del sol, allí donde casi siempre se madruga, de fijo no sospecharán que el astro benéfico me ha visto á mí dos horas antes que á ellas, y que lo que ellas toman por el primer rayo del día es un destello cualquiera de los que yo veré lanzar al padre de la luz cuando ya se encuentre muy levantado en mi horizonte!

Mientras discurro de esta manera, la campana de un templo vecino ha empezado á tocar á misa.

¿Qué Santo es hoy?—Estamos á 19 de Noviembre.... *¡Santa Isabel!*....—Hoy, en España....

¡España! ¡Siempre España!—Hubo un tiempo, cuando yo la daba de filósofo y de *esprit fort*, en que

solía decir impíamente: —«Las *fronteras* son una ini-»quidad inventada por los Conquistadores y por los »Déspotas; toda la Tierra es patria de todos los hom-»bres; las demarcaciones ó delimitaciones que separan »á unos Estados de otros no son sino convenciones »tiránicas que anulará la civilización.» —Y leí libros y periódicos que discurrían de igual manera....

¡Oh! Los que así penséis todavía, salid de vuestra patria; recorred ajenas Ciudades; estudiad extrañas costumbres, y veréis y sentiréis que la Patria existe, que cada hombre tiene una patria, como tiene una madre, y que esa patria y esa madre no se pueden reemplazar con otras!

.....

Mas he aquí que una puerta se abre, á pocos pasos de la que me sirve de escritorio....

Ya era tiempo de que sucediera algo; pues, de no suceder nada, Dios sabe adónde habría ido á parar mi alegría por el camino de la precedente disertación.

¡Hola! ¡Una linda joven sale por la puerta susodicha! —¡Extraño rostro y extraña vestimenta!.... —Sin duda es una judía.

Bien puede serlo.... El Gobierno Pontificio, menos pusilánime que ciertos Reyes, *defensores* de *la política* papal, practica la tolerancia religiosa....

La Judía permanece parada enfrente de la puerta por donde ha salido....—Quizás espera á otra persona.

¡Ecco!—La judía es la criada, y ahora sale el ama; y, si la judía nos pareció bella, la señorita *á quien custodia* lo es todavía más.... —¡Por de pronto, ninguna de las dos tendrá veinte años!

La señorita lleva vestido de seda negro, mantilla española, y un devocionario en la mano. —Sin duda va á misa....—¡Madrugadora devoción!....

La judía cierra la puerta y guarda la llave.

La señorita nos mira á los pocos personajes que estamos en la Calle; mira después á los balcones de su casa; mira en fin al Correo...., y en esto empieza á sonar el segundo toque de misa.

La señorita gira entonces sobre sus menudos pies, y toma calle arriba, como atraída por la campana.

En esto la judía se le incorpora; le habla....; y las dos dan otra media vuelta, tornan á bajar la Calle, y se dirigen al Correo.

La señorita se para á alguna distancia de la reja de la Administración, y finge que se arregla el peinado, el vestido y la mantilla, y que está muy sosegada é indiferente.... Pero yo veo que sus hermosos ojos negros no saben dónde fijarse, y que su blanca y fina mano no acierta á encontrar las agujas escondidas entre el pelo....—¡Drama tenemos, sin duda alguna!

Entre tanto, la judía se acerca á la reja; habla con el Administrador de Correos; vuelve al lado de su ama; consulta con ella, y torna á la Administración.

La señorita se pone muy colorada; échase el velo, y, sin esperar á la judía, toma otra vez el camino de la Iglesia.

Pero á los pocos pasos se para, y vuelve el rostro con disimulo....

¡Oh divina alegría!—¡La criada corre ya hacia ella, enseñándole *una carta!*

Ríense las dos, ahogando en aquella risa de completo alborozo todos los escrúpulos del miedo, del pudor y de la cortesía, y una vez mano á mano, echan á correr, que no á andar, con dirección al Templo, á cuya puerta llegan precisamente en el instante en que empieza á sonar el tercer toque de misa.

—¿Y á qué va la judía á misa?—me preguntará ahora alguno.

—¿Y á qué va la cristiana?.... (le replicaré yo.) ¡Á

pensar en la *carta* que ha recibido, y tal vez á leerla!

Pero no seamos hipócritas.... La verdad es que esa escena me ha encantado.—Hay en ella mucho de Manzoni y mucho de Shaskespeare.... Es el eterno poema italiano: amor, guerra, misa, criada.... ¡todo!

Dígolo, porque yo no dudo que esa *carta* viene de las orillas del Volturno ó de los torreones de Gaeta.... ¡La elegante madrugadora soñará todas las noches que su amante ha muerto en una batalla...., y por eso va todos los días á misa, á pedirle por él á la *Madonna*, y llega de paso al Correo!....

Porque dicho se está que los padres ignoran estos amores.... ó se oponen á ellos, como los padres de *Julieta*.... ¡De otro modo no habría *drama!*

Convengamos en que se oponen....

Pero ya me llama el mayoral al carruaje....

¡Adiós, *Ferrara!*....—¡Hasta nunca!

Estamos en *Bolonia*.

Cinco horas de paseo en coche por un jardín: tal fué el viaje que hice esta mañana.

En efecto: las diez leguas que separan á *Ferrara* de *Bolonia* son deliciosísimas: el camino atraviesa interminables llanuras cubiertas de moreras ó de frutales: al tronco de cada árbol se enreda una pomposa vid, que nace á su pie; y, como si esto no fuera ya bastante exigir á la madre Cibeles, en los espacios de tierra que median entre árboles y cepas se extienden siembras de cereales....—¡No puede darse mayor fecundidad! —*Item:* al atravesar algunos terrenos pantanosos, hallé búfalos domesticados que se revolcaban á su sabor en las aguas estancadas, y cuyo bramido, muy más formidable que el de su pariente el toro, despertaba severos ecos en aquellas feracísimas soledades....

Lo primero que divisé al acercarme á *Bolonia* fué una de sus célebres *Torres inclinadas*.—¡Confieso que no la vi sin emoción, tanto por su amenazante aspecto, que trae á la mente ideas de terremoto, como porque satisfacía una de las primeras curiosidades de mi niñez!.... «*Las Torres inclinadas de Pisa y de Bolonia*» figuraban en el reducido cuadro de erudición de todos los escolares de aquel tiempo, quienes de fijo recordarán hoy, como yo, el asombro con que oían citarlas á su catedrático de Física.

La que divisaba esta mañana era la más estrecha y alta de las dos que encierra *Bolonia*; es decir, la que lleva el nombre de *Asinelli*.—Su mole diagonal se dibujaba sobre la masa azul del próximo Apenino....—Poco después descubrí la otra, llamada *Garisenda*, más recia, mucho menos alta, pero doblemente inclinada que la *Asinelli*.—Y vi también innumerables cúpulas, campanarios, observatorios, castillos, tejados y chimeneas....: el panorama, en fin, de una importantísima Ciudad....

Bolonia es, ó *era*, la segunda Capital de los Estados Pontificios, y su historia se diferencia únicamente de la de otras muchas ciudades, que ya he citado, en la predilección con que siempre la miraron los Papas.—Etrusca en su origen, formó parte sucesivamente del Imperio romano, de las conquistas lombardas y del Imperio de Carlo-Magno.—Después fué República independiente, hasta que empezaron á disputársela varios Príncipes italianos, que la ganaron y perdieron muchas veces, abandonándola siempre en poder de los Pontífices.—En el siglo XV vuelve á ser República por otro poco tiempo; é, incorporada nuevamente á los Estados de la Iglesia por el inolvidable Julio II, permanece de este modo hasta 1796, que la invaden los Franceses.—Aquí empieza otra era de rápidas vici-

situdes para *Bolonia*. De los Franceses pasa á manos de los Austriacos: piérdenla éstos en Marengo, y recóbranla los Franceses; es devuelta al Papa en 1815: sublévase contra Su Santidad en 1831 (el que hoy se llama Napoleón III tomó parte, con las armas en la mano, en aquella guerra contra Roma): redúcela de nuevo la Santa Sede, con ayuda de los Austriacos: levántase, empero, contra éstos en 1848, y lucha desesperadamente durante seis dias.... ¡Esfuerzo inútil! ¡*Bolonia* inclina otra vez la frente bajo los hierros!.... ¡Llega, en fin, 1859; y, no bien el Austria retira las tropas con que obligaba á vivir bajo el régimen teocrático á un pueblo que lleva en su escudo la palabra *Libertas*, los boloñeses proclaman por unanimidad su incorporación al naciente Reino de Italia!....—¡Convendréis en que es una dramática historia!

La Ciudad se halla rodeada por un muro de ladrillo. Las calles son tristes, irregulares y sombrías y casi todas tienen pórticos en vez de aceras. La gente me parece habladora y de buen humor.... Ello es que el ruído y la animación de los transeuntes contrastan con el tétrico aspecto de los edificios....—Podrá ser consecuencia de las circunstancias políticas.

Bolonia encierra 75,000 almas. (¡Cuántas grandes ciudades en tan poco terreno!)—Las mujeres son notables por su hermosura, por el lujo con que se visten y por su excesivo número....—En cuanto á su exquisita sensibilidad, sabed que, según me ha dicho la hija mayor del dueño de la Fonda en que escribo estas líneas, en la Iglesia de *San Petronio* hay un bajo relieve, hecho por una célebre boloñesa, pintora, escultora, grabadora y música, llamada *Properzia Rossi*, en el cual esta Sapho de las artes se retrató bajo la forma de la mujer de Putifar, reteniendo por la capa á un José...., en quien todo el mundo reconoció á cierto mancebo de

cuyas prendas la artista estaba perdidamente enamorada.—La Historia, por su parte, cuenta que, cuando el Rey Enzius estaba prisionero en Bolonia, otra señorita de la población, *Lucía Ventagoli*, visitaba secretamente al real cautivo, y que aquellas melodramáticas entrevistas dieron origen á la ilustre y riquísima familia Bentivoglio....—¡Benemérita Ciudad!

A todo esto, se me olvidaba referiros que encima de todas las puertas de *Bolonia* dicen grandes carteles impresos: *¡Eviva il nostro legitimo re Vittorio-Emanuele!*; que en todos los balcones se ven banderas italianas; que en las esquinas se leen anuncios de *Historias* de la dominación pontificia, cuyos títulos erizan el cabello; que los muchísimos Sacerdotes que discurren por las calles, vestidos de aquella elegante manera que describimos al pasar por Novara, llevan en el sombrero una escarapela tricolor, y que las dos ó tres personas á quienes he hablado acerca del Gobierno papal, me han respondido en los términos siguientes:—«*¡Eso no volverá!*.... Nosotros nacimos y moriremos católicos.... ¡Pero *eso no volverá!* ¡Antes pereceremos ó emigraremos al fin del mundo, que tolerar de nuevo el despotismo de los Curas apoyados por los Austriacos!»

Profundamente deploro yo todo esto por la Religión; pero, si he de hablar con ingenuidad, reconozco que el Gobierno de Roma no ha hecho bien en vivir *aliado* con los enemigos de la patria común, ó sea con los extranjeros dominadores de Italia!....—¡Todos sabréis que, durante la Guerra del año pasado, los Funcionarios Pontificios pedían á Dios públicamente en Iglesias y Rogativas que otorgase la victoria á los tudescos, á los intrusos, á los opresores de Venecia y de Milán, y que se la negase á las águilas y cruces latinas!....—¡Hacían lo mismo que los *afrancesados* de España en 1808!

Pero almorcemos; que son las doce, y *Bolonia* tiene mucho que ver.

Acabo de asearme algo y de almorzar en el *Hotel Brun*, que en otro tiempo fué Templo de Júpiter.—Así lo reza al menos, con grandes letras de oro, soberbia *Lápida de mármol*, fija en una pared del portal.—Mucho me enorgullece esta circunstancia.... ¡Almorzar en un Templo de Júpiter!....

En seguida, considerando posible que abandone esta misma tarde la Ciudad, cojo mi equipaje y me establezco con él en un coche de plaza.—Este coche será, por tanto, mi único alojamiento en *Bolonia*, y en él iré escribiendo todo lo que observe y se me ocurra.—¿Á qué pagar Hotel, cuando se ha de vivir en la calle?

Mi primera visita es á las *Torres inclinadas*.

Hállanse casi juntas, en medio de la Ciudad, en la confluencia de cinco anchurosas calles, y ambas fueron construídas casi á un mismo tiempo (en 1109 y 1110), la una por la familia *Asinelli* y la otra por los hermanos *Garisendi*.

No bien me sitúo debajo de ellas, experimento un vértigo y un espanto que no puedo vencer.... ¡Paréceme que oscilan, que se caen sobre mí, que van á aniquilarme! ¡Yo no comprendo cómo hay quien habite las casas construídas en torno de estas dos *espadas de Damocles!* ¡Ni menos me explico cómo *Asinelli* y *Garisenda* se tienen de pie, ó sea *sobre un solo pie*, hace tantos cientos de años!

La *Torre Asinelli* se eleva á 112 metros de altura, y tiene cerca de metro y medio de inclinación fuera de la perpendicular.—La elevación de la *Garisenda* es 42 metros, con dos y medio de inclinación hacia el Este, y medio hacia el Sur.—El remate de ésta es cuadrado.

La otra, más elegante en todo, termina en una especie de cúpula coronada por una cruz de hierro.

En 1779 hubo terremoto en *Bolonia*, y todo el mundo temió que las dos *Torres* viniesen abajo.... Pero, medidas al día siguiente, se halló que su inclinación no había aumentado ni en una línea.—Algunos años después, en 1813, volvieron á ser medidas, y entonces, sí, se advirtió que la *Garisenda* se había inclinado desde 1779 cerca de medio metro!....

¡Y aún habrá quien duerma á su sombra!

Desde las *Torres*, tomo por la *Strada di San Donato* y me dirijo á la *Academia de Bellas Artes*.

La *Galería de Cuadros* de esta Academia es una de las más importantes de Italia, pues que posee las principales obras de la Escuela Boloñesa.

Aquí admiro dos cuadros (una *Madonna* y un *San Sebastián*) de Francesco Raibolini, vulgo *Francia*, el más original y acaso también el más ilustre pintor de Bolonia, lleno de unción y de poesía.—Recuerda á Beato Angélico y á Perugino, y excede en ternura al mismo Rafael. Casi todas sus obras maestras se hallan en Viena y Munich. Sin embargo, todavía encontraremos alguna en el Sur de Italia....

Los otros grandes pintores de la Escuela Boloñesa carecen, como es sabido, de originalidad y espíritu propio.—Enclavada esta ciudad entre Venecia, Milán, Florencia y Parma, sus artistas reflejan indistintamente la inspiración de Ticiano, Vinci, Rafael y Corregio. Y de aquí la calificación de *plagiarios* que siempre se ha dado á los más grandes maestros de Bolonia, sobre todo á los tres Caracci, el Dominiquino y Guercino. —Albano y Guido Reni no tienen semejante fama.

Agustín Caracci, el menor de los tres pintores de

este apellido, ostenta aquí dos magníficos cuadros: *la Última Comunión de San Jerónimo* y la *Asunción*.—Este es un plagio servil de la *Asunta* de Ticiano que hemos visto en Venecia. El otro ha sido plagiado á su vez por Dominiquino.—Y, ¡cosa extraña!, los dos plagios son superiores á sus modelos: *la Asunción* de Caracci es más ideal, más vehemente, más viva, y por supuesto más religiosa que la de Ticiano, y *la Última Comunión* del Dominiquino (que se halla en el Vaticano, enfrente de la *Transfiguración* de Rafael, y que, al decir de algunos, la eclipsa y obscurece) goza de una celebridad que no ha alcanzado ni con mucho *la Última Comunión* de Caracci.

Luís Caracci, primo del anterior, tiene en este Museo una obra de primer orden (la *Virgen de la Gloria)*; pero los boloñeses le dan mucha más importancia á la *Madonna della Pietà* de Guido Reni, que ocupa el lugar preferente de la Galería.—Yo creo que en este juicio ha entrado por mucho la devoción; y hablo así, porque en la parte baja del cuadro de Guido figuran los Santos Patronos de *Bolonia*....

No diré lo mismo de su célebre *Crucificado*.—Este cuadro bastaría á su eterna fama.... Cristo agoniza en la soledad del Gólgota: el pueblo y los verdugos se han marchado: es de noche; pero no una noche natural, sino la noche milagrosa y terrible que vino sobre el mundo al espirar el Redentor. ¡Diríase que el silencio, el horror y el luto del alma han hallado colores en la paleta del artista!—Jesús dirige los ojos al cielo por la última vez: al pie de la Cruz, la rubia Pecadora, abrazada al leño, expresa admirablemente aquella singular pasión que tanto embellece los cuadros de esta sublime tragedia: María, de pie, clásica, hermosa, contando los últimos suspiros del Moribundo, es la estatua del más grande dolor que ha sufrido

el corazón humano: San Juan, el dulce y sensible Apóstol, pero hombre al fin, protesta con noble indignación.... —¡Supremo y angustioso instante! ¡Qué recogimiento! ¡Qué muda elocuencia! ¡Qué tinieblas en esas almas!....

Pues todavía no es ésta la obra capital que encierra el Museo....—¡He aquí á Rafael!¡.... He aquí su *Santa Cecilia!*....—Cuando Rafael se inspira de veras, todo calla, todo palidece en torno suyo.

Santa Cecilia, rodeada de cuatro Santos, oye tocar y cantar á un grupo de Ángeles que ocupa la parte alta del lienzo. Todos han caído en delicioso éxtasis.... La joven siciliana, la inspirada música, la Euterpe del Cristianismo, sostiene ya apenas el salterio, que se desprende de sus manos...., vencido por las melodías de la Gloria. Á sus pies se ven los instrumentos y atributos de la música terrestre, declarando también su impotencia y nulidad.—En este cuadro callan y lloran todos los personajes, como en el *Crucificado* de Guido; pero su recogimiento es gozoso, sus lágrimas son un rocío benéfico, su silencio está lleno de dulces voces. Santa Cecilia, bella sobre toda ponderación; niña y santa; con la faz levantada al cielo, parece llena de nostálgica melancolía, cual si aquellos cantos le trajesen recuerdos de *su patria*. San Pablo, el varón fuerte, se mesa la barba, tal vez con demasiada energía, y frunce el entrecejo al sentirse tan conmovido. Las demás figuras son dulces y bellas en sumo grado. El dibujo.... ¡de Rafael, y está dicho todo! — En cuanto al *color*, aunque siempre inflexible ó sobradamente intenso, no lo es, ó no resulta tanto, en esta obra como en el *Pasmo de Sicilia* y otras de las mejores suyas, por la feliz idea que aquí tuvo de poner como fondo un cielo subidísimamente turquí. — Y en verdad que todas las creaciones de Rafael ganarían

mucho con esta clase de fondos; pues sus personajes parecen pintados para campear sobre oro, como se hacía en la Edad Media, máxime habiendo negado Dios al eminente genio de Urbino el secreto de lo indeciso y vano, el mismo día que le prodigó tan á manos llenas las dotes de compositor y dibujante.

Igualmente son de notar en este Museo, bien que no por su novedad, algunos cuadros del *Dominiquino*, especialmente el *Martirio de Santa Inés*, el *Martirio de San Pedro* (plagio ó parodia del de Ticiano) y una *Virgen del Rosario con el Niño Jesús*.

En otro lado se ve la *Asunción* de Perugino, fruto precioso de la fe y del arte: ¡feliz conjunción de las aptitudes del ilustre maestro de Rafael!

Finalmente, *Albano*, el pintor mitológico, el autor de la *Danza de los Amores*, tiene aquí algunos buenos cuadros religiosos, entre los cuales me sorprende y cautiva uno que representa el *Bautizo de Jesús*....

Pero se me hace tarde, y me queda mucho que ver en otros edificios....—Pongámonos el lápiz detrás de la oreja, y partamos.

Una vez fuera de la Academia, hágome conducir á la *Plaza Mayor*, situada en el centro de *Bolonia*.

Forman esta Plaza la *Basílica de San Petronio*, el *Palacio Público* y el *Palacio del Podestá*, y en medio de ella hay una magnífica *Fuente de Neptuno*, obra del famoso escultor *Juan de Bologna*. Las cuatro sirenas desnudas que allí se oprimen con ambas manos los voluptuosos y abultados pechos, hasta hacerles brotar raudales de agua, son sumamente bellas.

El *Palacio Público* ó *del Gobierno* data del siglo XIII, y fué concluído en el siglo XV.—Entre los adornos de la fachada figura una *Estatua de Gregorio XIII*, que pasa

hace tiempo por Efigie de San Petronio; piadoso embuste con que se evitó á fines del siglo pasado el que los boloñeses la arrastrasen por calles y plazas, como los ferrareses habían hecho ya con la de Su Santidad Alejandro VI.

En el *Palacio del Podestá* visito la Sala donde se reunió el Conclave que eligió Papa á *Baltasar Cossa* bajo el nombre de Juan XXIII, en tanto que parte de la Cristiandad obedecía como á Sumo Pontífice al español *don Pedro de Luna*, residente en Peñíscola, bajo el nombre de Benedicto XIII, y mientras que otra parte no pequeña de Europa se sometía á *Angelo Coriario* (Gregorio XII), quien también presumía de ocupar la verdadera Silla de San Pedro.—¡Qué cosas han sucedido en el mundo! ¡Y luego nos asombramos de las que suceden hoy!

Cerca de la *Plaza Mayor* está la *Universidad vieja* (ó sea el *Archigimnasio*), una de las más antiguas del mundo.—(La *Universidad nueva*, notable por los Museos y Gabinetes de Ciencias físicas y matemáticas que encierra, se halla en un hermoso Palacio, construído en el siglo XVI en la *Strada di San Donato.)*

La *Universidad vieja,* hoy morada de fúnebre y perdurable silencio, me hace el efecto del cráter frío de antiguo y poderoso volcán.... ¡Ella fué, durante la poética barbarie de los Tiempos Medios, la única luz que alumbraba la alta Italia, adonde los pueblos de Europa volvían anhelantes la vista, como hacia Salamanca, Oxford y la Sorbona de París, oasis también de sabiduría en los desiertos de la ignorancia!

Estas célebres aulas de *Bolonia* ofrecían la gran particularidad de permitir á las mujeres ejercer en ellas el magisterio; por lo que se guarda memoria de muchas sapientísimas *catedráticas*, que explicaron aquí jurisprudencia, filosofía, medicina y ciencias natura-

les.—Una de estas doctoras, llamada *Novella*, heredó en 1360 la cátedra de su padre; pero era tan joven y tan hermosa, que se veía obligada á explicar detrás de una cortina, á fin de que sus hechizos no distrajesen al auditorio.—También han dejado nombre la profesora de griego *Clotilde Tambroni* y la gran matemática y latina *Gaetana Agresi*, asombro y envidia de los primeros sabios de Milán....

Por los tiempos de la linda *Novella* fué cuando don Gil Álvarez Carrillo de Albornoz, Arzobispo de Toledo, fundó en Bolonia el *Colegio para españoles* [1].—Este *Colegio* existe aún, como es sabido; pero España lo tiene hoy completamente abandonado, á tal extremo, que, habiendo yo preguntado ahora poco en la portería «si hay en él algunos colegiales españoles», me han respondido que «el *Colegio* no conoce más dueño que el Rey de Italia, y que los colegiales españoles de *Bolonia* pertenecen á la historia.... antigua!»—Podrá ser cierto desgraciadamente; pero el Colegio y sus pingües rentas son *propiedad* de España; aunque España no se dé por entendida de ello [2].

1 Éste ilustre Prelado nació en Cuenca á principios del siglo XIV, y fué tan célebre por su ciencia y sus virtudes, como por sus dotes especiales de hombre de Estado y de esclarecido guerrero. El rey Alfonso XI, á quien había salvado la vida en una batalla, le tuvo siempre en grande aprecio; pero su hijo D. Pedro el Cruel lo trató con tanta injusticia, que tuvo que refugiarse á Avignon al lado del Papa Clemente IX, quien lo nombró Cardenal. Más tarde Inocencio VI le dió el mando de sus tropas, á fin de que sometiese al poder de la Iglesia la Ciudad de Roma y todos los Estados Pontificios, lo cual logró Albornoz en pocos años, teniendo la gloria de llevar á la Ciudad eterna á Urbano V, sucesor de Inocencio VI, y ponerle en posesión de cuantos territorios había perdido la Santa Sede.—Albornoz se retiró entonces á Viterbo, donde murió siete años después.

2 Cuando se publica esta nueva edición, el Colegio de Bolonia, reivindicado por nuestro Gobierno, alberga otra vez alumnos españoles.—*(N. del A.)*

Al paso que hago estas visitas, entro en algunas de las innumerables *Iglesias* que encierra *Bolonia*.

Aseméjase la *Catedral*, mucho más que mi Hotel, á un Templo de Júpiter. El interior es corintio, y no del Renacimiento, sino estrictamente pagano. Ni tiene cúpulas ni casi segundo cuerpo: altísimas pilastras sostienen una aplanada bóveda, que pudiera llamarse techo helénico; pero, aun así y todo, esta gran nave respira cierta majestad, ya que no religiosa, indudablemente artística.

Sin embargo: la Iglesia favorita de los boloñeses, así como la más insigne y bella de la Ciudad, es la inmensa basílica de *San Petronio*, Patrón de *Bolonia*. Su fachada, no concluída, ostenta preciosidades esculturales y arquitectónicas de estilo gótico, dignas de largo estudio. ¡Las puertas, sobre todo, son verdaderos prodigios! El Interior hállase cubierto de excelentes cuadros, nobles esculturas, vidrios de colores y otras muchas joyas de arte....

Pero, siendo todo esto verdad, hasta los devotos reconocen que, como ornamentación, *San Petronio* tiene que ceder la palma á *Santo Domenico*.

Santo Domingo (pues bueno es hablar en español) vivió y murió en un Convento que aún se alza al lado de esta Iglesia, erigida en honor suyo y para que encerrase, como encierra, su venerado cuerpo.—La *Capilla de Santo Domingo* es tan rica y mucho más bella que la de San Antonio de *Padua*.... Pinturas, esculturas, ricos mármoles, plata, oro, pedrería, todo contribuye aquí también á hermosear la Tumba del Santo.... y hay además allí una obra verdaderamente maravillosa, que tendrá pocos rivales en el mundo.... Hablo de la Urna Sepulcral, llamada *l' Arca*.

Débese ésta en su mayor parte al célebre *Juan de Pisa*, que es como quien dice, al Giotto de la Escultu-

ra, al Dante de la Arquitectura. — Toda ella está cubierta de bajo-relieves que representan episodios de la vida del Fundador y Santo; esculpidos con tal sentimiento, que más bien se creerían visiones del éxtasis de un bienaventurado que frutos de la inspiración de un artista.—Treinta años tardó en labrar el Sepulcro, y lo terminó en 1231.... ¡Sólo esta fecha bastaría para indicar la importancia de tan peregrina obra como monumento de la historia del arte!

Otro de los templos notables de *Bolonia* es *San Stefano*, formado por la reunión de *siete Iglesias* pequeñas, diversas en plan y arquitectura, entre las cuales las hay del siglo XI y del siglo XVII.—El conjunto de tan heterogéneos edificios y su complicada trabazón producen en el ánimo una perplejidad semejante á la que nos causaría un rápido y completo estudio de la disciplina de la Iglesia.

Pero comienza á obscurecer. Demos por terminada la visita á *Bolonia,* y pensemos en la manera de continuar nuestro viaje.

Tengo que optar entre dos partidos:

El primero es seguir mi primitivo plan; dormir esta noche en el *Hotel Brun*, y salir mañana para *Florencia*, adonde se va en el coche-correo, atravesando el Apenino por sus mayores fragosidades y empleando diez y ocho horas, — si los torrentes no cortan el camino, como sucede con frecuencia.

El segundo es dirigirme en este mismo instante á la Estación del Camino de hierro.... (se me había olvidado decir que en *Bolonia* hay esta *modernez)*, y pedir un billete para *Módena*, adonde se llega en hora y cuarto. De *Módena* pasaría á *Parma;* de *Parma* á *Génova;* en *Génova* me embarcaría para *Liorna*, y en

Liorna tomaría otro Ferrocarril que me llevaría á *Florencia* en dos ó tres horas.

Las ventajas y desventajas del primer medio pueden resumirse de este modo:—*Unicas Ventajas*: 1.ª Ver hermosos paisajes en el Apenino. 2.ª Amanecer pasado mañana en la encantadora *Florencia*.—*Desventajas seguras ó posibles*: 1.ª Pasar todo un día y toda una noche en Diligencia. 2.ª Helarme en las cumbres del Apenino. 3.ª No ver ninguna Ciudad en el tránsito. 4.ª Encontrar ladrones. 5.ª Volcar. 6.ª Ser detenido ó arrastrado por los torrentes. 7.ª Dejarme atrás las célebres Capitales de *la Emilia*.... etc., etc.

Resumen del segundo medio:—Únicas *desventajas:* 1.ª Tardar ocho días, por lo menos, en llegar á *Florencia*. 2.ª Hacer un viaje de siete horas por mar.—*Ventajas indudables*: 1.ª Viajar en Ferrocarril. 2.ª Ver á *Módena*, que es, como quien dice, *todo un Reino en miniatura*. 3.ª Ver á *Parma*...., esto es, todo otro Reino. 4.ª Admirar en Parma los cuadros y los frescos de Corregio, el poeta de la pintura. 5.ª Acordarme allí de Alejandro Farnesio; visitar su Palacio, y creerme en una provincia de España. 6.ª Ver á *Génova*.... (¡Figuraos lo que será ver á Génova, la patria de los Doria y de Cristóbal Colón, la rival de Venecia!....) 7.ª Ver también á *Liorna*....—Y 8.ª De todos modos, llegar al fin y al cabo á *Florencia*.

—¡Ah! sí; ¡pero no mañana á la noche!....

—¡Ah! ya; ¡pero sin helarme en esas montañas!

—¡Esas montañas son el Apenino!

—¿Qué me importa ver el Apenino? ¡Yo he atravesado los Alpes!

—Pero no el Apenino....

—¡El Apenino se atraviesa también para ir á Génova; y, además, lo encontraremos luego entre Florencia y Roma!

—Pero ahora vas á retroceder en tu viaje y á desandar las ciento cincuenta leguas que has recorrido desde los Alpes al Adriático....

—¡Sí; pero retrocedo por otro camino, y veo toda *la Emilia;* es decir, veo á *Módena*, *Reggio*, *Parma* y *Plasencia*, que de otro modo no visitaría ya!....

—Bien; pero es el caso que el tren para *Módena* sale dentro de un cuarto de hora....

—¿Y qué?

—¡Que no hemos comido!....

—Comeremos en *Módena*, adonde se llega en una hora y siete minutos.

—Sí; pero....

—¡No hay pero que valga! Ahora mismo podemos echar á andar.... El equipaje va con nosotros en este cochecillo....

—¡Yo preferiría que lo pensáramos despacio y que por la mañana resolviéramos!....

—¡Esa es demasiada lentitud para este siglo!....

—¡Tengo sueño!....

—¡Acabáramos!

—¡Es que nos hemos levantado á las cinco!.... Recuerda que hoy nos amaneció en Ferrara; que hemos hecho un viaje en posta; que hemos visto después toda una Capital....

—¡Razón de más para dormir en otra!

—¡Pero aquí iríamos antes al Teatro!.... ¡Porque en *Bolonia* hay cuatro teatros: *Il Comunale*, el *Teatro Contavalli*, el *Teatro del Corso* y *L'Arena del Sole!*....

—Y ¿de dónde sacas que no hay también teatros en *Módena?*

—¡Dará gusto verlos!—*Módena* ha vivido hasta el año pasado bajo el más bárbaro despotismo.... El Duque de Módena era un Coronel austriaco que no había reconocido á Isabel II ni á Napoleón III....

¡Bonitos teatros habría en la que fué su malhadada Corte!

—¡Esa no es regla! San Petersburgo y Roma, con ser ciudades tan obscurantistas y reaccionarias, tienen muy buenos teatros....—Pero he allí un cartel que nos sacará de dudas.—¡Lee, mal que te pese!—*Teatro Reale de Módena*....

—¡Qué necedad! ¡fijar en las esquinas de un pueblo los anuncios de los teatros de otro!

—¡No hay tal necedad, cuando las Capitales de esos pueblos se comunican en sesenta y siete minutos!—Leamos el cartel:

TEATRO REAL DE MÓDENA

GRAN FUNCIÓN PARA HOY 19 DE NOVIEMBRE DE 1860

La bellísima tragedia del inmortal Alfieri, titulada

VIRGINIA

EN LA QUE TOMARÁ PARTE EL EGREGIO ARTISTA

ERNESTO ROSSI

Á las ocho y media.

NOTA. *La función terminará antes de las doce, para dar lugar á que los forasteros puedan volver á sus hogares en los trenes que salen á media noche para Bolonia y Parma.*

—¿Qué me dirás ahora?—¡*Alfieri*, el primer poeta trágico del siglo! ¡*Virginia*, una obra maestra de Alfieri! ¡*Rossi*, el más grande actor de Italia!—¿Te parece poco todavía?

—Estoy convencido: vámonos á *Módena*.

—¡Gracias á Dios, logré vencer tu materialismo!....—Cochero: ¡al Ferrocarril!

—¡Pero no se te olvide que hemos de comer antes de ir al teatro!....

—¡Hombre! Descuida en mi prudencia; que yo, aunque aficionado á la poesía, tampoco estoy de humor de abandonar este mundo...., como lo abandonaría si te matase de hambre....

(Excuso decir que el preinserto diálogo lo han mantenido mi *Espíritu* y mi *Cuerpo*.)

LIBRO SÉPTIMO

MÓDENA Y PARMA

I.

MÓDENA.—EL ALBERGO DE SAN MARCOS.—UN POCO DE HISTORIA.—EL TEATRO DUCAL, AHORA EL REAL.—RECUERDOS DE LILLIPUT.—EL ACTOR ROSSI.—UN PASEO POR LA EX-CORTE.—PALACIO DEL EX-DUQUE.—LA VÍA EMILIANA.

No han pasado más que dos horas...., y ya hace muchísimo rato que estoy en la que ha pocos meses era Capital de *otro Reino*....—Es decir; estoy en *Módena*.

Escribo estas líneas en el *Albergo de San Marcos*, ó, más bien dicho, en una *Trattoria* que hay debajo de él, y donde acabo de hacer colación.—El equipaje está arriba, en mi cuartito del *Albergo*.

El viaje de Bolonia á esta ex-corte no merece ser referido; pues lo único notable que he observado en él ha sido su propia insignificancia, su facilidad, su rapidez, su monotonía.—Sesenta y siete minutos de cruzar una llanura, ó parte de una llanura, por un Ferrocarril enteramente recto.... ¡he aquí todo!

La antigua *frontera* entre los *Estados Pontificios* y el

Ducado de Módena estaba en la aldea de *Castel-Franco*, donde nos hemos detenido diez minutos, por ser hoy Estación de Camino de hierro; pero allí no hay río, monte, barranco ni ninguna otra linde trazada por la naturaleza para separar dos *naciones* ó tan siquiera dos comarcas....¡Lo que ignoro es si el año pasado harían en aquel sitio las veces de *frontera* estacas y redes como las que han dado origen á la palabra *redil* y con las cuales rodea cada pastor su rebaño para que no se confunda con el del vecino!

En cuanto á la Ciudad, reconozco que está circuída de muy fuertes murallas....—Nosotros hemos entrado en ella por la *Puerta de Bolonia*, donde principia el *Corso della via Emilia*, magnífico *Boulevard* que atraviesa toda la población, y que (como ya lo dice su nombre) pasa sobre la antigua *vía Emiliana*.

Módena, por lo que hasta ahora he visto, es hermosísima. Sus principales calles, anchas, rectas, enlosadas, algunas con pórticos y todas con alumbrado de gas, estaban hace poco, cuando yo las recorrí en busca de este *Albergo*, inundadas de transeuntes, entre los que figuraban bastantes soldados, muchos milicianos y algunos garibaldinos con camisas rojas....—Todo el mundo hablaba alto, reía mucho, cantaba fuerte, miraba con avilantez y andaba con soltura....—Innumerables organillos, violines y arpas tocaban donde quiera (y tocan aún en este momento á la puerta de la *Tratloria)* los himnos patrióticos de que ya os he hablado varias veces, y en los balcones ondeaban mil y mil banderas tricolores (blancas, encarnadas y verdes) con la *Cruz de Saboya* en medio. Las esquinas, en fin, las puertas, los carruajes públicos, los cristales de las tiendas, todo está lleno de tarjetones con *Vivas* á *Victor Manuel*....—¡No hay que dudarlo! *Módena* se halla ebria de gozo, loca de amor

patrio, olvidada de sus pasados infortunios y nada deseosa de volver á caer en manos de su Duque y Señor *natural* Francisco V de Este!....

Á propósito de Francisco V: voy á deciros (en tanto que es hora de ir al Teatro) algunas de las cosas que me han contado varios patriotas de la Ciudad, con quienes he comido en mesa redonda, y que empezaron por hacerme algunas preguntas *sans-façon* acerca de mis ideas, para concluir por explicarme familiarmente las suyas y toda la historia de este lilliputiense Reino.—¡Quien conozca á los italianos, sepa lo que es un liberal triunfante y haya tenido que ver con la Milicia Nacional de cualquier país, no extrañará la improvisada y cordial franqueza que me han dispensado mis comensales al entender que yo era extranjero!....

El *Ducado de Módena* (comprendiendo el Estado de *Massa-Carrara*, que le pertenecía últimamente) tenía 18 leguas españolas de máxima longitud, por unas 16 y media de anchura. Su población se calculaba hace dos años en 600,000 almas, de las que sólo encerraba la Capital unas 32,000. La Religión del Estado era la católica; pero se toleraban las demás, contándose en el Ducado 200 protestantes y 2,700 judíos.—El Ejército, en tiempo de paz, constaba de 3,500 hombres. —El Presupuesto de gastos ascendía á 36.000,000 de reales.—La vid, la seda y la explotación de los célebres mármoles de Carrara eran (y son) los principales productos del país.—El territorio estaba dividido en seis Provincias: Módena, Guastalla, Frignano, Garfagnana, Massa-Carrara y Lunigiana, y Reggio.—El Gobierno era monárquico absoluto, con cinco Ministros y un Consejo de Estado.—Un *Delegado* administraba cada Provincia.—Las Ciudades de segundo orden te-

nían un *Podestá*, y las de tercera un Síndico *(Sindaco)*.

La historia *antigua* y *media* de Módena es, sobre poco más ó menos, la de todas las Ciudades del Norte de Italia....—Vengamos, pues, á los tiempos modernos.—*César de Este* trasladó la Corte á *Módena* á principios del siglo XVII.—*Francisco I*, nieto suyo, compró á España el *Principado de Correggio*, y mandó Ejércitos Franceses.—*Francisco III* fué Generalísimo de los Ejércitos Españoles en la Guerra de Sucesión, lo cual le costó su Ducado, que le devolvimos en la Paz de Aquisgram.—Su hijo *Hércules III* tuvo que emigrar, dejando sus Estados en poder de los Ejércitos Republicanos de Francia.—Módena formó luego parte de la República Cisalpina, y después del Reino de Italia, ó sea del Imperio Napoleónico....

Estamos casi en nuestros tiempos.... Oidme con mayor cuidado.—*Francisco IV*, nieto de Hércules III, y educado en la emigración (donde había reinado nominalmente su padre *Fernando*, Archiduque de Austria y tirano de la Lombardía), entró en Módena en 1814, á la edad de treinta y seis años, y tomó posesión del trono Ducal de sus abuelos maternos.—Desde luego se mostró acérrimo enemigo de toda idea liberal, y, apoyado en el Austria, estableció el célebre *Gobierno-modelo* de la Restauración; por cuyas resultas, en 1831, secundaron los Modeneses el movimiento revolucionario de Bolonia y arrojaron del trono y del país al presumido tiranuelo....—¡Pero este tiranuelo era Archiduque de Austria, y volvió al frente de 15,000 tudescos, que lo restablecieron en el *amor* y *obediencia* de sus súbditos!—Entonces empezaron las represalias: Francisco IV mandó á los Austriacos que lo vengasen, y estos saquearon, incendiaron, hirieron, ahorcaron á su sabor durante algunos meses, hasta que el país quedó completamente tranquilo; con lo cual se marcharon los

extranjeros, prometiéndole al Duque hacerle nuevas visitas cuantas veces creyese oportuno afianzar y garantir la felicidad de su pueblo.

Quedado que hubo solo Francisco IV entre sus amados súbditos, ó sea entre su medio millón de hijos, publicó un Manifiesto clasificándolos en cuatro especies: *fidelisimi*, *fideli*, *traviati* y *congiurati*. Á los *fidelísimos* les prometía grandes recompensas : á los *fieles* les aconsejaba que lo quisieran con más fervor : á los *extraviados* los compadecía y perdonaba, con tal que acreditasen firme propósito de enmienda, y á los *conjurados* les ofrecía ahorcarlos tan luego como los cogiese. No contento con esto, fundó un periódico, titulado *La Voce della Verità*, en donde, así él como su esposa María Beatrice, escribieron más de un artículo elogiando su gobierno paternal y jactándose de no haber reconocido á Luís Felipe.—Entre tanto, el *Almanaque Oficial* del Ducado ponía, entre los Reyes reinantes de Europa, á Carlos X (desterrado en Bohemia); á Fernando VII de España (aun después que había muerto), y á D. Miguel de Portugal (que se hallaba proscrito en *Módena* y comía á su mesa).—¡Isabel II y María de la Gloria eran para él dos mitos, como Luís Felipe, como la Revolución francesa, como Napoleón y sus hermanos, como el siglo XIX, como las ideas y sentimientos de los ciudadanos de Módena!

Para sostener estas ficciones y locuras, valióse de medios terribles cuanto ingeniosos, mereciendo entre ellos especial mención el de ganarse á la más inmunda plebe *(i facchini)* por medio de licenciosas concesiones ; regimentarla bajo el mando de un coronel; armarla de bastones, y permitirle apalear impunemente á los liberales.....—Algo de esto se vió en España, al decir de nuestros mayores, no hace muchos años, y

de igual modo también se mantuvieron en el trono los tres últimos Reyes de Nápoles.

Así las cosas, antojósele un día á *La Voce della Verità* llamar CUADRUPEDE *Alleanza* á la *Cuádruple Alianza* firmada entre España, Francia, Inglaterra y Bélgica para asegurar la independencia de esta última nación y mantener á Isabel II en el trono que le disputaba D. Carlos....—Inglaterra, que llevaba entonces en Europa la voz cantante, sintióse herida por tan grosero agravio y exigió al Duque de Módena que suprimiese inmediatamente *La Voce della Verità*, siendo tales los términos de la exigencia, que el periódico no volvió á publicarse. — Semejante golpe afectó sobremanera al pobre Francisco IV, y desde aquel día prohibió en sus Estados todo género de publicaciones; *se declaró enemigo de los Ferrocarriles y de los forasteros* [1]; negó á sus súbditos el derecho de asistir á Congresos científicos internacionales, y murió de tristeza el 21 de Enero (¡qué efeméride!) de 1846. —Su esposa, la insigne articulista de *La Voce della Verità*, no había sobrevivido al malogrado periódico.

Conque henos enfrente del Duque actual, ó sea del último príncipe de la Casa de Este que *ha reinado* en Módena.

Francisco V, que había nacido en 1819, heredó á su padre, y continuó, y aun perfeccionó, su politica retrógrada. —Antes de subir al trono escribió ya un opúsculo aconsejando una Coalición contra Francia, y su mayor orgullo consistía en ser Feld-mariscal al servicio de Austria y propietario del Regimiento de Infantería Austriaca número 32. Añádase á esto que era Archiduque del Imperio, y que estaba casado con una alemana, y se formará idea del amor que profesaría á los infelices italianos sobre que iba á reinar....

[1] Palabras textuales de un historiador.

Pronto tuvo ocasión de manifestarlo. En aquel mismo año de 1846, Pío IX, elegido Papa, inauguró su gobierno temporal anunciando á Italia una era de paz y de Independencia, declarándose güelfo, proclamando la fraternidad italiana, abominando de toda presión extranjera en la Península cerrada por los Alpes, y simpatizando con el incontrastable movimiento de nuestro siglo.—Estas palabras arrancaron un grito de amor y entusiasmo á veinte y cinco millones de hombres que hablaban una misma lengua, que tenían una misma sangre, que se sentían animados por un mismo genio: *Italia*, en fin, respondió á la voz del Padre Santo, y los pueblos latinos bendijeron aquel anuncio, y la Libertad regocijada se reconcilió con su madre la Religión (que en mal hora había renegado de ella), y los tiranos, los egoistas, los hombres incapaces de amor á la humanidad, sintieron el frío de la muerte en lo profundo de sus entrañas....

(Ninguna de estas frases es de mi cosecha: todas las he tomado de labios de mis comensales.)

En tal estado, Francisco V de Módena no vaciló un momento. Declaróse enemigo del nuevo Papa, de las nuevas ideas y del sentimiento patriótico que conmovía á los italianos; opúsose á toda demostración de alegría por parte de sus súbditos; prendió, encarceló, deportó, fusiló á todos los que respondieron al noble grito de Pío IX, y, por último, acabó, como acababa siempre su padre en casos parecidos, por llamar en su auxilio á los Austriacos. —¡Hizo más! ¡les vendió la patria! ¡Firmó un Tratado con la Corte de Viena en que declaraba á Módena *provincia de Austria!* ¡renunció á la nacionalidad particular modenesa, y á la nacionalidad colectiva italiana! ¡se convirtió de Duque independiente en Procónsul de un Soberano extranjero! ¡renegó de la historia de los Este! ¡desheredó á su des-

cendencia! ¡atentó á la obra de Dios...., y pretendió y creyó posible trocar en sajones á medio millón de italianos!....—¡Ridícula demencia...., á la vez que espantoso crimen! — Esto lo digo de mi cosecha.

Afortunadamente, lo irracional é inicuo es siempre pasajero. La Revolución de 1848 obligó al Austria á concentrar sus fuerzas, y el Duque de Módena quedó enfrente de sus súbditos, asistido únicamente de los tres ó cuatro mil hombres (tudescos en su mayor parte) que constituían el Ejército *nacional!*....

Los modeneses prorrumpen entonces en *vivas* al Sumo Pontífice.

Francisco se encierra en su Palacio, alrededor del cual establece sus *batallones* y su *artillería*, amenazando al pueblo.

El pueblo no calla, sin embargo, y el Duque oye sus gritos, que piden «*libertad ó muerte*».

—*¡Antes seré cabo en Rusia que Príncipe Constitucional en Italia!*— contesta furioso Francisco V.

Y habla de 300,000 bayonetas austriacas con que cuenta para poner en orden á los revoltosos....

El pueblo le replica haciéndole saber que Bolonia, Milán, Nápoles, Roma, ¡toda Italia!, está ya sublevada, y que la Revolución triunfa en todas partes.

Entonces transige el Duque, y ofrece una Constitución calcada sobre el Estatuto del Piamonte....

—*¡Es tarde!*—responde solemnemente el pueblo, al ver tanta ambición unida á tanta debilidad.

El de Este se vió, pues, obligado á partir.

Delante de él salieron D. Carlos (el pretendiente á la corona de España) y toda su familia,—de la que forma parte, como ya sabréis, una hermana del Duque de Módena, casada con D. Juan de Borbón.

El pueblo los dejó pasar en silencio.

Luego salieron las Princesas.

El pueblo las saludó.

Por último, salió Francisco V.

El pueblo le volvió la espalda.

—*Ya tornaré* (dijo), y *seré constitucional*....

El pueblo se encogió de hombros.

—*Os concedo* (añadió el Príncipe) *una amplia amnistía. Cuando vuelva, no recordaré nada de lo sucedido. Todos estáis perdonados*....

El pueblo soltó una carcajada.

Un año después, vencida la Revolución en toda Europa, entraba Francisco V en *Módena*, al frente de un Ejército Austriaco, ofreciendo previamente á sus súbditos instituciones liberales y un completo olvido y generoso perdón de las pasadas revueltas.

—*Sólo excluiré de esta amnistía* (dijo) *á los pocos, poquísimos jefes y promovedores que extraviaron el ánimo de mi amado pueblo*....

Casi todos los modeneses comprometidos en los últimos sucesos desconfiaron de las promesas del Duque, y emigraron antes de que llegara.

Los que creyeron en ellas y se dedicaron en su virtud á redactar tímidos proyectos de Constitución, viéronse presos y procesados de la noche á la mañana.

Al mismo tiempo el Duque desarmaba la Milicia Nacional; volvía á llamar á sus Estados á los Jesuítas; decretaba destierros y fusilamientos; resucitaba los procesos del año anterior, á pesar de la otorgada amnistía; declaraba indecoroso para los nobles el asistir á las aulas y el adquirir grados universitarios, y prohibía á la juventud el ir á estudiar fuera del Ducado; *temeroso* (decía el decreto) *de que se pervirtiese su inteligencia con las doctrinas del siglo*.

Celoso imitador de su padre, fundó después un periódico titulado *Il Distributore* (que el pueblo llamó *Il Disturbatore*), en que se vanagloriaba de no haber re-

conocido á Napoleón III, y en que eran tratados y tenidos como Reyes reinantes el Conde de Montemolin, el Conde de Chambord y D. Miguel de Braganza.

Cuando estalló la Guerra de Crimea, puso sus simpatías del lado de Rusia, ¡y persiguió y afligió á las familias que tenían parientes en la División Piamontesa que se cubrió de gloria en el Tchernaia!

Por último, en 1859, cuando los franceses pasaron los Alpes, viniendo en auxilio del Piamonte contra el Austria, Francisco albergaba á su cuñado el pretendido Enrique V de Francia, ó sea al Conde de Chambord, y juntos acariciaban la idea de un nuevo Waterloo y de otro Tratado de Verona que remachase más y más los hierros de la infortunada Italia....

¡Así cumplió el noble Duque su promesa de ser italiano y liberal en el segundo período de su reinado!

La batalla de Pallestro fué el toque de agonía para tan odioso poder....—El día que se recibió la noticia de aquel suceso, los modeneses celebraron ruidosamente la victoria de las armas italianas, y corrieron en gran número á alistarse bajo la bandera tricolor.—Francisco intenta castigar á su pueblo.... Pero el cañón de Magenta le advierte que no tiene tiempo que perder.—¡Decide, pues, partir en seguida: reune sus tropas; pónese á la cabeza de ellas, y abandona la Ciudad.... para siempre!

Al marcharse en 1848, ofreció libertad y clemencia para el día que volviera....—Esta vez se aleja diciendo:

—*Ya tornaré; modeneses; ya tornaré.... Y ¡ay entonces de los traidores! ¡Mi venganza será implacable!*

Quedó, pues, casi desierta la Ciudad de *Módena* durante muchos días....—Sólo se veían en ella ancianos, niños y mujeres.... Los hombres se habían ido á luchar, divididos en dos bandos.... El Duque y su ejército, compuesto de extranjeros mercenarios, formaban

ya parte de las legiones austriacas, mientras que los ciudadanos de Módena, sin distinción de clases, habían pedido armas á Víctor Manuel y preferente lugar en la refriega.

Los campos de Solferino los vieron á unos y á otros luchar frente á frente....—Allí vencieron una vez más los Aliados á los Austriacos.... Allí venció también el Pueblo de Módena á su aborrecido Duque. —¡Tiempo hacía que estaban emplazados para aquella lid!.... ¡Y Dios quiso que los Modeneses vengaran en un solo día los agravios de muchas generaciones, y tuvieran la dicha de ver caer juntos en una misma derrota al Tirano de Austria, á la Dinastía *Estense*, al odiado Francisco y á sus cuatro mil feroces sicarios!....

—¡Ahora comprenderéis (me han dicho los guardias nacionales y los voluntarios garibaldinos al terminar su relación) el inmenso entusiasmo que estremece todavía á los habitantes de *Módena!*—¡Estábamos muertos, y hemos resucitado!

Y yo me contento con exclamar, no sin desapiadado regocijo:

—¡Oh!.... ¡Si Francisco V de Módena pudiera ver en este instante su antigua Corte!....

Á la verdad, sólo el cuadro que presenta la *Trattoria* en que escribo estos apuntes, le haría morir de impotente rabia. — Tres magníficos retratos (uno de Cavour, otro de Garibaldi y otro de Víctor Manuel) adornan las ennegrecidas paredes.... Más de cien militares (oficiales sardos, guardias nacionales de la Ciudad y voluntarios garibaldinos) hablan de los asuntos de la patria común; censuran á Antonelli; befan á Francisco II de Nápoles; ensalzan á Inglaterra; repiten mil y mil veces las palabras antes proscritas de *Independencia* y *Libertad*; brindan por la *Unidad italiana*; se ríen de los tudescos; entonan canciones aprendidas al

día siguiente de Montebello, de San Martino, de Marsala y de Garegliano; son dueños de sus acciones; pueden expresar sus ideas; ejercitan su voluntad; dicen *¡Viva Italia!*.... — ¡Y el mundo no se acaba por eso! ¡Y el sol sale y se pone como antiguamente! ¡Y existen la Religión, la familia, el amor á la virtud, el respeto á la propiedad, el orden público más admirable!.... — ¡Pobre Francisco V! ¡Qué fácil le hubiera sido dejar buenos recuerdos en Módena!

Pero ya han dado las ocho y media: vámonos al teatro.

Estamos en el *Teatro.... Reale* (antes *Ducale)*.

La Sala es grande y hermosa, y está completamente llena.

En sus ciento cincuenta palcos se ven muchas bellas y lujosas damas y no pocos elegantes caballeros, ora modeneses, ora *de las Ciudades vecinas*, según que me explica el acomodador, mediante unos pocos maravedises.—¡Ya se ve!.... *¡Módena*, gracias al Ferrocarril (obra del nuevo Gobierno), dista de Bolonia una hora y minutos, como ya hemos visto; media hora de Reggio, Ciudad muy importante; hora y media de Parma, Corte de otro ex-reino; dos horas de Plasencia, capital de otro antiguo Estado; siete de Génova, y ocho de Turín!

El célebre actor Rossi ha congregado en *Módena* mucha gente de todas estas poblaciones. — Mañana será la cita en otra parte, y allí volverán á reunirse y á tratarse como paisanos y vecinos los que antes vivían separados por absurdas fronteras....—¿Qué diría, si viera estas cosas el difunto Francisco IV, el insigne *enemigo de los Ferrocarriles y de los forasteros?*

El teatro está animadísimo. En él veo ya sin som-

brero, durante la representación, al público de palcos y butacas....

El palco ex-ducal, sumamente lujoso, se halla vacío....—Yo me figuro el cuadro *moral* que presentaría esta Sala hace dos años.... ¡Qué inmenso poder el de Francisco V, si se comparaba su autoridad con el estrecho círculo en que la ejercía!—El Duque conocería á todos sus súbditos; los gobernaría *inmediatamente;* sentiría el placer del mando en toda su plenitud y vanidad; sería, en fin, rey en su reino, como cada individuo es rey en su casa.... Y ¡qué pesada, qué asidua, qué insoportable resultaría para los demás la presencia de este déspota ocioso, cuya mirada y cuyas pasiones penetrarían en lo más recóndito de los hogares, pasarían de la esfera pública á la privada, é involucrarían lo personal con lo político!

Tal es la condición de todos los Estados sumamente pequeños. En ellos, la tiranía del amo es infalible, inevitable. El continuo contacto con unas mismas personas produce siempre familiaridad y llaneza, y después odio y rigor. Los chismes de vecindad, simple polilla en los pueblos de provincia, contienen mortal veneno en las cortes *lilliputienses*.—No de otro modo se explican los crímenes espantosos que forman la historia de Italia. Los *Scala* de Verona, los *Visconti* de Milán, los *Este* de Ferrara, los *Carrara* de Padua, los *Gonzaga* de Mantua y tantos otros como fueron señores de vidas y haciendas en territorio escaso, usaban el poder de tal modo, que lo que le faltaba en extensión, le sobraba en intensidad.... ó ferocidad....—En fin: todo el mundo sabe que no son válidos, al saltar á tierra, los desafíos ajustados á bordo durante largas travesías, y la razón de esta sabia ley se funda en la experiencia que tienen los navegantes de que muchos hombres encerrados juntos durante largo número de

días, acaban por estorbarse, por chocar unos contra otros, por aborrecerse, por desear destruirse....— ¡Ahora bien: convertid á uno de esos hombres en Señor de los demás, y llegará un momento en que arrojará al agua á todos sus compañeros de viaje!

Pero ¿adónde voy á parar? ¿Qué tiene que ver nada de esto con el buen *Rossi*, que exclama ahora mismo, no sin inspiración:

....Presto a morir son sempre:
è duolmi or sol l'aver vissuto io troppo!

Rossi es un buen actor trágico; pero, aunque muy joven todavía, está ya próximo á su decadencia. Grita con exageración, como todos los actores de Italia; lo cual ha debilitado prematuramente sus facultades.— Diríase que ha explotado mal la cantera de su voz, y que, al sacar de ella algunas estatuas, ha quebrantado el mármol restante.

La tragedia es interrumpida á cada paso por los aplausos frenéticos del público, que halla en todas las escenas algo que referir, por vía de epigrama, al difunto gobierno de los Este; pues Alfieri, como todo el mundo sabe, era un ardentísimo tribuno, disfrazado de poeta, y sus obras están sembradas de arengas, máximas y profecías políticas, que han contribuído no poco á mantener vivo en toda la península italiana, durante los últimos años de opresión, el amor á la libertad y á la independencia.

Debo también hacer notar que no es solamente el *insensato vulgo*, *siempre dispuesto á las mudanzas* (como llamaba Radetzky á la clase popular) quien aplaude con furor los rasgos patrióticos y liberales de Alfieri: son también las más nobles damas, los más estirados caballeros, los ancianos patricios, los jóvenes de moda....—Asegúrolo, porque, siguiendo mi sistema

inquisitorial, he preguntado á mis vecinos el nombre de las personas que daban mayores muestras de entusiasmo en los palcos de *ordine nobile*, y siempre he obtenido alguna de estas contestaciones:

—Ese es el Conde.... esa es la Marquesa.... ese es el Duque de tal.... Ese es un magistrado.... Ese es un sabio...: Esa es la hija de un banquero.... Ese lleva tal ó cuál ilustre apellido...., etc., etc.

Y yo he exclamado en mi interior:

—¿Quiénes serán aquí los partidarios de Francisco V? ¿En qué se fundarán algunos publicistas extranjeros para llamar *inicua usurpación* á la anexión de Módena al Piamonte, y ridícula farsa al sufragio universal que dió por concluída la autonomía modenesa?

Con estos pensamientos me vuelvo á mi casa, donde al fin voy á complacer á mi estúpido Cuerpo, dejándole dormir cuanto guste.

MÓDENA 20 de Noviembre.

Es la una de la tarde.

Hállome en la Estación de la *Strada-ferrata*, esperando la salida del tren que ha de llevarme de *Módena* á *Parma* en cosa de hora y media.

Ahora mismo acabo mi paseo artístico por *Módena;* paseo en que he gastado toda la mañana.

He estado en la *Catedral*, cuyo indudable mérito es más bien arqueológico que arquitectónico. Data del siglo XI, y su fundación se debe á la famosa *Condesa Matilde*, de quien hablaremos cuando vayamos á Florencia. El estilo es lombardo, y, como tal, sumamente curioso para los peritos en el arte de Vitrubio, pero á los profanos nos agrada muchísimo más la *Ghirlandina* (uno de los *campaniles* mayores de Italia), cuyo nombre proviene de la *guirnalda* de bronce de su veleta.—

Todo el exterior de aquella elegante y elevadísima Torre está revestido de mármol blanco.

Desde allí he ido al *Palacio ex-ducal*, cuya magnitud y hermosura me han sorprendido extraordinariamente. —¡Lo mismo digo de aquel edificio, que anoche dije del poder de los Duques de Módena: ni el uno ni el otro guardaban proporción con la pequeñez del Estado!—El tal Palacio álzase en la confluencia de tres Calles magníficas, desde las cuales ofrece un aspecto majestuoso. Su arquitectura es del Renacimiento. El patio, la escalera, las galerías y los salones ostentan una grandeza verdaderamente cesárea.

En cambio, el ajuar es pobre, y hasta mezquino en salas principales. Aquella mezcla de esplendor y de miseria dice claramente que el Reino no le bastaba al Alcázar. En unas habitaciones se ven sillones riquísimos, preciosos dorados, soberbias colgaduras; en otras, sofás y butacas de *gutta-percha* y veladores y mesas de caoba lisa: en cámaras soberbias hay trastos viejos é inservibles; en otras, absolutamente nada.

La *Galería de pinturas* de este Palacio era de primer orden.... hace dos siglos; pero el Duque Francisco III se vió un día en apuro, y vendió al Elector de Sajonia cien magníficos cuadros, entre los cuales iban cinco ó seis *Correggios*.—Hoy sólo quedan en la Galería veinte ó treinta obras medianas, casi todas de la escuela boloñesa.

Al salir del *Palacio*, donde nadie vive á la presente, vi en una de sus salas bajas la almoneda ó subasta que estaba celebrándose con los juguetes de los inocentes hijos del último Duque.... Estos juguetes eran pobres y están rotos, y el pueblo, en vez de hacerles postura, se entretiene en decir bufonadas....—Entre ellos he visto una locomotora de cartón con este letrero: «*De Módena á Mónaco*»....—¡Ah! ¡el bueno de Francisco V

(oí gritar á un viejo) se consolaba pensando en que había Estados más pequeños que el suyo!

Después he vagado por las Calles; y últimamente he venido á la Estación del Ferrocarril, dando una vuelta en coche por encima de la *Muralla* que ciñe la Ciudad.—Esta muralla, como la de Cádiz, sirve de *Paseo público*, y desde su lado meridional se goza una hermosísima vista de los Apeninos....

Pero el tren piafa de impaciencia....—Partamos; que tiempo tendremos de ver estos Montes.

II.

DE MÓDENA Á PARMA.—LOS FARNESIO.—RECUERDOS DE ESPAÑA.—CORREGGIO.—UN TEATRO ANTIGUO Y OTRO MODERNO.

El Ferrocarril de Módena á *Parma* corre paralelamente con la *Via Emiliana*, á lo largo de una fértil llanura, cortada á cada paso por impetuosos arroyos y hasta por verdaderos ríos que, bajando del azul Apenino, van en busca del Po, á mezclarse con aquellas otras aguas, procedentes de los nevados Alpes, que solíamos atravesar cuando íbamos de Milán á Venecia.

El *Secchia* es el primer riachuelo que pasamos: luego nos detenemos algunos minutos delante de *Rubira*, aldea fortificada, en donde encerraban los *Este* á los grandes reos de Estado; y poco después hacemos alto á las puertas de *Reggio*, segunda Ciudad del Ducado de Módena, rodeada de murallas y defendida por una gran Fortaleza.

Reggio, que sólo encierra 19,000 habitantes, tuvo también sus tiempos de República autónoma y de Reino infinitesimal....—¡Decididamente, un viaje en

Ferrocarril al través de tantas antiguas monarquías se parece en cierto modo al *Viaje de Micromegas!*

Después de salvar otro riachuelo, hacemos alto en la Estación de *San Hilario*, cerca de la cual se ve sobre la Vía Emiliana un *Arco de triunfo*, levantado hace dos siglos en celebridad del casamiento de un Farnesio con una Médicis; en seguida pasamos á la vista de *San Lázaro*, población famosa por su Hospital de leprosos, y al fin llegamos á las orillas del *Eroza*, torrente vulgarísimo, que sirve, ó *servía*, de FRONTERA entre los Ducados de Parma y Módena!

No bien salimos de *San Próspero*, primera aldea del ESTADO DE PARMA (donde el país llama la atención por su fertilidad y hermosura), ya distingo, entre el arbolado, grandes cúpulas y erguidas torres doradas por el sol....

¡Es *Parma!*....—¿Tan pronto?—¡Sí! ¡es *Parma!*....—¡Por señas que la Ciudad de los Farnesio, asentada en medio de su feraz y extensa llanura, me parece, más que una Corte de Italia, un *Sitio real*, perteneciente á la Corona de España!....

Esto es injusto y egoista.... Pero ¿quién pone mordaza á la loca imaginación? ¡Ha oído uno decir tantas veces que España tiene *derechos* al Estado de Parma! ¡Se hallan tan enlazadas sus historias! ¡Han estado tan unidos sus nombres!....

Sin embargo; seamos consecuentes con nosotros mismos y con la justicia: olvidemos un poco nuestros *derechos eventuales* á la recuperación de *Parma*, y acordémonos algo de nuestros *derechos eternos* á Gibraltar....; —lo cual no quita para que nos engriamos de haber tenido unos padres tan poderosos, que, no sólo pudieron hacer lo justo, sino también su santa voluntad...., como paso á demostrar inmediatamente.

La Historia peculiar de *Parma* principia con la Dinastía de los Farnesio, á mitad del siglo XVI.

Pablo III, Papa, que en el siglo se llamó Alejandro Farnesio, erigió el Ducado de Parma y Plasencia para su hijo Pedro-Luís, habido en un matrimonio secreto que contrajo cuando era seglar.

Este *Pedro-Luis-Farnesio*, primer Duque de Parma, fué uno de los hombres más abominables que han aparecido sobre la tierra....—Pero los parmesanos le hicieron cumplida justicia; puesto que los nobles le dieron de puñaladas, y la plebe lo arrastró por las calles de la Ciudad....

Su hijo *Octavio* fué reconocido por Carlos V, quien le otorgó la mano de su hija la célebre Margarita de Austria, Gobernadora de los Países Bajos. Octavio reinó en Parma sabia y gloriosamente, durante más de treinta años, y murió llorado de sus súbditos.

Alejandro, hijo de Octavio y de Margarita, penetró aún más en la historia de España.—Este fué el gran *Alejandro Farnesio*, General de los Ejércitos Españoles en tiempo de Felipe II, compañero de D. Juan de Austria en Lepanto y sucesor suyo en el Gobierno de Flandes, vencedor de Mauricio de Nassau y de Enrique IV de Francia, y uno de los hombres más ilustres de aquel siglo de oro de las Armas y de las Letras europeas.

Alejandro no estuvo nunca en *Parma*; pero sus Descendientes sí reinaron aquí, bien que sin gloria, y ya espiraba la Dinastía y eran flojos los antiguos lazos que unían á Parma y á España, cuando nuestro Felipe V se casó en segundas nupcias con la celebre *Isabel Farnesio*, quien le llevó en dote este Ducado....

Estrechóse, pues, más y más el antiguo parentesco entre ambos países.—El primer Borbón de España continuaba la obra de Carlos V....—Pero Isabel

entendió las cosas de otra manera, y, no bien su hijo Carlos fué mayor, envióle de Soberano á Parma.

Este *Carlos* pasó luego al trono de Nápoles, y acabó por ser rey de España con el popularísimo nombre de Carlos III.

Un hermano suyo, el infante *D. Felipe*, le reemplazó en la soberanía de Parma, é hija de este Príncipe fué la célebre María Luisa, esposa de nuestro buen Carlos IV.—Nuevo lazo entre las dos monarquías.

A *D. Felipe* lo heredó su hijo *D. Fernando*, desposeído del ducado de Parma y Plasencia por Napoleón I, quien le dió en cambio la Toscana, erigida en *Reino de Etruria*.—D. Fernando protestó contra semejante arreglo, y murió sin aceptar el reino de Etruria, aunque iba ganando en el cambio.

Pero su hijo *D. Luís*, casado con una hija de Carlos IV de España (vuelve á remacharse el parentesco), fué menos escrupuloso y admitió la Toscana.

(Esta hija de nuestro Carlos IV es la famosa *Reina de Etruria*, que tanto brilló en la Corte de Napoleón por su lujo, belleza y carácter, durante su estancia en París, antes de que su esposo y primo tomase posesión del improvisado reino.)

Muerto D. Luís en 1803, la *Reina de Etruria* siguió en el trono, como Regente en nombre de su hijo *Don Carlos II*, hasta el año de 1807, en que fué desposeída de nuevo, por haber sido también incorporada la Toscana al imperio de Napoleón; y entonces regresó á Francia, en donde vergonzantemente compartió el destierro de su padre Carlos IV y de su hermano Fernando VII, víctimas como ella de sus debilidades con el Emperador....

¡Entre tanto, el *Ducado de Parma y Plasencia* había sido hecho tres pequeños Principados, en que reinaban *Paulina Bonaparte*, *Cambacères* y *Lebrun!*

1814 arregló las cosas de otra manera. El *Ducado de Parma* fué dado á la *ex-Emperatriz María Luisa*, esposa de Napoleón (prisionero ya en la Isla de Elba), para ella y para su hijo el llamado *Rey de Roma*, y la Reina de Etruria recibió el pequeño *Ducado de Luca* para su desheredado hijo *D. Carlos II.*

1817 fué más favorable á los Borbones. En dicho año declaró la Europa que el Ducado de Parma volvería á poder de los nuevos Señores de Luca, á la muerte de la ex-Emperatriz, lo cual equivalía á despojar de todo patrimonio al Rey de Roma.—*María Luisa* aceptó: dejó en poder del Austria al hijo del Héroe vencido en Waterloo: dedicóse á gobernar á *Parma* en unión del Conde de Niepperg, General Austriaco y su primer Ministro, con quien mantenía criminales relaciones: tuvo de él tres hijos, ¡en vida del Prisionero de Santa Elena!; y, no bien murió éste, casóse con aquel obscuro soldado, que había hecho su carrera peleando contra la Francia!....—La triste criolla Josefina estaba vengada del feroz repudio del César.

Muerta al fin, en 1847, la desvergonzada María Luísa, ó sea la *segunda viuda* de Napoleón el Grande, en el mismo año volvió al trono de Parma la dinastía de Borbón, en la persona de D. *Carlos II*, hijo de la Reina de Etruria, el cual cedió el Ducado de Luca á la Toscana.

Al año siguiente, D. Carlos II era arrojado de Parma por la Revolución, y abdicaba en su hijo *Fernando-Carlos III.*—Entró éste en sus Estados en 1849, donde reinó pacífica y prudentemente, si bien con el régimen absoluto, hasta el año de 1854, en que un joven, impulsado á lo que se cree por odio particular, lo asesinó en el paseo público, en medio del día, cuando sólo contaba el Príncipe treinta y un años de edad.

En fin: su viuda, nieta de Carlos X, Rey de

Francia, y hermana del pretendido Enrique V, Conde de Chambord, es la famosa *Duquesa de Parma* (tan conocida en el actual mundo político) que ha gobernado aquí hasta el año pasado, en nombre del mayor de sus hijos, *Roberto I de Borbón*, nacido en 1848.

De esta Princesa elogian los mismos italianos las virtudes privadas y la benignidad y acierto con que ha regido á sus súbditos. Revolucionarios parmesanos han dicho en letras de molde que sólo altas razones patrióticas (la necesidad de unirse contra el Austria, y el pensamiento de formar un gran Reino con tantas flacas monarquías) han podido llevarlos á cambiar de régimen y Gobierno.

Pero henos ya dentro de la Capital del Ducado.—Dejémonos de historias; consignemos que el número de habitantes, el Territorio, el Presupuesto y el Ejército del Estado de *Parma y Plasencia* eran sobre poco más ó menos iguales á los del de Módena, y describamos la antigua Corte de los Farnesio....

Parma es una hermosa y alegre Ciudad, de espaciosas y limpias calles, rodeada de muros, llena de antiguos Palacios y buenas casas modernas, atravesada de Este á Oeste por la *Via Emiliana* (que se convierte aquí, como en Módena, en una especie de *boulevard*, con el nombre de *Strada-Maestra)*, y cruzada de Sur á Norte por el río Parma, sobre el cual hay tres dilatados Puentes.

Siguiendo mi costumbre, he tomado un coche en la Estación, el cual, no sólo me ha traído á la Ciudad, sino que me servirá en ella de albergue durante todo el día. En él va mi equipaje: en él escribo: él me llevará á ver todo lo notable que encierra la Capital, y él me conducirá á la noche á cualquiera fonda en busca de mesa y cama.—¡Además de esto, el cochero me

economiza un *cicerone!*....—Creo que no se puede simplificar más un viaje.

Parma está vestida de fiesta como Ferrara, Bolonia y Módena. Por todas partes banderas, músicas, letreros, alegría....¡Y es que, según parece, *il Re Galantuomo e Garibaldi* vencen todos los días en el Sur de Italia, á tal extremo, que el Reino de Nápoles pertenece ya á la historia!—Yo no he politiqueado, sin embargo, aquí tanto como en Módena, sino que me he dedicado casi exclusivamente á las Bellas Artes.

Mi primera visita ha sido para la *Catedral*, vieja y de estilo lombardo como la de Módena. Las torres y la fachada se hallan todavía por concluir, y eso que la obra fué principiada en el siglo XII. Goza, empero, de celebridad en todo el mundo, por encerrar una maravilla artística de primer orden: — la *Cúpula*, pintada por Correggio.

Este inmenso *Fresco* representa la *Asunción de la Virgen*, asunto predilecto de los pintores de Italia. Todos convienen en que el triunfo de María no ha sido imaginado por nadie con tanta inspiración, con tanto fuego, con tanta gracia como por el maestro parmesano. En cuanto á mí, prefiero su *Asunción* á todas las que hasta ahora he visto; á la de Rubens, á la de Ticiano, á la de Perugino y á la de Caracchi.

Correggio es el verdadero jefe de la escuela lombarda. Original é inspirado como ninguno, resume en sí las excelencias de otras escuelas. La vista de un cuadro de Rafael le reveló su genio: las obras de Ticiano le descubrieron los secretos del *color:* en Vinci admiró la gracia de la *forma:* en Miguel Ángel la osadía y el poder del *dibujo*. Él, por su parte, traía en el alma, como nuestro Murillo, el misterio de la luz increada, las transparencias de la sombra, la magia reveladora del claroscuro, la intuición de los fulguros celestes.—

Así pinta: digamos ahora cómo dibuja.—El *escorzo* es su constante empeño...., y, gracias á él, presenta, no una fase de la figura humana, sino la figura entera, vista por todos lados.... ¡Yo no podré explicaros cómo lo consigue; pero es lo cierto que la mirada gira en torno de los cuerpos delineados por Correggio, como giraría alrededor de una estatua!

Desde la *Catedral* me he venido al *Palacio Ducal*, donde escribo estas hojas de mi cartera y donde me pasaré toda la tarde; pues aquí se hallan reunidas las demás cosas célebres é ilustres que encierra *Parma*.—Porque habéis de saber que el *Palacio Ducal* es una colección de edificios que comprende: la *Regia Morada* de los antiguos Duques, el famoso *Teatro Farnesio*, la *Academia de Bellas Artes* (renombrada en toda Europa por las obras maestras de Correggio que aún adornan sus muros), los *Archivos*, la *Biblioteca*, el *Museo de Antigüedades*, y, finalmente, el vasto y frondoso *Jardín Ducal*, que sirve de *Paseo Público*.

Una vez dentro de tal laberinto de construcciones, diríjome á la *Academia*, en busca de una celebérrima obra de Correggio, que hace mucho tiempo deseo admirar.—Tal es su famoso lienzo, conocido con el nombre de *San Jerónimo*, llamado así, no porque este Santo sea la figura principal del cuadro, sino por lo admirablemente representado que en su parte inferior se ve al inmortal autor de la *Vulgata*.

La figura principal de la composición es la Virgen con el Niño Jesús, al cual besa los pies la Magdalena, mientras que un Ángel le muestra un libro abierto y San Jerónimo lo contempla con indecible amor.—Este cuadro, radiante de luz y de vida, se llama generalmente *el Día*, en contraposición á otro que pintó

el mismo Correggio y que fué denominado *la Noche*, por la suprema inteligencia de las *sombras* que en él demostró el artista.—(*La Noche* se encuentra en el Museo de Dresde, y su asunto es la Natividad de Cristo.)—Como en todos los cuadros de Correggio, lo que más sorprende en *el Dia* es la silueta de una luz sobre otra luz y de la carne sobre la carne; el gran movimiento y vida de las figuras; la belleza de las formas.... (á pesar de ser algo *aflamencadas*) y la riqueza y armonía del color, que parece una descomposición *natural* de los rayos solares.

Esta *Academia* encierra otras obras notabilísimas del mismo autor, entre las cuales merece mención especial la *Madonna della Scodella*, interesante episodio de la Huída á Egipto.—También contemplo aquí el *Busto* de la precitada segunda esposa de Napoleón, esculpido por Cánova; un *Apostolado* de nuestro Ribera, de los menos admirables que pintó; un *Jesús Nazareno* de Ticiano, y un *Viejo* de Murillo, pálidos vislumbres del genio de estos artistas, así como una *Madonna* del inimitable *Francia*, cuya celestial belleza excede á toda ponderación....

La falta de luz (pues el sol empieza ya á declinar) me obliga á salir de la Academia....—Ninguna hora mejor para visitar el *Teatro-Farnesio*, que, como dejo dicho, forma también parte del *Palacio Ducal*.

El *Teatro-Farnesio* es el coliseo más grande del mundo. Fué edificado á principios del siglo XVII, y en él se han dado espectáculos de todos géneros (hasta simulacros de combates navales), en presencia de muchos Reyes y Emperadores.—El edificio (que es de madera, así como las *Estatuas colosales* que lo adornan) empieza ya á arruinarse completamente....—¡Y cuán melancólico aspecto ofrece á la consideración del viajero esta soberbia obra, levantada para templo del bullicio y la

alegría, abandonada ya para siempre, sepultada en el silencio de lo pasado, entristecida por la soledad de las tumbas, como los tiempos y las generaciones que fueron testigos de su grandeza!—La confusa luz de la tarde penetra por las rotas ventanas y apolillados techos, dando fisonomía fantástica al desvencijado teatro y haciéndole asemejarse á un descomunal esqueleto,—¡al esqueleto de la antigua *Parma!*

Cuando dejo el Teatro y salgo á la Calle, todavía no ha anochecido.

El cochero me brinda con un paseo por el *Stradone*, «donde á esta hora (dice) se reunen todos los paseantes de la Ciudad....»—Yo acepto.

El *Stradone* es una magnífica arboleda, situada al Sur de *Parma*, entre la *Ciudadela* y el *Jardín Botánico*.—En él hallo cinco ó seis coches cerrados, al través de cuyos cristales percibo encantadoras cabezas, que brillan ante mí como pasajeros meteoros....

La tarde está muy fría, pero diáfana y apacible. Los coches pasan y tornan aceleradamente, hasta que muy luego el crepúsculo se apaga sobre las cumbres del Apenino, teñidas de color de violeta....

El paseo se va quedando solo....—Ya no hay más carruaje que el mío....

Esto me pone muy melancólico....—¡Hace diez y ocho días que vago de Ciudad en Ciudad, sin tropezar con ningún español! ¡Hace cuatro días que no resuena en mis oídos la lengua patria!.... ¡Desde que me despedí del Prusiano, no he vuelto á decir «*usted!*....»

En tal disposición de ánimo, tengo ahora que ponerme á buscar un techo bajo el cual pasar la noche; una luz que sustituya á la que se extingue en el ocaso; una mesa en que hacer la triste y solitaria colación del caminante; un hogar comprado, que mañana pres-

tará su calor á otro peregrino; una cama que desconozco y que desconocerá mis sueños!....—¡Digo que no puedo más!

El *Albergo della Croce Bianca*, donde me he alojado, hospeda también esta noche á no sé qué General recién llegado de Nápoles.

Inmenso gentío inunda el patio, las escaleras y los corredores que he atravesado para venir á mi cuarto....

En el patio hay una banda militar, que toca himnos y walses, en tanto que el General come.

La multitud aplaude, y grita: *¡Viva Italia!*

Algunas mozuelas de buen humor bailan los walses á la puerta del *Albergo*....

Yo como *solo* en una vasta sala, llena de largas mesas, á las cuales están sentados en dobles filas más de cien parroquianos ó pasajeros, casi todos militares. —Cada uno pide por su cuenta; pero todos comemos *lo mismo*....—La *lista* de los *albergos* y *trattorias* de esta parte de Italia es muy limitada y siempre igual: *brodo*, *menestra*, *manso*, *cervello*, *formaggio è frutti*, ó sea: caldo, legumbres, buey, sesos, queso (estamos en la tierra de uno muy famoso) y frutas.

Después de comer, me voy (también solo) al *Teatro Nuevo*, en donde hallo que representan un drama titulado SILVIO PELLICO, plagio del *Daniele Manin* que vi en Milán!....—¡Oh, esto es demasiado!....

¡Vámonos, vámonos al *Albergo*; y consolémonos pensando en que mañana á las siete tomaremos el tren-correo para *Génova!*

LIBRO OCTAVO.

GÉNOVA.

I.

ENTREACTO.—EL AUTOR HACE NOVILLOS Y SE VUELVE Á TURÍN.—VISITA AL CONDE DE CAVOUR.—TEATROS.—VIAJE Á GÉNOVA.—UN FERROCARRIL EN LOS APENINOS.

GÉNOVA 8 de Diciembre.

MÁs de quince días hace que salí de Parma con dirección á *Génova;* decidido á embarcarme en seguida para Liorna.— Pero el autor pone y el hombre dispone.... ¡Hasta esta mañana no he llegado á *Génova*, lo cual significa también que todavía no he visto la Toscana!

—«Pues ¿y esos quince días? (me diréis.) ¿Dónde los has pasado? ¿Cómo has tardado medio mes en un viaje que debiste hacer en seis horas?»

Lo explicaré clarísimamente.—*Aquella mañana* (la mañana siguiente á la noche que pasamos en el teatro de Parma) amanecí muy más triste que me había acostado, cosa que no me impidió tomar el primer tren y salir con dirección á Génova, adonde esperaba llegar á la una y media de la tarde....—De Parma á Alejandría todo fué perfectamente. Crucé á la vista de Plasencia *(Piacenza)*, triste y solitaria Capital de otro an-

tiguo Ducado; vi á lo lejos el sitio en que existió *Veleya*, Ciudad importantísima, sobre la cual se hundieron hace mil y quinientos años los vecinos montes, sepultándola completamente con todos sus habitantes, y, por último, llegué á *Casteggio*, en donde el camino empezaba á serme conocido, por haberlo andado, como recordaréis, cuando hicimos el viaje de Turín á Milán deteniéndonos en Pavía....

Una vez trasladado á *Alejandría de la Paja*, el tren hizo alto durante media hora, que yo pasé sentado á la misma mesa en que almorcé veinte y tres días antes.... ¡Y allí fué el conflicto! — ¡Hallábame á dos horas de *Turín!*.... ¡En *Turín* había españoles y tenía amigos...., y ya os dije en Parma que estaba cansado de viajar solo y de no hablar el idioma patrio!....— Por otra parte, un camarada mío de la Guerra de África, á quien ya he mentado otra vez (el amo del marroquí *Jussuf*), me había escrito desde la Capital del Piamonte (adonde había llegado después que yo partí), diciéndome que pensaba ir á Florencia y Roma y que se alegraría de que *hiciésemos juntos el viaje*, para lo cual me pedía razón de mi itinerario, prometiendo salirme al encuentro donde menos lo imaginara....—¡Y era el caso que Caballero estaba todavía en *Turín* esperando mi contestación!....

—¿Por qué no llevársela yo mismo? (me dije entonces.) ¿Qué me importan dos horas más de viaje? ¿No deseo tanto hallarme entre compatriotas? ¡Pues de camino veré á Duro, y á la Roca, y á Camprodón, y á Escalante!....

(El Sr. Coello había protestado, en nombre de España, contra los recientes sucesos, y salido para Madrid con su familia.)

Por aquí iba en mis reflexiones, cuando vi sobre una mesa la *Gazzeta di Torino*, en la cual se anunciaba

que la célebre actriz Adelaida Ristori, á quien yo no había visto desde 1857, llegaría á Turín aquella misma tarde, de paso para Rusia, y que, antes de partir, daría dos representaciones en el *Teatro Carignan*.

Esta última noticia me decidió.... Dejé, pues, marcharse el tren de Génova; tomé otro que salía en aquel mismo instante con dirección diametralmente contraria, y dos horas después me hallaba en *Turín*.

Como ya os he descrito aquella Ciudad, hablaré muy ligeramente de mi segunda estancia en ella, á fin de que me perdonéis tan larga escapatoria.

Sólo os diré que, durante dos semanas, he cambiado un poco de vida y de equipaje; he dejado el estudio de pinturas y de estatuas por el trato y comunicación con gentes de carne y hueso; he vivido en la llamada sociedad; me he divertido mucho; he hablado español hasta por los codos, y he visto á mi buena amiga la Ristori representar *Fedra* y *Medea*.

También he tenido el honor de hablar con el Conde de Cavour, á quien me ha presentado nuestro Encargado de Negocios.—El grande hombre de Estado, cuya figura os he descrito ya, es tan sencillo y apacible en su trato como en su aspecto y sus costumbres, y difícil sería hallar afabilidad como la suya en otra persona de su importancia.—Por lo demás, yo no olvidaré nunca estas frases, resumen y compendio de todo lo que me dijo el Presidente del Consejo de Ministros de Víctor Manuel:—«Si, en vez de nacer en esta Península, »hubiera yo nacido en la vuestra, y llegado á ser allí »lo que soy aquí, habría seguido la misma política »que estoy siguiendo. — La causa de los españoles es »igual á la de los italianos. Tenemos intereses y ene»migos comunes.—El malestar de Italia era más apre-

»miante, y por eso hemos principiado nosotros.... ¡Ya »nos seguiréis con el tiempo!»

Con mucho menos gusto he presenciado el estreno de una ópera nueva, titulada *Víctor Pisani*, — música de un tal *Aquiles Peri*. — El éxito fué desgraciadísimo.

En cambio, he aplaudido de todas veras en el teatro Alfieri al famoso actor *Módena*, el primer trágico de Italia.—Representaba la *Claudia* de Jorge Sand. — El pobre está muy viejo.

La buena sociedad turinesa, que empezaba ya á volver de sus expediciones campestres, se reunía por lo regular en el *Teatro Carignano*, donde la *Salvioni* seguía bailando la *Esmeralda*....

Pero mi espectáculo favorito en *Turín* ha sido la magnífica *Colección de Fieras* del célebre *M. Charles*, instalada en sólidas jaulas en el *Borgo Nuovo*.—Los rugidos de los leones se oían en todo *Turín* durante el silencio de la noche, y rara ha sido la mañana que no he ido á ver al domador darles de comer y enseñarles algunas habilidades.—Entre los animales más bellos y terribles de que me ha hecho *amigo* el amabilísimo *M. Charles*, figuraban tres leones (uno de ellos árabe, digno de acompañar á San Jerónimo); dos leonas; un hermoso tigre de Bengala sumamente grande; un oso blanco y otro negro, que se aborrecían de muerte; un elefante enorme, pero muy tratable y afectuoso, y la familia de monos más divertida y malvada que he conocido en parte alguna.

—«Los leones se doman por hambre (he pensado yo allí), y el hambre no consiguió domar á los habitantes de Numancia.—Hacen, pues, mal los poetas en comparar con el león al hombre fuerte.»

Por las tardes he admirado desde la *Plaza de Armas* el magnífico y siempre nuevo panorama de los Alpes, cubiertos ya de nieve hasta su anchurosa falda.—

¡Cuántos y cuántos sitios de los que yo recorrí en Octubre son ahora inaccesibles, ó han desaparecido bajo masas enormes de nieve y hielo!

Finalmente, hoy, día de la Concepción, he sacudido la pereza y el irresistible hechizo que me retenían en una Ciudad tan monótona y triste, al decir de algunos, y tan agradable y deliciosa, en mi opinión, como la Capital del Piamonte; y, acompañado de mi amigo Caballero y de *Jussuf*, del inimitable Jussuf, he reanudado mi peregrinación, firmemente resuelto á visitar toda la Toscana antes de Pascua y á pasar la Noche-Buena en Roma.

Del camino que enlaza á Turín y *Génova*, ya conocéis la mitad, ó sea hasta *Alejandría*.

Continuando esta vez hacia el Sur, en vez de girar hacia el Este, pronto pasamos por *Novi*, rica Ciudad, á cuyas puertas fueron vencidos los Franceses en 1799, es decir, cuando ya empezaban á acostumbrarse á vencer á todo el mundo.... — Nosotros no nos detuvimos allí más que los dos minutos reglamentarios.

Á pocas leguas de Novi, el Camino de hierro principió á engolfarse en los *Apeninos*.... ¡Al fin iba yo á atravesar aquella azulada cordillera que había estado viendo constantemente á mi derecha cuando recorría la Vía Emiliana!....—Y, en efecto: al llegar á *Arquata*, estábamos ya cercados por los Montes, cuyas más altas cimas se levantaban delante de nosotros como cerrándonos el paso. ¡Siete leguas no más hay desde allí á *Génova*; pero estas siete leguas constituyen el *espesor* de un muro de granito, al través del cual tiene que abrirse camino la locomotora!

Los trabajos practicados para salvar tan enorme obstáculo son verdaderamente admirables. El Camino

de hierro es una sucesión de largos túneles, de terra-
plenes inmensos, de fabulosos desmontes, de puentes
atrevidísimos, de viaductos ciclópeos, de edificaciones
de titanes. ¡Y cuán hermosas y sorprendentes son to-
das estas obras en el seno de aquella naturaleza virgen,
entre peñas y árboles, bajo nieves eternas, sobre
torrentes impetuosos, en los flancos de insondables
abismos!....—Diríase que, para vencer tales resisten-
cias, el hombre ha dispuesto del terremoto.

Por lo demás; aunque relativamente *pequeños* en comparación con los descomunales Alpes, los panora-mas del Apenino interesan también muy mucho en su género especial de belleza. Los Alpes, en medio de todo su poderío, y, sin embargo de estar cubiertos de sempiterno manto de hielos y nieves, ostentan no sé qué aire risueño, inocente, feliz...., ¡mientras que los Apeninos son obscuros, dramáticos y medrosos! Aqué-llos parecen venturosos ancianos, de frente encanecida, que, libres ya de los afanes de la tierra, conversan úni-camente con el cielo: éstos se asemejan más bien á calenturientos jóvenes sin dicha ni esperanza, en quie-nes palpitan volcánicas pasiones....

Volviendo á la prosa y al Camino de hierro, diré que el primer *túnel*, el de *Pietra Bissarra*, mide 682 metros. —Para atravesar después una estrechísima garganta entre dos montañas casi verticales, ha sido forzoso le-vantar una *calzada* de 300 metros de longitud, sobre el lecho mismo de recia cascada, y hacer luego un *puente* de cincuenta metros de luz, á fin de saltar de una mon-taña á otra.—En seguida se repiten los *viaductos*, y llegan tres *túneles* sucesivos, uno de 838 metros, otro de 440, el tercero de 708, enlazados por temerarios *puentes*, que conducen á la famosa *Galeria dei Giovi*.— Esta galería ó túnel tiene cerca de una legua de largo, y se halla construída á 1,200 pies sobre el nivel del

mar.—Cuando se sale de ella empieza á bajar el terreno tan rápidamente, que no se conoce otro Ferrocarril de tal inclinación....—Y es que en aquel punto se encuentra ya el tren á muy poca *distancia* de *Génova*, bien que á grandísima *altura* sobre la Ciudad....

Por resultas de esto, al salir de un último *túnel*, se abre el horizonte, y se halla uno con *Génova* y el mar debajo del camino; pero tan debajo, que no se comprende cómo podrá el convoy llegar á la Ciudad, si no se hunde por escotillón....—Y lo que entonces sucede es que el Ferrocarril traza una amplia curva alrededor de los montículos en que se asienta *Génova*; pasa por encima de los tejados del Barrio *delle Grazie*, y al fin logra hallar acceso en la insigne patria de los Doria por su extremo más occidental.

II.

VISTA DE GÉNOVA.—RECUERDOS HISTÓRICOS.—CRISTÓBAL COLÓN.—PASEOS POR LA CIUDAD.—LOS GARIBALDINOS.—UNA MANIFESTACIÓN PACÍFICA.—ME EMBARCO PARA LA TOSCANA.

La gran vista de *Génova* (dicen,—y ya la contemplaremos nosotros al regresar del Sur de Italia) es la que se goza cuando llega uno por mar á su celebradísimo Puerto....—Tócame hoy describir el panorama, también maravilloso, que ofrece la Ciudad á los que, procedentes del Norte, llegan por tierra.

Desde que se empieza á salir de las cordilleras del Apenino, esto es, poco más de dos leguas antes de entrar en *Génova*, principian á aparecer por todas partes, así en las cumbres de las colinas como en los verdes y hondos barrancos, hermosísimas *Casas de recreo*, pintadas de los más vivos colores, *Palacios campestres*, gra-

ciosas *Quintas* y hasta *Aldeas* enteras, compuestas de jardines y soberbios edificios, refugio de la aristocracia genovesa en la estación de los grandes calores. —La mayor parte de aquellas *villas* tienen pintadas al fresco sus cuatro fachadas, con figuras y hasta composiciones que producen muy singular efecto en medio de los árboles, de las rocas y de las despeñadas aguas.... —Es la primera vez que he visto asociada la pintura á la agreste naturaleza.

Para llegar á la Estación, término del viaje, se pasa por túneles abiertos debajo de algunos Palacios, ó por encima de los techos de humildes casas. —Desde ciertos parajes la Capital de la antigua Liguria se ve escalonada en anfiteatro entre el Mar y el Apenino, apretada por murallas y olas y semejante á las ruínas de inmensurable circo de mármol cuya *arena* ó redondel fuera aquel abrigado Puerto, lleno de buques de todas las naciones del mundo. —Detrás de los dos *espigones* del muelle se perciben las extendidas aguas del Golfo....

Todo esto, y una vivísima luz, un esplendente cielo, una infinidad de jardines entremezclados con las casas, y un aire tibio y aromoso, en que apenas se perciben las salobres emanaciones del mar, revela al viajero que se halla en una de esas ciudades del Mediodía de Europa que reflejan algo del opuesto litoral africano; en otra Málaga, en otra Marsella, en otra Nápoles; en una capital *mediterránea*, finalmente, enriquecida por las olas y poderosa en apartados mares, como lo fueron Pisa y Venecia y los puertos fenicios y cartagineses.—¡Y nada más cierto!... La Ciudad en que entráis es *Génova la Soberbia*, emporio del comercio durante muchos siglos;—la que compartía el dominio de los mares con Venecia y Pisa, y las combatió y las venció;—la que llevó á los Cruzados á Oriente;—la que ganó tierras y

estableció colonias en el Archipiélago griego, en el Bósforo y en Crimea;—la de las revueltas y conmociones populares, inquieta siempre por su libertad;—la que cambió cien veces de forma de gobierno, ensangrentando un día y otro sus Plazas y sus Calles;—la que sufrió el yugo extranjero con la misma facilidad que lo rompió entre sus manos, según que estuvieron de humor sus hijos;—la de aquellos *Dux* (no menos gloriosos que los de Venecia) que se llamaron *Simón Bocanegra*, *Adorno*, *Fregoso* y *Montalto*;—la de los *Doria*, *Fieschi*, *Grimaldi* y *Spinola*, patricios ilustres, famosísimos guerreros por mar y tierra, entre los que se cuenta el insigne *Andrés Doria*, acaso la primera figura de su siglo, y eso que vivió en el siglo de los egregios capitanes....:—*Génova*, en fin, tan ligada á la historia de España durante 150 años, cual si hubiese formado parte de nuestra propia tierra,—y patria de Cristóbal Colón.... ¡título el más grande que tiene á la reverencia y amor de los españoles!

¡Cristóbal Colón!....—Lo primero que vimos al entrar en la Ciudad (en una pequeña Plaza que se halla cerca de la Estación del Ferrocarril) fué un *Monumento*, empezado hace muchos años y que ahora tratan de acabar, en honor del cuitado y célebre descubridor del Nuevo-Mundo....—Por cierto que, al votar la Ciudad de *Génova* esta apoteosis al más afamado de sus hijos, dió prueba de abnegación;—pues el descubrimiento de América fué tan perjudicial á los genoveses como antes lo había sido á los venecianos, según que ya hemos dicho en otra parte. Él señaló la hora de la decadencia de las Repúblicas comerciales de Italia; él arruinó el tráfico de Oriente, y él empobreció por lo mismo á los navegantes que iban á Constantinopla y á Alejandría á esperar las caravanas cargadas con las riquezas de la India.

Entre tanto, España, que debió un mundo al peregrino de la Rábida, no ha levantado todavía monumento alguno en su alabanza y gloria [1]. ¡Verdad es que ya le pagó en vida tantos beneficios, cargándolo de cadenas y encerrándolo en una prisión!!.... ¿Qué mayor recompensa que el martirio para el bienhechor de la humanidad?

Génova me ha recordado mucho á la Venecia *terrestre*. Iguales callejuelas obscuras, moriscas, formadas por altísimos Palacios; la misma suntuosidad arquitectónica, aunque por diferente estilo; los mismos puentes y escaleras para ir de una calle á otra; igual acumulación de edificios; idéntica abundancia de labrados mármoles....—Sólo faltan las vías de agua.

Ya os he dicho que la Ciudad está construída en anfiteatro; y de tal manera esto es así, que hay calles en ella que se cruzan en el aire; otras que suben por escalones desde la orilla del mar á grandes alturas; Palacios tapados por míseras viviendas; salones reedificados allá en las nubes, donde por la noche se reflejan miles de bujías en lujosos dorados, al través de artísticas ventanas, y se oye el son de regalada música, y se ven cruzar voluptuosas parejas arrebatadas por el baile.... — Durante el día, la animación de la Ciudad es también extraordinaria.... (En esto no se parece ya á Venecia....) Los genoveses son muy habladores y entusiastas, y las genovesas recuerdan á todas las hijas del Mediterráneo: gracioso andar, talles

[1] Esto era tristísimamente cierto en 1860. No lo es ya en 1886, cuando se publica la 3.ª edición del presente libro.—Falta ahora, sin embargo, honrar también la insigne memoria del español *Martín Hernández Pinzón*, alma y vida de aquella empresa en todo lo material y práctico, según acaba de probar el Sr. Fernández Duro.

esbeltos, morenas caras muy descoloridas, noble perfil, hechiceros ojos....—Casi todas llevan una toca ó mantilla blanca llamada *mezzaro*. El *mezzaro* de las menos acomodadas suele ser de percal floreado de rabiosos colores.

La población de *Génova* (140,000 almas) no cabe en el reducido perímetro de la Ciudad. Las gentes del pueblo tienen fama de soberbias y díscolas, cosa impropia de italianos; y hoy, sin duda por ser día de la Concepción, había en Calles y Plazas infinidad de obreros ebrios, que cantaban, bailaban y se divertían de mil modos, sin molestar á nadie, pero como quien también cuenta con que nadie se atreverá á molestarle á él....—¡Málaga puro!

Dentro de *Génova*, como en sus afueras, casi todas las casas están pintadas de fuertes y variados colores; unas de rojo, otras de verde; estas de azul, aquellas de amarillo. En varias fachadas se ven además extensos frescos, colosales estatuas de los antiguos señores que allí moraron, ó abultadas cariátides que exhiben su desnudez á los transeuntes. También hay muchos Jardines, y, como en Granada, se ven árboles y flores encima de azoteas y tejados....; lo cual es pura ilusión óptica y depende de la disposición de la Ciudad, escalonada sobre montañas.

La proximidad de Carrara se revela en la profusión con que se ha hecho uso del más exquisito mármol blanco. Encima del Muelle, por ejemplo, hay una larguísima *Muralla* de doce metros de espesor, toda construída de dicho mármol y cuya plataforma sirve de Paseo público.

En la Calle más notable de la Ciudad *(Strada Nuova)*, formada por dos hileras de hermosos Palacios, debidos casi todos al arquitecto Alessi, restaurador de *Génova*, hállase el *Municipio*, antiguo *Palacio-Doria*,

uno de los muchos con que esta ilustre familia decoró su Ciudad natal.—El vestíbulo ostenta varios *Frescos* que antes adornaban el Palacio Grimaldi, entre los cuales ha llamado vivamente mi atención uno que representa la *Llegada de D. Juan de Austria á Génova*.... creo que después de la Batalla de Lepanto.

Arriba, en el *Salón de Sesiones* del que nosotros llamaríamos *Ayuntamiento*, he visto, con la emoción que podréis imaginaros, un *Busto* de Cristóbal Colón, levantado enfrente de la Presidencia.—En el basamento tiene una *puertecilla de plata* sobredorada, que se abre con tres llaves. Allí se conservan *tres cartas* en español, escritas por el Descubridor de América, y el original de los *Privilegios* dados al mismo por los Reyes Católicos. —Allí están, pues, las firmas de Isabel y Fernando y el *Escudo de armas de Colón*, ¡tal vez el primero que se dibujó para la gloriosa casa del grande hombre!....

Después del *Municipio*, he visitado el *Palacio Ducal* ó *de la Ciudad*, asiento hoy de la Policía, construído en 1262 por el abuelo de Simón Bocanegra y reedificado en 1778.—Allí moraron todos los *Dux* de la antigua República genovesa.

Luego he ido (atravesando toda la población) al célebre *Palacio de Andrés Doria*, en cuya puerta dice una inscripción que este hombre insigne, «después de haber sido Almirante del Papa, de Carlos V, de Francisco I y de su patria, edificó aquel asilo en 1529, para descansar en los días de su vejez».—El *Palacio*, que ha debido de ser hermosísimo, se halla abandonado y ruinoso; pero no así los magníficos *Jardines* que lo cercan. —En ellos me han enseñado (¡singular Monumento!) el sitio que ocupó durante muchos años el *Mausoleo de un perro*, llamado *Rœdan*, que Carlos V regaló á Andrés Doria....

Tales son hasta ahora mis impresiones en la her-

mosa *Génova*. La llegada de la *presta* noche (estamos en Diciembre) no me ha permitido ver más. Pero tiempo sobrado tendremos de hacer aquí nuevos estudios; pues habéis de saber que el Vapor en que hemos de ir á Liorna no emprenderá su viaje, según las últimas noticias, hasta pasado mañana á la noche.

GÉNOVA 10 de Diciembre, — á las nueve de la noche.

¡Dentro de una hora nos embarcamos para *Liorna*, y mañana al amanecer estaremos en la Toscana, en la tierra clásica de las flores y de las artes, en la patria del talento y de la hermosura!

Antes de entregarnos á tan dulces emociones, y por si la mar, que está agitada, no me permite escribir esta noche á bordo, voy á referiros brevemente las principales cosas que he visto ayer y hoy en la encantadora *Génova*.

Después del *Palazzo Reale*, comprado por Carlos Alberto á no sé qué patricio genovés, y sólo notable por su magnitud, fuí á ver la famosa *Galería de pinturas* del *Palacio Brignole-Sale*, llamado comúnmente el *Palacio Rojo*, por estar pintado de este color.—Su dueño vive casi siempre en París, adonde ha trasladado muchas obras de dicha Galería; pero aún quedan en ella algunos *Retratos* de Ticiano y de Van-Dyck y varios *Cuadros religiosos* de Reni, Guercino, Lucas Jordán y los dos Palmas.—En los Palacios *Adorno* y *Pallavicini* hay muchas y muy buenas *Pinturas* de los mismos maestros y de otros de la escuela holandesa.

También merece ser visitada la *Universidad*, grandioso y elegante edificio. Una doble *Columnata* dórica gira en torno del patio, y sobre ella se levanta otra de orden-jónico. Enfrente de la Puerta de entrada está la *Escalera*, que es magnífica. Al través de sus arcos se

perciben los naranjos, laureles y cedros de un alto *Jardín*, cuya verde pompa da mayor realce á tan soberbia arquitectura. En el *Salón de Exámenes* hay seis bellas *Estatuas* del célebre Juan de Bolonia.

Las *Iglesias de Génova* son celebradas y criticadas juntamente por su excesivo lujo, y sobre todo por el extravagante empleo que se ha hecho en ellas de mármoles negros y blancos, puerilmente combinados....

La *Catedral*, ó sea *San Lorenzo*, revestida por el exterior de esta manera, no ofrece en el interior nada de particular; pues, aunque data del siglo XI, perdió todo su carácter al ser restaurada en el siglo XVI.—Lo único que me ha llamado la atención en aquel Templo ha sido el tan famoso *Sacro Catino* (fuente sagrada) traído de Cesárea por los Cruzados. — Los genoveses dicen que aquella fuente es de esmeralda, y que, por tanto, vale muchos millones.... Yo sólo puedo asegurar que es verde, de una sola pieza y de una tercia de diámetro.—Añade la conseja popular que la Reina de Saba le regaló esta joya al mismísimo Salomón.... ¡Dada la legitimidad de la esmeralda, el presente fué digno de tan altos personajes! — Dícese, en fin (y me lo ha repetido un señor Canónigo) que en esta Fuente sirvieron á Jesús el Cordero Pascual la noche de la Cena.... ¡Puede muy bien ser!.... Pero oigamos ahora á los incrédulos:—Los incrédulos dicen que el *Sacro Catino* no es de esmeralda, sino de vidrio, y que por eso dictó la República de Génova, en 1476, aquella ley que condenaba nada menos que á muerte al que lo tocase con cualquier materia *dura*: en seguida añaden que, si la República atribuía valor material extraordinario al inmenso valor moral de tan sagrado objeto, era para que los judíos de la Ciudad siguiesen prestándole enormes sumas bajo la hipoteca de la supuesta esmeralda: después refieren que el famoso na-

turalista francés *M. Charles Marie de La Contamine* estuvo en Génova en 1750, y que, habiendo notado en el *Sacro Catino* ciertas burbujas propias del vidrio, trató de rayarlo con un diamante que llevaba preparado; pero que el Fraile que le acompañaba se lo estorbó violentamente, siendo necesarios todos los respetos del célebre Académico para que la mera tentativa no le costase cara: y, por último, cuentan (y yo creo que debían empezar por aquí) que Napoleón I se llevó á París en 1809 el *Sacro Catino*, creyéndolo de esmeralda; pero que, examinado allí por personas competentes, se halló que era de vidrio, y fué devuelto á la Catedral de Génova.—¿Quién estará en lo cierto, los incrédulos, ó los creyentes?—Yo no lo sé. ¡De lo único que respondo es de que nada iba perdiendo el género humano en creer que el *Sacro Catino* era de esmeralda, aunque en realidad fuese de vidrio!

La Iglesia de *L' Annunziata* (cuya fachada está asimismo revestida de mármol blanco y negro, en alternados cuadros, que le dan el aspecto de un tablero de damas) es suntuosísima por dentro. La cúpula y las naves, totalmente doradas, relucen al sol como los incendiados celajes de Murillo, y, entre tanto fulgor, se perciben algunos *Frescos* muy mal restaurados.

Otro de los templos notables de Génova es *San Siro*, ¡fundado en el siglo III!.... y el más grande de la Ciudad.—Fué Catedral hasta el siglo x. Posteriormente ha sido reedificado de modo que no queda nada de la obra primitiva.—En él se celebraban las elecciones de los Dux.

En *San Mateo* he visitado la profunda y lujosa *Cripta* donde se halla enterrado Andrés Doria, y en la *Sacristía* me han enseñado una *espada* que el Papa Paulo III le regaló al célebre Almirante y que éste usaba en las ocasiones solemnes.

Finalmente, he subido á *Santa María de Carignan*, Iglesia del Renacimiento, situada en una áspera cumbre.—Desde la *Torre* se abarca de una ojeada toda la Ciudad de *Génova*, con sus pintorescas cercanías, con sus murallas, con sus jardines, con su puerto, con sus barcos....; y en verdad os digo que es un panorama digno de verse. — En cuanto al Templo en sí, paréceme el mejor de la Ciudad como obra de arte.

En el *Teatro Paganini*, nuevo y hermoso, se cantó anoche la TRAVIATA por una señorita, llamada la *Dégola*, hija tercera de un difunto Senador. — Esta señorita, que ha sido algunos años el mejor adorno de los más aristocráticos salones, se ha visto obligada, por graves desgracias domésticas, á salir á las tablas, precisamente cuando se dice que está tísica. — ¡Yo creo que el público, de quien recibió anoche tantas muestras de afecto, hubiera hecho mejor en socorrer privadamente á la hermosa enferma, relevándola de la cruel necesidad de vender su agonía!

En un palco próximo al mío estaba el famoso pintor, poeta, militar, músico, novelista y hombre de Estado *Massimo d'Azeglio*, uno de los hombres más ilustres del Piamonte; Presidente del Consejo de Ministros del Rey Víctor Manuel durante algunos años y precursor de Cavour en aquel puesto; autor de muy célebres cuadros, que se conservan en los Museos del Louvre y de Turín; creador de las célebres novelas *Héctor de Fieramosca* y *Niccolo dei Lapi;* aguerrido soldado, cubierto de honrosas cicatrices; publicista eminente en favor de la independencia y libertad de Italia...., y yerno del inmortal *Manzoni*,—lo cual es también una gloria en mi concepto.

Massimo d' Azeglio tendrá hoy sesenta años: es

rubio, alto, delgado, elegante, de aspecto melancólico. Se parece mucho á nuestro General Ros de Olano. —Acompañábale en el palco una hermosísima señora, hija suya, nieta del autor de *I Promessi Sposi* y tataranieta del ilustre *Beccaria*.

(El tan celebrado *Teatro de la Fenice* se está restaurando para la temporada próxima.)

Tal fué mi día de ayer.—Hoy he hecho muy diferente vida.

Esta mañana aparecieron todas las esquinas de *Génova* cubiertas de carteles, recordando ser aniversario del 10 de Diciembre de 1746, en que los genoveses, «*con fiero atto de maestà nazionale, vendicabano le sue mura, violate degli austraci invasori*,» etc.—Pero los carteles no especificaban que, si los genoveses arrojaron á los austriacos en la citada fecha, fué con ayuda del torrente *Bisagno*, que corre á las puertas de la Ciudad, el cual salió de madre á consecuencia de un repentino y espantoso aguacero....—Como quiera que fuese, al amanecer se notó hoy en *Génova* gran movimiento, acompañado de ruído de cornetas y tambores, atronadores vivas y músicas militares....—Era que la población se reunía para ir á celebrar el *aniversario* en el mismo lugar de la catástrofe de 1746.

Con este motivo, he visto en calles y plazas muchos voluntarios de Garibaldi, recién llegados de Nápoles, que vuelven á su respectivo pueblo, locos de orgullo y alegría con la fabulosa empresa que acaban de llevar á cabo....—¡Cinco meses hace que salieron de *Génova*, en número de mil, decididos á conquistar un Reino de 10.000,000 de habitantes, de los cuales 160,000 eran soldados; y, primero solos; después ayudados por los movimientos populares; engrosadas luego sus

filas con las defecciones del ejército enemigo, y últimamente auxiliados por el ejército piamontés, han conseguido su, al parecer, temerario propósito!

Mientras que la entusiasmada muchedumbre se divertía á las orillas del Bisagno, que corre al Este de la Ciudad, Caballero y yo hemos tomado un carruajillo y salido al campo por el Oeste.—Jussuf se había marchado con los patriotas.

El día ha sido magnífico, y el campo de *Génova* tiene todavia flores de Otoño, como el mes que viene las tendrá ya de primavera.—Á la caída de la tarde continuábamos nuestro paseo por el hermoso camino de Niza.... Aquella famosa carretera, tallada en altas rocas que salen bruscamente del mar (lo cual ha dado al tal camino el nombre de *La Cornisa)*, sigue las ondulaciones del extenso golfo, formando sobre él un continuado balcón de piedra, mientras que al otro lado no deja ver horizonte alguno, sino la enhiesta muralla del gigante Apenino, rasgada á veces por arroyos torrenciales.—Al decir de los que han ido á Francia por allí, el camino de *La Cornisa* continúa leguas y leguas del mismo modo, siempre á la vista de las azules ondas del Mediterráneo.

Nosotros hemos recorrido solamente algunos kilómetros, hasta llegar á un punto desde el cual se veía toda *Génova* y su ancho *Puerto*, recogidos, por decirlo así, en un solo cuadro.—El cielo estaba azul, y el sol declinaba, hiriendo de frente los cristales y pintorescas fachadas de los palacios escalonados en las colinas. En la mar, agitada como he dicho, se mecían centenares de buques, de los que algunos se hallaban ya en franquía.... Los vapores encendían sus máquinas, disponiéndose para partir...., y, entre ellos, distinguíamos perfectamente el buque inglés que debe llevarnos esta noche á Liorna....

Una misma idea se nos ocurrió entonces á Caballero y á mí:

—¡Si en lugar de volvernos ahora á *Génova* (dijimos), continuáramos caminando en este coche, en la dirección que llevamos, siempre por la orillita del mar, dentro de pocos días entraríamos en Cataluña!....

Dichosamente, el cochero nos llamó á la razón, advirtiéndonos que ya era hora de volver á *Génova*, pues no tenían aceite los faroles del coche....

—Volvamos,—le respondimos tristemente.

El sol se ponía en aquel instante.

—¡Todavía lo verán *allí* algunos minutos!....—le dije yo á mi amigo, cerrando los ojos....

Y con esto regresamos á la Ciudad, sobre cuya arquitectónica puerta leímos entonces esta inscripción de algún antiguo Ayuntamiento:

GENOVA, CITTA DI MARIA SANTISSIMA.

¡Lo mismo habría dicho de su tierra cualquier hiperbólico andaluz!

Cerca ya del *Hôtel de la Ville*, donde vivimos, hemos encontrado la *Procesión patriótica*, que volvía de celebrar el *aniversario*; y, como todas las calles que iban á parar á la nuestra se hallasen ocupadas por una densa muchedumbre, hemos tenido que echar pie á tierra y confundirnos con las turbas, á fin de llegar á nuestra casa.

Aun así, hemos tardado en ello más de una hora. —Quince ó veinte mil jóvenes (soldados, milicianos, garibaldinos, marineros, estudiantes, labradores y mendigos), cogidos del brazo por hileras de diez ó doce individuos, cada uno con un ramo de oliva en

la mano, marchaban lentamente y á compás, cantando un coro de interminables estrofas en favor de Italia y de Garibaldi y en contra de los Gobiernos de Roma y de Venecia. —Enormes banderas tricolores ondeaban de trecho en trecho sobre las apretadas filas.... En todos los balcones se veían gentes con luces en la mano.... Los puentes y calzadas que cortan ó flanquean casi todas las calles, estaban coronados de mujeres, con mantilla blanca ó de variados matices, que agitaban sus pañuelos y vitoreaban á Garibaldi.... Á veces se interrumpía aquel prolongado coro entonado á un mismo tiempo por 40.000 voces, y se oía un breve discurso, un viva, una frase, un nombre; y, cuando lo que se oía condensaba el sentimiento general, estallaba un aplauso unánime en calles y balcones y á lo largo de la procesión.... —Todas estas cosas las hacían ordenada y gravemente, sin perder el compás de la marcha, sin escándalo, sin atropello alguno.—Era lo que ha comenzado á llamarse una *manifestación pacífica*....

¡Buena paz nos dé Dios!

Conque partamos.... Ya son las diez, y el Vapor *Princess* leva anclas á las once....—Dejemos por unas horas el suelo italiano, y surquemos las soledades del mar y de la noche bajo el pabellón de Inglaterra....

¡Ah!.... ¡se me olvidaba!.... —Jussuf es garibaldino.

LIBRO NOVENO

LA TOSCANA

I.

LIORNA.—DE LIORNA Á PISA.

LIORNA 11 de Diciembre.

EL Vapor *Princess* ha tardado nueve horas mortales en traernos desde Génova á *Liorna*.... ¡La noche ha sido terrible, y las dos Cámaras se asemejaban á dos enfermerías!.... Pero al amanecer aplacó el mar su furia, y á cosa de las ocho oímos la cadena del ancla; cesó el ruído del hélice; paróse el Vapor, y todo el mundo dijo:

—¡Estamos en *Liorna!*

Subí sobre cubierta, y halléme delante de una Ciudad fortificada, en un Puerto muy concurrido y enfrente de un Muelle donde bullían muchos comerciantes y marineros....

Un sol espléndido iluminaba el litoral toscano, y allá, á lo lejos, se divisaban las aguas del Arno y algunos edificios de *Pisa*, distante tres leguas de *Liorna*, por el gran rodeo que da el Ferrocarril.

Pisa se bañaba antiguamente en el mar; pero las olas se han ido retirando de ella, ó bien las arenas del Arno han obligado á las olas á retroceder, hasta el

punto de mediar hoy dos leguas de playa entre la que fué rival de Génova y la orilla del Mar Tirreno. — Lo mismo ha acontecido en nuestra Valencia y en otros puertos del Mediterráneo; y, así como en Valencia se ha construído el Grao sobre el terreno robado al mar, *Liorna* se fundó en las crecientes playas de Pisa, y ha llegado á ser su heredera, ó sea el gran Puerto de la Toscana.

Liorna, pues, carece de historia. — Hace cuatro siglos era una aldea de pescadores y marineros, que apenas encerraría mil almas: hoy es una grande y vistosa Ciudad de 78,000 habitantes. En cambio, *Pisa*, que tenía 150,000 habitantes en la Edad Media, sólo cuenta ahora 27,000.—El Puerto de *Liorna* fué construído á fines del siglo XVI, y desde entonces es el lugar de cita de todos los comerciantes de Oriente. Una antigua y amplia libertad de cultos, que ha permitido erigir en la Ciudad una *Sinagoga*, una *Capilla para árabes maronitas*, dos *Templos Griegos* y otros dos *Protestantes;* el ser *Puerto franco*, y el haberse abierto *Canales* desde la orilla del mar hasta el centro de la población, á fin de cargar y descargar las mercancías en los mismísimos almacenes, han sido estímulos más que bastantes para atraer á *Liorna* gentes de todos los países (aventureros, contrabandistas, desertores, piratas, renegados, comerciantes de todo y de sí mismos), que la han convertido en una especie de Babel marítima....

Cuando saltamos á tierra nos rodeó una nube de gente oficiosa, miserable y sumamente locuaz, que nos ofrecía sus servicios, y en la cual me llamaron la atención dos cosas: la distinción aristocrática de su aspecto y las formas correctas de su lenguaje.—Diríase que eran antiguos patricios de Florencia convertidos en pordioseros.... ¡Qué finura y expresión en los rostros! ¡Qué fúnebre elegancia en los harapos! ¡Qué

cortesía y soltura en las maneras! ¡Qué discreción y pureza en el decir! ¡Qué exquisita adulación en los conceptos!—¡Aun los más pobres y andrajosos ostentaban delicadísimas facciones, luengas cabelleras, severas calvas, diplomáticos gestos, barbas teatrales, sonrisas cortesanas, miradas olímpicas! Y en cuanto á su modo de expresarse, básteos saber que correspondía á la fama europea que tienen los toscanos de hablar con verdadero pico de oro.

Excuso deciros que estos modales principescos y consumada *civiltà* de los mozos de cordel y demás gente baja del Muelle me desagradaron por todo extremo, ó más bien me horrorizaron y movieron á compasión....—Aquellos no eran *pobres:* eran *empobrecidos*.... Aquella no era la clase popular, sino la ruína de las clases altas. ¡Cada hombre parecía la víctima de una tragedia! — ¿En dónde estaban la sencillez, la ignorancia, la mansedumbre, la nativa humildad de los *desheredados* de otros países? ¿En dónde ese *pueblo* sano, fuerte, heroico, que en todas las naciones es inagotable cantera de nobles virtudes y varoniles caracteres, y que purifica incesantemente la sociedad?—¡Allí no había nada nuevo, nada virgen, nada fecundo! ¡Aquella no era la *plebe*, rica de fuerza, de sangre, de savia!.... Allí no había más que escombros y escoria de seres envejecidos. Aquella pobreza parecía hija del juego y la bancarrota, ó de la embriaguez y la pereza.

Por lo demás, pronto supe que tanto y tanto desgraciadísimo y oficioso caballero como obstruía los Muelles era florentino.... de la Capital....—La verdadera plebe de *Liorna*, aunque tampoco muy recomendable, es algo diferente; pues se compone de osados mercaderes de todos los países, de activos chalanes y de impenitentes contrabandistas....— Los judíos, en número de 8,000, gozan todos los derechos de ciuda-

dania, visten á la europea y hablan el español! —(Ya explicaré *por qué* á los que no lo sepan.)

Las calles de *Liorna* son generalmente buenas; pero entre todas tiene fama justificadísima la *Via Ferdinanda* (hoy *Via Vittorio Emanuele.)*

La *Plaza de Armas* es también hermosa. —En ella hay un *Monumento* bastante regular, levantado en honor del Gran Duque Fernando I, que reinó de 1587 á 1609, y á quien *Liorna* debe cuanto vale. —El monumento se reduce á una gran *estatua* del Príncipe labrada en mármol, con cuatro esclavos de bronce á los pies.

Liorna es una de las poquísimas Ciudades algo importantes de Italia que no han sido Corte en ningún tiempo. Por esto, y por haber nacido ayer, destinada desde luego al tráfico y la industria, carece de obras de arte.—Su historia política, no menos nula, se reduce á haber pertenecido al Gran Ducado de Toscana hasta que éste dejó de existir hace cosa de un año.—Sépase, empero, que el año 1848 fué la primera en sublevarse contra la Dinastía de Lorena....

Durante las ocho horas que hemos permanecido en *Liorna*, nos ha obsequiado mucho el señor Cónsul de España. (Si por acaso llega á leer estas líneas, acójalas como testimonio de mi gratitud y cariño.)

Finalmente, Jussuf (que á la media hora de entrar en una población sabe ya cuanto encierra, todo lo que en ella sucede, y hasta conoce á muchas personas) nos ha llevado á ver cierta maravilla por él descubierta, y que calificaba de este modo:

—¡Venid á ver Marruecos!

El *Marruecos* de Jussuf era un gran *Bazar Oriental*, —el mejor que he visto en mi vida,—donde se venden toda clase de objetos antiguos y modernos, históricos

ó de puro lujo, preciosos por su forma ó por su origen, procedentes de Marruecos, de Argel, de Egipto, de Turquía, de Persia, de la Arabia, de la India, de la China, de Rusia, del Japón y de otros apartados países.—Armas, telas, perfumes, joyas, muebles, monedas, libros, ropas, calzado, opio, café, hatchis, pieles, curiosidades arqueológicas, hierbas, flores, momias, animales irracionales disecados, todo figura en aquella magnífica colección, donde es aún más notable que las mercancías el personaje que las expende,—viejo cosmopolita, cuya verdadera patria no hemos podido averiguar, y asombroso prodigio de erudición acerca de las costumbres, artes y letras de todos los pueblos de Asia y África....—¡Dos horas he estado con la boca abierta, oyéndole hablar del Oriente y del Mediodía!

En un coche del tren, fecha ut supra.

Son las cuatro de la tarde cuando salimos para la ilustre *Pisa*.

El viaje se hace en Ferrocarril y en poco más de media hora.

El país que se recorre entre ambas Ciudades es amenísimo, aunque lo inundan frecuentemente las aguas del Arno, ó tal vez por esta misma causa.

En el tren van muchos Ingleses, que se dirigen á *Pisa*, á fin de pasar en ella el invierno; pues el clima de *Pisa*, uno de los más dulces de Europa, está muy recomendado á los tísicos.

En el mismo coche que nosotros van tres hermosas y elegantísimas Inglesas, dos de ellas muy jóvenes, y, al parecer, hijas de la tercera....—¡Ay! ¡todas tres necesitan respirar los aires de los *Montes-Pisanos!*

Particularmente la hija menor, se asemeja á una azucena marchita.... ¡En sus ojos azules se entrevé ya

la Eternidad!.... Dos largos y amarillentos bucles oscilan sobre su endeble y flexible cuello, mientras que su cara recuerda los ideales serafines pintados por Beato Angélico.

La hermana mayor, que promete un año más de vida, la mira con miedo, veneración y ternura, como diciendo:—*Ella morirá antes que yo; pero ¡ay! muy pronto.—¡Si ella se salvara, yo me salvaría!*

La madre, que, á juzgar por su complexión, les ha legado la enfermedad, las contempla con doloroso remordimiento y como avergonzada de vivir todavía.... —¡Pobre madre! ¡Tal vez no ha muerto ya, por no dejar solas á estas dos prendas de su alma!

Mientras yo pienso de tal modo, el tren se acerca á *Pisa;—á Pisa la morta*, como poéticamente la llaman los italianos.

II.

PISA.

(Escrito en Florencia.)

Pocas Ciudades tendrán historia tan dramática y gloriosa como la de *Pisa*.—Fundada por los griegos; engrandecida por los romanos; asiento después de Marqueses y Condes reinantes, que la gobernaron independientemente; República, en fin, no menos ilustre que las de Génova y Venecia, y rival y vencedora de ellas en muchas ocasiones, *Pisa* dominó largo tiempo en el Mediterráneo, donde sus Galeras fueron tan respetadas como temidos sus Ejércitos en tierra.... Ella arrancó á los sarracenos la Cerdeña y las Islas Baleares; envió sus hijos á la conquista del Santo Sepulcro; luchó denodadamente con los piratas que rondaban sin

cesar las playas de Europa; llevó su comercio de Cádiz á Crimea, y con él la civilización y la cultura; fué emporio de las ciencias y de las artes, y asombró al mundo con sus monumentos. — Pero, desgraciadamente para sus destinos, mostróse demasiado díscola con sus hermanas Luca, Florencia y Génova, y militó bajo el estandarte *gibelino* durante las grandes luchas entre el Imperio y el Papado, enajenándose las simpatías de toda Italia.... Sus rivales cayeron entonces sobre ella (1250); destruyeron sus escuadras; devastaron su territorio; la conquistaron, en fin, y la hicieron decaer y agonizar...., ¡precisamente en el instante que se levantaban y empezaban á florecer otras muchas Ciudades de la misma Península!

La agonía de *Pisa* se prolongó todavía dos siglos. —Durante ellos pugnó desesperadamente bajo el yugo de Florencia, sacudiéndolo más de una vez, gracias al heroico esfuerzo de los pisanos.... y hasta de sus mujeres; pero, al cabo de tantos heroicos y estériles combates, llegó un día en que, mientras los florentinos la invadían por una puerta, más de la mitad de la población emigró por la otra.— El mar, indignado (que diría un poeta místico) de tener por vecina una Ciudad *abierta á moros y judíos y toda clase de enemigos de Dios*, se había retirado entre tanto de sus muros, y Liorna surgía en la nueva playa, atrayendo al resto de la población de *Pisa*....—Quedó, pues, ésta casi despoblada, *muerta* como se halla hoy, y á merced desde entonces de los victoriosos florentinos, cual si le hubiese alcanzado en algún modo la enérgica maldición de Dante:

«¡Ahi Pisa, vituperio delle genti
del bel paese là, dove 'l *si* suona!
Poichè i vicini a te punir son lenti,
muovansi la Capraia è la Gorgona,
è faccian siepe ad Arno in su la foce,
si ch' egli annieghi in te ogni persona.»

La *Capraia* y la *Gorgona* no se han movido, ni el Arno ha ahogado *á toda persona* en la Ciudad *vituperio de las gentes* del bello país en que se pronuncia con tanta suavidad el monosílabo del amor; pero no por eso ha dejado *Pisa* de expiar amargamente sus errores.

Cuando nosotros entramos hoy en la Ciudad estaba diluviando. Hallábanse, pues, más solitarias que de costumbre las nobles y silenciosas calles que hubimos de cruzar para venir al *Hôtel Poverada,* situado á la orilla derecha del caudaloso Arno.

Este célebre río, tan cantado por los poetas, parte en dos mitades á *Pisa,* y tiene alguna semejanza con el Canal Grande de Venecia.... En verdad, los edificios que se miran en el Arno son menos bellos, y entre las casas y el río hay dos anchos y no interrumpidos Muelles; pero la amplitud de la corriente canalizada, la curva que forma, la serenidad de sus cristales, la escasez de puentes y la multitud de botes que cruzan de un lado á otro, recuerdan el Canal veneciano.

Esperando á que se mitigase la lluvia, pasamos la tarde sin salir del Hotel....—Por cierto que una de las veces que nos asomamos al balcón á consultar el cielo, observamos que un gentío inmenso se había acumulado en la puerta de más abajo (como suele decirse), ó sea á la puerta del *Hôtel Vittoria*.... Poco después llegó un batallón de Milicia Nacional, precedido de su banda de música, que tocaba una marcha fúnebre.... Y, por último, acudieron Corporaciones con hachas encendidas, muchos carruajes, y clérigos, y cruces, y estandartes....—Indudablemente, aquello era un Entierro.

Un Entierro era.—En el *Hotel Vittoria* había muerto ocho días antes el Príncipe de Siracusa, hermano de Fernando II de Nápoles y tío del actual Rey ó ex-Rey

de las Dos Sicilias. El cadáver del Príncipe había permanecido expuesto en su cuarto aquellos ocho días, después de embalsamado, aguardando á que dispusiese de él la antigua Familia Real de Nápoles; pero, como ésta no resolviese nada, y el Hostelero se quejase de los perjuicios que le traía á su Establecimiento la honra de aposentar al augusto finado, las autoridades de *Pisa* habian convenido en trasladarlo.... nosotros entendimos que *á una Iglesia*, desde donde sería conducido definitivamente al lugar que determinase S. A. el Príncipe de Carignan, hermano de Víctor Manuel y *Luogotenente General* de la Toscana.—Porque no se olvide que aquel Borbón había sido *liberal*, y que la Toscana, ó sea la Italia, tenía el deber de hacerle funerales; mientras que el Sitiado de Gaeta, fundándose en la mismísima razón, estaba en su derecho al no darse por entendido de que tal hombre fuera su tío carnal.

Como quiera, el Entierro pasó por debajo de nuestros balcones, siguiendo la orilla del río, en cuyas aguas se reflejaban tristemente las fúnebres antorchas. La lluvia, las roncas armonías de la banda militar, el canto de los clérigos, el rumor del Arno, la silenciosa muchedumbre que coronaba los Muelles, la lóbrega noche, y el acontecer todo esto en una Ciudad tan romántica como *Pisa*, daban á aquel espectáculo (que en realidad no nos interesaba poco ni mucho) cierta poesía teatral, digna de una ópera; verbi gracia, digna del *Don Sebastián* de Donizetti....

A cosa de las nueve cesó la lluvia, y esto nos animó á ir al verdadero Teatro....

El *Real Teatro de Pisa*, iluminado con aceite, es tan malo como barato. La Compañía nos pareció regular.... La comedia era detestable, no obstante su correcto y

atildado estilo. La escena ocurría en París. El público se componía de jóvenes imberbes, entre los que se veían algunos garibaldinos....

Estos mozalbetes ocupaban todos los palcos, en los que fumaban y comían que era un contento.—¡Ni una mujer por ningún lado!.... Aquello, más que templo del Arte, parecía una de esas tabernas en que la juventud viciosa se reune á hacer gala de su cinismo.

¡Y qué propio de ilustres Ciudades arruinadas es semejante estado moral de la clase media! ¡Cuánta gracia, cuánto talento, y cuánta corrupción y vileza á un tiempo mismo, revelaban las bufonadas soeces de aquellos holgazanes! Ora aplaudían á los actores según iban saliendo, y los silbaban según se iban marchando: ora ofendían con sus obscenas demostraciones á las famélicas actrices: ora buscaban en la comedia ocasión de lanzar ingeniosos epigramas contra la propia Francia, que los ha libertado de la tiranía.... ¡En fin, me confirmaron en una idea que ya me había ocurrido por la mañana al desembarcar en Liorna; á saber: que los pueblos de Italia van siendo más y más viejos y experimentados, más y más pobres de virtud y energía, más y más ricos de genio y hermosura, más y más corrompidos y miserables, según que se avanza hacia el Sur, según que se aleja uno de los Alpes, según que se acerca á.... la antigua Capua!

Á la mañana siguiente nos levantamos muy temprano, y salimos á visitar los cuatro famosísimos Monumentos de *Pisa*.

El día había amanecido radiante. El cielo y el Arno ostentaban un azul diáfano que me recordó las primaveras de Andalucía. Los árboles de los jardines, lavados el día anterior por la lluvia, estaban verdes y lim-

pios como en Abril, cuando despliegan sus nuevas hojas. El sol ardía en el horizonte tan alegremente, cual si, en vez de vibrar sus rayos desde el Trópico de Capricornio, avanzase en la Eclíptica hacia el Trópico de Cáncer.—¿Qué más? Las friolegas moscas revolaban con júbilo por doquiera, olvidadas sin duda de que ya estábamos á 12 de Diciembre....

—¡Hermoso día para los tísicos! — exclamé yo, pensando en las inglesas á quienes tanto había compadecido la víspera.

Antes de dirigirnos á la célebre *Plaza de la Catedral*, donde están reunidos los cuatro grandes Monumentos citados, recorrimos toda la Ciudad, entrando en algunas *Iglesias*. De ellas, solamente recuerdo á *Santa María de la Espina*, en la cual vi algunas *Estatuas* del ilustre Juan de Pisa; á *San Nicolás*, cuyo *Campanario*, obra del mismo autor, está ligeramente inclinado (pero del que no debemos hablar cuando tenemos que ver el maravilloso *Campanile* del *Duomo*); á *San Miguel*, con su Fachada de galerías de arcos, levantadas unas sobre otras, que tiene ya todo el carácter de la peculiar arquitectura pisana, y, por último, á *San Pablo*, notable en el mismo sentido y además por el lujo y la elegancia de su Interior.

También saludé al paso la antiquísima y renombrada *Universidad*, llamada *La Sapienza*, fundada el siglo XII y construída el siglo XV, y donde el insigne *Galileo*, hijo de Pisa como todo el mundo sabe, explicaba matemáticas en 1592, cuando principiaron á perseguirlo en nombre de la Ciencia, como después lo persiguieron en nombre de la Religión.

Pisa, la patria de tantos grandes escultores y arquitectos, ha sido estéril en afamados pintores. Así es que la *Academia de Bellas Artes* sólo encierra algunas obras, raras por su antigüedad, muy preciosas para

que los peritos estudien la historia del arte, pero de ningún modo para solaz de legos como yo.—*Transeamus*, por consiguiente.

Excusado es decir que, para ver todas estas cosas, fuí y vine por las principales Calles y Plazas de la Ciudad y pasé y repasé varias veces los tres Puentes tendidos sobre el Arno.—En las Calles no encontré más que soledad y silencio, hierba entre el empedrado, muchas casas cerradas y algún que otro ruinoso palacio de elegantísima arquitectura.... En las Plazas vi los correspondientes vendedores acampados con sus frutas ó sus legumbres, varios paseantes que tomaban el sol, y algunas *Fuentes* y *Estatuas* levantadas en otros siglos; las cuales, como los ancianos que han quedado sin familia, parecían no esperar ya sobre la tierra sino á que el tiempo las derribase....

En la *Piazza de' Cavalieri*, busqué inútilmente la *Torre del Hambre*, en que estuvo encerrado el *Conde Ugolino* con sus hijos y sus nietos.—Aquella Torre, inmortalizada por Dante, fué destruída en el siglo XVI; pero todavía se muestra el lugar en que se alzaba, y aún pudo fingirse allí mi imaginación la nefanda tragedia que termina con aquel verso, demasiado claro para los que saben sentir la Poesía:

« *¡ Después, más que el dolor, pudo el ayuno !* »

Cumplidos todos estos deberes, relativamente *menores*, tomé al cabo el camino de la celebérrima *Piazza del Duomo*, situada en un extremo de la Ciudad, lindando ya con el muro de circunvalación....

La soledad y la tristeza que reinan en toda *Pisa*, llegan á ser absolutas en aquel artístico y grandioso barrio. Ni los escasos rumores de la población, ni su

pobre comercio, ni los pocos carruajes que la cruzan llevando viajeros de un Ferrocarril á otro, nada alcanza á turbar la melancólica quietud de la gran Plaza desierta donde se levantan, á la manera de gigantescos mausoleos, las cuatro maravillas de *Pisa*, sus cuatro escudos de nobleza, sus cuatro títulos á la admiración y al respeto de las Ciudades que la han dominado y empobrecido: la *Catedral*, el *Campanile*, el *Battisterio* y el *Campo-Santo*.

En el promedio de la Plaza se alza la *Catedral*, erigida en acción de gracias á la Virgen María por la victoria que la República alcanzó sobre los agarenos en la Isla de Sicilia.—La construcción es de los siglos XI y XII. La *fachada*, soberanamente bella, consiste en cinco órdenes de arcos, elevados unos sobre otros. Semejante edificación, bizantina en su noble conjunto, greco-romana ya en sus pormenores, presta al grandioso Templo una ligereza, una levedad, una elegancia, que recuerda el aéreo estilo veneciano. Tanta delgada columna, tanta galería hueca, la airosa cúpula, hasta las mismas combinaciones de mármoles blancos y negros, empleadas en Pisa con mayor acierto que en Génova, contribuyen á dar al *Duomo* aquella hermosura *externa*, *material*, *física*, de que hablábamos en Milán.—El *interior* corresponde al exterior, y consta de cinco hermosas naves de igual arquitectura. En torno de ellas gira una galería alta, destinada á las mujeres, según era costumbre en los primeros siglos de la Iglesia. Lujosos altares, magistrales estatuas (algunas del inspirado Juan de Bolonia) y muchas pinturas de Andrea del Sarto adornan el recinto de aquel famoso Templo, que sirvió de modelo durante largos años á los mejores arquitectos de Italia.

Aislados también en la extensa *Plaza*, levántanse, á uno y otro lado de la Catedral, dos maravillosos

edificios, que pudiéramos llamar accesorios ó *dependencias* de ésta:—el *Battisterio* y el *Campanile*, ó sea la Capilla bautismal y el Campanario.

El *Battisterio*, rotonda preciosísima de afiligranado mármol, armoniosa combinación de arcos romanos y de ojivas góticas, parece una de aquellas joyas labradas de plata y oro que se guardan bajo fanal en el *Tesoro* de algunas catedrales. — En su interior causan asombro la *Pila de mármol* que sirve de Jordán á los pisanos y un *Púlpito* de Nicolás de Pisa, monumento y prodigio de la escultura de la Edad Media. Diré, además, que la bóveda de la *Cúpula* produce uno de los *ecos* más notables que se conocen en el mundo. Cualquier sonido, por inarmónico y desapacible que sea, al llegar á aquella altura, se descompone en varios acentos melódicos, artísticamente acordados, formando un cántico celestial que se prolonga durante mucho tiempo, cual si lo fuesen repitiendo invisibles Coros de ángeles. Y, si por ventura es una frase musical la que se lanza desde abajo, entonces el concierto aéreo (que parece formado de cien diferentes voces, unas graves, otras agudas; ora infantiles, ora profundas como la salmodia de austeros monjes; ya de apasionado timbre femenil, ya de viriles y vehementes vibraciones) se convierte en una verdadera sinfonía religiosa, digna de los célebres órganos de las catedrales de Alemania.

Del Bautisterio pasé al *Campo-Santo*, dejando el *Campanile* para lo último, á fin de hacer desde su alta plataforma el resumen de mis impresiones en *Pisa*.

El *Campo-Santo* se extiende al Norte de la Plaza, en donde presenta al exterior un severo muro de 400 á 500 pies de largo, sobre el cual ha trazado (pero no roto) el arquitecto una sucesión de arcos tan nobles y sencillos como exigía aquel lugar, consagrado por la

Religión, por el Arte y por la Historia. — No creáis, empero, que el *Campo-Santo* es el Cementerio *general* de Pisa.... ¡Es el asilo de gloria de sus grandes hombres; el *Panteón histórico* de sus grandezas!—Oid este nobilísimo rasgo de orgullo cívico:

En el siglo XIII, la poderosa República pisana, conociendo que iba á morir, hizo, cual si dijéramos, el inventario de sus timbres, y se levantó á sí propia aquel inmenso mausoleo, ó sea aquel olimpo fúnebre, donde se encerró en él con sus riquezas, á fin de que la posteridad no desconociese nunca su antiguo poderío. Para ello, comenzó por cubrir todo el suelo que había de ocupar el *Campo-Santo*, con tierra traída exprofeso de Jerusalén por los Cruzados, y en seguida llamó á uno de sus hijos más ilustres, al célebre escultor y arquitecto Juan de Pisa, y le dijo: «Eleva un templo á tu gloria y á la de tu patria.»

El Templo levantado por aquel genio es un rectángulo de la longitud indicada y de 104 pies de anchura. El interior se reduce á un melancólico *Patio*, en torno del cual corren cuatro hermosas *Galerías*, formadas por una sucesión de arcos ojivales abiertos á la luz. Los muros opuestos á los arcos son famosos en todo el mundo por las magistrales *Pinturas al fresco* que los visten. Al pie de ellas están los *Sepulcros*, *Inscripciones*, *Trofeos*, *Estatuas* y demás monumentos de todo género con que Pisa ha dado testimonio de gratitud y admiración á sus varones más insignes.

Entre los *Frescos* merecen particular mención los de Benozzo Gozzoli, discípulo de Beato Angélico, los de Andrés Orcagna y los de Giotto.—Casi todos ellos se refieren á asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento.

Orcagna tiene allí además dos obras renombradísimas.—Una es el *Triunfo de la Muerte*.—En esta inmensa pintura se ven por un lado muchos enfermos que

llaman á la *Muerte*, diciéndole: «¡*Oh morte, medicina d' ogni pena!*....» Pero la *Muerte* se niega á consolarlos, y, en cambio, asesta sus golpes á unos gallardos Mancebos y hermosas Damas que reposan de los placeres de la caza á la sombra de verdes árboles, bajo una bandada de *Amores*, oyendo cantar á un Trovador y mirándose con la alegría propia de la juventud, el amor feliz y las riquezas.... No lejos se distingue un montón de cadáveres de Reyes, Obispos, Guerreros, Monjes y otros personajes. Los Ángeles y los Demonios andan rebuscando en el montón, á fin de llevarse cada uno el alma que le pertenece....; y ¡cosa extraña!, los Demonios se llevan por lo regular las almas de aquellos que por su profesión ó su estado parecían estar *asegurados contra el incendio eterno*....

La otra obra de Orcagna es un *Juicio Final*, muy superior en mi concepto al de Giotto que vi en Padua, y más admirable, en opinión de algunos críticos, que el de Miguel Ángel, si no por la forma académica, por la expresión artística del sentimiento.—¡Hay en medio de esta sublime composición un *Ángel Custodio*, lleno de terror al ver perdidas las almas sometidas á su cuidado, que es un portento de ternura y belleza!

Las pinturas del *Campo-Santo* atribuídas á Giotto están muy deterioradas por el tiempo ó por las restauraciones. Representan los *Infortunios de Job*, y entre ellas está la magnífica, inimitable, sublime, en que el Demonio le pide á Dios permiso para tentar á Job, mientras que algunos Ángeles se oponen á ello.... ¡Uno de aquellos Ángeles; uno, que me parece contemplar todavía; uno, que se diría dibujado por Rafael y pintado por Murillo, vale mil obras maestras de las que más fama gozan en el orbe!—¡Aquel, aquel es el verdadero Arte; el Arte del alma; el Arte *devoto del asunto!*

En cuanto á los portentos de escultura que encierran aquellas cuatro galerías, creedme si os digo que su mera enumeración fuera interminable. Allí se ven *sarcófagos griegos*, *bajo-relieves bizantinos*, *sepulcros romanos*, centenares de *estatuas* labradas por los primeros maestros de Pisa, *medallones* con bustos de personajes célebres, *lápidas* conmemorativas, *monumentos* de mil clases, traídos de diferentes países por la audaz República y destinados á guardar las cenizas de los Pisanos ilustres:—ora una sencilla *urna*, ora un grandioso *mausoleo*; aquí una preciosa *columna antigua*, allí fragmentos de *altares paganos;* todo en confusión y desorden, atestiguando juntamente la presencia del hombre en los siglos y la constante victoria del tiempo sobre el hombre....—Tal es aquel Museo vivo, aquella Ciudad muerta.... ¡Nada tan patético ni tan romántico como semejante lugar!

Episodio de actualidad:—Al asomarme á una Capilla que hay á la mitad de la Galería del Norte, vi en el suelo un féretro forrado de terciopelo negro, sin blandones ni guardias; pero flamante todavía....

—¿Qué gran pisano ha muerto?—pregunté.

—No es un *pisano* (me respondió con desdén el Conserje). Es el Príncipe de Siracusa.—La Ciudad de Pisa lo ha depositado en este lugar, en tanto que el ex-Rey de Nápoles le proporciona sepultura.

—¡Noble hospitalidad, por cierto! (pensé yo.) ¿Cuándo hubiera soñado ese Príncipe reposar, aunque sólo fuese pocos días, entre tan grandes hombres?

Conque hablemos ya del *Campanile*.

La *Torre inclinada* de Pisa no asusta tanto como las

de Bolonia; lo cual no consiste en que su inclinación sea menor que la de éstas, ni en la relativa ligereza de su estructura, sino en su extraordinaria belleza como obra de arte.—Digo más: cuando considera uno su amenazante aspecto, y piensa en que podría caerse, no tiembla tanto por los edificios ó por las personas que cogiera debajo, como por la preciosa existencia de la Torre misma....

Compónese de ocho ligeras columnatas circulares, levantadas unas sobre otras. La altura general de tan elegante construcción es 54 metros. ¡Su inclinación fuera de la perpendicular, 4 metros 319 centímetros! —Por lo demás, está ya averiguado que los autores del *Campanile* (Bonnano de Pisa y Guillermo d'Insbruck, famosos arquitectos del siglo XII) no se *propusieron* en modo alguno hacer una torre *inclinada;* pero que, habiendo cedido el terreno y desniveládose su obra cuando ya estaban construídos los cuatro primeros pisos, concibieron la idea de seguirla diagonalmente, vista la celebridad que gozaban las dos Torres inclinadas de Bolonia. Así es que, sólo desde el cuarto piso en adelante, las columnas de un lado son más altas que las del otro; diferencia que habría resultado entre ellas desde el primer piso, si desde luego hubiese habido el propósito (como lo hubo después, y á la postre se consiguió) de que el plano superior de la Torre fuera horizontal, sin que ésta perdiese por ello á primera vista sus armoniosas proporciones.

En la parte baja del *Campanile* dice una *lápida* que «Galileo hizo en él largos estudios acerca de las leyes de la gravedad....» — ¡No puede traducirse en términos más llanos ó pusilánimes la noticia de que el ilustre pisano descubrió allí, con un hilo y un plomo, el secreto del Universo, el movimiento de la Tierra, las afinidades de los astros!....

En cambio, nuestro animoso Quintana supo decir:

«Siente bajo su planta Galileo
nuestro globo rodar.... La Italia ciega
le ofrece en premio un calabozo impío....
y el globo en tanto sin cesar navega
por el piélago inmenso del vacío.»

Galileo había dicho lo mismo en menos palabras, á los setenta años de edad, el día en que la Inquisición de Roma le obligó á abjurar de rodillas sus *errores* físicos y astronómicos:—«*¡E pur si muove!*»—exclamó el gran matemático....

Pero subamos al *Campanile*.

Los 338 peldaños de la escalera de aquella Torre se parecen á los de todas las torres del universo en lo penosos que son de subir; mas, una vez en lo alto de la de *Pisa*, os dais por recompensados de tal fatiga con el panorama que se despliega ante vuestros ojos.

Una feracísima llanura, que termina de un lado en el Mar y del otro en los Montes Pisanos;—toda *Pisa*, extendiéndose á vuestros pies, rodeada de verdes jardines y partida por el Río, sobre el cual se dibujan tres hermosos Puentes;—cuatro Ferrocarriles (de los cuales uno va á Liorna; otro á Florencia, pasando por Luca, Pistoja y Prato; el tercero, más directamente á Florencia, enlazándose con la gran línea que llega á Siena y se dirigirá con el tiempo á Roma; y el cuarto, que está en construcción, á Génova por la Spezzia);—amarillas Carreteras que, como ondulantes cintas, cortan en todas direcciones el frondoso llano;—*Liorna* en lontananza, bañándose en el mar;—luego las islas *Gorgona* y *Capraia*, de que habla Dante, campeando solitarias en medio de las olas;—más lejos, la erizada silueta de la *Isla de Córcega*,—y en otro lado, un pedazo de la *Isla de Elba*, saliendo bruscamente por detrás de no sé qué promontorio:—tal es el asombroso cua-

dro que se descubre (y que yo contemplé extasiado aquella mañana) desde lo alto del *Campanile!*

¡*Córcega* y *Elba!* ¡La cuna y la cárcel de Napoleón; su oriente y su ocaso!—¡Y allá.... al término del horizonte, la extensión del Mediterráneo, el camino del Océano, el derrotero de Santa Elena! — ¡Qué poema de gloria! ¡Cuánto poder! ¡Cuánto infortunio! ¡Qué elevación y qué caída!

«*Due volte nella polvere,*
due volte sull' altar!....»

Esta fué mi idea dominante en aquella celebradísima Torre, desde que hube averiguado que estábamos viendo las dos islas primeramente nombradas....

—He allí nuestro camino.... (decía en tanto mi amigo Caballero, señalando al Ferrocarril de Florencia por *Luca.)* Son las dos y media.... Estamos precisamente encima de la Estación.... El tren sale á las tres menos diez minutos.... De *Pisa* á *Luca* se va en tres cuartos de hora.... Nuestro equipaje nos espera al pie de la Torre....—¡Partamos!....

—Partamos...., — respondí yo, despidiéndome de la sombra de Bonaparte.

Y, en efecto, pocos minutos después corríamos á toda máquina con dirección á Luca.

III.

LUCA.

(Escrito en Florencia.)

El Ferrocarril de Pisa á *Luca* faldea primero los *Montes Pisanos* (cubiertos de frondosa arboleda y célebres por sus mármoles riquísimos, así como por sus aguas termales), y penetra en seguida en una estrecha

garganta, que da paso á otro valle cruzado por el caudaloso *Serchio*.—En medio de aquel valle se asienta *Luca*.... Y he aquí (según dice Dante):

«*perché i Pisan veder Lucca non ponno.*»

Al principio, no se ve de la Capital del antiguo Ducado más que la cuadrada *Torre* de la Catedral, pues *Luca* está cercada de anchas murallas, no muy altas, ceñidas por un foso y plantadas de pomposos árboles, que forman como un nido de flores y verdura....—En cambio, alrededor de aquella gran maceta se extiende un lindo llano, rodeado de ásperos montes, en el que se ven á lo lejos tres ó cuatro pueblecillos....—¡Y á esto se reduce todo el *Estado de Luca!*.... —¡Porque habréis de saber que, al pasar los Montes Pisanos, habíamos entrado en otra *ex-nación*, — que hace trece años era todavía *Reino independiente!*

Salva la hipérbole, pudiera decirse que la historia particular de *Luca* hace más bulto que todo su territorio. —Básteos recordar que *Luca* ha sido República plebeya; República aristocrática; Consulado feudal del Austria; Provincia de Milán, de Pisa y de Florencia; Patrimonio de la Santa Sede; Propiedad de una hermana de Napoleón; Ciudad etrusca, ligur, romana, gótica y lombarda, y no sé cuántas cosas más. — Los unos la enajenaron *á metálico*: los otros la dieron en dote á sus hijas: éstos la conquistaron á sangre y fuego: aquéllos la libertaron generosamente.... — Una sola cosa constituye la unidad de su carácter: el haber sido siempre *güelfa* en las guerras del Imperio con el Papado y, por ende, enemiga constante de Pisa.

Ya dijimos en Parma que el último Soberano de *Luca*, Carlos II de Borbón, hijo de la Reina de Etruria y primo hermano de la actual Reina de España, dejó

este trono por el de Parma, en 1847.—Desde entonces *Luca* ha sido una de tantas Provincias del Gran Ducado de Toscana, unida al cual se fundió el año pasado en el recién nacido Reino de Italia.

Luca tiene casi el mismo aspecto y algunos menos habitantes que Pisa; pero, como la Ciudad es más pequeña, resulta algo más animada.—En cuanto á clima, hállase muy lejos de poder competir con su antigua rival. Por lo menos, ayer hacía allí un frío.... muy propio de la estación y nada ventajoso para los enfermos del pecho.

En *Luca* visitamos algunas bellísimas *Iglesias:* entre otras, *San Michele*, *San Frediano* y *San Giovanni*, notables por su rara arquitectura, por su vejez y por los cuadros y esculturas que encierran.

La *Catedral* es gótica, cosa rara en Italia; pero aun así, ostenta, en la fachada sobre todo, rasgos característicos de la arquitectura especial de Pisa.— En aquel templo son muy de notar las magistrales *Esculturas* que adornan así el interior como la portada.

Y, á propósito: *Luca*, tan fecunda un tiempo en buenos escultores, se contenta hoy con ser patria de todos los fabricantes de *Santi boniti barati* que recorren la Europa y la América.—Muchos de estos fabricantes salieron de su Ciudad cuando niños, sin otro patrimonio que algunos modelos de barro y un costal de yeso; recorrieron el mundo, llevando siempre sobre la cabeza una tabla llena de monigotes diariamente renovados, y volvieron á *Luca*, al cabo de tres ó cuatro lustros, cargados de riquezas, que les permitieron comprar algún antiguo Palacio, casarse con la hija de tal ó cuál título pobre, y pasar la segunda mitad de la vida eclipsando el esplendor y el poderío de aquellos grandes personajes cuyo busto habían fabricado tantas veces.... — ¿Quién me lo dijera, al verlos, en mi pri-

mera edad, recorrer, casi mendigando, las calles y plazas de Guadix?

Después de visitar los Templos de *Luca* que he citado, pasamos algún tiempo en la soberbia *Plaza Grande*, donde se levantan el antiguo *Palacio Ducal* y una *Estatua* de María Luísa de Borbón, ó sea de la Reina de Etruria.

Luego nos fuimos á dar un paseo en coche sobre las *Murallas* que cercan la Ciudad, sombreadas, como os he dicho, por corpulentos árboles,—plátanos, acacias y álamos blancos.—Había allí gran concurrencia de todas las clases sociales, y no pocos elegantes coches y ginetes que recorrían sucesivamente aquel paseo circular de seis kilómetros, recordándome las tres vueltas que Héctor y Aquiles dieron alrededor de Troya antes de venir á las manos....

Ya obscurecido, nos encaminamos á nuestro alojamiento *(Albergo della Croce di Malta)*, donde *Jussuf* nos amenizó la comida y la *soirée*, contándonos casos y cosas del imperio de Marruecos; hasta que, á eso de las nueve, hora en que hubiéramos empezado á vivir en Madrid, dimos fondo en el respectivo catre, no sin exclamar por centésima vez:

—¡Mañana al mediodía nos hallaremos en Florencia!

IV.

DE LUCA Á FLORENCIA.—FLORENCIA Á LO LEJOS.—RECUERDOS HISTÓRICOS.—PRIMER PASEO POR LA CIUDAD.

FLORENCIA 13 de Diciembre.

Las quince leguas, ó sea las tres horas de ferrocarril, que hay de Luca á *Florencia*, constituyen uno de los viajes más deliciosos que podéis imaginaros. Las maravillas se suceden sin interrupción: de la fértil

campiña se pasa al sombrío bosque: de la agreste montaña se baja al extensísimo olivar: en una parte, moreras, naranjos, olorosos laureles: en otra, cristalinos riachuelos ó canalizadas acequias, que esparcen el riego por los verdes sembrados: á cada paso, una ciudad, una aldea, una quinta: de vez en cuando, las ruinas de algún castillo señorial; y siempre y por doquiera, flores y verdura (¡flores en Diciembre!), un cielo radiante, un aire perfumado, un sol de oro; gente bella y locuaz; gracia y arte en la disposición de los más vulgares edificios; lujo en la naturaleza; alegría en el hombre; poéticos recuerdos por todos lados....—Tal es, en resumen, la Alta Toscana, muy semejante al territorio granadino.

Así pasamos cerca de *Pescia*, pequeña y linda Ciudad; por *Montecatini* y *Pieve à Nievole*, preciosos pueblos; por *Serravàlle*, reclinada ya en las faldas del Apenino, al pie de antigua fortaleza, y, finalmente, llegamos á *Pistoja*, Ciudad más importante, también fortificada, célebre en la Antigüedad, porque no lejos de sus muros se riñó la batalla en que murió Catilina, y muy nombrada en la Edad Media á causa de la guerra feroz que se hicieron sus habitantes, divididos en *Blancos* y *Negros*, no obstante ser todos blancos....

De buena gana hubiera entrado en *Pistoja* y visitado sus templos (notables, según me aseguraron, por las muchas y muy buenas esculturas que encierran)...; pero la atracción de *Florencia* érame ya irresistible.

En *Pistoja* se nos agregaron tantos viajeros, que fué necesario añadirle al tren cuatro veces más coches que había sacado de Luca.—Y es que en Pistoja se reunen todas las Diligencias que cruzan el Apenino viniendo de la Emilia y de la Lombardía con dirección á *Florencia*.

Ya, en adelante, fuimos alejándonos del Apenino y

penetrando en una amenísima llanura tapada de árboles de toda especie, donde encontramos á *Prato*, Ciudad de 12,000 habitantes, amurallada, sumamente industrial, á juzgar por las innumerables chimeneas de Fábrica que la coronan, y llena de preciosas obras de arte, según me dijo un compañero de coche que se quedó en aquella estación.

—¡*Prato!* (exclamaba en tanto Jussuf.) *Hacerse aquí gorros colorados para moros turcos.*

—Ciertamente....—respondió otro viajero.

—¿Y por dónde lo sabes tú?—le preguntó Caballero al Marroquí.

—*Haber en Liorna gorros muy baratos*.... (replicó éste sonriendo). — *Yo preguntar; Judío decir*. —Pero *estar gorros para turcos*, y *ser chicos para moros*.—*Moro Jussuf no comprar gorro turco chico*.

Á todo esto, *empezábamos á llegar* á Florencia.

Florencia, como todas las capitales de primer orden (exceptuando á Madrid), se anuncia antes de aparecer á los ojos del viajero. Las fábricas, las quintas, los palacios campestres, las casas diseminadas acá y allá, el aprovechamiento del terreno, las huertas lujosamente cercadas, todo revela, desde que se sale de *Prato*, que os aproximáis á un gran foco de población, á un gran centro de vida, á un gran campamento, del cual estáis recorriendo las avanzadas....

Poco á poco van aglomerándose los aislados edificios; van ligándose éstos; va formándose la colmena; va condensándose la Ciudad...., hasta que, por último, aparecen á lo lejos algunas elevadísimas Torres, y luego la gran masa de la Capital, en magnífica perspectiva....

—«¡*Florencia!*.... aquella es Florencia, ó sea la *patria de las flores*.... (se apresura á deciros vuestra me-

moria): aquella es la Ciudad dos veces ilustre en la historia del Arte, como etrusca y como italiana: aquella es la rival y vencedora de *Fiésole*, cuyo esqueleto blanquea todavía en la próxima montaña: aquella es la Colonia embellecida por los Romanos; la deidad admirada y luego destruída por los Bárbaros; la desheredada princesa restablecida en su trono por Carlo Magno: aquella fué luego la ardiente republicana, y á la par elegante aristócrata, que dispensó indistintamente sus favores á Güelfos y Gibelinos, y fué amada y maldecida por el infortunado Dante: esa es la Corte de los Médicis, de aquella familia de mercaderes que se trocó de pronto en dinastía de Príncipes y dió Reinas á toda Europa, Pontífices al Cristianismo y Tiranos á *Florencia*.... (pero tiranos cultos é ingeniosos, que hicieron olvidar al pueblo su perdida libertad, adormeciéndolo con el suave beleño de las Letras y las Artes y enervando su antigua energía en el seno del sibaritismo): esa es la *Atenas del Renacimiento*, la *Ciudad-museo*, en cuyas Plazas se ven todavía, revueltas con la multitud ociosa, las esculturas de Miguel Ángel y Benvenuto Cellini: esta fué la cuna del talento, el emporio del saber y la cultura, la escena de los grandes crímenes, el salón de las lujosas fiestas, la gran escuela política: aquí se encuentran en increíble número libros, cuadros, estatuas, joyas, medallas, camafeos, bronces, manuscritos, reliquias, templos, sepulcros y palacios, testimonios elocuentes de las glorias florentinas: esta es, en suma, la patria de Dante, de Maquiavello, de Bocaccio, de Américo Vespucio, de Cimabue, de Ficin, de Mars, de Andrea del Sarto, de Lorenzo de Médicis, de León X, de Lulli, de Bruneleschi, y de otros muchos artistas, poetas, Papas, historiadores, sabios, guerreros y navegantes de inmortal renombre....»

Tal es la *Florencia* que ve la imaginación, en tanto que los ojos descubren sucesivamente un apiñado grupo de Torres señoriales, Cúpulas y Campanarios; altos techos de enormes edificios; graciosas siluetas de negros Palacios, destacándose en el limpio cielo; Puertas almenadas; Jardines levantados sobre azoteas; calles de árboles; Puentes; Arcos; los anchos espejos del Arno caudaloso; suntuosas casas modernas; centenares de carruajes por todos lados; una inmensa muchedumbre á pie; lujo, animación, alegría, movimiento y ruído en la estación del Ferrocarril, en los Muelles, en el río, en las Calles, en las Plazas, en todas partes....; una gran Capital, en fin, que recuerda á Milán y á Sevilla; pero que las aventaja en hermosura....

Mucho antes de entrar en *Florencia,* se han divisado ya tres de sus principales portentos, que son: 1.°, la alta y esbelta *Torre del Palacio Viejo* ó de la *Señoría;* 2.°, un maravilloso *Campanile* (que desde el primer momento hace olvidar aquel tan extraño y bello que acaba de admirarse en Pisa), y 3.°, la audaz y gigantesca *Cúpula de la Catedral,* llamada *Cúpula de Brunelleschi*, del nombre de su autor.—Estas tres magistrales obras, solitarias reinas del aire, hacen adivinar al viajero todo el esplendor de la Ciudad que se extiende debajo de ellas.

Una vez *intramuros*, llama vivamente la atención la singular elegancia de todo lo que se ve: el *buen tono,* por decirlo así, no sólo de las personas, sino de las cosas; el decoro, el aseo y la gracia de las calles, de los edificios y de las gentes; el aire de señorío y de cultura que se respira por doquiera; la pulcritud y perfección del empedrado; los contornos artísticos y la noble severidad de los palacios; la compostura y limpieza de

la plebe; el gusto, cuando no el lujo, de las tiendas; la aristocrática y sibarítica disposición de la entrada de cafés y de hoteles, y, sobre todo, el gran número de extranjeros de todos los países, en particular ingleses (y entre los ingleses, centenares de *fashionabilísimas* inglesas), que han tomado carta de ciudadanía en la hermosa patria de las flores.

Nuestro primer cuidado al salir de la Estación del Ferrocarril, fué venirnos al *Hotel de l'Arno* y hacer un ligero estudio acerca de la *cocina* de Florencia...., que no nos pareció mala: en seguida nos marchamos á recorrer *superficialmente* la Ciudad, operación en que hemos empleado desde la una hasta el obscurecer; y, ya obscurecido, nos hemos vuelto á casa, de donde yo no he querido volver á salir, con tal de pasar la velada coordinando, según ya he coordinado, mis apuntes de Pisa, de Luca y del viaje de hoy, y reseñando además, como pienso reseñar ahora, todo lo extraordinario que he visto esta tarde, durante mi primer paseo por la corte de los Médicis.—Manos, pues, á la obra.

En *Florencia*, lo mismo que en Pisa, el *Arno* es la calle principal, la gran arteria de la población, el *boulevard* que la parte en dos mitades. A cada lado del opulento río hay un ancho Muelle, llamado *Lungo l'Arno*, en que se admiran, sobre todo en el de la derecha, soberbios Palacios y magníficos Hoteles.—Desde el balcón del que nosotros habitamos se descubre toda la longitud de esa triple calle, ó sea cerca de una legua de muelles y río, viéndose sobre este último hasta cinco puentes de variada forma, que son: *il Ponte delle Grazie*, sólido y viejísimo, sobre el cual se levantan algunas casas; *il Ponte Vecchio*, que se halla casi á la puerta de nuestro Hotel, y que constituye uno de los principales centros del comercio de Florencia (pues, como el Puente de Rialto de Venecia, sostiene

dos hileras de casas, cuyos portales son otras tantas tiendas, ocupadas casi todas por plateros); *il Ponte à Santa Trinità*, compuesto de tres elegantes y atrevidos arcos peraltados y adornado con cuatro Estatuas; *il Ponte della Carraja*, llamado así por los muchos carros que pasan sobre él, y, finalmente, allá, muy lejos (donde no hay ya casas á las márgenes del Arno, sino jardines y alamedas) *il Ponte di Ferro*, uno de los dos puentes colgantes que hay fuera de la población.

Después de recorrer de un extremo á otro el *Lungo l'Arno*, ó *Lung'Arno*, hemos dirigido nuestros pasos á la célebre *Plaza de la Señoria* ó del *Gran Duque*, que, por sus monumentos arquitectónicos y por sus recuerdos históricos y poéticos, compite con la *Piazzetta* de Venecia, y que, por las sublimes Esculturas que la adornan, hace adivinar lo que debieron ser las Plazas de Atenas, cuando las obras de Fidias, Praxíteles y Cleómenes recibían en ellas la lluvia del cielo y las respetuosas miradas de mendigos y desocupados.—En el Foro de Florencia, son *Miguel Angel*, *Benvenuto Cellini*, *Juan de Bolonia* y *Donatello* los que invitan á la alabanza, pues en él figuran, y podéis ver siempre que paséis (y hasta reparar en que alguna gente cruza ya sin mirarlas), Estatuas magistrales de estos cuatro egregios artistas.

Desde luego habéis empezado por admirar en conjunto la tal *Plaza*, irregular, es cierto, pero muy pintoresca y graciosa, y hermoseada por el elegante *Palazzo Vecchio*, Capitolio de Florencia, por los grandiosos arcos de la *Loggia de Lanzi*, donde se reunía el Pueblo á conferenciar sobre la cosa pública, y por el célebre *Palacio Ugoccioni*, que unos creen ser obra de Rafael y otros del renombrado Paladio.

Al pie de estos edificios veis primeramente el famosísimo *David* de Miguel Ángel, estatua colosal que representa al Profeta-Rey en los primeros años de su juventud, cuando no era más que un sencillo pastor.—En mi concepto, Miguel Ángel ha querido retratar al hijo de Jessé volviendo á su casa después de haber matado al Gigante Goliat. Su actitud es modesta, cuanto digna y sublime. Hállase desnudo, con la terrible honda ceñida *á la bandolera*, y la poderosa diestra caída. En su serena frente se adivinan ya las inspiraciones del Artista, la majestad del Monarca y las visiones del Profeta. La figura toda es un modelo de belleza humana: desde cualquier lado que se la mire, ¡qué majestuoso continente, qué esbeltez, qué pureza de líneas! —Acerca de esta obra, ejecutada por *Buonarrotti* á la edad de veintinueve años, han dicho unos que es superior á todas las esculturas antiguas, mientras que otros la han hallado un poco angosta de caderas.... Yo creo posible que el excesivo elogio de los primeros haya dado margen á la censura de los segundos.

Cerca del *David* hay un grupo esculpido por Bandinelli, que representa á *Hércules matando á Caco*; — composición que en otro pueblo cualquiera sería notabilísima; pero que en este séptimo cielo del arte apenas llama la atención.

En la *Loggia* compite honrosamente con la obra maestra de Miguel Ángel el *Perseo* de Benvenuto Cellini, airosa y noble Estatua de bronce, cuya fama es universal, y, no lejos, se ve otro prodigio: el *Robo de la Sabina*, por Juan de Bolonia; admirable grupo de tres figuras, *encaramadas*, por decirlo así, *una sobre otra*, y en el cual el Arte ha apurado todos sus recursos para ennoblecer tan dificultosa escena. — El audaz raptor tiene sujeto bajo sus pies al esposo ó amante de una beldad á quien ha cogido y alzado entre sus brazos.

El Sabino rabia y se retuerce contra el suelo, mirando desesperadamente á su amada. El Romano contempla con voluptuosa codicia aquel mórbido seno, que casi le roza el semblante. La Sabina, abrazada por las caderas y en la imposibilidad de escapar, se halla tendida boca arriba, sobre el pecho del soldado de Rómulo, toda desnuda y tan hermosa como Dios la hizo, con los brazos levantados al cielo, cual si le pidiera socorro.... —Este complicado y magnífico grupo, de mayor tamaño que el natural, está labrado en un solo trozo de mármol de Carrara!

Pues aún siguen las maravillas artísticas de la Plaza. A la puerta del *Palacio Ducal* hay dos Estatuas del *Dios Término*:—al Norte del mismo Palacio, una magnífica *Fuente de Neptuno*, que me recordó la del Prado de Madrid, bastante inferior á la florentina:—más al Norte, una hermosa *Estatua ecuestre de Cosme I de Médicis*, obra de Juan de Bolonia;—y dentro de la *Loggia*, siete Estatuas antiguas, que son: seis *Galas prisioneras*, y *Un soldado que sostiene el cuerpo de Ayax moribundo*.— Finalmente: en el arco de la misma *Loggia* que mira al *Patio degli Uffizi*, se encuentra un grupo vaciado en bronce, *Judit y Holofernes*, obra del inmortal Donatello.—¡Creo que no se pueden pedir más riquezas á una Plaza pública!

El *Patio degli Uffizi*, contiguo á la Plaza del Gran Duque, es una Calle ó Pasaje, á cuyos dos lados corren grandiosos pórticos y dan las ventanas del *Palazzo* del mismo nombre, célebre en todo el mundo por los tesoros artísticos que encierra.— En esta otra vía pública, llamada *Patio*, hay 28 *Estatuas*, que representan á los *Toscanos Ilustres*: Dante, Petrarca, Alfieri, Maquiavelo, Galileo, Savonarola, Giotto, Orcagna, Lorenzo el Magnífico, Donatello, Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, Bocaccio, Américo Vespucio, Guido Aretino,

Benvenuto Cellini, Nicolás de Pisa y otros que no recuerdo.—Todas estas *Estatuas* han sido costeadas con el producto que los Grandes Duques de Toscana han sacado del juego de la Lotería desde 1835.

En cuanto al *Palazzo degli Uffizi*, no era hoy ocasión de visitarlo, cuando, según mis notas, requiere muchísimas horas de examen. — Trasladéme, pues, inmediatamente á la *Plaza de la Catedral*.

En la *Piazza del Duomo* de Florencia, lo mismo que en la de Pisa, se ven agrupados tres diferentes edificios, á cual más bello, que constituyen una sola obra: la *Catedral*, el *Campanile* y el *Bautisterio*.—Sólo falta el *Campo-Santo;* pero en cambio se ven otras notables construcciones (dependencias de la *Catedral*, ó albergue de los Canónigos), adornadas por dentro y por fuera espléndidamente.—En fin: al Mediodía del Templo hay una Piedra, *il Sasso di Dante*, en la cual, según la tradición, se sentaba todas las tardes el poeta á descansar de sus fatigas—¡hace 560 años!

La *Catedral (Santa María del Fiore)*,—así llamada del nombre de la Ciudad, ó de sus Armas, que consisten en un lirio rojo sobre campo blanco,—es imponente como fábrica, grandiosa como pensamiento y respetable por su historia y por los monumentos que encierra. Pero su Fachada no está concluída; el resto del Exterior deja también de lucir su grandiosidad, á causa de los mármoles de colores que lo revisten, y el mismo Interior resulta pobre y desmantelado, por no bastar á su ornamentación las curiosidades y obras sueltas de arte que allí se admiran.

Citaré entre ellas un *Meridiano* trazado en el suelo por *Toscanelli*, el maestro de Cristóbal Colón; los *Vidrios de colores* de las altas ventanas; un Grupo de Es-

cultura, llamado la *Pietà*, obra de Miguel Ángel, quien lo destinaba á su Sepulcro, y una Pintura en madera que representa al *Dante*, vestido de encarnado, ceñido el laurel, con la *Divina Comedia* en la mano, y mirando á sus pies la vista panorámica de *Florencia*.

Este precioso cuadro fué ejecutado por Andrea Orcagna, el gran pintor que tanto hemos admirado en el *Campo-Santo* de Pisa, constructor además de la *Loggia* de la Plaza del Gran Duque y escultor también muy famoso.—Orcagna, que murió en el segundo tercio del siglo XIV, pudo muy bien conocer á Dante, muerto en 1321.... Como quiera, siempre tenemos que la República Florentina, tan perseguidora del amante de Beatriz, lo albergó en efigie, pocos años después, bajo las bóvedas de la Catedral, presentándolo respetuosamente á la veneración de los Toscanos.

Pero el gran portento de la insigne Iglesia es la famosa *Cúpula de Brunelleschi*.—Brunelleschi fué el primer arquitecto que se atrevió á levantar en los aires una obra de esta naturaleza, contra el dictamen de todos los peritos de su siglo, que lo juzgaron loco.... ¡Baste deciros, para que comprendáis cuán difícil se creía entonces edificar una cúpula de aquella magnitud, que artistas muy nombrados le aconsejaron que empezase por llenar de tierra el centro de la Iglesia, hasta que la cúspide de una especie de montaña artificial saliese por la misma abertura que se trataba de cubrir; con lo que sólo restaría formar una especie de corteza sobre aquel molde!....

Tan ridículo pensamiento tuvo, sin embargo, su lado ingenioso, cual fué proponer que, al reunir el susodicho montón, se mezclasen monedas con la tierra, á fin de que la plebe, codiciosa, se diera luego prisa á desocupar el templo....—Así y todo, semejante vulgaridad fué desechada, y Brunelleschi obtuvo al fin

permiso para ensayar su idea, tan sencilla como barata (pues ni requería grandes andamios, ni armaduras de hierro, ni arbotantes, ni ninguna de las pueriles precauciones tomadas hasta entonces por la ignorancia para acometer obras de este género), y levantó sobre cimbras aquel templo aéreo, cuyo diámetro pasa de 130 pies, y cuyo vértice dista 300 del suelo de la Iglesia....

Algunos dicen que la *Cúpula de Brunelleschi* tiene más mérito que la de San Pedro de Roma, construída por Miguel Ángel un siglo después.... (Vese ya desde luego que tiene el de la prioridad). Pero este mérito, añaden, no consiste en la forma, sino en el atrevimiento de la construcción.... —¡Alégrome de que así sea; pues de este modo sigo esperando ansiosamente ver la célebre cúpula romana, llamada por Víctor-Hugo «idea de desesperación....; obra inmensa que merecía »ser única; última originalidad de la arquitectura; »firma de un artista gigante al pie del colosal registro »de piedra que se cerraba....»

El *Campanile* (que se alza al lado del *Duomo*) es, según ya he indicado, mucho más bello que el de Pisa, si bien de forma menos original.—Giotto, el ilustre Giotto, lo dibujó y empezó á construirlo. Su estilo es gótico italiano, pero tan delicado y gracioso, que, según Carlos V, aquella obra «debería estar encerrada en un estuche, á fin de que el tiempo no la ajase....» —Elévase la Torre 258 pies. Es cuadrada, y consta de cinco cuerpos revestidos de mármoles de colores. El primer cuerpo está adornado de preciosísimos bajo-relieves, y el segundo de estatuas de extraordinario mérito, esculpidas por Giotto, Donatello, Luca della Robbia y otros célebres artistas. Los demás cuerpos ostentan elegantes ventanas ojivales. — La idea de Giotto era coronar la Torre con una pirámide de 60 pies; pero

Gaddi, que terminó la obra, no se atrevió á tanto.

El *Bautisterio* es digno del *Campanile*, pero no tan bello como el de Pisa.—En cambio, sus tres *Puertas de bronce* están reputadas como otros tantos prodigios de arte, y Miguel Ángel decía de una de ellas «que merecía ser la puerta del Paraíso.»—Débense á Andrés Pisano y á Lorenzo Ghiberti, y su mérito consiste en los primorosos bajo-relieves que las adornan, y que representan asuntos tomados de la Biblia. La que mira á la fachada de la Catedral, obra de Ghiberti, es la que tanta admiración causaba á Miguel Ángel. También Rafael se complacía en decir que varias veces había procurado imitar las purísimas formas de aquellas figuras.—Ghiberti empleó veinte años en hacer las dos puertas que llevan su nombre, siendo de advertir que sólo tenía veintitres de edad cuando obtuvo el encargo de ejecutarlas, y que venció á los primeros artistas de su época, entre otros á Brunelleschi, en el concurso que se celebró al efecto.

Fieles al propósito, con que salimos del Hotel, de formar esta tarde ligera idea de *toda* la Capital, nos dejamos ya de minuciosidades; tomamos un cabriolé, y le dijimos al cochero que nos pasease por Florencia sin otro norte que su capricho, resueltos por nuestra parte á no detenernos ante cosa alguna, por mucho que nos maravillara.—Corrimos, pues, de Calle en Calle y de Plaza en Plaza, viendo á cada paso severos Palacios de estilo etrusco, es decir, ciclópeos, basados en grandes monolitos y de una arquitectura peculiar de la antigua Florencia, que consiste en dejar lisos los amplios muros, sin más adorno que una gran cornisa y algunas estrechas ventanas semejantes á ojivas góticas y también á agimeces árabes.—Estos Palacios tienen

un aspecto, á la vez elegante y sombrío, guerrero y voluptuoso, que recuerda á aquellos aristócratas florentinos, ilustres en las letras y en las artes, cuanto terribles en la plaza pública ó en los campos de batalla, de que están llenas las Historias.

El cochero nos iba diciendo el nombre de algunos de aquellos edificios: nombres que levantaban un mundo de recuerdos en la imaginación....

—Este es el *Palacio Strozzi Ridolfi*, donde habitó *Blanca Capello* (exclamaba).—Este es el *Palacio de los Médicis*, su primera casa, en donde vivían como simples banqueros, antes de ser llamados al gobierno de la Ciudad y del mundo.—Este es el *Palacio Strozzi*, tipo y modelo de los palacios florentinos.—Esta es la *Casa Buonarroti* (la casa de Miguel Ángel), donde vive todavía un descendiente de su familia y se ven dibujos, instrumentos y muebles que pertenecieron al grande artista, así como su correspondencia!!—Esta es la *Casa de Alfieri*.—Esta es la *Casa de Dante*.—Aquí vivió *Galileo*.—Aquí *Maquiavello!*....

Y, mientras el cochero hablaba de este modo, íbamos encontrando Estatuas y más Estatuas (pasan de 200 las que decoran las Calles y Plazas de la Capital), Fuentes y más Fuentes, grandiosos Templos, magníficos Arcos, millares de obras artísticas....

Huyendo de tanta grandeza y tantas emociones, salimos al campo, y en el campo encontramos centenares de lujosos carruajes, ocupados por Lores ingleses, opulentos americanos y Príncipes de toda Europa; *villas* regias; bellísimos Jardines; la grandiosa mole del *Palacio Pitti*, vista á lo lejos, y la remota perspectiva de otras cúpulas y torres, debajo de las cuales sabíamos ya que nos esperaban nuevos prodigios que admirar....—¡ Siempre *Florencia;* cada vez más ilustre y rica, más elegante y seductora!

Al ponerse el sol estábamos en el *Monte alle Croci*, que domina toda la Ciudad, y desde cuyo vértice conseguimos al cabo abarcar de una ojeada tantas maravillas, componerlas, sentirlas en conjunto....—Pero muy luego fué apagándose el fulgor de Poniente, mientras que del perezoso Arno se levantaban leves nieblas que poco á poco nos ocultaron aquella esplendorosa visión....

Brillaron entonces veladas luces en los balcones y ventanas de los edificios y á todo lo largo de Calles y Plazas.... ¡Había anochecido en Florencia, y ya no quedaban más que recuerdos de un tan deseado y solemne día!—En prueba de ello, sonaron melancólicamente todas las campanas de la extensa Ciudad, unas después de otras, pero confundiéndose al fin en una sola plegaria....—¡Era la Oración!....

¡Cuán lejos de la madre patria nos sorprendía la noche! ¡Y cuán cierto es que hasta que llegan las tinieblas cotidianas no siente el viajero su orfandad!....

Sin embargo, el religioso acento de aquellas campanas decía claramente en su universal idioma: «*Ave María*....»—¡No éramos, pues, tan extranjeros en la culta, en la hermosa, en la descorazonada *Florencia!*

V.

SIETE DÍAS EN FLORENCIA.—IGLESIAS.—PITTI Y UFFIZI.—LA VENUS DE MÉDICIS.—RAFAEL.—LE CASCINE.—EL PERRO DE FLORENCIA.—COSTUMBRES.—TEATROS.—SALIMOS PARA ROMA.

FLORENCIA 19 de Diciembre.

Siete días llevo de estancia en *Florencia*, donde he gozado dichas inolvidables.—La belleza de la Ciudad, la feracidad de los campos, la transparencia del cielo, la suavidad de las costumbres, los millares de obras

magistrales que he admirado en Iglesias, Palacios y Museos; la hermosura de las florentinas; lo apacible de la estación; todo ha contribuído á encantarme durante mi residencia en este paraíso....

¡Qué semana tan deliciosa he pasado!—Las aves, creyendo llegada la primavera, dejaban sus nidos y volaban anunciando nuevos amores. Los árboles conservaban todavía las hojas de 1860, que yo confundía á veces con las de 1861. Vistosas flores adornaban, no sólo los campos, sino las esquinas de las calles, los balcones de las casas, las trenzas de las florentinas, el pecho de sus amadores, y sobre todo los grandes azafates de las floristas callejeras. Las damas principales paseaban en coche abierto. Los Ingleses fumaban en los balcones de los Hoteles, contemplando extasiados el océano de luz que inundaba el horizonte y no echando de menos seguramente las tristes nieblas del Támesis. Al canto de los pájaros se juntaban las melodías de innumerables organillos, así como los ecos de mil pianos, y el monótono solfeo de tímidas *ladys* ó apasionadas *signorine* discípulas de Euterpe, y las orquestas de los cafés, y, por último, el son de las campanas, que parecía venir de remotas tierras, de apartadas costas, de otra Península, hermana de la Italia, bañada también por el Mediterráneo, querida también del sol y de las flores!....—¡Inolvidables días, vuelvo á decir!

Durante ellos, he dedicado las mañanas á visitar las *Iglesias*, que son verdaderos museos artísticos, famosos por su arquitectura y por los Cuadros, Frescos, Estatuas y Bajo-relieves que las decoran. Entre tantísima obra maestra, recordaré eternamente:

Los *Frescos* de la *Capilla Brancacci*, en la *Iglesia del Carmine*; sobre todo los firmados por Masaccio:

La Iglesia de *Santa Croce* (que es á Florencia lo que

San Juan y San Pablo á Venecia: el Panteón histórico de la Ciudad), donde reposan en magníficas *Sepulturas* MIGUEL ANGEL, MAQUIAVELO Y GALILEO; donde se hallan los *Mausoleos* levantados á DANTE y á ALFIERI (el de este último esculpido por Canova); donde hay preciosísimos *Frescos* de Giotto, *Estatuas* de Donatello, y hasta un *Cuadro* de Cimabue, y donde se ve un *Sepulcro* que encerró provisionalmente los restos de *José Napoleón*, Rey que fué ó pensó ser de nuestra España:

El *Convento de San Marcos*, lleno de sublimes *Pinturas del P. Juan de Fiésole*, ó sea de *Beato Angélico*, de aquel seráfico genio, Platón del arte cristiano, en cuya misma celda vivió después otro Religioso que parecía haber heredado su alma; el infortunado Savonarola, brioso expositor del ascético misticismo del monje artista, y paladín (como él) del espíritu puro:

La Iglesia de *Santa Maria Novella*, donde hay que admirar, entre otras muchas cosas, aquella *Madonna* de Cimabue que llevó en triunfo el pueblo desde el taller del Pintor á dicha Iglesia; los célebres *Frescos* de Chirlandajo, maestro de Miguel Angel, que revisten todo el Coro; un *Crucifijo*, tallado en madera por Brunelleschi, de cuya obra se dice que no tiene rival en el mundo, y un *Juicio Final*, pintado en un muro por Andrés Orcagna, quien no vaciló en colocar á Dante entre los Bienaventurados, aunque el artista era casi contemporáneo del poeta:

Or San Michele (es decir, *Ahora San Miguel)*, originalísima Iglesia construída para Lonja de granos, y tan notable por su bella arquitectura gótica como por las *Estatuas* debidas á Juan de Bolonia, Ghiberti y Donatello que adornan el exterior [1] y por su *Taber-*

[1] De estas Estatuas, las más bellas son la de *San Jorge* y la de *San Lucas;* ambas ejecutadas por Donatello.—A esta última fué á la que dijo admirado Miguel Angel: — « Marcos, ¿por qué no me hablas? »

náculo de mármol blanco, obra también de Orcagna:

Y finalmente, otros *Frescos* de Chirlandajo, en la Sacristía de *Santa Trinità*, que representan la *Vida de San Francisco*.

De intento he dejado para lo último el hablar de *San Lorenzo*, magnífica Iglesia, propiedad y monumento de los Médicis, cuyo *Panteón* se ve en la célebre *Sacristía nueva*, construída y adornada por Miguel Ángel.—Allí hay siete magníficas esculturas suyas: la *Estatua de Lorenzo II de Médicis*, ó sea *il Pensiero* (la meditación, el pensamiento), llamada así por su actitud soñadora; la *Aurora* y el *Crepúsculo*, figuras alegóricas que reposan sobre el sarcófago de Lorenzo; la *Estatua de Julián II de Médicis*, sentado sobre su propio sepulcro; las del *Día* y la *Noche*, figuras alegóricas reclinadas á sus pies, y un grupo de la *Virgen y el Niño Jesús*, no concluído, pero sumamente notable.—Cualquiera de estas siete Estatuas bastaría á la gloria de Miguel Ángel.... Hay una sobre todo (la que representa á la *Noche)* que compite en belleza y expresión con las mejores esculturas de la Antigüedad.

También forma parte de la Iglesia de *San Lorenzo* la *Capilla de los Médicis*, más lujosa que artística, donde están enterrados los Grandes Duques Cosme II y Fernando I, y se ven los Mausoleos de Cosme I, Francisco I y Cosme III.—La Tumba y Estatua de Cosme II, de bronce dorado, es obra de Juan de Bolonia.

De vuelta de las Iglesias, en las cuales, como ya he dicho, pasaba la mañana, me dirigía á la *Plaza del Gran Duque*, donde se halla el Correo.—Allí recogía mi correspondencia; saludaba al paso con cierta familiaridad al *David* de Buonarroti, al *Perseo* de Cellini y á la *Sabina* de Juan de Bolonia; me hacía limpiar las botas nada menos que por un Conde, primogénito y heredero de nobilísima y antiquísima familia, establecido con sus

cepillos cerca de la *Loggia de Lanzi;* entraba á dar una vuelta por el gran Salón del *Palazzo Vecchio*, donde evocaba las venerables sombras de la República florentina, y, por último, al sonar las once, me dirigía al Hotel,—á cuya puerta encontraba siempre á Jussuf, el cual me daba los buenos días con una sonrisa infantil y con este breve discurso:

—*Almorzar.*

Después de almorzar, me iba á la *Galería del Palacio Pitti* ó á la de *Uffizi*, donde permanecía hasta las tres de la tarde....

Deseando y temiendo estaba hablaros de esas dos Galerías.... En ellas hay miles de obras de arte, dignas casi todas de especial mención, y algunas de un mérito tan extraordinario, que apenas reconocen rival en el mundo entero.—¡Imposible, no digo describirlas, sino citarlas en un libro como este!.... ¡Imposible también pasarlas en silencio!—Y cuenta que, si algún Museo de Europa pudiera luchar con estos dos, *en cuanto á Pinturas*, sería el nuestro de Madrid, donde tenemos tantas y tan magistrales obras italianas y flamencas al lado de los portentos de la Escuela Española!—Saldré, pues, de semejante apuro hablándoos únicamente de aquellos Cuadros y Estatuas de *Pitti* y *Uffizi* que sobresalgan como enhiestas Islas en el océano de mis impresiones de esta semana.

Empecemos por la *Galería Pitti.*

El *Palazzo Pitti* (construído por unos comerciantes sin celebridad; comprado después por Leonor de Toledo; llevado por ésta en dote á Cosme I de Médicis, quien trasladó á él su residencia, y habitado luego por todos los Grandes Duques de Toscana) es un edificio inmenso, grandioso, descomunal, levantado sobre enormísimos sillares toscamente labrados á la manera

etrusca y más parecido á una ciudadela que á una mansión real. Detrás de esta construcción de titanes hay extensísimos *Jardines*, que ocupan todo un monte, llenos de Estatuas, Fuentes, Escalinatas de mármol, Grutas preciosas y cuantos primores pueden armonizar el arte con la naturaleza.... En fin, para que todo sea ciclópeo en *Pitti*, los Médicis abrieron un camino subterráneo (un *túnel*, diríamos ahora) entre este Palacio y el de la *Señoría;* camino que existe hoy, pasa por debajo del lecho del caudaloso Arno y va á parar á la *Galería degli Uffizi*.

La *Galería Pitti* se compone de diez y seis habitaciones, en que hay colocados *quinientos cuadros* firmados por los más grandes pintores del mundo, algunos de los cuales tienen allí sus mejores obras. — Muchísimos artistas, mujeres por lo general, y, entre las mujeres, bastantes inglesas, y, entre las inglesas, algunas muy lindas, vense allí encaramadas en altos andamios copiando obras de otras edades.... Cientos de insignes extranjeros de ambos sexos (sobre todo americanos del Norte, rusos, ingleses y, alemanes) discurren silenciosamente por aquellos salones.... Y, como si esto no bastara, emprendedoras beldades de *Florencia*, elegantemente vestidas á la parisién, acuden allí (so pretexto de admirar los cuadros) á que las admiren á ellas los *touristes*, quienes (excusado es decirlo) no se desdeñan de dividir su atención y su amor entre el arte y la naturaleza....

En la *Galería Pitti* hay hasta diez cuadros del divino Rafael Sanzio, que son: la *Visión de Ezequiel*, tabla muy pequeña, pero una de las creaciones más grandes de la pintura; — el *Retrato de Magdalena Donni*, amiga del artista, tipo bellísimo que le sirvió de modelo (y no la *Fornarina*, como creen muchos) para sus Vírgenes más inocentes é ideales; — el *Retrato de Ángelo*

Donni, hermano de Magdalena ;—la *Madonna dell' Impannata*, llamada así del *encerado* que se ve en el fondo del cuadro ;—un *Retrato del Papa Julio II ;*—un *Retrato del Cardenal Bibbiena*, repetido en el Museo Real de Madrid ;—un *Retrato de Tomasso Inghirami ;*—la *Madonna del Baldachino*, obra de los mejores tiempos de Rafael, en que se ve á la Virgen sobre un trono, y debajo cuatro Santos de pie, adorándola, y, en medio de los Santos, dos lindísimos Ángeles ;—otra *Madonna*, llamada del *Gran Duca*, tan estimada del Duque Fernando, que la llevaba consigo siempre que viajaba; —y, finalmente, la famosa *Virgen de la Silla*....

Este precioso cuadro, universalmente conocido, por haberse hecho de él todo linaje de copias, es un óvalo, de poco más de tres pies de alto, pintado en madera, dentro del cual forman inimitable grupo la Virgen, el Niño Jesús y San Juan Bautista.—De todas las Vírgenes del de Urbino, esta es la única cuya mirada se cruza con la del que la mira, ó cuyos ojos no están bajos con celestial modestia. Podría, pues, calificarse como la menos inspirada y sublime de sus Marías, por lo mismo que es la más terrenal, humana y seductora de sus beldades.

Después de las obras de Rafael, llaman allí la atención los siguientes cuadros:

Las Parcas de Miguel Ángel, en que no menos pasman la valentía del dibujo y la habilidad de la composición, que la idea del soberano artista de representar á las Hijas de Erebo, no en tres bellas diosas más ó menos lúgubres, como hacían los atenienses, sino en tres fortísimas y espantosas viejas :

La renombrada *Bella* de Ticiano, ó sea su querida, que, según unos, era la Duquesa de Urbino, y, según otros, una hija de Palma el Viejo : magnífico retrato de cualquier manera, pintado magistralmente :

Un *San Bartolomé* de nuestro Ribera (*del cavalliere Giuseppe Rivera, spagnuolo, detto lo Spagnoleto*, dice el Catálogo), admirable pintura, no tan bella como la que tenemos en Madrid del mismo asunto y del mismo autor ; pero notabilísima sin embargo :

Un *San Francisco de Asís*, firmado de este modo: *Josef Rivera, español, 1643,* y un *Retrato de un Italiano*, obra también de nuestro compatriota :

Un *Adán* de Alberto Durero, admirable representación de aquel infeliz abuelo de todos los humanos.... —Á sus pies ha pintado el artista un pavo real y un ciervo, símbolos de la vanidad y la cobardía :

Una *Virgen de Murillo*, rubia, pálida, débil, empero andaluza en medio de todo, tan inmaterial y mística como las mejores *Concepciones* del Rafael sevillano que se conservan en España :

Otra *Virgen de Murillo* (la del Rosario), con el Niño Jesús, que tiene en las manos una corona de rosas:

La célebre *Magdalena* de Ticiano, de la cual vi una repetición en Venecia, y he admirado otra no recuerdo dónde....—En esta obra magistral no se distingue solamente el pintor de las Venus como inimitable colorista, sino también como dibujante correctísimo y por la expresión cristiana de los afectos.... La Penitente es hechicera, y tiene labios y ojos de su antiguo oficio, pintados como Ticiano sabía pintar los encantos de la mujer ; pero esos labios y esos ojos revelan ya todo lo que el arrepentimiento ha labrado en el ánimo de la que enjugó con sus cabellos los pies de Jesús.

También están en *Pitti:* la *Judith* de Cristóbal Allori, notable por su hermosura y terrible expresión, y por la idea que tuvo el pintor de retratar en ella á una querida suya que le daba muchos disgustos y de retratarse él mismo en el dormido Holofernes:

El famoso *Baile de las Musas y Apolo*, pintado por

Julio Romano sobre fondo de oro y en pequeñas dimensiones, para adorno de la tapa de un piano :

El *Martirio de Santa Ágata*, de Sebastián del Piombo:

Un cuadro grande de *Beato Angélico*....

Y no digo más....; no puedo decir más; pues á cada momento acuden á mi imaginación obras maestras de esos artistas y de los demás que llevo citados en este libro....—Allí Vinci; allí Velázquez (tres *Retratos*, uno de ellos de Felipe IV); allí Guido Reni; allí Francia; allí Tintoretto, Pablo el Veronés, los dos Palmas, Andrea del Sarto, Rubens, Rembrant, Van-Dyck, Salvator Rosa, Poussin, Pordenone, Perugino, Fra Bartolomeo, Bronzino, Correggio, Luini....; ¡allí todos!

Y allí está, por último (y la cito por no ser pintura), la famosa *Venus* de Canova, labrada en mármol de Carrara, que reemplazó en la *Tribuna de Uffizi* á la *Venus de Médicis* cuando los Franceses se apoderaron de ésta y se la llevaron á París....—La *Venus* de Canova sale del baño y se enjuga con un lienzo.... Más que la madre de Cupido, parece una estatua del *Pudor*... De cualquier modo, es bellísima, y Florencia la saludó con patriótico entusiasmo, el día que fué expuesta al público, llamándola *Venus Itálica;* esto es, adoptándola como hija de la Nación y digna rival de las Venus griegas.—Pronto veremos nosotros si la escultura de Canova puede compararse con la de Cleomenes....—¡Dígolo, porque la *Venus* de *Médicis* ha vuelto á Italia, y nos espera en la tribuna de *Uffizi!*—Volemos en su busca.

La *Galeria degli Uffizi* es mucho más rica, variada y célebre que la que acabo de describir. Rara, pues, ha sido la mañana que no la he visitado al paso, al ir ó al volver de *Pitti*; sin contar los días que he entrado

en ella á las once de la mañana y no he salido hasta las cuatro de la tarde.

En *Uffizi* hay 1,800 obras de primer orden; pero no ya solamente Pinturas, sino también Esculturas antiguas y del Renacimiento, Bronces, Vasos, Camafeos, todo un Museo Etrusco, Piedras grabadas, Piedras preciosas, trabajos en Marfil, etc.

Entre las Pinturas, que pasan de 1,200, figura una Colección de 400 *Retratos de Pintores*, hechos por el respectivo *original*.—Esto dará idea de la importancia y riqueza de aquella Galería, así como del amor de los Médicis á las Bellas Artes: amor que heredaron de ellos, como una tradición patria, las otras dinastías que fueron reinando en Florencia.

La obra maestra de *degli Uffizi*....; pero, ¿qué digo?, la obra maestra del arte en general; la primera escultura del mundo, al decir de la mayoría de los críticos, es la *Venus de Médicis*, esculpida en Atenas, dos siglos antes de Jesucristo, por el célebre Cleomenes, hijo del gramático Apollodoro, y encontrada hace 300 años en Tívoli, cerca de la *villa*-Adriana, donde yacía bajo escombros seculares, como tantos otros prodigios artísticos de la Antigüedad.

«La *Venus de Médicis* (llamada así porque Florencia la adquirió en tiempo de un Gran Duque de esta familia) es (dicen los florentinos) á las demás Venus lo que Venus era á las demás diosas.»—También puede aplicarse á ella lo que decía Ovidio de la Venus de Praxíteles que se veneraba en el templo de Gnido: «que, si estaba inmóvil, era solamente porque la majestad divina se lo exigía.»—Roma y Nápoles poseen otras Venus griegas de extraordinario mérito; pero declaran con inparcialidad que «son inferiores á la *de Médicis*.» Solamente los artistas de Francia insisten en asegurar que la *Venus de Milo*, preciosísima joya del

Museo del Louvre de París, es la verdadera Emperadora de estas Reinas de la hermosura.—Yo admiro también entusiastamente á la *Venus de Milo*....; pero, considerándome sin competencia para fallar, me adhiero á la mayoría.... y á la minoría.—¡Oh! ¡Si la Venus de Milo tuviera brazos!....

Pero, en fin, admitiendo ahora, de acuerdo con la generalidad de los que han visto ambas maravillas, que la *Venus de Médicis* es la más bella obra del Arte, ¡imaginaos cuánto habrá sido mi orgullo al contemplarla!—Si tanta satisfacción causa al hombre el verse en cualquier extremo material ó moral; si tanto me ufané hace dos meses porque estaba en el monte más alto de Europa; si tanto se engríe el que ha visto la muerte de cerca, el que ha avanzado hacia los Polos más que ningún otro navegante, el que ha tenido en la mano el primer libro que se imprimió, el que habló con el Papa, y el que sufrió dolores inauditos; si tanto respetamos las supremas jerarquías de la prioridad, del tamaño, de la distancia, del peligro, de la vejez, del infortunio, del poder, de la novedad, de la rareza.... ¡cuánto más no debe envanecernos contemplar el colmo de la hermosura, la máxima expresión del arte, el límite del genio humano, el modelo de la belleza ideal; la mujer de piedra, en fin, á quien han dicho tantas generaciones:—«¡Tú eres la perfección de la forma; tú eres más hermosa que todas las beldades amadas por los hombres; tú eres el prototipo de la mujer, la Eva del deseo, la Helena de los poetas, la madre del Amor!»

Dejemos, sin embargo, la cuestión de orgullo, basada en el juicio de los demás, y hablemos de nuestras sensaciones propias.

De dos maneras hay que considerar á la *Venus de Médicis*: como mujer y como escultura, ó sea como modelo y como ejecución.

Empezando por figurárnosla como criatura viva, diremos que es de mediana estatura, ó más bien pequeña; joven, muy joven, pero bastante adolescida (lo que son las griegas á los quince años); no delgada, pero fina, ática, sobria de contornos; correcta, en fin, y pura, en la plenitud de sus hechizos. —Está completamente desnuda, de pie, en púdica actitud, tratando, sin conseguirlo, de ocultar con sus manos [1] los tesoros de la pubertad. Su rostro es un prodigio de hermosura...., y toda ella parece modelada por las Gracias. ¡Qué suavidad! ¡qué armonía! ¡qué morbidez! ¡qué riqueza y precisión de encantos!

Considerada como estatua, la *Venus de Médicis* no parece una ficción de piedra, sino la efectividad de la belleza femenina. Más claro: dijérase que allí lo fingido es la piedra, no la mujer.... ¡Aquella actitud es espontánea; aquel pecho alienta; aquella carne teme y palpita!—Así es que lleváis la mano á la beldad con púdico temblor, creyendo que vais á ofenderla, que va á moverse, que puede huir, y os asombra palpar el indiferente Paros, sentir el frío de la mentira, como otras veces habéis sentido el de la verdad, y comprender que la *Venus de Médicis* no existe: que lo que existe (ó, por mejor decir, *existió* hace dos mil años) es el genio de un escultor llamado Cleomenes, que vino á ser el Murillo ó Rafael de una Religión que nadie profesa ya sobre la tierra.

Tan singular portento no se halla solo.—Aquella *Tribuna* es una especie de santuario del arte, donde se han reunido, para que den compaña á la obra capital de Cleomenes, otras cuatro Estatuas griegas, escogi-

[1] Los brazos han sido restaurados.

das entre las muchas que encierran las demás Salas, y veinte ó treinta Cuadros, verdaderas joyas de la Pintura.

Las Estatuas son tan famosas, que basta nombrarlas:—Allí está el *Apollino* de Praxíteles.... Allí el *Arrotino* (amolador), que otros llaman el *Espía*. Allí los célebres *Luchadores*. Allí el *Fauno bailando*, admirablemente restaurado por Miguel Ángel....

De los Cuadros que cubren las paredes, citaré solamente algunos.

El primero que fijó mi atención, por el contraste que hacía con la *Venus de Médicis*, fué una *Venus* de Ticiano, toda desnuda, tendida en un revuelto lecho, bella sobre toda ponderación, y superior en mi concepto á sus demás *Venus*.—En cuanto al contraste indicado, consiste en que la diosa del pintor cristiano es sumamente sensual, pagana, lúbrica...., mientras que la del escultor gentil es pudorosa, tímida y recatada, según dejamos dicho. Predomina en aquélla la materia: en ésta el espíritu. La una habla á los sentidos: la otra á la imaginación. La florentina es la hermosura mortal: la griega es el ideal del arte.

También encierra la *Tribuna* seis cuadros de Rafael, y son los siguientes: un *Retrato de una mujer*, que parece hermana mayor de la *Magdalena Doni* del Palacio Pitti; — una magnífica y muy bien conservada repetición del *Retrato de Julio II*; — la *Madonna del Cardenillo* (del Jilguero), aniñada, más que modesta; sublime, sin embargo, y para la cual debió de servir de modelo la menor de las *Doni*; — el conocidísimo *San Juan en el Desierto*, y digo conocidísimo, porque hay muchas copias de él en Europa (copias hechas en el mismo estudio de Rafael por sus ilustres discípulos y que llegaron á confundirse con el original);— la *Madonna del Pozo*, acaso la menos bella de todas

las que creó el de Urbino y muy parecida á la mayor de las hermanas *Doni*; — y, últimamente, un *Retrato de mujer*, que algunos dicen representa á la *Fornarina*, mientras que otros ponen en duda hasta el que sea obra de su amante.

Sobre si es ó no la *Fornarina*, ya diremos nuestra opinión cuando veamos en Roma retratos incontestables de aquella célebre belleza: en cuanto á si es ó no de Rafael, yo soy de los que se inclinan á negarlo. El pintor de las Vírgenes no dió nunca muestras de gran colorista, y la *Fornarina de Uffizi* luce especialmente como prodigio de *color*....—De todos modos, la figura de que tratamos es una hermosísima mujer y una hermosísima pintura: en la *mujer*, no se cansa uno de admirar los negros y ardientes ojos, la altiva frente, la cariñosa boca, las atrevidas formas del talle, las negras trenzas coronadas de mirto, y aquella suave tez de los brazos y del cuello, bajo la cual parece que se ven fluir torrentes de calurosa sangre: y en la *pintura* todo es perfecto; el dibujo, el color, el movimiento del cuerpo, la piel de pantera que pende de uno de sus hombros, el *tono* de las carnes, y muy principalmente una inteligencia magistral del claro-obscuro, que hace destacarse del lienzo á la beldad, hasta el punto de creer uno posible abrazarla....

Mencionaré, por último, entre los demás cuadros que adornan aquel lugar, una *Sagrada Familia*, de Miguel Ángel; tres *Escenas de la vida de Cristo*, por Mantegna; una hermosísima *Madonna* de Andrea del Sarto; un *San Jerónimo* de nuestro Ribera, y un retrato de *Carlos V después de la abdicación*, á caballo, paseándose por la orilla del mar en cólera;—obra de Van-Dick, sumamente poética.

En las otras Salas de la *Galería* he admirado muy particularmente Esculturas, y, entre ellas, el famoso *Jabalí* griego; — el *Baco*, el *Adonis moribundo* y el busto de *Bruto*, grandes obras de Miguel Angel; —la célebre cabeza del *Fauno*, ejecutada por el mismo á los quince años; — un bellísimo *Ganimedes* antiguo, restaurado por Benvenuto; —el *Orador*, noble estatua de bronce, que unos creen romana y otros griega; — el busto de *Cosme I de Médicis* y el *Casco* y el *Escudo* de Francisco I, por Benvenuto Cellini; —y, finalmente, el renombrado *Mercurio* de Juan de Bolonia, prototipo de la escultura del Renacimiento.

De las Pinturas que encierran aquellos salones no diré palabra: ¡tanto es lo que se me ocurre decir! ¡tantos son los prodigios que allí he admirado!—Tampoco hablaré de un tercer Museo de Florencia (el de la *Academia de Bellas Artes*), lleno también de maravillas; ni del *Cenacolo de Foligno*, atribuído á Rafael; ni del *Museo Etrusco*; ni del *Egipcio;* ni de siete *Bibliotecas* públicas en que hay millares de libros raros, medallas, manuscritos, grabados, autógrafos...., etc., etc.—Y no hablaré de nada de esto (y en adelante seré más parco en descripciones y enumeraciones de obras artísticas), porque no se me oculta que la relación de mi viaje se va amanerando...., bien que no dude de que á todo el que recorra la Italia le acontecerá lo que á mí me ha sucedido....—Italia es un vasto Museo, en el cual la persona más indiferente al arte (y yo no lo he sido nunca, á Dios gracias) acaba por aficionarse á él de tal modo, que se olvida de la naturaleza, de las costumbres, de la política, de todas las demás cosas que se proponía estudiar y aprender, para no pensar más que en estatuas, cuadros, monumentos y antigüedades de toda especie.... — Y es lo más grave que, á medida que se baja por la Penín-

sula, estas antigüedades, estos monumentos, estos cuadros y esculturas crecen en número é importancia.... ¡Después de Florencia...., Roma, el panteón de los siglos! ¡Y después de Roma.... , Nápoles , reflejo de Grecia y teatro hoy de la resurrección del mundo pagano , cuyos espectros de mármol se alzan todos los días de entre las cenizas de la muerta Pompeya y del sepulcro de lava de Herculano!....

Lo anuncio , pues, desde ahora (y nadie me acuse de desatento con la majestad del arte): será muy posible que en la prosecución de este libro me veáis pasar al lado de celebradas obras de escultura, pintura y arquitectura, sin hacer siquiera mención de ellas, ó citándolas muy someramente, por más que yo las haya contemplado con gran delectación....—Ni ¿qué podré citar?....—¡Los Catálogos, los simples Catálogos de los Museos de *Pitti* y *Uffizi* , de los Museos del *Vaticano* y del *Capitolio* , de las *Galerías particulares* de Roma , del *Museo Borbónico* de Nápoles y de las *Ruínas de Pompeya*, forman otros tantos volúmenes, y todos juntos sumarían una obra tres veces más extensa que la presente!

En cambio, volveré á hablar con detenimiento de las costumbres y de la fisonomía de los pueblos que visite , así como de los sucesos que amenicen mi viaje; —lo cual no impedirá que , cuando se alcen ante mis ojos obras tan peregrinas como *San Pedro* de Roma, como el *Coliseo*, como el *Juicio Final* de Miguel Ángel ó como las *Loggie* de Rafael , les consagre también el debido estudio y acatamiento.

Conque ya estoy en el camino de la enmienda; y, para que no lo dudéis, antes de abandonar la Capital de la Toscana, voy á dar algunos toques más al cuadro,

no de las Artes florentinas, sino de la vida que aquí he llevado y de mis costumbres y de las ajenas.

Todos los días, durante la semana que acaba hoy, luego que concluía mis visitas á Museos, Bibliotecas y Academias (esto es, á cosa de las cuatro de la tarde), tomaba un coche descubierto que me conducía á *le Cascine*.

Le Cascine (las *Queseras*, llamadas así de unas *lecherías* pertenecientes al ex Gran Duque) son en Florencia lo que el *Bosque de Boloña* en París y lo que la *Fuente Castellana* en la villa de San Isidro: el Paseo de buen tono, el lugar de cita de toda la gente que arrastra coche, de la que gasta caballo y de la que tiene buenos pies.—*Le Cascine* se hallan al Oeste de Florencia, entre el Arno y el Ferrocarril, y forman un vasto laberinto de alamedas, bosques y prados, en que pacen tranquilamente innumerables vacas y ovejas.

Por todas aquellas calles de árboles discurren las personas, caballos y carruajes mencionados. Los trenes más ricos son de extranjeros, sobre todo ingleses y moscovitas. Los ingleses suelen ir en *breekes*, faetones y otros grandes vehículos, donde se ven alineados, frente á frente ó espalda con espalda, viejos, niños, jóvenes, criados, nodrizas, tribus enteras. Los florentinos elegantes guían diminutos cestos, en los cuales corren desesperadamente como en una *regata*, ocasionándose apuestas y caídas que divierten mucho á las damas principales. Otros montan en esas jaquitas, gráficamente denominadas *ratas*, ágiles y revoltosas como verdaderos duendes, que parecen hallarse á un mismo tiempo en todos lados. En cuanto á los jóvenes de la clase media, me consta que van á *le Cascine* en ómnibus, por la insignificante cantidad de dos cuartos: allí se bajan, y, una vez en el suelo, pasan la tarde haciendo resonar *sus espuelas* ó crujiendo el lá-

tigo, como si acabasen de confiar el caballo al *jockey*, y luego, entre dos luces, toman otro ómnibus, que los lleva, por otros dos cuartos, á la *Piazza di Ognissanti*....—Podéis creerme.... *Ego vidi.*

Pero la gran particularidad de este paseo es el alto ó parada que hace todo el mundo en un sitio llamado *il Piazzone*, delante del *Instituto Agrario*. De allí parten ó allí vuelven todos los jinetes y todos los carruajes que recorren en dispersión las varias alamedas de *le Cascine*. Allí hay todas las tardes una especie de tertulia ó de exhibición de damas y galanes, que debe de ser sumamente grata á los que se conozcan. Las damas permanecen en sus coches, y entablan coloquios de ventanilla á ventanilla, mientras que los galanes, los verdaderos jinetes, dejan sus caballos á los *jockeys* y discurren de acá para allá, saludando á las elegantes florentinas, recordando las conversaciones de la tarde anterior ó de la noche pasada, y citándose para la siguiente en tal baile ó cuál teatro....—Porque supongo que allí discutirán lo mismo que se discute en otros paseos de Europa; lo mismo que en nuestro país hemos discutido todos; lo mismo que volveremos á discuiir en él algún día, si Dios quiere....

Entre aquel brillante concurso he visto dos tardes al gran poeta *Niccolini*, al Quintana de Italia, al amigo y condiscípulo de Silvio Pellico y de Manzoni. —El autor de *Giovanni da Procida* y de *Arnaldo da Brescia* es hoy un anciano octogenario, portador, como Rossini, de muy rizada peluca rubia, y adorado y festejado por cuantos le ven; pues todas sus obras, y especialmente sus últimos Sonetos, respiran ardiente patriotismo y han contribuído no poco á hacer popular en Italia la idea de unidad nacional....

Amenizan, en fin, aquellas tertulias de *le Cascine* las célebres *floristas* de Florencia, y perdonad la caco-

fonía.—Estas floristas son hermosísimas jóvenes de los alrededores de la Capital *(contadine)*, lujosamente vestidas, con saya corta de vivos colores, medias encarnadas, un gabancillo redondo y el clásico sombrero de paja, de alas amplísimas, en que cifran su mayor gala.... Así corren de coche en coche: así asaltan á todo el mundo, ligeras como mariposas, repartiendo flores á diestro y siniestro, sin previa consulta y sin pediros nada; y así se van, y luego vuelven, y os miran, y sonríen; hasta que al fin tenéis que darles lo que se os antoja, pues las flores no tienen valor en Florencia.—Entonces *la contadina* os dice algunas lisonjeras frases, se deja requebrar un poco, y se pone lo más bonita que puede.

Al obscurecer regresaba á *Florencia*, y me iba al magnífico *Gabinete de lectura de Viesseux*, donde me aguardaba mi amigo y compañero de viaje, leyendo periódicos españoles, si ya no nos habíamos reunido en *le Cascine*. De allí nos marchábamos al Hotel á hacer por la vida, y del Hotel nos dirigíamos al *Café de Italia* á esperar la hora del Teatro.

En el *Café de Italia* he contraído amistad con uno de los seres más populares de esta Capital.—Tal es el insigne *Borraschino*, perro lobero, negro y dorado, llamado comúnmente el *Perro de Florencia*, que perteneció á un oficial *austriaco* muerto en Solferino. Su amo se lo dejó aquí cuando partió para la guerra, y el perro sigue esperándole, haciendo la vida que aquel hacía.—Florencia, sabedora de que el perro es huérfano, se ha guardado muy bien de decírselo, pero lo ha adoptado y lo cuida con particular ternura.—*Borraschino*, pues, almuerza en el *restaurant* de la *Ville de París*: va á paseo á *le Cascine* en el primer coche que en-

cuentra al paso, con tal que huela á noble: allí se baja, y pasea á pie; y luego vuelve en otro coche particular, convidado ya á comer por algún Príncipe ó Duquesa. (El día que no lo convida nadie, se va de fonda.... Pero esto sucede muy pocas veces.) Después de comer, pide permiso para retirarse, y se encamina al *Café de Italia*. Allí toma un poco azúcar con algunos amigos, y anda de mesa en mesa, mezclándose en todas las conversaciones.... ¡inquiriendo sin duda noticias de su amo! Desde el café corre al *Casino d' Nobili*, donde pasa la noche *en vela*, á fuer de verdadero elegante....; y, en fin, á la madrugada se duerme allí sobre cualquier sofá, en compañía de los jugadores que han perdido al *treinta y cuarenta*.

Esta broma de toda una población me ha parecido muy grave.—¿Qué significan tantas muestras de amor hacia un perro *austriaco?* ¿Es una tímida expresión de afecto á la antigua autonomía de Florencia, perdida en la misma guerra en que murió el amo de *Borraschino?*—¡No quiero creerlo! ¡La pensadora Toscana da todos los días señales de hallarse contentísima bajo el cetro de Víctor Manuel de Saboya, rey de Italia, aunque esto le haya costado á ella dejar de ser Corte!

Otras observaciones y averiguaciones más claras he hecho en el Café.—Por ejemplo: *Florencia* es extraordinariamente barata, sobre todo para los florentinos, como si éstos hubiesen pactado ayudarse, á fin de poder hacer ante los extranjeros mentido alarde de la antigua grandeza.—Ya os he dicho que muchísimos caballeros muy elegantes van por dos cuartos á *le Cascine* y vuelven por otros dos.... Pues bien: en el *Café de Italia*, que acaso es el mejor de la Capital, almuerzan por tres ó cuatro cuartos café con leche y pan y comen por una peseta....; luego van al teatro por dos ó tres reales; fuman casi de balde (y así resulta ello);

y hasta refrescan alguna vez un poquito, tomando *cuarta parte* de sorbete.

Por consecuencia de esta refinada economía, cuando pedís alguna cosa, el mozo os advierte:—«*Mire V. que eso cuesta tanto.*» —(Es observación que he hecho en todos los Cafés de Florencia.)—Los mendigos piden de limosna un *céntimo*...., moneda imaginaria en otros países, pero contante y sonante en la ciudad de los Médicis, y un *soldo* de *propina* arranca saludos al más finchado servidor.—¡Bien que la oficiosidad ó *servicio-sidad* (palabra recién nacida) de los florentinos pobres no tiene límites!.... ¡Yo no sospechaba oficios tan menudos ó servicios tan tenues como los que se hacen en *Florencia!*.... ¡Los franceses, con toda su domesticidad, no han llegado á las *prévenances* interesadas de los toscanos!—Pondré algunos ejemplos: Si vais á entrar en una casa, se os adelanta un hombre, que no sabéis de dónde sale; se quita el sombrero; os saluda artísticamente, diciéndoos: «*Excelencia, no se incomode....*», y tira por vos del cordón de la campanilla, después de lo cual os hace otra reverencia y os alarga la mano...., añadiendo, si os quedáis asombrado:—«*Cualquier cosa, señor.... ¡un céntimo!*»—Á mí se me ha acercado un caballero, en el momento de ir yo á sacar el reloj para ver la hora...., y me ha dicho: «*Excuse. ¡No se incomode! Son las siete y dos minutos.... Deme cualquier cosa....*»—¡Y me mostraba abierto un reloj de oro que marcaba la hora susodicha!—Otro señor muy bien portado me ha detenido á la puerta de un teatro con el sempiterno «*excusa*»; ha sacado un pañuelo del bolsillo; me ha limpiado el polvo de las botas, y ha murmurado ceremoniosamente: «*Como V. quiera....*»

Podría citar muchísimos casos semejantes; pero dejaré ya este particular, no sin daros otra noticia, que tiene congruencia con las anteriores.—Hela aquí:

La mitad de los italianos son Príncipes, Duques, Condes ó Marqueses: lo cual consiste en que todos los *hijos de Título* usan á un mismo tiempo de él, y después los hijos de estos hijos; continuando así las dinastías nobiliarias...., hasta venir á parar en el limpia-botas de la *Loggia de Lanci*....

Desde el *Café de Italia* nos íbamos por lo regular al *Teatro Niccolini*, llamado así del nombre del gran lírico, y donde actúa una Compañía francesa, que representa medianamente comedias y *vaudevilles*. —El público se compone generalmente de todos los extranjeros residentes en Florencia, los cuales acuden al reclamo de la lengua universal. —La mayor parte de los otros ocho teatros que contiene la población están todavía cerrados; entre ellos el renombrado de la *Pérgola* (templo de la música).

Finalmente, desde el Teatro nos veníamos al Hotel, donde, al amor de la lumbre, Caballero y yo nos servíamos recíprocamente de tertuliante, ora en su cuarto, ora en el mío, con asistencia de Jussuf, que preparaba el te con más habilidad que una *lady* de cabellos de oro.— En esas horas distraíamos nuestra soledad de extranjeros recordando la patria y la familia, ó contándonos particularidades de nuestra niñez y primeros pasos en la vida, ó hablando de mujeres y de hombres de Madrid y de otros climas, que maldito si se acordarían de nosotros en aquel momento, ó pensando, por último, en que el año pasado, en estos mismos días, nos hallábamos en África, bajo una tienda, en medio de solitarios montes, luchando con la intemperie y con la epidemia, rodeados de feroces enemigos, lejos, en fin, de Europa, de la sociedad, de la civilización, del amor, ¡de todo!...., y en que, sin embargo, éra-

mos más felices y estábamos más contentos entonces, que en la culta Florencia ahora, por más que ésta sea la Ciudad de la hermosura y los placeres....

¡Oh! Sí: cada uno de estos días es un solemne aniversario.... ¡Gloriosas efemérides! El día 14 acampamos en Sierra-Bullones, y aquella noche fué la primera que pasé bajo la tienda, sin más amparo que el de Dios....—El día 15 oí las primeras balas, vi los primeros Moros....—El 17 la segunda Acción; aquella retirada en las tinieblas, aquellos gemidos en nuestras filas....—Anoche...., es decir, la noche del 18 de Diciembre, el vendaval, la sombra y el diluvio....

Anoche la conversación de la velada giró además sobre la proximidad de la *Noche-buena*; con lo que nuestra nostalgia subió de punto....

—El año pasado (exclamé yo de pronto) nos sorprendió la *Noche-buena* en Africa, tierra infiel y maldita.... Este año va á sorprendernos en otro suelo extranjero y entre gentes excomulgadas....—¡Evitémoslo, pues que todavía es tiempo!.... Ya que no á la Patria y al seno de la respectiva familia, corramos á la Patria y al Hogar de todos los Cristianos.... ¡Dejemos en seguida la mundana ciudad de *Florencia*, y tomemos el camino de *Roma*, adonde podemos llegar dentro de dos días!....—¡Por la historia, por la lengua y por la Religión, somos ciudadanos romanos! *¡cives romani sumus!*.... ¡Celebremos, pues, la Pascua en Roma!

Aquél súbito arranque impresionó á mi compañero, y desde el amanecer de hoy dimos comienzo á los preparativos de nuestra partida, que se verificará esta tarde á las cinco.

Por cierto que, coincidiendo con nuestra determinación, el buen tiempo ha terminado.... ¡Dos horas hace que llueve, si hay que llover!....—Principia, pues, el invierno en *Florencia*; lo cual añade solemnidad á

nuestro piadoso viaje.... ¡El Ferrocarril sólo llega á *Siena* (donde dormiremos esta noche y tendremos que buscar mañana un carruaje que nos lleve á Roma); de consiguiente, habremos de cruzar el *Apenino toscano* de muy mala manera, con agua, viento y acaso nieves, á merced de un postillón y cuatro caballos....

Por otra parte, muchos dicen que es temeridad y locura hacer esta expedición por tal camino, en tiempos de guerra, motines y otras calamidades, ¡y hasta nos hablan de recientísimos robos perpetrados en los bosques que vamos á atravesar solos!....

—¡Adelante, y fiemos en nuestra buena estrella! (hemos contestado.) ¡Una peregrinación á Roma no debe hacerse sin dolor ni peligro!

Jussuf, el mahometano Jussuf, no hallándose asistido de la devoción que á nosotros nos fortalece, ha oído nuestra plática acerca de los bandidos con aquella atención ó aguzamiento de orejas con que los caballos árabes escuchan los pasos de la remota caravana; después de lo cual nos ha abandonado sin hablar palabra; ha estado ausente unos diez minutos, y se nos ha aparecido de nuevo con los ojos radiantes de animación y su infantil sonrisa en los labios.

Caballero no ha reparado en nada de esto; pero yo, que nunca pierdo de vista al bravo Moro, porque todo en él es digno de estudio, lo he llamado aparte cariñosamente, y le he dicho, afectando complicidad:

—¿Qué hay de nuevo?

—*¡Mira!*—me ha respondido, entreabriéndose la camisa y enseñándome un enorme cuchillo.

—¿Y para qué es eso?—le he preguntado.

Jussuf se ha puesto pálido y después rojo. Su mirada me ha reflejado luego mil escenas diferentes: el miedo al viaje que íbamos á emprender; la lucha con

los bandidos, las puñaladas, la sangre, nuestra victoria.... ¡qué sé yo cuántas cosas más!.... Por último: le he visto recobrar su calma, y, como única respuesta á mi segunda pregunta, me ha dicho dulcemente, cerrándose la camisa y señalando hacia el *Puente Viejo:*

—*Medio duro.*

Es la cantidad que acaba de dar por el cuchillo.

Cualquiera, al contemplar esta escena, habría creído que Otelo estaba de vuelta en Italia,

VI.

UN MATRIMONIO FELIZ.—SIENA, ÚLTIMA CIUDAD DEL MUNDO.—LA MALARIA.—MIEDO Á LOS BANDIDOS.—LA FRONTERA DE LOS ESTADOS ACTUALES DEL PAPA.—LLEGAMOS Á VITERBO.

Estamos en camino....

El tren que nos conduce salió de Florencia á las cuatro y cincuenta y cinco minutos de la tarde; es decir, ya de noche....

Sigue lloviendo, y hace un frío espantoso....

Llevamos una hora de viaje.—Del país que vamos recorriendo sólo puedo decir que está cubierto de nieve: lo demás lo ocultan las tinieblas.

Al llegar á *Empoli*, dejamos el Camino de hierro de Pisa (*Strada ferrata Leopolda*), que se dirige á Poniente, y tomamos la *Strada ferrata Centrale Toscana*, que va hacia el Mediodía por el valle del *Elsa* y que unirá con el tiempo á Florencia y Roma.—Ya he dicho que hoy sólo llega á *Siena*, donde dormiremos esta noche y nos despediremos del mundo actual.

Desde que cambiamos de tren, van en el mismo coche que nosotros un caballero y una señora, jóve-

nes ambos, que se casaron en Florencia hace trece días, y que se dirigen á Ancona, donde el marido tiene sus Estados y su familia.

¡Y digo *sus Estados*, porque el marido es, como si dijéramos, un *Conde reinante!*—En el bolsillo tengo ya su retrato y su tarjeta; pero no diré su nombre ni el de su bellísima esposa....—¡Temería turbar nacientes dichas, si las entregase á los vientos de la publicidad!

Los Condes de M. han visto toda una aventura de viaje en su encuentro con dos españoles y un moro, ó quizás más bien nos han convertido en espectáculo que contemplar juntos desde su trono de amor, en fecha que recordar mañana, en monumento conmemorativo de su luna de miel.... Ello es que, sin desatenderse á sí mismos, nos hacen mil y mil preguntas, con una gracia, una cortesía y una curiosidad tan infantiles (los enamorados se conducen siempre como niños), que nosotros no podemos menos de contestarles afablemente.

Verdad es que ellos han empezado por decirnos su nombre, el objeto de su viaje, la historia de sus amores, las condiciones de su carácter, sus ideas acerca de la felicidad, sus teorías sobre el matrimonio, lo que debe ser la mujer, lo que es el hombre...., etc., etc.; todo esto hablando los dos á un tiempo, simulando riñas, reconciliándose con una mirada ó una pisadita, poniéndose muy colorados al entrar en ciertas materias, y diciéndose, al fin, en nuestras barbas, por remate de todo, que se quieren mucho, que van á quererse siempre, y que ninguno de ellos se casará jamás en segundas nupcias.

¡Tienen veinte años!.... (Ella no los tendrá todavía). ¡Se han casado hace dos semanas! ¡Y viajan solos!....—Él la lleva á su casa solariega, á presentarla á su madre, sus hermanos y sus servidores.... Ella va

soñando con un jardín que tiene allí el Conde, á las orillas del Adriático, y con un pabellón que les han amueblado en ese jardín, y con los paseos que darán por el mar al resplandor de la luna de Enero, y con las flores que abrirán en Marzo, y con las frutas que madurarán en Junio, y con el hijo que podrán tener en Setiembre....—(Esto último es una sospecha que á mí me ocurre.)

En cuanto á las preguntas de uno y de otro, ya podréis imaginároslas:—«Que si somos casados....» (esta ha sido la primera);—«que si es bonita España...» (es decir, que si en España es costumbre *amarse*);—«que si son bellas las españolas....» (esto es, si *se las ama* mucho);—«que si hay bandidos en nuestro país....» (más claro: si dos jóvenes *enamorados* como ellos correrían en él algún peligro);—«que adónde nos dirigimos....» (traducción: que si tenemos novia);—«que si iremos alguna vez á Ancona....» (sentido oculto: Vds. son testigos de que hemos jurado *amarnos* eternamente);—y otras muchas cosas, al parecer diferentes, pero todas relacionadas en el fondo con su dicha....

¡Oh amor! ¡egoista amor! ¿Qué es el resto del mundo para Romeo y Julieta, cuando la alondra no ha avisado todavía que llegó la hora de separarse?

Son las ocho y cuarto de la noche.... Acabamos de salir de un largo Túnel....—Nos acercamos á la vetusta *Siena*.

Siena, lo mismo que otras muchas Ciudades que no conozco, reviste en mi mente formas poéticas, cuya lenta composición me sería muy difícil explicar.—Para mí, *Siena* (*Sena* en español; y de aquí el que digamos *Santa Catalina de Sena* para nombrar á la seráfica es-

critora hija de esta Ciudad); *Siena*, digo, es una triste y viejísima Capital de perfiles góticos (cosa rara en Italia), monumento vivo de la Edad Media, y esqueleto, por decirlo así, de la gran República gibelina que venció á Florencia en aquella descomunal batalla.

«che fece l' Arbia colorata in roso....»

Mi imaginación ve también en *Siena* la patria de la infortunada *Pia di Tolomei*, de aquella hermosa terciaria á quien encontró el mismo Dante en el *Purgatorio*, y de cuyos labios oyó estas melancólicas palabras:

«ricorditi di me, che son la Pia:
Siena mi fe' : disfecemi Maremma....»

(Las *Marismas* son las tristemente célebres lagunas, generadoras de la *malaria*, azote del país que recorreremos pasado mañana en el lúgubre camino de Roma.)

Siena me recuerda también (siempre con auxilio de Dante) á aquel terrible aristócrata, *Farinata de gli Uberti*, que le preguntó al Poeta en el *Inferno :*

«....¿ Chi fur gli maggior tui ?»

(*Farinata* era Jefe del partido gibelino de Florencia, y se refugió en *Siena* con todos sus secuaces, perseguidos por el partido güelfo.—Dante, gibelino como él, y desterrado también de Florencia, lo retrata con este magnífico rasgo :

«Ed ei s'ergea col petto, e con la fronte,
come avesse lo inferno ni gran dispitto.»)

Siena, en conclusión, se me aparece precedida por la fama de ser la Ciudad donde se habla el italiano con mayor pureza; donde las mujeres son más hermosas; donde tuvieron su trono las artes hace quinientos años; donde entraron los Españoles después de largo asedio

en tiempo de Carlos V, y donde el estandarte de España ondeó hasta 1557, que Felipe II la cedió á Cosme I de Médicis.

Aparte de estas cosas, veo también en *Siena* el fin de los Caminos de hierro que tanto han simplificado hasta hoy mis viajes; la última de las Ciudades *vivas*, por muy postrada que ella misma se encuentre; la puerta de la antigüedad clásica; el principio de la región sembrada de ruínas.... ¡Después de *Siena*, sólo hallaré blancas osamentas de Ciudades Etruscas (ó, más bien, el lugar en que existieron)...., y más allá la desierta Campiña de Roma...., y luego Roma, el Panteón de las Edades, actual foco de resistencia á la prometida unidad italiana!

Porque asimismo concluye aquí por ahora la Italia libre.... ¡Mañana entraré en los Estados del Papa, ó sea en la parte de ellos que todavía gobierna Pío IX!—Aquí termina de igual manera (dicho sea con perdón) la seguridad personal.... ¡Mañana, cuando recorramos en silla de posta caminos desiertos, iremos á merced de bandidos no vigilados por la fuerza pública, y, cuando entremos en poblado, estaremos á la discreción ó indiscreción de autoridades arbitrarias!....—Hay más: después de la teocrática Roma, vendrá Nápoles, presa de la anarquía, Nápoles en plena guerra, la Nápoles de Garibaldi....

Pero henos ya en *Siena*, ó, mejor dicho, en su Estación, situada á bastante distancia de la Ciudad.

Sigue lloviendo.

Casi todos los temerarios que salieron con nosotros de Florencia se han quedado en las Estaciones del camino. ¡Su viaje era de poco más ó menos!—Los Condes de M...., Caballero, Jussuf y yo (fuera de algunos

rústicos encapados) somos los únicos que veníamos á *Siena* (y aun más lejos), á pesar de las circunstancias políticas!....

Los rústicos se han ido á pie seguidamente, no obstante la lluvia, que va convirtiéndose otra vez en nieve...—Los Condes de M.... han ocupado, á instancias nuestras, un cabriolé de dos asientos (único vehículo que se ha dignado venir esta noche á esperar el tren), quedando en enviárnoslo así que los deje á ellos en el *Hôtel del Aquila Nera*, donde nos alojaremos también nosotros, vista la amabilidad, ó, por mejor decir, la longanimidad con que los nuevos cónyuges nos han invitado á acompañarles á tomar el te....—Y nosotros, en tanto que vuelve el carruaje, nos entretenemos en contemplar, á la luz del pobre farolillo colgado sobre la puerta de la Estación, media docena de mozos de cordel que pugnan con Jussuf por apoderarse de nuestro diminuto equipaje y llevarlo á mano á la ciudad....—Tienen los tales mozos la figura más patibularia que haya figurado en melodrama alguno.... ¡Qué famélicas bocas! ¡qué lúgubres ojos! ¡qué barbas y qué cabelleras, negras como el delito! ¡qué luengos levitones!—Indudablemente estos hombres han sido ó van á ser bandoleros.... ¡Bueno será, por tanto, advertir á Jussuf que no ha llegado todavía el momento de hacer uso de su cuchillo!....

Pero he allí el carruaje, que vuelve en nuestra busca.—Cinco minutos después entramos en *Siena*, por la *Puerta de San Lorenzo*.

La Ciudad está edificada sobre varias colinas: por consiguiente, casi todas sus calles son ásperas cuestas. —Y ¡qué silencio! ¡qué soledad, á las nueve de la noche, en la que fué, hace siglos, Capital de un floreciente Estado!....—Las tiendas se hallan cerradas; las calles desiertas.... Al pálido fulgor del alumbrado

público, vemos algunas enormes casas con portadas góticas, y, á la luz de otros moribundos faroles, distinguimos, ora una *Madonna* bizantina, ora un Cristo pisano, enclavados en las encrucijadas de angostas calles....—¡Nos creeríamos en Toledo!

Llegamos por fin al Hotel.

Los Condes de M.... nos aguardan en un abrigado gabinete, al lado de antiquísima chimenea, delante de la cual hay un velador en que está preparado el te.

La linda y enamorada Condesa ha tenido tiempo de cambiar de traje....—¡Y qué elegante y obsequiosa se nos presenta!....—Al verla de pie, echando azúcar en las tazas, después de consultar graciosamente el gusto de cada uno, paréceme que estoy en *Siena* hace largo tiempo y que asisto á consuetudinaria tertulia....—No comprendo, no, que hace cuatro horas fuéranme totalmente desconocidos los Condes de M...., y que dentro de algunos minutos haya de separarnos de ellos para siempre....—¡Oh imprevistos placeres del peregrino, fugaces alegrías del extranjero, hogares que lo acogéis una noche, súbitas amistades que desaparecéis en el olvido!.... ¿qué más ni menos sois que una abreviatura de la vida humana?

El Conde de M.... conoce perfectamente á *Siena*, por haber estado en ellas varias veces, y él nos dice que un caserón que se levanta aquí al lado, y cuyo negro muro casi puede tocarse con la mano desde la ventana de este gabinete (¡tan angosto y romántico callejón los separa!), es el *Palacio Tolomei*, en donde pasó su primera juventud la desgraciada *Pia*, cuya lamentable historia recordaba yo en el Ferrocarril.

¡Aquí la conoció pura y hermosa el implacable *Nello della Pietra*: aquí le dió su mano: de aquí se la llevó

á su Castillo, como el Conde de M.... se lleva á su mujer á Ancona!—Una vez en el Castillo, delinquió ó no delinquió la Castellana; é, inocente ó culpable, que esto no lo sé yo á punto fijo, fué condenada por el celoso y cruel caballero á vivir en una solitaria mansión que se levantaba en medio de las *Marismas*.... ¡donde murió de calentura y pena!—¡Y si viérais qué cara ha puesto la Condesa de M...., en tanto que su marido y yo recordábamos la historia de *Pia di' Tolomei!*....

Es natural....—¡Dios mío! (habrá exclamado en su interior la pobre joven.) ¿Sería yo capaz de faltarle á mi *Francesco?*.... (¡Se me escapó el nombre!)—¡Dios mío! ¿Sería capaz mi *Francesco* de hacerme morir de tercianas en el territorio adonde me lleva?

El Conde *Francesco* ha adivinado estas inquietudes de su esposa, y la ha mirado angelicalmente...., ó poco menos.—Ello es que la pobre se ha puesto más encarnada que una amapola, y ha sonreído con disimulo....

Pero son las once, y nuestro huésped ha acabado de fumarse un magnífico *sigaro spagnuolo* con que le hemos *hecho feliz*, según asegura....—Demos las buenas noches de una vez para siempre á estos bienaventurados; despidámonos de ellos *hasta nunca*, y tomemos ridículamente el camino de nuestro cuarto....

. . . . . .

Veinticuatro horas después.

Siena ha realizado por completo mis melodramáticas ilusiones: ni sus Palacios, ni sus Iglesias, ni sus Plazas, ni sus Calles ostentan aquel aire risueño y luminoso, medio oriental y medio del Renacimiento, que caracteriza á otras Ciudades de la Toscana. *Siena* es más triste, más ascética, más.... católica, considerada artísticamente.—Por otro lado: en *Siena*, como en Pisa, la

agonía social que principió con la caída de su aristocrática República, no ha entrado todavía en el período de reacción *burguesa* que hoy hace resucitar en Europa á otras Ciudades que fueron también Capitales de Estado en los siglos medios.... ¡*Siena* continúa postrada, silenciosa, olvidada del resto del mundo!.... ¡Baste saber que, de doscientas mil almas que encerraba en el siglo XV, ha quedado hoy reducida á veintidos mil!

La originalísima *Plaza del Campo*, antiguo Foro de la República, se halla rodeada todavía, como la Plaza principal de Segovia, de las mismas casas que tenía en la Edad Media, sin que ninguna ofrezca señales de haber sido restaurada ni por casualidad.—Allí se ve el soberbio *Palazzo Pubblico* (en otro tiempo «*della Signoria*»), obra del siglo XIII, con su altísima y gallarda *Torre*, con su elegante *Loggia*, con sus ventanas ojivales, con su almenado *Castillo*.—Por lo demás, esta Plaza se diferencia de todas las del mundo en que no es plana, sino cóncava.... En torno de ella gira una inclinada acera de losas extensísimas, donde es muy difícil tenerse de pie, y donde, sin embargo, hay todos los años, el 15 de Agosto, unas famosas Carreras de Caballos, cuyas apuestas no son *á quién corre más, sino á quién se mata menos*.

Á todo esto se me había olvidado deciros que nos está nevando encima desde esta mañana....—¡Y lo peor es que al pícaro viento se le ha ocurrido hoy juguetear con los copos de nieve y arrojárnoslos á la cara; lo cual, como podréis comprender, no tiene nada de agradable! —En cuanto á los Condes de M...., repito que salieron esta mañana para la insigne Ciudad de Perugia....—¡La bendición de Dios los acompañe, como los acompaña mi mortal envidia!....—Ni vayáis á creer que lo que yo envidio es precisamente *su* felicidad....—¡No! Lo que yo deseo es *otra felicidad semejante*, de nadie conocida,

para mí destinada, premio exclusivo de mis tristezas.... —¿Por qué ha de ser esto imposible?

Pero volvamos al asunto.—Además de la *Plaza del Campo* (donde también llama la atención la popularísima *Fuente Gaja*), hay en *Siena* un paraje en que se descubre toda la grandeza pasada de la antigua rival de Florencia.—Tal es la Puerta del *Bautisterio*, arrimado á la cual, dicho sea entre paréntesis, escribo estas palabras con lápiz, defendiéndome de la ventisca.—Vense desde aquí la gran Escalinata que sube á la *Plaza de la Catedral*, un magnífico rompimiento de Arcos y varios Palacios y Fortalezas, todo ello imponente y majestuoso....—¡Si algún día visitáis á *Siena*, no dejéis de hacer alto en este lugar! ¡Aquí os acudirán nobles pensamientos: aquí sentiréis cuanto ha sentido, cientos y cientos de años, la despedazada tierra de Italia, y se abrirá vuestro corazón al deseo de verla independiente, libre y unida, con la aquiescencia del sumo Poder espiritual que tiene asiento en Roma! ¡Aquí, en una palabra, os haréis güelfo!

Decididamente, mi imaginación no puede estarse quieta en *Siena*...., y me lo explico perfectamente. ¡Es el vértigo de la expectativa, es la proximidad y la atracción de la Ciudad Eterna!—Sin embargo, me he sobrepuesto á tan honda preocupación y entrado á ver esta *Catedral*, que es todo lo gótica que puede serlo una Catedral de Italia, y mucho más de lo que yo me prometía....—El interior, especialmente, respira no sé qué poesía triste, simbólica, litúrgica, propia de las Iglesias del Norte.

Pero el gran prodigio del *Duomo* son sus célebres pavimentos, cubiertos de magistrales dibujos, debidos á un procedimiento muy raro que se llama *graffito*, y que no es el *mosaico*, aunque produce efectos semejantes. Para contemplar tales maravillas, hemos hecho

levantar por muchas partes el entarimado que cubre toda la Iglesia, y, entre los portentos de arte que han aparecido á nuestros ojos, merecen particular mención una *Eva* de peregrina hermosura y un grandioso *Moisés sobre el Sinai*.

En esta *Catedral* hay además un *Púlpito*, esculpido por Nicolás de Pisa, no menos precioso que otros, ya mencionados, del mismo autor. Son de notar igualmente los *Frescos* que adornan la *Librería*, debidos á Bernardino Betti, llamado *il Pinturricchio*, tan soberanamente hermosos, que algunos críticos se los atribuyen á Rafael....

Muchas más obras de arte pudiera citar entre las que decoran el *Duomo* y entre las innumerables que he visto hoy en otros Templos; pero recuerdo mi promesa de ser muy sobrio en enumeraciones y juicios artísticos.—Recomendaré, sin embargo, *todas las Iglesias de Siena*, así como el *Istituto delle Belle-Arti*.—En *Fonte Giusta*, entre los *ex-votos* que adornan un Altar, hay un *machete indio*, un *escudo de armas* y un enorme *bigote de ballena*, regalados por Cristóbal Colón cuando regresó por primera vez del Nuevo-Mundo.—Por último, en *Siena* deben ser visitadas la famosa *Universidad*, que data de 1203, y la *Biblioteca pública*, donde se enseñan algunas *cartas dictadas* por Santa Catalina, la cual no sabía leer ni escribir.... y era expositora y doctora.

Son las diez y cuarto de la noche.—La nieve ha conseguido fatigar al viento y cae ya sosegadamente sobre la tierra....

Tenemos hechos nuestros preparativos de viaje. La silla de posta se halla también dispuesta en el Correo, esperando á que demos la orden de enganchar «*á la hora que se nos antoje, por desusada que sea....*» Así lo

hemos convenido con el Maestro de postas, no sin procurar *hacerle creer* que partiremos mañana muy temprano....—¡Lo que menos puede sospechar nadie es que nosotros, después de haber pasado el día vagando por *Siena*, pensemos en emprender nuestra marcha con una noche tan espantosa!.... Y, sin embargo, este es nuestro plan, en evitación de tragedias por esos caminos de Dios.

Para llevarlo á cabo con la menor molestia posible, nos hemos comprado largos gabanes y altas botas de pieles; hemos dispuesto cierto aparato, á fin de tener luz constante dentro del coche, y hemos llenado de provisiones de boca un más que mediano cesto de mimbres. De esta manera, á eso de las once, cuando menos pueda imaginárselo la *policía de los bandidos* (pues los bandidos tienen en *Siena* su Policía, que les avisa con antelación á qué hora salen viajeros para Roma y á qué hora podrán pasar por los *Bosques de Bolsena)*; á eso de las once, digo, cuando todo el mundo dormirá en la Ciudad, y los caminos estarán borrados por la nieve, nosotros mismos iremos al Correo, despertaremos al Postillón, le mandaremos enganchar, y el ruído del carruaje será la primera noticia que tengan los *sieneses de mal vivir* de que han volado los pájaros que creían cogidos en el *Hotel del Aquila Nera*....

Ni vayáis á creer, vosotros los que mañana leeréis estas líneas, que, al tomar tantas precauciones, calumniamos á los italianos, pareciéndonos á los ingleses y franceses que, cuando viajan por España, ven un bandido en cada pobre hombre ó en cada palo de telégrafo.... ¡En nuestro miedo no hay poesía ni exageración alguna!.... El dueño del Hotel y el Administrador de Correos son los primeros que nos han aconsejado prudencia y nos han referido más de veinte robos

ocurridos este mes entre *Siena* y *Viterbo*....—Pero, ¿qué más!: esta misma tarde, cuando estábamos ajustando la silla de posta, hemos encontrado á un Correo de gabinete (español, por señas), que acababa de llegar de Roma en aquel instante (y que ya ha seguido su marcha hacia París), el cual nos ha dicho que, contra todo el torrente de su gusto, y á causa de estar agitadísimo el Mar Tirreno, ha hecho por tierra el actual viaje; que ayer encontró una Diligencia robada cerca de *Montefiascone;* que en la expedición anterior lo desplumaron á él en *Acquapendente;* que ni en los caminos ni en la frontera romana hay ni un solo gendarme, y, en fin, que procuremos viajar á horas desusadas y sin previo aviso á los Maestros de postas!....—¡Conque ya veis que los bandidos, y si no los *bandidos* (pues ya no los hay *poéticos* en la Italia central), al menos los *prosaicos ladrones* en quienes pensamos, tienen existencia real y corpórea, y que nuestros cuidados no son quijotescos!....—Hechas estas salvedades, partamos.

Estamos caminando hacia Roma.

La silla de postas rueda sobre blando tapiz de reciente nieve, en medio de las tinieblas de la noche....

De hora en hora paramos en alguna aldea.—El Postillón aparece entonces á la portezuela del carruaje, con su sombrero galoneado, su trágica barba, su casaquilla medio militar y su corneta de cobre, y nos pide la *buona-mano* (las agujetas, la propina)....

Entre tanto, otro nuevo Postillón sale de la Casa de postas, asombrado de que se viaje á una hora y con un tiempo semejantes, y nos propone que pasemos allí la noche.... Nosotros insistimos en marchar en seguida, y apelamos al Reglamento de Reales Pos-

tas.... El Postillón nos da *excelencia* (Dios se lo pague); nos suplica que no nos incomodemos; engancha nuevos caballos, y partimos.

Cinco minutos después de cada relevo, notamos que andamos poco.... y hasta que el coche se para algunas veces....

—¿Qué es eso, Postillón?—preguntamos.

—¡*Non si può andare con questa neve!*....

—¡No haga V. caso de la nieve, y le daremos *tre paoli* más de *buona-mano!*

—¡*Grazie tante, escellenza!*—contesta el Postillón.

Y los caballos arrancan al galope, como si hubieran comprendido el diálogo ó se hubiese derretido de pronto la nieve.

De esta manera hemos pasado por *Monterone*, *Buonconvento* y *Torrenieri*, hasta que en *Poderina*, donde también se muda tiro, nos despiertan de nuevo los Postillones saliente y entrante, y reparamos en que principia á amanecer....—¡Dios sea loado!

Ya no nieva. El país que aparece á nuestros ojos es sumamente árido. Por todas partes se advierten huellas de antiguos volcanes y de los consiguientes terremotos. Rocas feísimas erizan el terreno. ¡Ni una casa rústica ni señales de cultivo por ningún lado!—Entramos en la pavorosa región asolada por la *malaria* ó *aria cattiva*.

La *malaria* es una enfermedad endémica de varios puntos del Oeste de Italia, procedente de los muchos pantanos y lagunas que hay á cada paso y, más todavía, de los hondos depósitos de agua muerta reunidos en el hueco de extinguidos cráteres. La enfermedad consiste en una fiebre intermitente y maligna, que ha acabado por despoblar grandes comarcas. La *mala-*

ria reina desde la primavera hasta mediados de otoño. Las pobres gentes á quienes dura necesidad obliga á desafiar el tremendo azote y que viven en las aldeas situadas sobre el camino que seguimos, parecen almas en pena, ó más bien cadáveres ambulantes. ¡Qué lúgubres miradas las de aquellos hundidos ojos negros! ¡Qué palidez y demacración en aquellos rostros!

Según mis apuntes, dentro de pocas horas empezaremos á ver á lo lejos algunas ruínas (ó el mapa nos indicará el sitio y los anticuados *nombres)* de muchas famosas Ciudades *que ya no existen.*—¡La *malaria* acabó con sus habitantes, y la soledad y el tiempo se han encargado de talar sus campos!

La actual estación del año es la única saludable en este país, y, sin embargo, apenas encontramos algunos arrieros, que parecen españoles, envueltos en sendas capas y caminando lentamente detrás de perezosos asnos.—Porque habéis de saber que la gente de los citados pueblecillos usa capas semi-pardas semi-bermejas y altísimos sombreros puntiagudos, que, unidos á sus crecidas barbas obscuras, les dan aspecto muy marcado de asesinos de melodrama. ¡La miseria, la barbarie y la soledad añaden tétricos perfiles á estos infortunados y á sus viviendas!....—Pero ¿qué más? ¡Dentro de los mismos Pantanos que producen la peste, vemos, entre los juncos, algunos hombres desharrapados y de espantosa fisonomía, montados en grandes y secos caballos, no menos fatídicos que ellos!.... Dichos hombres van armados de una larguísima garrocha, con la cual tantean el fango, para que no se los trague, y gobiernan y rigen numerosas piaras de búfalos, que se revuelcan en las corrompidas aguas.... Y en verdad, en verdad os digo que el contorno dibujado sobre el horizonte por estos solitarios jinetes llega á tomar proporciones tan fantásticas, que se dejan atrás todo

lo inventado por la poesía alemana respecto de caballeros infernales.

Conque pasemos á otra cosa.—Contra lo que nosotros esperábamos y contra lo que nos prometieron en la Administración de Postas de Siena, resulta, según cálculos de los postillones, que no podremos llegar hoy á Roma con luz del día, sino mucho después de media noche, ¡lo cual no nos conviene de ningún modo! Por consiguiente, hemos resuelto ir á dormir á *Viterbo*, Ciudad importante que sólo dista ocho horas de las murallas de Roma; y, aun así, es tan poco lo que hemos andado hasta ahora, á causa del mal estado de los caminos, que tendremos que correr hoy de lo lindo á fin de pasar *de día* por los *Bosques de Bólsena*, infestados siempre de ladrones!....

Pero ¡qué diablo! ¡no os apuréis!.... ¡Ni nuestro carruaje puede ser más cómodo, ni las provisiones del cesto de mimbres más socorridas contra el aburrimiento!.... ¡El vino es el antídoto natural del frío y de la tristeza, y Caballero y yo no hemos agotado tampoco el tesoro de nuestros recuerdos infantiles!....—Bebemos, pues, y hablamos para entretener el ocio, en tanto que Jussuf explora el camino con sus ojos de león, buscando los anunciados salteadores!....—De esta manera, creedme, no lo pasamos del todo mal!

Poco después del mediodía dejamos atrás á *Radicofani*, última aldea de la Toscana, y á eso de la una llegamos á *Ponte-Centeno*.—Entre uno y otro pueblo se hallaba *antes* la frontera de los ESTADOS PONTIFICIOS; pero, desde hace algunos meses, se ha establecido algunas leguas más abajo....

A las tres pasamos por la villa de *Acquapendente*, llamada así de las muchas cascadas que hay en sus cercanías....

En lo demás, el terreno ofrece cada vez mayores caracteres volcánicos....—Diríase que viajamos por un antiguo Infierno.

Á las cuatro, llegamos á *San Lorenzo Nuovo*, aldea construída por Pío VI para albergar á los habitantes de *San Lorenzo Vecchio* ó *Rovinato* (arruinado), á quienes la *malaria* había obligado á abandonar sus hogares.

Desde aquí descubrimos, allá muy abajo y á cierta distancia, el pintoresco *Lago de Bolsena*, redondo, de unas tres leguas de diámetro, cercado de rocas plutónicas y de colosales encinas. En medio del Lago se ven dos pequeñas islas, tapizadas también de rica vegetación.... Y á la izquierda, ó sea en la margen oriental, se divisa la pobre Aldea que da nombre al Lago, ó se lo debe.

Esta región, no obstante su riente aspecto y su feracidad, se halla también envenenada. ¡La mísera aldea de *Bolsena* es el resto de la antigua ciudad de *Vulsinii*, una de las más renombradas entre las etruscas, y los 1,500 infelices que hoy la pueblan tienen que abandonarla todos los años durante los ocho meses que reina el *aria cattiva!*—En cuanto á aquel pintoresco *Lago*, ya habréis comprendido que es la depresión causada por formidable terremoto, ó el cráter de apagado volcán, y que por eso la evaporación de sus aguas corrompe la atmósfera de este aparente oasis. —Ni cesa aquí el horror.... ¡Á la parte occidental del Lago se dilata un país, que nosotros descubrimos vagamente, sembrado todo de cadáveres insepultos de poderosísimas Ciudades!....— ¡Allí existieron *Saturnia*, *Sovana*, *Toscanella*, *Vulci*.... y otras muchas más, de las cuales quedan algunos ciclópeos cimientos de templos y viviendas, trozos de colosales columnas de basalto, y la raíz de ingentes murallas que debieron de competir con las de la antigua Babilonia.

Cerca ya del obscurecer, nos hallamos abajo, á orillas del terrible *Lago de Bolsena*, mudando tiro en la aldea del mismo nombre....

Nueva consulta: ¿Seguiremos adelante?

Á las puertas mismas de la Aldea principia un temido bosque de encinas, «*aclarado á derecha é izquierda, »en evitación de los bandidos que allí se ocultaban para atacar á los viajeros....*» (dicen los fidedignos apuntes que llevamos á mano).

—Hace tres días (añade el Maestro de postas) han robado á un Comandante francés, media hora antes de llegar á *Bolsena*, cuando ya se creía libre del maldito Bosque....

—¡Comandante! ¡Y francés! ¡Y robado á pesar de todo! (exclama Caballero.)—Esto merece pensarse.

Una idea mía nos saca al fin de la perplejidad.

—Diga V.... (le pregunto al Maestro de postas.) Y esos espantosos bandidos, ¿matan á los viajeros, ó los roban solamente?

—¡Ah!.... ¡no hacen más que robarlos!—En ese punto descuide V.....

—Entonces, partamos..... (le digo á Caballero.)—Tengo una idea....

Media hora después entramos en el famoso *Bosque*, á la luz de los faroles del carruaje.

Algunas veces nos alumbra también la luna, abriéndose paso al través de nubes y ramas.

—¡Jussuf, dame el cuchillo!—le digo entonces al Moro.

—¿Para qué?—me pregunta Caballero, creyendo que *mi idea* sólo es una repetición de la que se le ocurrió á Jussuf en el *Hôtel del Arno*.

Yo no contesto: tomo el puñal que me alarga Jussuf; rasgo con él una especie de bolsillo dentro de un pliegue del grueso damasco que reviste toda la silla;

meto allí la mano; aparto las estopas que forman el relleno; pido á Caballero el reloj, la cartera y el dinero, menos una insignificante cantidad; reúnolo todo con mi reloj, mi dinero y mis cartas de crédito, quedándome también con algunos escudos en el bolsillo; escondo nuestro tesoro bajo las estopas; nivelo el sitio; vuelvo á plegar el damasco; me convenzo de que es imposible dar con el escondite; abro la portezuela del coche...., y arrojo el puñal en medio del camino.

Caballero, que ha ido aprobando todas mis operaciones, comprende la filosofía de este último rasgo, y me aplaude.

Jussuf me mira estupefacto.

Yo le digo:

—¡El único peligro que ya podíamos correr, consistía en tu puñal!—Si nos salen ladrones, nos dejaremos robar nuestro modesto equipaje de viajeros y los duros que llevamos en el bolsillo.... —¡Mañana nos equiparemos en Roma, y te compraré un puñal digno del Gran Turco!

Desgraciadamente para el cuchillo de Jussuf y para el damasco de la silla de posta, todas estas precauciones han sido inútiles.... Dos horas después estamos fuera del *Bosque* peligroso, en país despejado, y corriendo alegremente hacia *Montefiascone*...., donde pensamos comprar algunos frascos del famoso mosto del mismo apellido, á fin de celebrar esta noche en *Viterbo* nuestro heroico paso por las encinas de Bolsena y nuestra fortuna de no haber encontrado ni un solo *brigante*.

Sin embargo, yo recordaré eternamente las dos horas de emoción y expectativa que acabo de pasar, creyendo ver una carabina en cada rama y un hombre en cada tronco; creyendo oir un silbido en el rumor de cada hoja que se movía; engañado frecuentemente

:

por las fantásticas visiones que finge siempre la luz de la luna; entusiasmado con los ojos de Jussuf, que brillaban en la obscuridad como dos ascuas, y divertido con la hipocresía del Postillón, el cual á cada momento paraba el carruaje, haciéndonos temer que *aquello* había llegado y que él lo sentia muchísimo....—¡Sentirlo él, que de muy buena gana habría avisado á sus amigos ó parientes (es decir, á los propios ladrones) á qué hora pasaríamos por *Bolsena!*

Pero cátanos en *Montefiascone*.—Son las ocho....—Á las nueve y media estaremos en *Viterbo*.

El *vino de Montefiascone*, especie de rico moscatel, se vende en unos barrilitos *sui generis*, en cuyo angostísimo cuello hay cierta cantidad de aceite *supernatante*, que impide el contacto del aire atmosférico con el precioso licor. El tapón de estos barrilitos consiste en una pelota de algodón, que después sirve para absorber el aceite. En cuanto al vino, es *dulce* y *traidor* á un mismo tiempo,—por más que estas cualidades os parezcan contradictorias....

Y, á propósito: no he podido comprender bien una cosa que me ha contado el tabernero acerca de un Obispo de *Montefiascone* y de cierto epitafio en latín; Obispo y epitafio en cuya virtud el tal bálsamo se llama generalmente «vino de *Est, Est, Est*....»—Averiguad el caso, si pasáis por allí.

Porque *Montefiascone* tiene Catedral y Obispo, aunque no encierra 3,000 almas: lo cual me recuerda que hace ya tiempo estamos en los *actuales* dominios del Papa, ó sea en el *Patrimonio de San Pedro*.... — No os lo he avisado antes, porque no he conocido en nada que pasábamos una frontera, ni puedo decir á punto fijo cuándo hemos dejado los Estados de Víctor Manuel

y penetrado en los de Pío IX.... Sólo sé que Bolsena es *Reino de Italia* y Montefiascone *Ciudad pontificia*.... ¡Pero ni nadie nos ha pedido el pasaporte, ni nadie se ha metido en averiguar de qué se compone nuestro equipaje!....—Todo esto es lógico: ¿Cómo ha de establecer aduanas la Corte de Roma en una *frontera* que no reconoce?

Las nueve.—Á lo lejos brillan algunas luces....—Es *Viterbo*, donde vamos á pernoctar, soñando con la proximidad de Roma.

En las cercanías de *Viterbo*, y á los dos lados del camino, hay hermosas quintas y riquísimas huertas.... Supongo que todo ello será eclesiástico ó de parientes de eclesiásticos....

Viterbo es capital de la *Delegación* del mismo nombre, y, por consiguiente, residencia de un Cardenal.... Las calles, muy pendientes, están embaldosadas de lava.... Su *Catedral* gótica, así como las *Fuentes* de sus plazas públicas, tienen fama entre los artistas....—Sin embargo, nosotros nos contentamos con saber *por erudición* todas estas cosas, y tomamos el camino del *Albergo del Aquila Nera*, de donde saldremos mañana antes que sea de día, sin haber visto otra cosa que nuestras camas....

Pero ¡ay Dios! ¡qué Ciudad tan triste es la renombrada *Viterbo!*—De los 14,000 habitantes que encierra, no vemos ni uno solo en la calle; y eso que apenas serán las nueve y media de la noche. Las tiendas están cerradas.... El alumbrado público, si lo hay, ha echado sin duda cuentas con los buenos oficios de la Luna, y duerme también profundamente.... ¡Mas es el caso que la Luna ha hecho otro tanto, dejando á las nubes en tratos con los hombres! Sin embargo, de tiempo

en tiempo, la casta deidad entreabre los ojos y los fija en algún negruzco Palacio, cuyas ventanas de cristales sonríen agradecidas....—Después de lo cual, vuelven todos á dormirse.

Y la silla de posta sigue trepando dificultosamente por las empinadas calles de la Ciudad teocrática...., y yo pienso con la mayor seriedad del mundo, ora en la piadosa *Condesa Matilde*, ora en la bellísima *Galiana*, á quien muchos han denominado *la Elena del siglo XII*....

Así llegamos al *Albergo*, en donde cenamos bajo los auspicios del ya apurado *montefiascone*, y damos algún descanso al pobre cuerpo, á pesar de los grandes gritos con que exclama el alma:

—¡Estamos á la vista de Roma! ¡Despierta, corazón!

LIBRO DÉCIMO

ROMA

I.

LA CAMPIÑA DE ROMA.—ROMA Á LO LEJOS.—ENTRADA EN LA CIUDAD ETERNA.

22 de Diciembre de 1860.

Las primeras palabras que nos ha dirigido Jusuf esta madrugada, antes de darnos los buenos días y de avisarnos que ya estaban enganchados los caballos, han sido para formular la siguiente pregunta:

—*Roma ¿estar Francia?*

Y, al hablar de este modo, demostraba mucha alegría.

—¿Por qué lo dices?—le interrogamos nosotros entonces.

—*¡Escuchar!*—repuso el marroquí.

Y tendió la mano y aplicó el oído hacia la calle.

Pusimos atención, y percibimos confuso rumor de cornetas y tambores en distintos puntos de *Viterbo*.

—*¡La diana de los franceses!* (exclamó el moro.) *¡Y estar diana de guerra, como en Argel!*

Nosotros nos echamos á reir, é hicimos compren-

der á nuestro africano en qué forma y de qué manera un Ejército francés ocupa esta parte de Italia.

—Es decir (ha concluído Jussuf): *Roma no estar en Francia; pero Francia estar en Roma.*

Sin otra novedad, entramos en este momento en la silla de posta para continuar nuestra marcha, cuando todavía no ha amanecido....

Al salir de Viterbo, vemos hacia el Oriente una faja de luz que marca el límite del horizonte....

¡Es la aurora del gran día! —*¡Haec dies quam fecit Dominus!*.... —Por lo demás, la diana de guerra con que los Galos anunciaban hace una hora el amanecer de la que será fecha de mi entrada en la Ciudad de San Pedro, no me ha gustado, ni con mucho, tanto como á Jussuf.—¡Francia, la Francia de Napoleón III protegiendo con sus armas al Romano Pontífice!.... ¡Qué irrisión! ¡Qué escarnio!....

Pero dejemos esto, que no es para escrito en coche y con lápiz al fulgor de pobre linterna...., y hablemos de lo que aquí se presente ante nuestros ojos....

De Viterbo hasta *Imposta*, donde mudamos tiro, vamos siempre subiendo; tanto, que pronto nos hallamos en la cumbre del *Monte Cimino*, á 1,000 metros sobre el nivel del mar.

El sol ha logrado romper las nubes.... La niebla empieza á levantarse.... El suelo está nevado en cuanto alcanza la vista....—Dentro de poco, cuando aclare totalmente el día, descubriremos á nuestros pies toda la *Campiña de Roma*.

Ahora no distinguimos más que muchas rocas volcánicas en torno nuestro; y, hacia la derecha, el *Lago de Vico*, que ha sustituído al cráter de otro Volcán; y, en torno del Lago, selvas nacidas en las laderas que

inundó la lava ; y, por todas partes, soledad, devastación y melancolía.

Pero el horizonte se despeja....—Llegó el momento....—¡He allí la *Campiña de Roma*, vasta y desierta llanura, interrumpida por leves ondulaciones del terreno!.... ¡He allí los *Montes de Albano*, más distantes de nosotros que la Ciudad Eterna!....—¡El cielo que vemos es, pues, el de *Roma!* ¡*Roma* se halla dentro de nuestro horizonte sensible!

—Allí detrás está *Roma*.... Pronto la verán Vds.... —nos dice en esto el Postillón, señalando con su látigo á una colina de la comarca á que bajamos....

—*¡Allí está Roma!*—repetimos nosotros, armados de nuestros anteojos de campaña ; pero sin distinguir todavía la Ciudad de los Césares....

Así dejamos atrás á *Ronciglione*, las ruínas de *Sutri* y el lugarejo del *Monterosi :* así continuamos todavía una hora, anhelantes, respirando apenas, y lamentando que no se hallen á nuestro lado todos los seres que amamos en el mundo, para poder repetirles, señalando á aquella colina :—*¡Allí está Roma!*

Hemos bajado á la *Campiña Romana*.... Avanzamos por ella....—Tenemos al lado derecho el *Lago Braciano,* en donde hubo otro cráter, y cuyas aguas cubren seguramente la antigua Ciudad de *Sabata*, que se asentaba en sus orillas....—Allá, á lo lejos, fluye un ancho río...., que de seguro será el *Tiber*.... ¡el *Tiber*, testigo sobreviviente de tantas grandezas y tantos horrores!—Sin embargo : en lo que alcanzamos á ver desde aquí, el país es cada vez más árido, más melancólico... La nieve se ha derretido en las aplanadas lomas, descubriendo una tierra desnuda, estéril, muerta, que parece la momia de un mundo.

Después de pasar por *Baccano*, donde mudamos tiro por penúltima vez, llegamos á un punto en que

dominamos todas las alturas sucesivas y en que se despliegan á nuestros ojos los redoblados rizos del terreno....—Allá se ven las montañas de la *Sabina*; allá *Tiboli*; mucho más lejos *Frascati*....—Estamos á cinco leguas de *Roma*....

¿Y *Roma?*

Roma se oculta todavía.... — ¡Oh, no! — ¡Hela allí!....—He allí *la Cúpula de San Pedro*, que surge detrás de una colina....

«¡Salud á Roma cristiana!» — es, por tanto, mi primer pensamiento.

Nada más se ve....; pero esa *Cúpula* lo dice todo.... Esa *Cúpula* es la corona de la Reina del mundo católico; es la gran Tiara que ciñe la frente de la Ciudad papal; es la IGLESIA que se nos aparece en el espacio, para que no olvidemos que el Cristianismo descuella en Roma sobre los hundidos alcázares de la Gentilidad.

Y nada más vemos de *Roma*. — El resto de la Ciudad inmortal permanece oculto detrás de una árida cima, que al cabo de algunos minutos nos impide también seguir viendo la *Cúpula*.... — Pero, en cambio, empezamos á hallar á uno y otro lado del camino (el camino que seguimos es la antigua *Vía Cassia)* cimientos y escombros de *villas* ó quintas, cuyos últimos moradores murieron hace más de mil años!

Viniendo de la derecha, se nos acerca un dilatadísimo *Acueducto*, que al cabo empareja con la *Via Cassia*, á cuyo lado sigue luego paralelamente hacia *Roma*....—Es el *Acueducto Trajano*, llamado hoy *Acqua Paula*, que lleva todo un río á la cumbre del *Monte Janículo*.

Á la izquierda pasamos cerca de una Aldea compuesta de pobres cabañas de pastores, llamada *Isola*.... —¡Es todo lo que queda de la famosa *Veïes*, de la

gran Ciudad etrusca, de la rival de *Roma*, á quien eclipsaba por su belleza y poderío!

En la *Storta* mudamos tiro por última vez. — Son las doce.... Estamos á dos leguas de la *Puerta del Popolo*, por donde entraremos en la Corte de los Papas.

Sigue reinando la soledad sobre la llamada campiña. Ningún aumento de vida y animación nos revela que estamos próximos á una gran Capital.... Pero la multiplicación de las *ruínas* nos dice claramente que nos acercamos á *Roma!*

Pasamos cerca de unos hundidos muros....—Es la que fué *Villa de Ovidio*.

Allá se ve un destrozado mausoleo.... Titúlase vulgarmente la *Tumba de Nerón*....—Es el Sepulcro de *Publius Vibius Marianus*.

Bifurcamos una gran carretera.... — Es la que se llamó *Vía Flaminia*.

Llegamos á las orillas de un ancho y amarillento río, y lo pasamos sobre magnífico Puente.... —¡Es el *Tiber!* ¡Es el testigo de que hablaba antes!

El Puente se llama hoy *Ponte-Molle*.... Hace dos mil años se llamaba *Pons Milvius*.—En él detuvo Cicerón á los Embajadores de los Alobroges, de aquellos *otros* hijos de Saboya: en él venció Constantino, después de haber visto la CRUZ en los aires, al feroz tirano Majencio, que se ahogó en esas aguas: en él se defendieron modernamente los Romanos, mandados por Garibaldi, contra el Ejército Francés que destruyó la República de Roma en 1849....

¡Salud al *Tiber!*....—Nosotros llegaremos antes á la Ciudad que las ondas que pasan por aquí en este momento.... — Porque las colinas se suceden también unas á otras, como las aguas del perezoso río, y ya vamos llegando al término de nuestra peregrinación....

¡Sí! Ya volvemos á ver la *Cúpula de San Pedro*....

Ya descubrimos algunas *Torres*....

Ya divisamos varios Montes cubiertos de pinos y cipreses....

Todo ello rebasa de unos valles donde *Roma* queda escondida como las antiguas necrópolis.... —Y, en verdad, en verdad, mi corazón se calma y se engrandece, poseído de santa tristeza, cual si estuviese á la vista de un cementerio.

«*¡Roma!*»—dice monótonamente una religiosa voz en lo íntimo de mi alma....—«*¡Roma!*» — repiten maquinalmente mis labios....—Y el cúmulo de mis ideas, de mis recuerdos, de mis emociones, me abruma de tal modo, que no acierto á fijarme en ningún pensamiento ni á pronunciar otra palabra.

Un poco antes de avistar las murallas cuyo lugar marcó el arado hace 2613 años, pasamos por delante de algunas casas de campo y de la suntuosa *Villa Borghesse*...., y aquí ya conozco que seguimos un camino más bajo que la gran Ciudad, y que, de consiguiente, entraremos en ella sin haberla visto en conjunto....—Divisamos ya, es cierto, la cumbre de alguna de las famosas *Siete Colinas*; pero no las más habitadas, y de ningún modo los terrenos bajos en que se asienta la población de hoy....

Son las dos de la tarde.—¡He allí los muros de la Ciudad de Rómulo!.... ¡He allí por un momento la inmensa mole de la *Basílica de San Pedro*, el soberbio *Castillo de San Ángelo*, los altos Jardines del *Pincio*!....

Mas ¿qué digo?....—¡He aquí ya la renombrada *Puerta del Popolo!*

Al acercarme á ella, mi corazón late violentamente....—Todos callamos.... ¡Vamos á entrar en la Ciudad dos veces Reina del universo; en la Capital del Paganismo y del Cristianismo; en la morada de los Césares y de los Papas; en la Fuente de nuestro idioma;

en la Metrópoli de los pueblos latinos ; en el centro de la Historia ; en el emporio de las Artes ; en el santuario de la Autoridad ; en el Jordán de todos los pecados ; en la última Posada de los peregrinos !....

Por eso, al pasar bajo el arco de la *Porta del Popolo*, descubro reverentemente mi cabeza, sin acertar á formularme de otro modo la profunda emoción de mi espíritu, que con esta sempiterna palabra, equivalente al mejor discurso :

—*¡Roma! ¡Roma!*

II.

PRIMERAS IMPRESIONES.—ROMA EN EL «SIGLO».

ROMA 22 de Diciembre de 1860.—Hotel d'Europe,—*á la hora veintitres.*

«*Porta del Popolo*» quiere decir en español «*Puerta del Álamo*», dado que la voz italiana *popolo* significa á la vez (como el *populus* latino) *álamo* y *pueblo;* y dado que el *popolo* en cuestión (que los irreflexivos franceses traducen *peuple*, en lugar de *peuplier*) proviene de uno de los álamos que circuían el *Mausoleo de Augusto*, próximo á aquel paraje. —Como quiera, la *Porta del Popolo* vino á reemplazar á la antigua *Porta Flaminia*, y fué dibujada por Miguel Ángel.—Su estilo es dórico y soberana su magnificencia.

Por aquella Puerta se entra en la famosa *Plaza* del mismo nombre, soberbia antecámara de la Ciudad y muy superior á las Calles que siguen después.—Esta *Plaza del Popolo* forma una inmensa elipse. Del lado de allá se levantan dos *Iglesias gemelas*, coronadas por altas cúpulas, y, prolongando (digámoslo así) los costados de estas dos Iglesias, llamadas *Santa María di Monte Santo* y *Santa María dei Miracoli*, resultan tres

larguísimas calles: —La calle de en medio, que da frente á la *Puerta del Popolo*, es el célebre *Corso*, la gran arteria de Roma, por donde se va rectamente al *Capitolio*.... —La calle de la derecha, *Via di Ripetta*, conduce al Tíber, á *San Pedro*, al *Vaticano*....—La calle de la izquierda, *Via del Babuino*, por donde nosotros tomaremos, desemboca en la *Plaza de España* y lleva al *Quirinal*....—¡Qué nombres!....

En medio de la *Plaza del Popolo* se alza un arrogante *Obelisco*, de 112 pies de altura y de 3,500 años de edad, traído de Heliópolis á Roma por Augusto, para que adornase el *Circo Máximo*, y trasladado por Sixto V al paraje donde hoy se halla.—¡He aquí la historia del mundo, cifrada en las aventuras de un pedazo de piedra!.... Hace dos mil años llegan los Romanos á Egipto: encuentran una civilización y una religión agonizantes: ven este Monumento (cubierto de jeroglíficos) á la puerta de un Templo en que se adora al Sol: lo arrancan de su base y lo transportan á las orillas del Tíber: aquí preside las fiestas del Imperio y asiste á la muerte de otra civilización y de otra religión, que también agonizaban; y hoy, es decir, ayer, hace trescientos años, un Pontífice de otra fe religiosa saca el *obelisco* egipcio de entre las ruínas de la Roma de los Césares; lo levanta sobre un grandioso pedestal, y lo corona con la Cruz!—Así está hoy, destacando su gallarda mole y el Signo de la Redención sobre la angosta faja de cielo delimitada por el *Corso*....—¿Cuál será su porvenir?—¡Yo diría que estos Obeliscos simbolizan el TIEMPO, el cual ve también pasar y desaparecer rápidamente generaciones, razas, pueblos y creencias!

En los hemiciclos que á derecha é izquierda forma la *Plaza*, hay Columnas, Estatuas y Fuentes monumentales....—Una de estas Fuentes representa á *Roma*,

alzándose sobre una *Loba* que da de mamar á *Rómulo* y *Remo*.—Á la izquierda comienzan las grandiosas rampas que suben al *Monte Pincio*, paseo favorito de los romanos de ahora, y al cual se dirigían, al pasar nosotros, centenares de carruajes.... — Finalmente: cerca de la *Puerta* se halla la Iglesia de *Santa María del Popolo* (y con éste son tres los suntuosos templos que encierra la *Plaza)*.

Tales han sido mis observaciones durante el tiempo que ha estado parada la silla de posta en aquel magnífico peristilo de *La Ciudad* por antonomasia, mientras que los Empleados de las Aduanas Pontificias mantenían con Caballero y Jussuf un amistoso diálogo acerca de nuestros pasaportes y equipajes....; diálogo que tuvo fin y término en una pobre moneda de plata, mediante la cual no fué menester abrir las maletas é *ilustráronse* los pasaportes con nuevas notas.

—*¡ Felice festa !*—nos dijeron entonces aquellos desgraciados, quitándose el sombrero hasta los pies.

Y esta frase reanimó mi corazón y mi espíritu; por cuanto me hizo pensar en que pasado mañana es *Nochebuena;* en que el día primero de Pascua asistiremos á la solemne Misa que dirá el Sumo Pontífice en la *Basílica de San Pedro*, y en que, detrás de la humilde Roma presente, descubriremos la más afortunada Roma de otras generaciones cristianas.

Legalizadas nuestras personas, penetramos por la *Via Babuino*, en la cual se espantaron de nuevo mis ilusiones.... Pero contra este segundo accidente estaba yo ya muy preparado, y logré retenerlas dentro de mi alma.—La desilusión á que me refiero provenía del aspecto vulgar de la dicha Calle, del aire moderno, *europeo*, insignificante, de casi todos los edificios; del modo de vestir, también á la francesa y comunísimo,

de casi todos los transeuntes, y del hecho de ver faroles de gas en las esquinas....—Lo único que allí nos interesó fué la Iglesia católico-griega de *San Atanasio*, porque sabíamos que tal era su matiz religioso; y, con todo ello, poco después llegamos á la *Plaza de España*, asiento del Hotel á que nos dirigíamos.

Esta *Plaza*, irregular y larguísima, toma su nombre del *Palacio de la Embajada de España*, situado en ella, y propiedad de nuestra Nación, lo mismo que otras varias casas y algunas Iglesias de *Roma*....—Digo más: no hace todavía mucho tiempo, nuestros Embajadores tenían jurisdicción casi absoluta sobre toda esta parte de la Ciudad y disponían de cierta fuerza armada, con la cual mantenían el orden en el que pudiéramos llamar *su barrio* y se hacían respetar de los barrios circunvecinos....—¡El *Conserje* de la Embajada, persona importantísima, mandaba aquel pequeño Ejército!—De todo esto queda muy poco, casi nada; pero los antiguos respetos á la Nación que da nombre á esta *Plaza* subsisten todavía.... ¡España, en *Roma*, es algo más que potencia de primer orden: es la primera potencia del mundo, *católicamente* considerada!

Casi frente por frente de la Embajada, arranca una anchísima y larga escalinata de piedra, que conduce á la Iglesia de *Santa Trinità di Monte*, y al pie de esta escalinata hay una singularísima Fuente de mármol en forma de canoa (la *Barcaccia)*, obra del empecatado *Bernini*.—Las principales casas de la Plaza son *Hoteles* magníficos, ocupados siempre (menos el verano) por viajeros de todo el planeta.

Entre los hoteles se levanta el gran *Colegio de la Propaganda*, ricamente dotado por varios Pontífices, á fin de albergar en él, como alberga, gran número de jóvenes impíos, idólatras y herejes de todas las partes del mundo, á los cuales se da allí educación católica y

se confiere las Órdenes sagradas, después de lo cual son devueltos á sus respectivos países en calidad de Misioneros. Dicho se está, pues, que en el *Colegio de la Propaganda* se hablan casi todas las lenguas del mundo, bien que el *latín* sea la *oficial*....—Dos veces al año se celebra allí Sesión Pública, para la que los colegiales escriben poesías en más de cincuenta idiomas y dialectos distintos....

Delante del Palacio de nuestra Embajada, se alza el *Monumento* recientemente erigido en honor de la Definición Dogmática de la *Purísima Concepción* de la Virgen.—El Monumento es una gran *Columna*, muy desgarbada por cierto, coronada con la *Estatua de* MARÍA.... Pero, desgarbada ó no, los españoles debemos agradecer al Gobierno Papal el que haya escogido nuestro barrio para rendir este homenaje á la *Patrona de las Españas*, á quien tantos Altares hemos levantado todos cuando niños (por lo menos así se hacía en mi provincia y en mis tiempos), venerándola bajo la advocación de *Patrona de las Escuelas*.

Por último: en la acera opuesta al Palacio de España, se halla el *Hôtel d'Europe*, en cuyo patio echamos nosotros pie á tierra, no sin experimentar otra viva emoción al fijar por primera vez la planta en el suelo de *Roma!*—Era *la hora veintiuna*; quiero decir, eran las dos y media de la tarde.... (pues habéis de saber que la plebe romana cuenta todavía las horas hasta veinticuatro, con arreglo al antiguo *cuadrante italiano*, partiendo del ocaso del Sol, que marca el fin de la vigésimacuarta hora....)—Sin pérdida de tiempo, entregamos nuestros pasaportes al dueño del Hotel, á fin de que nos sacase el permiso de la Policía para permanecer un mes en la Ciudad; nos instalamos en *confortables* habitaciones; nos compusimos un poco; almorzamos ligeramente, sin omitir los indispensables

maccarroni, y nos echamos á la calle, cada uno por su lado, á despachar urgentísimos asuntos particulares, que yo me permití calificar de *previos*.

Más claro: en el programa de mi primer paseo por *Roma* (que ha durado dos horas y media), no entraba ni por asomos el propósito de verla ó estudiarla, sino, por el contrario, una firme resolución de andar por ella indiferentemente, como si fuese cualquier insignificante capital, más atento á mis compras y otros quehaceres que á lo que hallara al paso, y dejando para mañana mi visita solemne á la Ciudad reina de las edades;—visita que principiaré (como buen cristiano que soy) por la *Basílica de San Pedro*, donde descansan las cenizas del Santo Apóstol cuyo nombre llevo desde la pila del Bautismo.

Salí, pues, á la calle, dejándome en el Hotel la poesía, la devoción, la curiosidad, el respeto.... ¡casi toda el alma!...., y empecé á andar de una parte para otra, *de incógnito á mis propios ojos*, ó, por mejor decir, huyendo y recatándome de mí mismo, y precedido de un criado de la Fonda, que tenía órdenes terminantes de conducirme seguida y rectamente al correo, al telégrafo, á casa de un sastre, á una guantería, á una sombrerería, á un gabinete de lectura, á una tienda de objetos de escritorio, á una zapatería, á un despacho de tabaco, á un puesto de libros y á un almacén de cuerdas de arpa....

Veamos cómo he cumplido mi propósito.

De la *Plaza de España* fuí al *Corso* por la *via Condotti*.

En la *via Condotti* vi, sin querer, las fachadas del *Convento Español de la Trinidad* (Orden fundada para la Redención de Cautivos), del *Palacio de los Caballeros*

de Malta y del *Palacio del Duque Marino Torlonia*; muchos aparadores de riquísimas platerías y de almacenes de camafeos y mosaicos (establecimientos que, según fama, no tienen rival en el resto del mundo, y que dan leyes de buen gusto en materia de joyas al mismísimo París); la Puerta del *Café Greco*, dentro del cual me consta acostumbran á reunirse todos los días los veinte ó treinta jóvenes españoles, pensionados ó sin pensionar, que estudian las Bellas Artes en Roma (entre los que tengo algunos amigos, que ya buscaré allí); la muestra de la *Trattoria de Lepre*, donde comen generalmente esos jóvenes artistas; y, en fin, otras tiendas principalísimas de la Ciudad.

El *Corso*, el célebre *Corso*, del que habréis oído hablar muchas veces á propósito del renombrado Carnaval de Roma, empieza, como vimos, en la *Plaza del Popolo*.—Por la *vía Condotti* salí casi á la mitad de él, cuando precisamente reinaba allí mayor animación.... Centenares de lujosísimos carruajes iban y venían por doquiera, y, entre ellos, he visto enormes carrozas (tripuladas al exterior por un cochero y dos lacayos vestidos de encarnado, con sombrero de tres picos y provistos de inmensos paraguas también rojos), donde iban graves personajes vestidos de púrpura, acompañados de otros, no tan graves, vestidos de morado.... —Eran Cardenales y Obispos: eran quizá las Autoridades de *Roma*: alguno de ellos podía ser el Ministro de la Guerra (que aquí se llama *de las Armas*), ó el Gobernador civil (*Monsignor Gobernatore*), ó tal vez el mismísimo Cardenal Antonelli....—¡Sentí miedo, sin saber por qué!

Aunque había salido á la calle con absoluta resolución de no entretenerme en *estudios*, he creído poder irme fijando en varias y diferentes personas, á ver si hallaba en su fisonomía algún reflejo del antiguo Pue-

blo-rey. Y la verdad es que he visto de todo : los hombres de la plebe, con sus capas de vivo color, sus sombreros de extendidas alas y copa puntiaguda, su calzón corto, su faja, su cara aguileña, sus ondulantes cabelleras y magníficas barbas, me han transportado á la Roma de Arnaldo de Bresçia y de Rienzi, ó me han recordado las aventuras de Garibaldi en 1848... : los grandes Señores, cuyos nombres me decía reverentemente mi acompañante, parecíanme retratos de la Edad-Media y del Renacimiento....; y las Damas aristocráticas (severas, pálidas y grandiosas) representábanme heroicos hechos de matronas romanas....— Pero las que verdaderamente me han entusiasmado han sido las plebeyas, más recias y altas que las señoras, más anticuadas y características, con su abundante y hermoso pelo, su noble nariz aquilina, sus puros dientes, su voz viril y metálica y cierta majestad del andar que recuerda las procesiones de los Bajo-relieves, ó cierto soberano reposo que hace pensar en las más célebres Cariátides.

Todo esto he observado, á pesar mío, en el *Corso*, y, además, innumerables almacenes de Pinturas ó de Esculturas (bastante malas las unas y las otras), copiadas de los mayores prodigios del *Vaticano* y hechas indudablemente por tanto y tanto posible artista de todo el Orbe como viene á estudiar y á morirse de hambre en *Roma*....—Y dicho se está que, aparte de tales almacenes de cuitas especialísimamente romanas, he hallado otros muchos en que se vendían, con alguna más facilidad, los comestibles, muebles, ropas y demás efectos comunes á la gente europea. —En fin : el *Corso*, con toda su fama, no es más que una insignificante calle, angosta, recta, larga, sin árboles, pero con aceras (¡cosa rara en la Roma actual!), interrumpida á su promedio por la *Piazza Co-*

lonna, y donde alguna vez se tropieza con tal ó cuál Iglesia ó Palacio de mérito real y efectivo.

En la *Piazza Colonna*, donde está el Telégrafo eléctrico, no he podido tampoco menos de ver la célebre *Columna Antonina*, que le da nombre.—Aquel solitario Monumento fué erigido donde mismo se halla (antiguo *Foro de Antonino)*, para celebrar las victorias de Marco-Aurelio, cuya estatua lo coronaba. Hoy lo corona una Efigie de bronce dorado, que representa á *San Pablo*.—La Columna mide 103 pies de altura; tiene una escalera interior de 190 peldaños; es de mármol; está cubierta de bajo-relieves, y no se distingue ciertamente por su gallardía.... Tal vez contribuye á hacerla tan pesada el haber subido muchísimo desde aquel tiempo el suelo de *Roma*, por resultas de tanto escombro y ruína como han acumulado los siglos y las revoluciones, haciendo que del antiguo pedestal queden sepultados 11 pies bajo la codiciosa tierra.—Hay además en aquella Plaza cuatro magníficos Palacios: el de *Chigi*, el de *Buoncompagni*, habitado por el Príncipe Piombino, el de *Bracadoro* y el de la *Gran Guardia*, donde tienen un *Casino* los Oficiales de la guarnición francesa, y cuyo pórtico de mármol blanco está formado con esbeltas columnas traídas de la difunta *Veïes*.—En este último edificio se halla también el citado *Telégrafo eléctrico*.

Para mí tiene siempre algo de solemne la expedición de un telegrama; pero mucho más lo ha tenido hoy, al ver el nombre de *Guadix* (de la antigua Acci, *Colonia gemela* de los Romanos) en el cuadro de las Estaciones telegráficas con que la Ciudad de los Césares tiene comunicación instantánea, así como al pensar en que era desde la Cabeza del mundo católico desde donde dirigía tierno saludo, en vísperas de Pascuas, al hogar de mis piadosos padres.... — El Telegrafista

con quien me he entendido es un pobre Conde que habla medianamente el español.—El parte me ha costado 70 reales.

Y á propósito: la moneda de España es la más corriente en *Roma*, cuyo sistema monetario no se diferencia del nuestro en las piezas de plata. El *duro* de 20 reales hace aquí las veces del *scudo* romano: la *peseta* equivale al *papetto*, y la pieza de *dos reales* corresponde al *paolo*. En las monedas de cobre no hay tal paridad, pues se ajustan más al sistema francés: el *papetto*, como el *franco*, se divide en 20 sueldos *(bajocchi)*.—Las monedas de oro más corrientes son el doblón *(doppia)*, que vale 64 reales y un *bajocco*; el zequín *(zecchino)*, que vale 81 reales, y la pieza de *cinque scudi*, que en definitiva no es más que nuestra moneda de cinco duros.

Resumen de otras observaciones é interrogatorios que he hecho esta tarde: —que en *Roma* no hay industria alguna;—que todo lo que se vende en sus almacenes es francés ó inglés;—que la vida es aquí muy barata;—que, sin embargo, á cada paso halla uno mendigos;—que á estas horas he tenido ya el gusto de ver Frailes de todas las Órdenes y de todos los hábitos;—que los Teatros están todavía cerrados, pero que dentro de cuatro días (el segundo de Pascua) se abrirán al público muchos de ellos, pues (Dios sea loado) en el dicho día principia el *Carnavalone*;—que los carteles del *Teatro Albert* anuncian para entonces la *Presa di Tetuan* (la toma de Tetuán), á la que no faltaré seguramente;—que en el *Teatro Apolo* hay una gran Compañía de Ópera, en la cual conozco á algunos cantantes, entre ellos á mi amigo Bartolini;—que pasado mañana es Noche-Buena y oiremos la Misa del Gallo en *Santa María la Mayor*;—que el Papa está bueno, y celebrará de pontifical en *San Pedro* el

dia 25 ;—que los seglares creen que el *poder temporal* caerá con Gaeta ;—que en un Gabinete de Lectura que he visitado no había más periódico español que *La Esperanza*, ni otro lector, en las tres salas de que se compone, que un Cura, también español, de quien ya soy amigo ;—que en la *Plaza de España* hay una tercena donde se venden excelentes cigarros habanos ;—que el marqués de Miraflores, recientemente nombrado Embajador de España cerca de la Santa Sede, llegará á Roma dentro de pocos días ;—que mi amigo y hermano en Apolo, Amós Escalante, está hace días en esta gran Ciudad ;—que me será fácil conseguir una audiencia del Padre Santo,—y, en fin, que el *Coliseo*, el *Foro*, las *Catacumbas*, las *Termas*, el *Capitolio*, la *Roca Tarpeya*, los *Columbarios*, el *Palacio de los Césares*, etc., etc., existen todavía y me esperan en su respectivo sitio, de modo que, con sólo dar algunos paseos, podré verlos cuantas veces quiera.....

¡Qué perspectiva de goces, asombros y entusiasmos! ¡Qué mundo de nuevas, únicas y supremas maravillas en torno mío! ¡Qué días tan grandes y tan deseados me aguardan á contar desde hoy !....

Abrumado por este cúmulo de esperanzas, me he refugiado en el *Hotel* y escrito los presentes renglones, que debéis mirar con indulgencia, como toleráis la confusa algarabía que mueven los músicos cuando templan y acuerdan los intrumentos antes de entrar verdaderamente en materia.... — Conque hasta mañana.

III.

EL COLISEO Á LA LUZ DE LA LUNA.

El mismo día 22—á media noche.

Guardadme el secreto.—Mi alma se ha escapado esta noche del Hotel, donde la tenía prisionera, y ha recorrido á la luz de la luna las ruínas de la antigua *Roma*....—¡Que no lo sepa la *Basílica de San Pedro!* ¡que no lo sepa *yo*, el peregrino cristiano!

Eran las nueve de la noche; el cielo se había despejado, y la creciente luna tendía su manto de plata sobre la silenciosa Ciudad.—Una tentación irresistible se apoderó de mi alma.... ¡Había oído hablar tanto *de ello!* ¡Lo había soñado tanto!.... ¡Era el momento tan oportuno!.... Todo se reducía á un viaje de dos millas, en coche; á un peligro más ó menos; á un poco de frío.... ¡Pero, en cambio, vería el *Coliseo* al fulgor del astro de las ruínas, turbaría el sosiego de cien generaciones, evocaría sus sombras y sus recuerdos!

Vana fué la resistencia que me opusieron mi amigo y mi razón: en vano se me habló de ladrones, y se me anunció que las afueras de *Roma* estarían intransitables á consecuencia del hielo y de la nieve de estos días; en vano me arguyó la pereza, protestó la conciencia y me miró asombrado el cochero á quien le dije en la Plaza de España, después de sentarme á su lado en el pescante: «*¡Al Colosseo!*» ¡Todo fué en vano! ¡La suerte estaba echada! ¡El alma había recobrado su imperio sobre los sentidos!

Y heme aquí ya de vuelta.—¡Oh! ¡lo que he visto!....—¡He visto á *Roma!*.... ¡á la *Roma* ideal, á la *Roma* de la historia, á la *Roma* de la poesía! Las sombras de

muerte que cubren la Antigüedad se han disipado á mis ojos...., y ha habido un momento en que me he creído transportado á los primeros siglos del Imperio, al origen del Cristianismo.... He temblado, en fin, he llorado y hasta he balbuceado una plegaria en aquellos sitios que representan la agonía de un mundo y el nacimiento de otro....—¡Noche inolvidable! ¡Todas las tempestades de lo futuro serán insuficientes á obscurecer en mi memoria la claridad con que tu luna bañaba hace poco de religiosa melancolía los restos del naufragio de las edades paganas!

Pero bueno será que recobre la calma y escriba por su orden los pormenores de esta expedición.

Partí, como dejo indicado, de la *Plaza de España*, encaramado en el pescante de un coche de alquiler, al lado del auriga.—Desde aquel pobre pero eminente puesto, dominaba perfectamente mi camino....

Hacía un frío espantoso. El cielo estaba despejado, como siempre que escarcha.—La luna parecía un témpano de hielo.

Las calles que recorríamos se hallaban sumergidas en densas tinieblas y funeral silencio. El alumbrado público no ardía, porque hacía luna; pero la luna daba ya sólo en el último tercio de las casas que miraban á Poniente. Así fuímos dejando atrás barrios y barrios;—unos, en que todavía se notaban señales de vida; otros, en que parecía imperar el sueño, y otros, en que de seguro nadie vivía despierto ni dormido; en que ya no reinaba Morfeo, sino la Muerte; barrios, en fin, de casas deshabitadas; tristes albergues del olvido; playas desiertas de donde se ha alejado el mar humano; álveo seco del río de la vida: — así crucé después por delante de casas sin ventanas ni puertas; luego á la

vista de otras sin techos ; á continuación por solares cubiertos de escombros, de entre los que se alzaba algún melancólico lienzo de pared ; en seguida por un trillado cascajal, término medio entre las ruinas y el polvo.... ; hasta que , por último , repentinamente, sin preliminar alguno, vi levantarse , cerrándonos el paso , una elevadísima y amplia cortina negra , ó sea un inmenso muro , simétricamente agujereado por angostas ventanas , que dejaban ver el cielo esclarecido por la luna....

—*¡Il Colosseo!*—dijo lacónicamente el auriga.

¡En efecto! ¡Era el luctuoso fantasma, envuelto en un sudario de sombras!....—Nosotros lo habíamos abordado por su parte más alta , cerca del pórtico....—La luna quedaba oculta detrás del gigante.

Para llegar á su pie tuvimos que bajar algunas rampas, deslizándonos por el hielo. (El *Coliseo* está hoy también en una hondonada, á causa de lo mucho que los escombros han alzado el terreno circunvecino.)

Á medida que avanzábamos nosotros, el espectro crecía. ¡ Cuando estuvimos ya tocándolo con la mano, parecióme que el disforme anfiteatro llenaba todo el universo!

Dejé el coche, y me puse á buscar la puerta , sin despegarme de aquel inmensurable círculo.

En esto oí leve ruído de armas ó de llaves , y una voz que gritaba en francés, en medio del más absoluto silencio :

—*¿Quién vive?*

—¿Quién resucita ?—contestó un eco en el fondo de mi alma.

—*Amici* (amigos)....—respondió el cochero en italiano, añadiendo en seguida, en un francés casi inteligible :

—¡*Monsieur !* Es un caballero que quiere visitar el *Coliseo*.

—¿Por qué «*monsieur?*» (me dije yo.) ¿Será francés el *Conserje?*

—*¡Atrás! ¡No se puede!*....—respondió la voz, en el mismo idioma transalpino.

Y volvió á resonar el ruido metálico, que ya no me dejó duda acerca de su procedencia.—Era rumor de armas.

—¿Hay bandidos en el *Coliseo?*—le pregunté al cochero.

Dicho se está que me había acordado de *Gasparoni*, de *Luigi Vampa*, del *Conde de Montecristo*...., etc., etc.

—*Ya* no los hay (contestó el interrogado).—El que nos habla es un Centinela.

Era, en efecto, un soldado francés de los que dan la guarnición á Roma.... ¡Era un *galo*, enseñoreándose de la Ciudad de César!—¡Y un *romano* de hoy acababa de decirle *monsieur!*

El Centinela, que nos oía cuchichear y nos veía inmóviles, añadió entonces con mayor furia, destacándose de su garita :

—¡Atrás, digo! ¡El *Coliseo* no puede visitarse de noche sino con una orden del General Goyon!

—Yo busco al Conserje.... (respondí por mi parte en francés y con alguna altanería.) ¡Dígame V. dónde podré encontrarlo!

El Centinela se ablandó al oir el idioma de su patria ; descansó el fusil en tierra, y dijo mansamente:

—¿Es V. francés?

—¡Como si lo fuera! (le respondí.)—¿De qué Regimiento es V.?

—Del 25 de línea.

—Entonces, peleó V. en la tremenda batalla de Solferino....

—¡Justo que peleé! — Pues, señor, la habitación del Conserje está hacia la izquierda, al fin de una galería.... Pero dudo que logre V. hallarla.—El Coliseo es un laberinto sin fin, y hay en él hundimientos donde podrá romperse la cabeza....

—Yo daré con esa habitación (repliqué); y, aunque no dé con ella, habré logrado mi objeto, que es ver el Circo á la luz de la luna....

Aquí juró y se rió el buen Centinela (que era gascón), y aceptó un cigarro que yo le alargaba, en cambio del cual me dió lumbre para encender el mío.

—No extrañe V. (me dijo entonces) que estemos escamados.... — ¡Hace siete días que, á esta misma hora y en este mismo sitio, un pícaro romano mató á un centinela de una puñalada!

—¿Cómo pudo ser? ¿No tenía el centinela su fusil?

—Es que el romano se llegó á él á pedirle fuego para el cigarro; mi compañero se confió...., y un momento después....¡ya no existía!—Cuando vinieron á relevarlo, se lo encontraron bañado en su sangre y sin fusil, con una caja de fósforos en la mano....

Al oir esto, me acordé de centinelas nuestros, asesinados del propio modo por los moros de Tetuán al principio de la ocupación de aquella Plaza, y de los centinelas franceses de la Guerra de la Independencia, *suprimidos* por nuestros mayores....—Respeté, pues, un poco más á los romanos actuales.

Con lo cual di las buenas noches al Centinela, y penetré por una obscura puerta del *Coliseo*.

Primero anduve largo rato entre densas tinieblas, guiado por la remota perspectiva de algún Arco ruinoso, que daba paso á la luz de la luna, y dejando á ambos lados Galerías aún más lóbregas....—El miedo

á los ladrones había huído de mi imaginación; pero terrores más fantásticos habían penetrado en ella.... Aquellos tenebrosos corredores me parecían llenos de sombras de Mártires cristianos: la arena que se hundía crujiendo bajo mis plantas me hacía creer que pisaba charcos de sangre: en cada una de aquellas cavernas, cuyas negras bocas se abrían á mi alrededor, me figuraba escuchar rugidos de tigres, panteras y leones.... —¿Habría quedado allí escondida, bajo los escombros del Imperio Romano, alguna fiera con sus cachorros?

Aunque sin luz que me permitiera distinguir la estructura de los Arcos y Bóvedas que se levantaban sobre mí, formaba idea de sus colosales dimensiones, sólo con reparar en las distancias que recorría para pasar de una Galería á otra, cortando en *zig-zag* los círculos concéntricos que median entre la periferia del Edificio (1,641 pies) y la dilatada *Arena* en que tenían lugar los espectáculos.... ¡Aquello, más que una obra de construcción, parecía haber sido cavado en las entrañas de una cantera, y me hacía adivinar las descomunales Pagodas labradas en el corazón de las Montañas del Thibet!

Salí finalmente al anchuroso Circo....—Al desparramar por él una absorta mirada, la primera idea que me asaltó fué la de mi pequeñez, la de mi soledad.... ¡En aquel Anfiteatro, que pudo contener 107,000 personas, estaba yo solo! ¡Allí donde habían concurrido tantas generaciones, no había nadie! ¡Allí donde mil y mil veces resonaron gritos, aplausos, risas, rugidos de fieras, ayes de moribundos, no se oía nada, nada...., ni tan siquiera los latidos de mi corazón, paralizado también por el espanto! ¡En vez del sol, y del bullicio, y del vocerío, y de la lucha, y de la sangre...., ¡nada!.... ¡La luna, muerta en el cielo; la muerte y el silencio en la tierra!

Por todas partes, las gradas desiertas.... las gradas mudas.... las gradas solas.... — ¡Cada piedra parecía la losa sepulcral de los que sobre ella se sentaron!— Allí el *Podium*, donde se colocaban el Emperador, su Familia, los Magistrados, los Senadores y las Vestales: allí los *vomitorios*, por donde la multitud se desbordaba sobre el graderío y los palcos: allá arriba el lugar de los esclavos: de aquella parte arrancaba el *velarium* que 480 marinos corrían sobre el Anfiteatro, á fin de preservar del sol y de la lluvia á todos los espectadores: en aquel lado estaban las verjas de bronce que daban paso á las fieras: por allí penetraban las Víctimas...., por allí los Gladiadores....; y aquí, en esta arena...., ¡qué horror!....

Mientras pensaba de este modo, no veía nada realmente.... Estaba clavado á la entrada del vastísimo Coso, y deliraba....— Pronto me repuse, y logré ver y tocar la realidad, de la cual sólo una comparación puede dar idea exacta: — Figuraos una inmensa Plaza de Toros, elíptica, toda de piedra, cuyas gradas suben hasta 157 pies de altura. En torno de la *arena* se levanta un muro (la *barrera*, por decirlo así) que protegía al público contra las fieras. Sobre este muro hay una plataforma, que era el lugar de preferencia, el *Podium* que hemos citado. De la plataforma arrancan otras cincuenta *Gradas*.... Y de lo alto de estas gradas se pasaba á la *Galería superior*. — Obra tan inmensa no ha podido ser destruída ni por los siglos, ni por las revoluciones, ni por la barbarie. Muchos enormes Palacios de *Roma* han sido construídos con piedra arrancada de aquella montaña artificial, y, con todo, ella conserva su forma, su conjunto, sus gigantescas proporciones.—Por algunos lados la ruína es muy visible; por otros, ya se mire desde dentro, ya desde fuera, el coloso parece intacto!

El *Coliseo* se debe á *Vespasiano* y á *Tito*. Millares de prisioneros judíos, atados al carro del destructor de Jerusalén, trabajaron en esta obra nefanda, después de haber visto caer en ruínas el Templo de Salomón.... —¡Misterios del Eterno! ¡El pueblo de Israel amasó con su sudor y su sangre el ancho circo destinado al martirio de los cristianos! Tito inauguró el *Coliseo*, el año 79 de nuestra Era, con unas Fiestas que duraron *cien días* consecutivos, durante los cuales perecieron allí 2,000 gladiadores y 5,000 fieras! Después.... fueron innumerables los esclavos, los cautivos y los crecyentes que derramaron su sangre en aquel suelo.... ¿Quién ignora, sólo por lo que á los cristianos toca, los horrorosos sacrificios de los tiempos de Domiciano, Marco-Aurelio, Septimio-Severo, Maximino, y sobre todo los decretados por Diocleciano, los de la *Era de los Mártires?*....—Pero volvamos á prescindir de lo pasado, y consideremos el *Coliseo* tal como hoy se halla; tal como yo lo he visto esta noche....

La luna bañaba aquella mitad del redondel y de las gradas en que había dado el sol durante el día: la otra mitad, la parte de *sombra*, estaba cubierta de nieve.... Por manera que todo el edificio blanqueaba....—Avancé hacia la región iluminada por la luna, sin separarme de la barrera (pues no sé por qué, me daba miedo de cruzar diametralmente el anchuroso Circo), y reparé en que, de trecho en trecho, se levantaban en torno de la Arena unos solitarios Pilares, á la manera de garitas, cuyo objeto no podía comprender. Acerquéme á uno de ellos; pero estaba en la umbría, y no acerté á distinguir la naturaleza y objeto de una como lápida, preservada por espesa verja de alambre, contenida en el lado de cada pilastra que miraba al centro del Anfiteatro....

¿Qué podía ser aquello? ¿Serían monumentos le-

vantados para perpetuar la memoria de los Césares?—Repito que no podía adivinarlo....—Llegué, en fin, á un tercer Pilar en que daba la luna; fijé una tenaz mirada al través de la rejilla de alambre, y.... ¿qué diréis que vi?—¡Vi la pálida cabeza de JESUCRISTO! ¡Vi una pintura que representaba al *Nazareno* con la Cruz acuestas, coronado de espinas, con el rostro ensangrentado, y el dolor y la mansedumbre en los tristes y anublados ojos!....

Esta aparición me asombró primeramente; luego infundió en mi alma gratitud, veneración y ternura; por último, me comunicó valor y sosiego; dióme compaña en aquella soledad de muerte, y alejó de mi imaginación todos los espectros que la aterraban un momento antes....—Resumiendo: ¡aquellos Pilares eran un *Via Crucis!* ¡El antiguo Teatro maldito sirve hoy de Templo católico, consagrado á los *Mártires* de aquellas centurias!

Entonces tuve ya valor para atravesar la *arena* diametralmente, y, al llegar cerca de su centro, vi levantarse en los aires una enorme Cruz negra, cuyos brazos parecían tocar en Oriente y Occidente.... ¡Esta Cruz, herida oblicuamente por la luna, se copiaba en el suelo con proporciones tan colosales, que abarcaba toda la arena, y yo me acordé de aquella otra Cruz que se apareció á Constantino cuando marchaba contra Magencio, y de las milagrosas palabras: *In hoc signo vinces!*....—La que se alza en medio del *Coliseo* fué erigida por el Papa Benedicto XIV, así como las Capillas ó *Estaciones* de la *Via Sacra* que he citado.... Y es que desde los tiempos de aquel Pontífice se celebra en el ancho Circo, todos los viernes por la tarde, una Función religiosa, que consiste en rezar el *Via Crucis* y en un Sermón (predicado al aire libre por algún Fraile desde el propio lugar que ocupaban los Emperadores

durante las fiestas en que murieron tantos cristianos); Sermón que escucha tranquilamente el Pueblo Romano de hoy, sentado en las mismas gradas donde sus progenitores aplaudían hace quince siglos los cruentos espectáculos que ahora anatematiza el Predicador....

Porque, no hay que desconocerlo: el Pueblo Romano (que no ha tenido solución de *continuidad* desde los días de Augusto hasta los de Pío IX) es á un propio tiempo juez, parte y testigo en el proceso histórico-religioso que se hojea todos los viernes en el *Coliseo*.... En cambio, nosotros, los hijos de otras naciones, sentimos á las orillas del Tíber lo mismo que sentiríamos á las orillas del Jordán.... ¡Nosotros no fuimos cómplices de Pilato y Herodes ni de Nerón y Domiciano!—Digo más: para nosotros, nacidos á la sombra de las basílicas bizantinas y de las catedrales góticas, los actuales habitantes de Roma son los herederos directos de los Gentiles; mientras que, á fuer de descendientes de godos, suevos, etc., y aunque se nos llame latinos por razón del habla y de la jurisprudencia, nosotros representamos políticamente la acción del mundo contra Roma!—¡Los andaluces, por ejemplo, tenemos bastante más sangre vándala y árabe que romana, y esto sin contar con la primitiva sangre celtíbera, que tanto dió que hacer á Pompeyo y César!

Pero dejémonos de abjuraciones meramente ingeniosas, sin base alguna en la voluntad ni en la conciencia.... —¡Ciudadanos romanos somos, en medio de todo!

....

Hora y cuarto he permanecido dentro del *Coliseo*, recorriéndolo en varios sentidos, hasta que, por último, subí á lo alto de las gradas.... Allí, sentado en frente de la Luna, con el ancho Circo á mis pies, he contemplado lleno de respeto las grandiosas ruínas,

cubiertas de efímera nieve, y el inmutable cielo, decorado de sus luces eternas....—¡Aquellos eran los mismos luceros que consultaban los fundadores de Roma!.... ¡Aquella era la misma Luna que vió conspirar á los Gracos; que miró á los Galos acampados á las orillas del Tíber; que brilló en los ojos de los Escipiones y de Aníbal; que alumbró á César; que presenció el incendio decretado por Nerón; que lució en el cielo la noche del martirio de San Pedro; que reflejó sus rayos en las hordas capitaneadas por Alarico, Genserico, Atila, Ricimir, Odoacro, Totilla y tantos otros devastadores de la gran Ciudad!....

¡Oh, sí! ¡era la misma Luna! ¡la que inspiró á nuestros maestros Virgilio, Horacio, Tibulo, Juvenal y el infortunado poeta de los *Tristes!*....—Y yo me decía:—¡Cuántas oleadas de hombres deshechas contra la roca impasible del tiempo! ¡Los Conquistadores de Grecia, de Siria, de Egipto, de Cartago, de España, de Bretaña, de Francia, de Alemania; los Ejércitos que describen Salustio, César, Quinto Curcio, Suetonio, Tito Livio y Tácito; las falanjes de los Escipiones; las masas populares agitadas por Mario; el Patriciado que representaba Sila; el auditorio de Cicerón; las legiones de César; las escuadras de Antonio y Octavio; las haces de Pompeyo; los conjurados con Catilina, y tantos senadores, y tantos tribunos, y los pretores, y los esclavos, y las vestales, y las cortesanas, y los lictores...., todo ha desaparecido como las nubes que se borran en el cielo!....

Bajaron del Norte otras razas; vino de Oriente otra Religión; acudieron del Mediodía las tribus agarenas; cubrieron piélagos de sangre el suelo de Europa; desbordóse hacia Occidente la nueva civilización; surgió la América.... ¡y el paganismo, en tanto, pareció enterrado para siempre!....—El mundo se había cu-

bierto de generaciones espiritualistas (de anacoretas, de trovadores, de caballeros andantes, de misioneros, de cruzados, de escritores místicos, de muchedumbres penitentes, de todo linaje de ascetas y mártires): el espíritu se había levantado un momento sobre la materia; todo era olvido y desdén, ó aborrecimiento y destrucción, contra los restos del antiguo mundo: el fuego, el hacha y el martillo se afanaron en destruir, en pulverizar Templos, Palacios, Arcos, Estatuas, Circos.... ¡todos los vestigios de la Gentilidad!....

Pero descendieron las aguas; pasó la noche en que tan tremendo sonaba el nombre de Dios; reapareció la soberbia del hombre; proclamóse el llamado *Renacimiento;* la Crítica y el Arte se declararon fuera de la patria potestad; la Filosofía se divorció de la Teología; y ¿qué fué lo que, ya en adelante, se vió en Europa?—¡Se vió lo que yo veía esta noche desde lo alto del *Coliseo* al rayo de la luna; se vió el fraccionamiento del Cristianismo; se vió que el paganismo estaba insepulto; se vió que los monumentos de la antigua Roma cubrían de nuevo la tierra; que el Olimpo helénico volvía á deslumbrar los ojos de los mortales; que las raices de aquella civilización, nutridas todavía de savia vital, retoñaban briosas al cabo de tantas centurias!.... ¡Es decir, se vió al materialismo sobreponiéndose á la religiosidad; al Imperio triunfando del Papado; á la tierra sublevada contra el cielo, y á la Gentilidad resucitada y victoriosa, por virtud de una reacción de la concupiscencia, rebelada contra la sublime moral de Cristo!.....
.....

Ya eran las once cuando salí del Anfiteatro.

—¡Al Hotel!—le dije al cochero.

Éste era ya gran amigo mío, y se habia penetrado del objeto de mi paseo nocturno.... Hame traído, pues, á la *Plaza de España* por un camino infinitamente más interesante que el que llevamos para ir al Coliseo.... ¡Hame traído por las ruínas de la Roma clásica; por el *Foro romano*; por el *Capitolio!*....

Es decir, que he pasado bajo el *Arco de Constantino* y bajo el *Arco de Tito;* por enfrente del *Templo de Venus y Roma* y del *Templo de la Paz;* cerca del *Templo de Remo* y del *Templo de Antonino y Faustina*; al pie del *Palacio de los Césares;* por en medio del *Foro;* por la *Via Sacra* y por delante del *Arco de Septimio Severo*.... —Los tres *Arcos* citados se hallan todavía de pie. Los *Templos* han sido convertidos en Iglesias cristianas, bien que conservando sus antiguos Pórticos. Del *Foro* no queda más que el lugar que ocupaba, llamado hoy por los romanos *Campo Vaccino*, á causa de haber habido allí hace doscientos años un mercado de bestias....—Ya volveré de día á aquellos lugares, y los estudiaré minuciosamente, recordando de paso su respectiva historia.

Por esta noche me basta con la profunda emoción que acabo de experimentar al subir la cuesta que conduce del *Foro* hasta el *Capitolio*....—Desde aquel paraje se descubren todos los Monumentos que he enumerado y otros muchos más. Allí es precisamente donde se han practicado mayores excavaciones, haciendo salir de la tierra elegantes Columnatas erguidas sobre sus bases, y otras hechas pedazos y tendidas melancólicamente entre los montes *Palatino* y *Aventino*. Allí se ven las Tres Columnas que restan del *Templo de Vespasiano* (que algunos creen el de *Júpiter Tonante*);—otras Tres Columnas, también reunidas y como abrazadas para no caer, del *Templo de Júpiter Stator*;—un grupo de Ocho Columnas del *Templo de*

la Fortuna;— el célebre *Tabularium*;—la solitaria *Columna Focas*,—y mil y mil fustes y capiteles rotos y esparcidos por la tierra....

La luna hería horizontalmente las esbeltas y desiguales moles de las columnas que se alzan todavía en aquel campo de desolación, y, al contemplarlas yo allí abandonadas, solas, en medio de tanta ruína, creía ver tristes huérfanas que lamentaban el hundimiento de sus antiguos hogares.... Sobre todo, aquellas Tres de quienes he dicho que se abrazan para sostenerse mutuamente, me hacían la ilusión de tres hermanas llorando juntas una misma pena. Á otras las he creído blancas Vestales que, fieles á su juramento, velan por el *Fuego Sagrado*, después de tantos y tantos siglos transcurridos desde que murieron los últimos Grandes Sacerdotes....—¡Oh! ¡Quien no haya contemplado un cementerio á la luz de la luna; quien no conozca la fantástica vida que adquiere el mármol cuando lo esclarece el astro melancólico, no podrá comprender todo el misterio, toda la poesía de aquel sublime espectáculo!.... La luna es el sol de los que fueron, el alma de la soledad, la única compañera del olvido; y *Roma antigua*, vista de aquella manera, desde lo alto del *Capitolio*, tenía más vida en lo íntimo de mi imaginación que la *Roma moderna* extendida á la opuesta parte de la sagrada cumbre!....

Cierto que la Ciudad Papal se extendía por aquel otro lado, coronada de Torres y Cúpulas é iluminada por el astro de la noche, cuyo fulgor se reflejaba en la pizarra de los techos, en los cristales de los balcones, en el agua de las fuentes.... Pero, en cambio, á mi alrededor se alzaban los Palacios gentiles que constituyen el restaurado *Capitolio* de hoy, díbujado por el también pagano Miguel Ángel: á mi lado campeaba la *Estatua ecuestre de Marco Aurelio:* á mis pies empezaban una

vasta escalera y una larga rampa adornadas con las *Estatuas de Constantino y de su Hijo*, con la *Columna miliaria de Vespasiano y de Nerva*, con los *Trofeos de Mario*, y con las Estatuas colosales de *Cástor* y *Pólux!*....— En resumen: ninguna gloria romana, antigua ni moderna, deja de tener resonancia en el *Capitolio*, en aquel lugar consagrado á Júpiter por los Tarquinos, en la antigua Ciudadela de Roma, en el Templo de su gloria, tantas veces abrasado por el incendio ó regado de sangre humana; allí donde la Antigüedad divinizó á los guerreros y la Edad Media á los cantores; allí donde fué coronado Petrarca y asesinado Rienzi; allí donde una gran campana histórica anuncia al mundo la muerte de los sucesores de San Pedro....; ¡que tan confundidos están en Roma el arte y la piedad, la Historia y la Fábula, la Religión y la Mitología, el Cristianismo y el Paganismo!

Era cerca de media noche; y, del propio modo que en la llorada por Ovidio,

«jamque quiescebant voces hominumque canumque,
lunaque nocturnos alta regebat equos....»

Consistía la única diferencia en que la luna no estaba hoy *alta*, sino muy baja; pero, aun así,

«hanc ego suspiciens, et ab hac CAPITOLIA *cernens»*

(lo mismo que el desterrado vate), he acabado por exclamar también (dirigiéndome, ya no á los Dioses, sino á los hombres grandes de la antigua Roma):

«este salutati tempus in omne mihi!»

Después de lo cual, he vuelto al coche (que había bajado del *Capitolio* por la rampa, en tanto que yo bajaba por la escalera), y me he hecho conducir al Hotel, á tiempo que la luna se ocultaba ya en Occidente.

Al pasar por la *Piazza Trevi* he oído, más que visto, la célebre *Fuente* del mismo nombre, cuya colosal ornamentación cubre toda la fachada de un Palacio.... —Diez y ocho siglos lleva de correr por aquella Fuente todo un río, llamado *Acqua Vergine*, que llega á *Roma* sobre un Acueducto de ocho millas de largo...., y el rumor de sus aguas, cayendo de pila en pila y formando multitud de cascadas, era lo único que se sentía en la Ciudad Eterna á la hora que crucé por allí.... —Lo demás yacía en los brazos del sueño, ó en el regazo de la muerte.

IV.

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO.

ROMA 23 de Diciembre.

Vengo de ver la *Basílica de San Pedro*, la Catedral de Roma, ¡la Catedral del Mundo !....—Pudiera añadir más : pudiera añadir que vengo de ver, materialmente representada, aquella IGLESIA, Congregación y Hogar de los Fieles, á que se refería Jesús cuando dijo al Príncipe de los Apóstoles : «*Tu es Petrus et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam....*»—Y hablo así, prescindiendo de todo linaje de entusiasmos, porque, efectivamente, la *Basílica de San Pedro* está edificada sobre el antiguo *Circo de Nerón*, donde San Pedro fué enterrado después de padecer muerte en cruz, y donde, al pie del Altar Mayor, yacen hoy en santo sepulcro algunos de sus huesos.

En lo demás, sabed que (muy sinceramente y cual si me estuviese confesando á mí propio) me he preguntado varias veces desde esta mañana qué era lo que me impresionaba más en el gran Templo Pontificio : si lo

que pensaba ó lo que veía ; esto es, si la consideración de que me hallaba en el centro y cabeza del Mundo Católico, al lado del Trono de los Papas, ó si el aspecto físico de aquella fábrica arquitectónica, de aquella majestuosa construcción, que no tiene rival ni acaso lo ha tenido en el Universo.... Pero, bien examinada mi conciencia, ya no vacilo en asegurar que, de todas mis emociones de hoy, la más íntima y avasalladora era la producida por la excelsitud *moral* de aquellos lugares, por su altísima significación histórica, por lo que representaban sobre la tierra....—aunque también admirara y aplaudiese como el que más, lleno de asombro y maravilla, la indecible hermosura y sin igual magnificencia de aquella edificación de genios y titanes!....

Analicemos debidamente estas sensaciones, comenzando para ello por el principio.

Esta mañana á las ocho había yo estudiado ya en un *Plano de Roma* el camino que conducía desde mi casa hasta *San Pedro;* había leído la historia de la Basílica, y tenía dispuesto mi corazón á las supremas agitaciones que le esperaban. Para esto último, recordé los días de la niñez y de la adolescencia , evocando las dulces ó terribles imágenes que conmovían entonces mi espíritu, ora cuando veía *peregrinos* procedentes de Roma, ora cuando oía hablar de *dispensas*, ora cuando sabía de *penitentes* que andaban centenares de leguas por alcanzar aquí una Absolución , ora , en fin , cuando leía la historia de las más célebres Excomuniones....— Hechos tales preparativos , salí del Hotel , y tomé por la *Via Condotti.*

La *Via Condotti* corta el *Corso* en ángulo recto y continúa hacia el Tíber, por cuya margen derecha sigue con el nombre de *Via di Tordinona*, la cual termi-

na en la *Plaza del Puente de Sant-Angelo*.—En aquella *Plaza*, ó, por mejor decir, en aquel *Puente*, principia la verdadera Roma Papal, la Corte de las almas, la *Ciudad Leonina*, llamada así desde que León IV incluyó el Barrio *(il Borgo)* dentro del muro que circunvala actualmente á *Roma*.

La *Ciudad Leonina* se compone de la *Basílica de San Pedro*, del *Vaticano*, de los inmensos *Jardines Pontificios*, del *Castillo de Sant-Angelo*, del *Hospital de Sant-Spirito*, del Palacio *Torlonia* y de unas doce calles, y allí vivieron Miguel Ángel, Rafael y otros grandes artistas amigos de los Pontífices, como hoy es aquella la residencia de la mayor parte de la Curia romana.—No sin emoción pasé, pues, el magnífico *Puente de Sant-Angelo*....; tanto más, cuanto que, entre los innumerables proyectos de solución propuestos por los estadistas para transigir la ardua cuestión del Poder Temporal, hay uno que consiste en establecer en aquel Puente la frontera de los dominios del Papa,—que de este modo quedarían reducidos á la *Ciudad Leonina* y á otro Barrio, el *Transtevere* [1], situado también en la margen derecha del Tíber y habitado por la más baja y característica plebe de Roma.

El *Puente de Sant-Angelo*, construído por Adriano para dar paso hasta su *Mausoleo*, se hundió en el siglo XV (en ocasión que se agolpaba sobre él inmensa muchedumbre, al regreso de recibir la Bendición Papal), y sepultó bajo sus arcos ciento setenta y dos personas.—El Papa se apresuró á reedificarlo de cualquier modo á sus expensas, y sólo dos siglos después el famoso arquitecto y escultor Bernini lo restauró tal como hoy se halla, colocando en él las colosales *Estatuas* que lo decoran.

[1] Tras el Tíber.

Del otro lado del Puente se levanta el *Castillo de Sant-Angelo*, antiguo *Mausoleo de Adriano*, en que también se hicieron enterrar sus sucesores hasta Septimio Severo.—Hoy es una fortísima *Ciudadela*, en comunicación con el *Vaticano* por cierta oculta Galería, y sirvió de refugio á Clemente VII cuando el Condestable de Borbón asaltó á *Roma* al frente de las tropas de Carlos V.—En una de sus salas fué estrangulado el Cardenal Caraffa por orden de Pío IV.—La susodicha *Galería* es obra de Alejandro VI, del padre de Lucrecia Borgia.—Por lo demás, nada tan grandioso como la alta mole cilíndrica de ennegrecida piedra, resto del antiguo Mausoleo.... ¡Ciertamente era un sepulcro digno de los Emperadores del Orbe!

Sobre la Fortaleza que ocupa el centro de la majestuosa construcción pagana, hay un *Ángel* de bronce dorado, con las alas abiertas.—Este Ángel, que da nombre á todos aquellos sitios, tiene el siguiente origen:—Por los años de 600, una terrible epidemia diezmaba la población de *Roma*. El Papa, que lo era á la sazón San Gregorio el Grande, recorría la Ciudad en rogativa, á la cabeza de todo el Clero romano y de un pueblo inmenso, cuando, al pasar cerca del *Mausoleo de Adriano*, se paró de pronto, dió un grito de alegría y levantó los brazos al cielo con verdadero transporte.... ¡Acababa de ver en los aires al Ángel Exterminador, el cual (dijo Su Santidad) *envainaba su espada en aquel momento, como en señal de que la peste iba á concluir!*....— Y así fué: la peste concluyó á los pocos días; en conmemoración de lo cual, mil ciento cincuenta años después Benedicto XIV hizo poner sobre la Ciudadela el gigantesco *Ángel* que hoy la corona.

Después de cruzar bajo los muros del *Castillo*, guarnecido de centinelas franceses, y dentro del cual resonaban marciales trompetas, penetré en la vía de *Borgo-*

Nuovo....—Aquel era el paso crítico y solemne....—Y, en efecto, no bien entré en aquella angosta, recta y larga calle, divisé allá...., á su final...., la *Plaza de San Pedro*, la Portada de la *Basílica*, la ingente *Cúpula*, el arrogante *Vaticano!*....

¡Oh momento!....—Yo no sé describirlo!.... ¡Sólo diré que mi soledad me llenó de tristeza; que me detuve con mortal cansancio, y que hubiera llorado de buena gana!....

La calle estaba todavía llena de sombra y humedad.... Pero la *Plaza*, la *Basílica* y el *Palacio* reverberaban al sol como una Ciudad de oro.... ¡Y en verdad os digo que aquella lejana y radiosa aparición del Pontificado triunfante tenía mucho de visión celeste! ¡El aspecto de la gran *Cúpula*, sobre todo, ensanchaba y levantaba mi corazón!....—No puedo expresar de otra manera lo que en tal instante me sucedía.

Logré, al fin, reflexionar y darme cuenta de algunas de mis impresiones.... ¡La brillante decoración que tenía enfrente era el Estrado del Mundo Católico, el Tribunal de las conciencias, el Arca de la Fe!....—¿Y yo? ¿quién era? ¿qué era?—En aquel punto y hora, *no lo sabía*.... ¡Apelo á Dios, que vería en el fondo de mi alma mi buen deseo!—Pero ello es que estaba contento, y que apresuré el paso, con viva ansia de llegar pronto á aquella región de luz y de santidad....

Y ¡cuán larga se me hizo la sombría calle!....—Según que yo andaba, la *Catedral* crecía, la *Plaza* se ensanchaba, la *Cúpula* se perdía en los aires, y desarrollábase ante mis ojos la inmensa mole del *Vaticano*, del Palacio habitado por Pío IX....

Por último, entré en la *Plaza*. — Pasmo, devoción, respeto, asombro, alegría, todo lo experimenté á

un tiempo mismo....— Y ¿cómo no? Tenía delante de mis ojos una extensísima elipse formada por dos Galerías semicirculares, compuestas de cuatro hileras de colosales columnas y coronadas de enormes *Estatuas*. Esta elipse, rota en el fondo, daba paso á otra Plaza, en figura de trapecio, al fin de la cual empezaba una amplia Escalinata; ¡y sobre la Escalinata se levantaba el *Templo* más grande y venerable del mundo!— Además: en medio de la elipse campeaba, solo y gallardo, un corpulento *Obelisco*; y á un lado y otro, dentro de los semicírculos trazados por las Galerías, se veían.... no dos *Fuentes*, sino dos montañas de agua. A la derecha del Templo, y fuera ya de la Plaza, alzábanse las inmensurables fachadas macizas del *Vaticano*, con sus mil ventanas y balcones; y, entre todas estas enormidades, mediaba dilatadísimo espacio, se desenvolvía imponente la distancia, desarrollaba el cielo grandes campos de rutilante azul!....

Pero temo no haber explicado aún las increíbles proporciones del cuadro que se extendía ante mi vista; y, á fin de que se forme exacta idea de su magnitud, voy á recurrir al árido y preciso lenguaje de los números.—Figuraos una elipse, cuyo diámetro mayor mide 758 pies. Imaginaos dos curvas *Galerías* formadas por 284 columnas jónicas. Sobre estas Galerías, cuya altura es de 61 pies, colocad 96 disformes Estatuas de Santos. Allá, á lo lejos, fingíos la *Fachada* de la Basílica, de 370 pies de latitud, por 485 de elevación desde su pavimento (ya muy alto) hasta la cruz de la Cúpula. Á los lados de esta Fachada añadid otras dos *Galerías* rectas, formadas por pilastras y coronadas también de enormes Esculturas. ¡Contad, entre todas, 192 Estatuas colosales! Reparad en que el agua de las *Fuentes* se eleva 40 pies sobre el suelo.... Alzad los ojos hacia la Cruz que corona el *Obelisco* egipcio plan-

tado en medio de la Plaza, y asombraos al ver que el solitario espectro hiende los aires hasta una altura de 140 pies.... Advertid, por último, que desde la entrada de la Plaza hasta la Puerta de *San Pedro*, media un espacio de 400 varas....

Mas ni aun así creo que consigo dar idea de la *grandeza* y el *grandor* de aquel lugar.... ¿Qué importan los números ni las medidas, si no puedo hacer ver aquellas masas de piedra, las proyecciones de la luz del sol en las recias columnatas, el fulgor del agua de las Fuentes, las amplias líneas con que el Templo y el Palacio se dibujaban en el cielo, el Océano de aire esplendoroso en que nadaba tanta maravilla, ni mucho menos el armónico y bello conjunto de todas las cosas que he enumerado?....—Renunciemos, pues, al cuadro general, y avancemos hacia la *Basílica*.

Al pie de la triple *Escalinata* por donde se sube á las cinco Puertas de su fachada principal, hay dos *Estatuas* gigantes, una á cada lado, como centinelas avanzados sobre la plaza.—Son *San Pedro* y *San Pablo*; el Príncipe de los Apóstoles y el Apóstol de los Gentiles: las dos grandes columnas de la Fe.—Desde lejos me había parecido que estas Estatuas distaban muy poco del inmensurable Templo: al acercarme á ellas, comprendí que la meseta de la Escalera que conduce al Atrio es por sí sola una extensa Plaza, y cada escalón una ancha calle.—¡En cuanto á la *Basílica*, sólo diré que seguía creciendo, según yo avanzaba, y que se me venía encima, como se dice vulgarmente, agobiándome con su pesadumbre!

La *Portada* de *San Pedro* no es bella desde el punto de vista del arte. Su magnitud carece de grandiosidad. Aquellas columnas adheridas al muro, y la división

de éste en *puertas* y *ventanas*, son más propias de un Palacio que de un Templo. Lo único que disculpa al arquitecto que la construyó *(C. Maderna)* es la precisión en que estaba de colocar en la portada de la Basílica un *balcón* desde el cual bendijese el Padre Santo á la Ciudad y al Mundo el primer día de Pascua de Resurrección.—Sobre la balaustrada ó ático se ven trece *Estatuas* gigantescas, que representan á *Cristo* y á los doce *Apóstoles*, y en cada extremo de la misma hay un Reloj.—El de la derecha marca las horas á la italiana; esto es, desde una hasta veinte y cuatro, según que expliqué más atrás.

La gran Iglesia pontificia está construída, así por dentro como por fuera, en el estilo del Renacimiento, no habiendo más razón para llamarla *Basílica* que el hallarse edificada sobre una que erigió Constantino.... Su disposición arquitectónica es de *Catedral*....—Pero dejemos para después esta y otras cuestiones de arte, y penetremos ya en *San Pedro* con la devoción que requiere el caso, más atentos al espíritu de las cosas que á la forma en que hayan sido expresadas.

Las cinco *Puertas* de la fachada principal dan á un gran Vestíbulo, en cuyos extremos laterales se ven dos soberbias *Estatuas ecuestres*: la de *Constantino* y la de *Carlomagno*.—Á los Apóstoles San Pedro y San Pablo, cuyas estatuas vimos antes, los apellidé «*Columnas de la Fe*....»: Á Constantino y á Carlomagno debo apellidarlos «*Columnas de la Iglesia*», por cuanto fueron sus paladines en el siglo. El uno puso al servicio de la Cruz las águilas romanas, reconoció el Cristianismo, lo levantó sobre el Trono, legalizó su existencia en el Imperio: el otro aumentó los Estados del Papa, los defendió, los aseguró. El primero es el escudo, la egida de la *Iglesia* Romana: el segundo, el mantenedor del *Reino* Pontificio.—Y he

aquí por qué la Santa Sede ha dado tan alto testimonio de gratitud á esos dos Príncipes magnánimos y piadosos, de los cuales el uno es el campeón de su Poder espiritual, y el otro el campeón de su Poder temporal....—¡Como Papas y como Reyes, los Pontífices Romanos les debían este alto honor de permitirles entrar *á caballo* en el Vestíbulo de *San Pedro!*

Á las cinco Puertas citadas corresponden otras cinco que dan paso desde el Vestíbulo al Interior del Templo.—Encima de la Puerta de en medio se ve la célebre *Navicella* (la Barquilla de San Pedro) de Giotto, que dicho se está fué ejecutada para la antigua Basílica.—La cuarta Puerta, contando de izquierda á derecha, está murada, y sólo se abre cada veinte y cinco años para el Jubileo.—Se llama la *Puerta Santa.*

Ya no tenía yo más remedio que entrar....—Algunos devotos me marcaban el camino, entreabriendo la cancela de la única Puerta que no se hallaba cerrada.... ¡Un paso más, y daban fin los muchos años que había pasado imaginándome la Iglesia de *San Pedro,* sin haberla visto!....—Di este paso, y entré.

Toda la magnificencia del Templo se desplegó súbitamente ante mis ojos.... — ¡Cuánta *grandeza* y cuánta *magnitud* reunidas! ¡Cuánta riqueza y cuánto arte á un mismo tiempo! ¡Qué armonía! ¡qué hermosura! ¡qué sublimidad!—¡Oh! Estoy seguro de la sinceridad de mi juicio.... No seguía reverentemente una tradición al asombrarme tanto.... ¡La *Basílica de San Pedro* es *grande* en realidad de verdad y para todos; *grande* para el artista y para el profano; *grande* para el creyente y para el escéptico, para el entusiasta y para el indiferente, para el que entra en ella preparado á admirarla, y para el que la visita sin anterior noticia de su existencia!

Suspenso y arrobado, quedéme á la puerta, mirándolo todo y no deteniéndome en nada....—Tres anchurosas naves, pilares enormes, cuya planta es equivalente á la de otras iglesias enteras; bóvedas doradas de extraordinaria altura; Estatuas colosales de mármol blanco, representando á los *Profetas*, á los *Fundadores de Órdenes Religiosas* y á una multitud de alegres *Ángeles;* pilastras corintias, estriadas, de increíble grandiosidad; los Cuadros más bellos del mundo, reproducidos en admirables mosaicos; las *Virtudes*, gigantescas figuras en estuco, adornando los grandes arcos; allá la *Confesión de San Pedro*, ó sea la Tumba de los Apóstoles; más allá el majestuoso *Altar Mayor;* detrás, el espacioso ábside, *Coro de los Cardenales*, *Salón del Trono de los Pontífices*, *Corte de las Almas*....—He aquí las primeras maravillas que fuí distinguiendo en la gran maravilla del conjunto, durante mi primer paseo por el Templo....

¡Y todavía no había formado idea de su inmensidad!.... ¡Tal es la armonía y combinada proporción de todas sus partes!—Pero cuando, de vuelta en el punto de partida, esto es, en la entrada de la gran Iglesia, di algunos pasos encaminándome á una *Pila* de agua bendita, sostenida por un *Angel* de mármol (graciosa figura que desde lejos me había parecido del tamaño de un niño de pocos meses), y observé primero la distancia que tuve que recorrer para llegar á la Pila, y luego la magnitud de aquel Ángel, cuya mano era tres veces mayor que la que yo alzaba para tomar agua; entonces, digo, y sólo entonces, fué cuando me hice cargo de las dimensiones ciclópeas del edificio!

En seguida avancé por la nave del centro, y, al andar, me parecía que sobre mis hombros pesaba, abrumándolos, la enorme cantidad de aire aprisiona-

do por las altas bóvedas.—En fin: cuando llegué bajo la *Cúpula*, mi admiración rayó en estupor.... ¡Nunca espacio tan amplio fué robado por la mano del hombre á las regiones de la libre atmósfera! ¡Diríase que aquella Cúpula ha invadido el cielo, lo ha juntado á la tierra, y lo ha cubierto con un fanal de mármol, obligándole á servir de techumbre á la Casa de Dios!—¡Loor eterno á Bramante, al soberano artista que imaginó tal portento! ¡Loor á Miguel Ángel que lo realizó, que lo dibujó en el espacio, que resolvió el temerario problema de levantar, como ha dicho un poeta insigne, el *Pantheón* sobre el *Coliseo!*—¡Oh! Apresurémonos á confesarlo.... La *Cúpula de Brunelleschi* en la catedral de Florencia podrá tener el mérito de la prioridad; pero no avasalla el ánimo como la de *San Pedro*. ¡Ésta es más grande materialmente; arranca de mayor altura; la supera en armonía de proporciones; está más suntuosamente decorada, y, sobre todo, ostenta y respira un poderío, una paz victoriosa, totalmente ajena al mundo de aquí abajo!

Pues añádase que bajo esta soberbia *Cúpula*, ó sea bajo esta inconmensurable corona alzada en los aires, hállase, al pie del magnífico Altar Mayor, la *Tumba* que encierra los restos de los Apóstoles PEDRO y PABLO.—Santuario tan digno y glorioso es todo de bronce, y está adornado únicamente con una gran Cruz de oro. Ciento cuarenta y dos lámparas lo iluminan de día y de noche, menos el Viernes Santo, que también reinan luctuosas tinieblas en el Sepulcro de los Amigos de Jesús....—En cuanto á lo que allí se siente y piensa, si tal vez pudiera expresarlo un himno, no es asunto idóneo para explicado en obscura prosa: ¡adivínelo el alma de todo el que haya nacido en hogar cristiano!—Diré, finalmente, que, delante del Altar alzado al fondo de este panteón, se ve una Estatua

arrodillada, que reza con las manos juntas, adorando á los Santos Mártires....—Es *Pío VI*, representado por el cincel de Canova, y cuyo cuerpo yace debajo de la Estatua.... *¡Pío VI*, el gran legislador; el Papa liberal; el Príncipe patriota; el antagonista de Bonaparte; el prisionero no vencido; el mártir victorioso!....

Redúcese el *Altar Mayor* de la Basílica, donde sólo el Papa puede oficiar, á un suntuoso Tabernáculo de bronce dorado, de enorme altura y singularísima belleza. (El bronce procede del *Pantheón de Agrippa.*)—Detrás de él, sigue la gran nave central, formando un gran *Salón* de 164 pies de longitud, en cuya cabecera está el *Trono del Papa*, — modesto sitial forrado de blanco, símbolo de paz y mansedumbre, que infunde una veneración jamás sentida delante de los rojos solios de los simples Reyes ó Emperadores. — Y es que en aquel llamado *Salón*, mezcla de Palacio y de Iglesia, se sienten y tocan á un tiempo mismo el Poder Temporal y el Poder Espiritual de los Papas. Allí se legisla para este mundo y para el otro. — Por eso en aquella Cámara hay, abajo, tribunas, escaños, un trono mundanal...., y allá arriba, otro más augusto y excelso Trono, la *Cátedra de San Pedro*, esto es, la misma *Silla* (dice la tradición) que perteneció al Discípulo del Redentor del mundo; *Silla* que veis alzada y sostenida por *San Anastasio* y *San Juan Crisóstomo* (los dos grandes Doctores de la Iglesia Griega), y por *San Ambrosio* y *San Agustín* (los dos grandes Doctores de la Iglesia Latina)....

Esta *Cátedra de San Pedro* (que es de madera) se halla encerrada y oculta bajo un Magnífico revestimiento de bronce dorado, obra maestra de Bernini.— ¡Yo la miraba; y miraba el *Trono Pontificio* colocado debajo de ella; y leía allá en lo alto, en el friso del amplio cornisamento que sirve de base á la Cúpula,

estas palabras escritas con enormes caracteres: «*Tu est Petrus et super hanc Petram aedificabo Ecclesiam meam; et tibi dabo claves regni coelorum*»; y recordaba aquellas otras palabras: «*Lo que ligares sobre la tierra ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra será también desatado en los cielos*»; y estas, aún más expresivas: «*Quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; et quorum retineritis, retenta sunt*»; y pensaba de nuevo en la suprema potestad de que está dotado el Sumo Pontífice; en que tiene por cetro las Llaves del Cielo; en que su diestra vibra la Excomunión y reparte la Indulgencia; en que su Absolución dispensa de toda pena y de toda culpa; en que sus sentencias son infalibles; en que, por lo menos, 200 millones de almas así lo reconocen, sometidas á esta soberanía espiritual, y en que, si algún día el moderno racionalismo de la raza latina llega á anular de hecho, según pretende en su impiedad (mucho más temeraria que la del protestantismo anglo-sajón), semejante prerrogativa (escala milagrosa que, como la de Jacob, une la tierra al cielo), esos doscientos millones de almas quedarán enteramente incomunicadas con Dios; las tinieblas reinarán sobre ellas; la tierra les parecerá un calabozo sin salida; su esperanza no encontrará sendero que conduzca á la libertad, y su vida será la desesperación, por cuanto la *muerte* les representará la *nada*.

Tal pensaba, sí; y, por virtud de estas ideas, la gran Basílica me parecía ya pobre y enana en comparación de la Iglesia ideal ó moral, considerada como Institución y Milicia, cuando de pronto reparé en una cosa que correspondía enteramente á la índole de mis nuevas meditaciones.... —Refiérome á la multitud de *Confesonarios*, colocados como en asamblea en una de las naves laterales, donde formaban amplísimo círculo... Sobre cada uno de aquellos Confesonários había

un letrero que marcaba el idioma en que podían revelarse allí los pecados....—«*Pro lingua ilirica*».... «*Pro lingua gallica*».... «*Pro lingua hispanica*».... «*Pro lingua graeca*».... «*Pro lingua lusitana*».... «*germanica*».... «*itala*».... «*arabica*».... «*britannica*».... *etc.*, *etc.*, —decían aquellos rótulos.... Y, después que los hube leído, discurrí del siguiente modo:—¡He aquí el gran Tribunal de la Penitencia: he aquí el gran Océano de las culpas, en el cual desembocan, como otros tantos ríos, las confesiones de los más apartados pueblos del mundo: he aquí el Catolicismo: he aquí la Iglesia de todas las Gentes!.... ¿Cuándo ni dónde se vió un *Poder* semejante?

En el *Confesonario* español se acusaba una mujer vestida de negro....—Comprenderéis que no llevé mi espíritu de observación hasta fijar los ojos en la penitente.... Adiviné, ó, por mejor decir, forjé en mi fantasía una poética y dolorosa historia, y pasé.

Los Confesonarios franceses eran dos....—¡Ah! ¡me lo explico!.... La lengua francesa va siendo la lengua universal; y, por otra parte, en *Roma* hay hoy 25,000 franceses de guarnición, algunos de los cuales tal vez se confiesen todavía....

Crucé luego ante el *Sepulcro de Pío VII*, de aquel otro vencedor de Napoleón el Grande; y allí recordé la piadosa escena de Montelimart, que ya conocéis, y cuyo narrador vive aún en mi pueblo....

No describiré, empero, la tumba del gran Papa, ni podré hablar ya de ninguna otra.... *¡Ciento treinta* Pontífices han sido enterrados en la *Basílica*, comenzando por Pedro y acabando por Gregorio XVI!.... ¡Imaginad, de consiguiente, lo que sería mencionar siquiera tantos y tantos suntuosos Sepulcros como se ven por todos lados en *San Pedro!*

En cambio, ya que he vuelto á acudir á sumas

aritméticas, diré que todo el templo contiene 464 *columnas* y 281 *estatuas*, incluyendo la celebérrima de *San Pedro*, vaciada en bronce el año 440, y tan venerada de los romanos y de los peregrinos, que le han gastado el pie derecho á fuerza de besárselo.

Por aquí iba en mis observaciones, cuando me sorprendió el sentirme atrozmente cansado, siendo así que, á mi juicio, apenas haría media hora que estaba en la *Basílica*....

Pero miré el reloj, y vi que llevaba en ella tres horas!—Decidí, pues, marcharme, prometiéndome, por supuesto, volver muy pronto.... — Mas, ni aun así, creáis que me marché de *San Pedro*.... ¡Antes de irme, necesitaba verlo á vista de pájaro! ¡necesitaba subir á lo alto de la *Cúpula!*

Las cosas que más me han impresionado en esta ascensión han sido la propia *Cúpula*, contemplada por fuera, ó sea desde los tejados del Templo; — la vista interior del Templo mismo, cuando desde la *Cúpula* sumerge uno la mirada en aquel profundísimo y anchuroso hueco, — y el instante en que (¡después de haber escalado exteriormente la *Cúpula* y la *Linterna* que la corona!) se penetra en la *Bola* de Bronce (la *Palla)* que sirve de pedestal á la *Cruz*.

Esta *Bola*, que, contemplada desde la Plaza de San Pedro, aparece del tamaño de una naranja, puede contener 16 personas....—Sin embargo, yo no encontré allí más que dos inglesas de cierta edad, y por cierto completísimamente tranquilas....—¡Tranquilas, cuando jamás olvidaré el terror y el vértigo que me han asaltado á mí en aquel sitio!.... — ¡Porque era el caso que, aunque no corría viento alguno, la *Bola* temblaba, se mecía, parecía que iba á hundirse, como un buque llevado y traído por el Océano!.... — Fuera

de ella, y para mayor zozobra de la imaginación, hay todavía otra temeridad, esto es, una *escala de hierro*, por la cual se sube á lo alto de la Cruz...., ascensión que sólo hace anualmente el encargado de iluminar, la víspera de San Pedro, aquel Signo de la Redención perdido en la inmensidad de los aires....

Estas emociones las han experimentado, entre innumerables personas, más de cien Soberanos asiáticos y europeos, según expresan en las paredes Lápidas conmemorativas.—Por lo demás, desde aquella especie de *Globo Cautivo*, se disfruta de vistas verdaderamente asombrosas....—Domínase, en primer lugar (y esto es lo más curioso indudablemente), toda la *Plataforma de la Basílica*, azotea inmensa, coronada por diez Cúpulas secundarias y en la cual hay calles, plazas, escaleras, monumentos, hasta viviendas humanas.... Con razón, pues, se ha dicho que la *Catedral de San Pedro* es toda una Ciudad aparte, comprendida en la Ciudad Eterna, con su clima y su temperatura propios, con su luz especial, con sus aljibes, con sus caminos ó rampas (por las que pueden subir hasta la plataforma bestias cargadas), y con su población fija que allí vive....—Los *San Petrini*, obreros encargados de la conservación de un edificio tan precioso, se suceden de padres á hijos, y forman una corporación, con sus leyes especiales y su policía.

También se ve desde allí toda la Ciudad de *Roma*, esto es, la antigua y la moderna; lo mismo el *Capitolio* que el *Quirinal;* así las cuatrocientas *Iglesias* cristianas, como los *Arcos*, *Obeliscos*, *Pórticos* y *Templos* del paganismo.... Aquí el *Pantheon;* allí el *Coliseo;* allá la *Columna-Trajano;* acullá el *Tiber* con sus cinco *Puentes* (uno de ellos colgante) y con sus barcas, sus muelles y sus puertos.... En este lado, la *Ciudad Leonina*, el *Vaticano*, los *Jardines Pontificios*, el *Castillo de*

Sant-Angelo, el *Pincio*, la *Villa-Borghesse*.... En aquel otro, el *Trastevere*, las *Termas de Caracalla*, las de *Tito*; *San Sebastián* (donde se halla la bajada á las *Catacumbas*); los *Cementerios* Católico, Judío y Protestante (pues en Roma hay tolerancia religiosa); la inmensa *Basílica de San Pablo*, pretendida rival de la de San Pedro; los *Acueductos*; la *Via-Apia*, trazada por dos hileras de tumbas gentílicas; los melancólicos despoblados de la Campiña romana; los *Montes de la Sabina*; los *Montes Albanos*; la obscura *Selva de Laurentum*, y mil pueblecillos en torno á la desierta llanura, y ruínas en medio de ésta, y pantanos á lo lejos, y el ferrocarril de *Civita-Vecchia*, y, por último, en lontananza...., la línea horizontal del *Mediterráneo!* ....—¡Qué panorama! ¡Qué mundo de recuerdos! ¡Qué abismo de meditaciones!

.....

Tal ha sido mi primera visita á *San Pedro*.—Pasado mañana veremos la gran Basílica durante una de las más solemnes festividades de la Iglesia, oyendo Misa dicha por Pío IX, con asistencia de todo el Clero de *Roma*; y, después, oportunamente, visitaremos el *Palacio* y *Museo* del *Vaticano*....—Paseemos en el ínterin por otras partes.

V.

LA CELDA DONDE MURIÓ EL TASSO.—LA FUENTE PAULINA.—EL TRASTEVERE.—EL PANTHEON.—EL PINCIO.—LA ARISTOCRACIA SEGLAR DE ROMA.—PUESTA DE SOL.—TERTULIA ESPAÑOLA.

El mismo día 23 á las nueve de la noche.

No satisfecho con la gran vista panorámica de *Roma* que disfruté esta mañana desde lo alto de la Cúpula de San Pedro, he pasado toda la tarde corriendo

de cumbre en cumbre y cebando mis ojos en la contemplación de la Ciudad Eterna, cuya fisonomía general quiero grabar en mi alma con indelebles caracteres, antes de descender al estudio interior y observación minuciosa de sus iglesias, palacios, museos, monumentos y ruínas.

Principié mi excursión haciéndome conducir al *Monte Janículo*, la más alta de las *diez colinas* (no siete) sobre que se levanta *Roma*, y llamado hoy generalmente *Montorio*; pero como, para llegar á su cumbre, hube de pasar cerca de la Iglesia y Convento de *San Onofrio*, donde murió TORCUATO TASSO, aproveché la ocasión de visitar la *celda* inmortalizada por el Poeta.

Un Fraile jerónimo, sumamente joven, perteneciente á la Comunidad que mora hace tres siglos en aquella piadosa casa, me hizo los honores de ella, explicándome las menores circunstancias de los últimos días del Tasso.

La *celda* se halla en el mismo estado en que la habitó el cantor de las Cruzadas. Allí se ven su *papelera*, su *sillón*, un *vaso antiguo* de barro que había siempre en su *mesa*, el *Crucifijo* de bronce que estrechó entre sus manos al espirar, y el *espejo* que solía copiar su imagen; imagen que pasó por aquel vidrio como una nube por el cielo....—Algunas *Banderas de los Cruzados*, coronadas de laureles naturales que se renuevan de tiempo en tiempo, adornan una de las paredes....—En otra parte se ve la *mascarilla* modelada el día del fallecimiento sobre el rostro exánime del infortunado Torcuato.... El yeso repitió fielmente la horrible demacración de las facciones del tísico.... Y ¡cuán dolorosa es la expresión de aquellas mejillas hundidas, de aquella frente atormentada!—Sobre la papelera hay un *tintero*....: ¡el mismo que usó Tasso durante los treinta y cinco días que ocupó tal habitación!—Yo miré el

vacío fondo de aquella fuente exhausta, y pensé en las canciones, en los poemas, en los tesoros de hermosura que se habrían secado al secarse la tinta que no extrajo de allí la pluma del cantor de *Reinaldo* y *Tancredo*.

De otra pared penden dos *Cuadros*, que encierran dos *cartas autógrafas* del gran Poeta.—Son sus últimos escritos.... Uno de ellos, trazado por la insegura mano del moribundo la víspera de su tránsito á la otra vida, dice de esta manera:

«*Á mi amigo Antonio Constantino.*

»¿Qué dirá el señor Antonio cuando sepa la muerte »de su Tasso? Y, en mi opinión, no tardará mucho la »noticia, pues me siento al fin de mi vida: que nunca »pudo encontrarse remedio á esta fastidiosa indispo»sición que ha sobrevenido á mis otros males crónicos, »á la manera de rápido torrente, por el cual, sin po»derme detener un punto, me veo claramente arreba»tado.—No es tiempo ya de que hable de mi obstinada »suerte, por no decir de la ingratitud del mundo, que »ha querido obtener la victoria de conducirme men»digo á la sepultura, cuando yo pensaba que la gloria »que, pésele á quien le pese, darán á este siglo mis »escritos, no me dejaría al cabo sin galardón alguno. »—Me he hecho conducir á este monasterio de San »Onofre, no sólo porque los aires que aquí se respiran »están reputados por los médicos como los mejores de »Roma, sino por principiar desde este elevado sitio, y »con el trato de los devotos padres, mi conversación »con el cielo. Rogad á Dios por mí, y estad seguro de »que del mismo modo que os he amado y honrado en »la presente vida, os amaré y honraré en la otra más »verdadera (lo cual es propio de una no fingida, sino »sincera caridad), recomendándoos y recomendándome »á la Divina Gracia.

»TORCUATO TASSO.»

Así viene á estar concebida aquella hermosa carta, que he traducido apresuradamente, sentado en el mismo sillón que ocuparía el poeta al escribirla....—Entre tanto, el Fraile me contaba, cual si la hubiera visto por sus propios ojos, la vida que llevó Tasso mientras vivió con la Comunidad; y, como la ventana de la celda da á la *Huerta del Convento*,—«Allí se sentaba á descansar.... (me dijo, señalando á cierto paraje en que se veía un enorme tronco sin ramas): allí había una hermosa encina (que yo he conocido, pues sólo hace diez y seis años que la abrasó el fuego del cielo).... Debajo de ella escribió su último soneto á *Eleonora*.... Pero, por lo regular, se pasaba la mayor parte del día en la Iglesia....—¡Ay! ¡Cuando vino á *pedirnos* hospitalidad, ya estaba muerto!....—Sin embargo: *nosotros hicimos* por él todo lo que *pudimos*.»

Este *nosotros*, dicho por un joven, refiriéndose á actos de sus hermanos de religión de hace dos siglos y medio, me impresionó extraordinariamente.... ¡Parecía que el Tasso acababa de morir, ó que el tiempo no había corrido para aquellos lugares desde el día de su fallecimiento....

Por lo demás, ya supondréis que en aquella estancia mortuoria he recordado que el cadáver del poeta, del loco, del mártir, fué á la tumba coronado con el laurel divino...., ceñido á sus marchitas sienes por la mano del Papa Clemente VIII.... ¡Tardío, sí, pero dignísimo galardón de su genio y de sus dolores!—Recientemente, Pío IX le ha rendido otro noble homenaje, alzándole un Sarcófago en la Iglesia de este Monasterio, sobre la losa que cubre sus cenizas.—La Estatua del infortunado creador de Armida tiene en la mano la *Gerusalemne liberata*.

Salido que hube de *San Onofre*, seguí subiendo el *Monte Janículo*, hasta llegar á su cumbre, donde se halla la *Fuente Paulina*, llamada así por ser obra de Pablo V.

Roma es la Ciudad más rica de agua potable de todo el universo, y aquella cuyas fuentes públicas son más despilfarradas.... Ya vimos anoche que por la *Fuente Trevi* corre todo un río, llamado *Acqua Vergine* (agua virgen).... Pues por la *Fuente Paulina*, que se halla 64 metros sobre el Tíber, fluye *l' Acqua Paola*, que viene de los Lagos *Bracciano* y *Martignano*, y además entra en Roma *l' Acqua Felice*, llamada así del primitivo nombre de Sixto V *(Felice Montalto)*.—Los *Acueductos* que transportan por los aires estos tres ríos á la cumbre de las colinas más altas de la Ciudad Eterna, suman una longitud de 27 leguas, calculándose en *ciento ochenta mil quinientos metros cúbicos* diarios el volumen del agua que derraman por más de cien Fuentes, casi todas monumentales.—¡Y, aún así, este caudal sólo es la *décima parte* del que surtía las fuentes de la antigua Roma! ¡Entonces funcionaban diez Acueductos, y producían *un millón trescientos mil metros cúbicos* de agua cada veinticuatro horas!

El agua de la *Fuente Paulina*, que sólo es la mitad de la que viene de los Lagos citados, baja á la Ciudad (después de volcar su volumen en aquella altura, como si fuese mero ornato), y pone en movimiento veintidos Fábricas, alimenta muchas Fuentes públicas y particulares, y va á parar al Tíber. La otra mitad del *Acqua Paula* desciende al Vaticano, surte el Palacio de los Papas, riega sus Jardines, aparece en las Fuentes de la Plaza de San Pedro, y subviene á todas las necesidades del *Borgo Nuovo*.

Cerca de la *Fuente Paulina*, y por debajo de ella, se alza la célebre Iglesia de *San Pedro in Montorio*, en

muy delicioso paraje.—Fué construída por nuestros *Reyes Católicos* y adornada por Felipe III de Austria (quiero decir, de España).—Los muros del Templo padecieron mucho en 1849, cuando los Franceses sitiaron á Roma, defendida por Garibaldi.

Del *Monte Janículo* bajé al *Trastevere*, barrio clásico de la plebe romana, habitado por una raza fuerte, viciosa, iracunda, medio cristiana y medio idólatra, papal y republicana á un tiempo mismo; que jura *per Bacco* y lleva en el puñal una efigie de María Santísima; —raza nunca ladrona, pero que os asesinará por el más fútil motivo; gran jugadora de naipes y de lotería, y pintorescamente vestida con su capa melodrámica y su sombrero puntiagudo:—¡raza, en fin, envilecida y digna de lástima, que conserva en su rostro y en sus pasiones fierezas de la antigua Roma!—¡hijos póstumos de la Loba, gobernados por un Cordero!

Estos caracteres (proverbiales en toda Europa) de la plebe romana actual se advierten á primera vista y, sobre todo, cuando se penetra, como yo he penetrado esta tarde, en las tabernas donde se reunen los trasteverinos á jugar, á beber, á maldecir y á matarse.—En una de aquellas tabernas he estado media hora, fumándome filosóficamente un *cavour* y reparando mis fuerzas con exquisito *montefiascone* y con ciertos pasteles que me han recordado el *alcuzcuz* de Marruecos....—¡Qué tipos he visto! ¡Qué conversaciones he oído! ¡Qué juramentos! ¡Cómo se enseñaban los puños aquellos hombres! ¡Cómo blasfemaban juntamente de las divinidades del Olimpo y de los Santos del Cielo! ¡Qué tinieblas morales en aquella atmósfera de humo de tabaco! ¡Qué pasión en medio de todo!

Al pasar después por la Plaza principal del Barrio,

me detuve un poco delante de la insigne Basílica de *Santa María in Trastevere*, primer Templo (según la tradición) en que celebraron públicamente su culto los Cristianos de *Roma*.—La originaria Iglesia se erigió (dicen) el año 222, sobre las ruínas de un Hospital de Inválidos *(Taberna Meritoria)*; luego fué destruída, cuando las grandes persecuciones contra los Cristianos; levantóse otra vez en épocas de tolerancia; la derribaron nuevamente; la volvieron á construir, y, finalmente, fué agrandada y embellecida por muchos Pontífices, hasta llegar á ser, como es hoy, uno de los templos más ricos de *Roma* y el predilecto de los verdaderos devotos.

Empezaba á declinar el sol, y yo quería acabar la tarde en el *Monte Pincio*.—Salí, pues, del *Trastevere* por el *Ponte-Sisto* (construído sobre los pilares de otro, debido á Marco-Aurelio), y me encaminé hacia el Norte, por un dédalo de callejuelas, confiando en llegar al cabo á terreno conocido....

Pero fué el caso que salí á terreno *demasiado conocido*, ó demasiado importante para pasar de largo.... —Porque salí á la Plaza del *Pantheon*, ó de la *Rotonda*, nombre que lleva también aquel majestuoso monumento, el más completo y acaso también el más clásico que nos ha legado la antigüedad romana.

El *Pantheon* (su nombre lo dice) fué un Templo levantado á *todos los dioses*. Edificóse á expensas de Agripa en tiempo de Augusto, algunos años antes de la venida de Jesucristo, y hoy, con insignificantes variaciones, es Iglesia Católica, llamada oficialmente *Santa María de los Mártires*.—¡Nada más sencillo, ni más grandioso al mismo tiempo, que el *Pantheon!* En él, sólo hay que admirar dos cosas: el Pórtico que lo precede, y la nave circular (la Rotonda) á que se

reduce el interior del edificio.... Pero ¡hasta qué punto maravillan estos dos portentos!

El *Pórtico* se compone de diez y seis gigantescas columnas de granito oriental, cada una de una pieza, colocadas en dos hileras, de modo que presenta ocho en su espaciosa fachada. El tamaño de estas columnas es de 14 pies de circunferencia por 38 y medio de elevación. Sus bases y elegantísimos capiteles de mármol blanco, así como el cornisamento y el frontón que sustentan, sirven hoy de *modelo* en las Academias, por sus bellas y armoniosas proporciones.—Antiguamente se subía por siete gradas á este Pórtico ó vestíbulo, cuyo fondo es de 61 pies por 104 de anchura: hoy ha crecido tanto el terreno, que sólo quedan á la vista dos escalones. También acontecía en otro tiempo que el frontón estaba revestido de un gran Bajo-relieve de bronce dorado; pero el Papa Urbano VIII lo hizo arrancar, y, con él y con la techumbre (también de bronce) que cubría el vestíbulo, fundió cuatro columnas para el Tabernáculo de la Basílica de San Pedro, así como ochenta cañones para el Castillo de Sant-Angelo....—Por cierto que, *en equivalencia*, colocó dos pobres campanarios sobre el nobilísimo Pórtico del *Pantheon;* campanarios que la burlona plebe romana comparó en seguida con dos orejas de burro; todo lo cual dió margen á que la musa callejera compusiese este sangriento epigrama, fundado en que Urbano VIII era de la familia Barberini:

Quod non fecerunt Barbari,
Fecerunt Barberini. —

Y aquí tenéis una prueba más de lo que decía anoche á propósito de la *Via Crucis* del Coliseo: los hijos de Roma no han sido nunca tan cristianos que abominen de su prosapia gentílica.—«¡Bueno que haya Papas

»en lugar de Emperadores; bueno que se conviertan »en Iglesias nuestros Templos (dice por lo bajo su »sangre); pero no se toque á nuestros monumentos de »los tiempos clásicos!»

Conque entremos en el *Pantheon*.

Ya lo he dicho: nada más sencillo ni más grandioso que aquella armónica y severa nave redonda, cubierta por amplia y majestuosa cúpula. Su diámetro y su altura son iguales: 132 pies.... ¡El espesor de los muros (esto no se ve, pero se sabe, y hasta se adivina) es de más de seis varas!—Tan soberano Templo no tiene ventana alguna: la luz y el agua del cielo entran por lo alto de la bovéda, donde, en vez de *linterna* ó templete, como en todas las cúpulas, hay un gran redondel abierto, por el cual se ven cruzar las aves y las nubes.... El centro del pavimento está deprimido, y tiene unos agujeros, como los patios de Andalucía, á fin de que se suma el agua cuando llueve.

Por lo demás, en los mismos Nichos que ocupaban hace 1,500 años Júpiter, Marte, Venus, Saturno y otros dioses paganos, hay hoy Altares consagrados á Jesús, á María y á algunos Santos Mártires....;—y, á mayor abundamiento, descansan allí las cenizas del Apeles cristiano, del príncipe de los artistas de nuestra civilización, del divino RAFAEL.

Y aquí debo observar tres circunstancias muy curiosas:—1.ª: El sepulcro del Pintor de las Vírgenes sirve como de pedestal á una Imagen de María, llamada la *Madonna del Sasso*.—2.ª: Al lado de Rafael duerme el sueño eterno su prometida esposa, sobrina del Cardenal Bibienne, muerta tres meses antes que el autor de la *Transfiguración*.—Y 3.ª: De la Fornarina no hay rastro ni mención de ninguna especie en tan venerando recinto.—(¡Así debía ser!)

Á la puerta del *Pantheon* tomé un coche, en el cual me dirigí al *Monte Pincio*, pasando por la *Piazza Colonna*, el *Corso* y la *Plaza del Popolo*,—camino que ya conocemos.

Desde esta última Plaza conducen al *Pincio* pendientes y redobladas cuestas, sombreadas por añosos árboles y adornadas de Estatuas. — Centenares de soberbios coches subían ó bajaban aquellas rampas, que son otros tantos balcones escalonados, desde los cuales se disfruta la mejor vista de la parte Occidental de Roma....—Llegué, en fin, á lo alto del *Monte Pincio*, y halléme en una gran explanada, llena de arboledas y jardines. En torno de ellos daban amplias vueltas los coches y los jinetes, mientras que la gente de á pie se agrupaba en algunos paseos ó *salones*, donde las músicas de los Regimientos franceses obsequiaban á los Romanos con las melodías de Bellini.

Allí arriba me olvidé un momento de que estaba en *Roma*.... ¡Nada había allí que recordase á la Ciudad de los Césares ni á la Metrópoli del Catolicismo!.... Aquella alegre multitud, aquellos lujosos trenes, aquella música profana, aquellos trajes seglares y modernos, las miradas de amor que cambiaban los jóvenes, el humo de los cigarros, el crujir de la seda, el delicado perfume de las damas, el Matrimonio (representado en tantas parejas), los elegantes niños que jugaban acá y allá, los Oficiales que lucian uniforme y arrastraban espada, todo me daba idea del siglo, y del siglo presente; todo me hacía creer que me hallaba en París ó en Madrid; todo era extraño á la Ciudad de las tumbas gentiles y de las esperanzas católicas, gobernada por augustos célibes!

En tanto se ocultaba el sol en el Ocaso, tiñéndole de color de púrpura. La gran masa de la *Basílica de San Pedro* se destacaba en los esplendores de Poniente, agi-

gantada como los navíos que cruzan el límite del horizonte al declinar la tarde: en el remoto *Monte Janículo*, que acababa de recorrer, y del que ya me separaba toda la extensión de *Roma*, blanqueaba todavia la nieve: el amarillo Tíber había tomado un blando tinte de ópalo, y los cipreses de *Villa Corsini* se ennegrecían y parecían cada vez más altos, á la manera de espectros salidos de la tierra y encargados de tender sobre el mundo las sombras de la noche....

¡Hora sublime de patéticas inquietudes! —La niebla empezaba á envolver á la Ciudad de los siglos.... La realidad se borraba también á los ojos del viajero, y otras regiones, y otros tiempos, y otras ciudades se presentaban á su memoria.... Las campanas que resonaban allá abajo hablaban el idioma de la remota patria.... La gente que bullía en torno mío tomaba la forma de seres conocidos, de prendas inolvidables!.... —Todo lo cual quiere decir que la tristeza volvió á enseñorearse de mi corazón.... —¡Ay! (dije.) Mañana es día de Noche-Buena!....

Una hora después, es decir, hace dos horas, me hallaba rodeado de españoles.—La fantasmagoría que me angustiaba en la cumbre del *Monte Pincio* había sido como un anuncio de la consoladora escena con que ha terminado mi día de hoy.

Esta escena ha ocurrido en el *Café Grecco*, punto de reunión de casi todos los artistas extranjeros que residen en Roma.

Allí tienen una sala particular los españoles: allí he encontrado á mi antiguo amigo el escultor VILCHES; —al pintor de batallas, FORTUNY, á quien conocí en África, y pensionado hoy por la Diputación provincial de Barcelona;—á DIÓSCORO PUEBLA, pensionado por nuestro Gobierno, y pintor de gran porvenir, autor de unas *Bacantes* que acababan de ser premiadas

en la Exposición de Bellas Artes de esa villa y corte; —á FIGUERAS, escultor catalán, que ha creado, dicen, una bella estatua de *Doña Marina*, la amada de Hernán Cortés;—á PALMAROLI, pensionado por los Reyes de España, y que pinta un cuadro de devoción que se elogia mucho; —á D. ALEJO VERA, pensionado particular, que bosqueja un cuadro, el *Martirio de San Lorenzo*, destinado á la futura Exposición española;—á MARCIAL, á FRANCÉS, á ROSALES, y á otros cuyos nombres no recuerdo:—allí he visto también á un joven fotógrafo vascongado, el SEÑOR MOLINS, cuyo Establecimiento tiene gran nombradía en Roma;—á DON FERNANDO FERNÁNDEZ DE VELASCO, agregado á nuestra Embajada, persona de gran instrucción é ingenio;—á mi querido amigo el delicado poeta AMÓS ESCALANTE; —al SEÑOR BALEZ, agregado también á la Embajada española;—al compositor catalán D. MARIANO SORIANO FUERTES;—á los SEÑORES ARNAU y GARDIOLA, empleados en los Ferrocarriles romanos, que se construyen por nuestro célebre compatriota el señor Salamanca;—al presbítero D. RAMÓN PUJOLS, excelente sujeto, capellán de la Iglesia de Monserrate,—y, en fin, á otros varios españoles, *dispensandos* en su mayor parte.

No estaban allí ya (pero sí estaba su recuerdo) GISBERT y CASADO, ó sea los autores de los *Comuneros* y de los *Carvajales*. Uno y otro artista partieron hace poco tiempo para España, llevándose dos obras que, según he visto en los periódicos, han llenado de orgullo y regocijo á la patria de Zurbarán y Velázquez.—También te recordaban á ti en el *Café Grecco*, ¡oh GERMÁN HERNÁNDEZ, mi buen amigo!, que pasaste allí tantos años, de codos en aquellas mesas, dejando fluctuar tu espíritu entre las visiones del arte y las melancólicas memorias de la patria; á ti, el idólatra de

la belleza pagana, que no supiste abandonar á *Roma* sin hacer de una de sus hijas la compañera de tu existencia!—¡Allí te recordaban, y allí te he recordado yo muy particularmente, por lo mucho que me tenías hablado en Madrid de aquel ahumado templo de tus ilusiones de artista!

VI.

LA NOCHE-BUENA EN ROMA.

Saben cuantos me tratan ó leen mis escritos la particularísima devoción con que saludo todos los años el día de Noche-Buena.—Para mí es la fecha del balance y recapitulación de lo pasado; la fecha en que desando mis años uno á uno, evoco á mis muertos queridos, busco con la imaginación á mi familia, y vivo mentalmente en su seno; la fecha también en que dirijo al porvenir inquietas miradas, queriendo descubrir entre las sombras de los años futuros la fórmula de mi destino, mi familia venidera, la *desconocida* que ha de ser mi esposa, los seres que serán mis hijos, la casa que presenciará mis patriarcales goces de la vejez, la tumba que recogerá mi cadáver....

Más de una vez he publicado mis solemnes emociones de este día:—Hace cinco años apareció *La Noche-Buena del poeta,* artículo en que lloré la soledad del hijo pródigo que busca afanado en Madrid un techo amigo bajo el cual pasar la noche pascual y no lo halla.... En 1859 publiqué unos *Episodios de Noche-Buena*, en que pintaba las alegrías de los hijos de Madrid durante todo el día de hoy.... El año pasado, en fin, tracé, á la luz de una hoguera, en los montes de África, otros párrafos que titulé *La Noche-Buena del soldado*....—Refiérome, pues, aquí á aquellos escritos, y paso á rela-

tar mis hechos y pensamientos de hoy en *Roma*, desde que me levanté esta mañana al amanecer, hasta ahora que es la una de la noche.

La mayor parte de este tiempo me he paseado por la *Roma antigua*, comprendiendo que hoy debía desandar la historia del mundo y revolver el polvo de las edades paganas, para venir á parar á la noche al Nacimiento de Jesús, al alboreo de la Nueva Era, á la cuna del Cristianismo.—En virtud de tales reflexiones, fuíme muy temprano al *Capitolio*, en cuyos Palacios entré, así como en su magnífico *Museo*; y allí cebé mi vista en grandes obras de la antigüedad (Estatuas, Bustos, Bajo-relieves, Tumbas, Lápidas, restos de una civilización hundida): allí tuve frente á frente las efigies de piedra de muchos Emperadores y Guerreros de Roma: allí encontré también á algunos grandes hombres griegos (Homero, Sófocles, Aristóteles, Diógenes, Epicuro, Alcibiades....): allí la *Estatua colosal de Julio César*, la única tomada del original entre las muchas que existen del gran Conquistador ; allí el célebre *Caballo desgarrado por un León ;* allí la *Loba antigua,* dando de mamar á Rómulo y Remo ; allí el famoso *Gladiador moribundo*, una de las obras más bellas del ingenio humano ; allí los Dioses de Grecia ; allí los Héroes fabulosos ; allí los Escritores.... ¡ Allí todo un mundo! Y, sin embargo, aquel *Museo*, comparado con el del *Vaticano* (que ya veremos), es, según me dijo el Conserje, lo que una aldea comparada con Roma !

De camino vi la *Galería de Pinturas*, donde hay muchas obras maestras, entre las cuales descuella la *Santa Petronila* de Guercino....—Pero después de haber permanecido tanto tiempo en compañía de las nobles Esculturas de la Gentilidad ; después de haber recorrido la *Sala de los Emperadores*, la *Sala de los Filósofos* y la *Galería de Bustos*, mi alma no se hallaba templada

para sentir ni comprender las excelencias de las artes de otra civilización.... Así, pues, pasé ligeramente por la *Galería de Pinturas*, y me hice llevar á un *Gabinete reservado*, donde se hallan tres prodigios del arte griego, inspirados por la más refinada voluptuosidad y, como tales, negados á la contemplación pública....—Estos tres prodigios son la *Venus Capitolina, Psiquis y el Amor*, y *Leda y el Cisne*.....

Desde el *Capitolio* fuí á la *Roca Tarpeya*, — que, como dijo Mirabeau, *no dista de aquél más que un paso*...,. —Pero el salto de la *Roca Tarpeya* ha dejado de ser mortal.... El abismo que se abría á sus plantas ha subido cuarenta pies con los escombros de los siglos, y sobre estos escombros se han edificado algunas pobres casas, cuyos tejados casi se tocan con la mano desde la antes espantosa altura.

Un humilde hortelano es hoy dueño de la antigua *Roca*, convertida ahora en una especie de huerta alta, vulgo *terrasse*, plantada de berzas.—Gran trabajo le costó por tanto á mi imaginación ennoblecer aquel sitio, á fuerza de recordar las grandes escenas que allí habían pasado.... Pero, una vez mi espíritu en tensión armónica con los hechos, busqué, más con la fantasía que con los ojos, la tumba de la infame *Tarpeia* y el lugar por donde fueron precipitados el tirano *Manlio* y tantos traidores á la patria.... Y nada encontré, sin embargo, ni nada pudo reconstruir mi ilusión....; por lo cual hube al fin de contentarme con repetir algunos versos de la tragedia de Antonio Lafosse titulada *Manlius Capitolinus*....

En seguida bajé al *Foro*.—Los blancos fantasmas que había vislumbrado anteanoche á la luz de la luna aparecieron á mis ojos en toda su fría realidad.... Rotas columnas, capiteles hundidos en el polvo, trozos de elegantes cornisas, todo volvió á excitar mi admi-

ración; pero no ya como espectros de generaciones que abandonaban la tumba, sino como muestras patentes de la cultura artística de un gran pueblo.

Pronto llegué cerca de las ruínas del *Templo de Saturno*, donde se hallaba el *Tesoro* de Roma en tiempo de la República: ¡aquel tesoro amasado con la sangre y el sudor de tantos pueblos vencidos, y robado más tarde por César y por su hijo y matador! Dejé luego atrás los esqueletos insepultos de otros famosos Templos, los Arcos levantados en honor de grandes triunfos que, aun sin el auxilio de tales monumentos, hubiera eternizado la Historia, y la gigante mole del *Coliseo*, que no me impuso menos á la luz del sol que á la luz de la luna, y, por último, abandonando la *Vía Sacra* (camino trazado por monumentos de gloria), pasé bajo el *Arco triunfal de Constantino* (puerta simbólica, que dió solemne entrada al Cristianismo en la gran Metrópoli gentil), y mandé al cochero que me llevase á las *Termas de Caracalla*....

Nada más imponente que aquel gigantesco edificio, adonde acudía el pueblo romano á bañarse, á comer y á jugar (todo por cuenta del Estado), mientras llegaba la hora de entrar en el Coliseo á cebar los ojos en el sangriento espectáculo de las luchas de hombres y fieras.—En aquellas *Termas*, que no eran las mayores de la Ciudad, había hasta 1,600 sillas de baño, todas de mármol pulimentado, salones de espectáculos, tertulias, etc., etc. Hoy sólo queda de tanta grandeza una triste y confusa amalgama de ruínas descomunales; bóvedas agujereadas por donde se ve el cielo; arcos enormes, que subsisten pegados unos á otros, aun después de haber desaparecido los pilares en que se apoyaban; recios muros vestidos de rosales silvestres; pavimentos de mosaicos de serpentina, pórfido y otras ricas piedras, y, sobre todo, la asom-

brosa planta del edificio, dentro de la cual se alzarían con holgura, no una, sino varias de las construcciones modernas que pasan por descomunales.....

De las *Termas* fuí á la *Tumba de los Escipiones*, descubierta en 1780, en una viña próxima á la Puerta de San Sebastián.—Muchos preciosos objetos de arte encerraba aquella catacumba, abierta en un terreno volcánico; pero todos han sido trasladados al gran Museo Pontificio. Lo que no se ha averiguado todavía ciertamente es si los *Escipiones* enterrados en aquel lugar son ó no son los mismos que conquistaron el África, la España y tantos otros países. De un modo ó de otro, yo he leído, en una de las lápidas que allí se enseñan, estas palabras, que me han inspirado indignación, puesto que la catástrofe de Numancia no puede en justicia llamarse vencimiento: «ESCIPIÓN, VENCEDOR DE ESPAÑA».

Pocos pasos más adelante, y en otra viña, famosa en los mercados de *Roma* por sus exquisitos frutos, visité los célebres *Columbarios*, cuyo descubrimiento tanta luz dió á la historia y á la filosofía para comprender muchos hechos, identificar fechas y nombres, y penetrar en el espíritu de las costumbres romanas.—Los *Columbarios* (su nombre lo dice) son una especie de *palomares* (hoy subterráneos); ó, por mejor decir, son como un diminuto boceto de nuestros cementerios actuales; pues se componen de nichos abiertos por pisos en las paredes, bien que estos nichos no se hallen murados.—Dentro de cada uno hay una cajita de mármol, cuando no una especie de ánfora, en cuya tapadera se lee el nombre del mortal cuya ceniza está allí guardada....; y nótese que, al hablar de *ceniza*, no hablo en estilo figurado; pues sabe todo el mundo que los romanos quemaban los cadáveres, envueltos en una túnica de amianto, hasta convertirlos en pavesas, á fin de ha-

cer más cómodo el trato familiar y frecuente con los restos de los finados....

Descubiertos en 1831 por un pueblo acostumbrado ya á respetar los monumentos de pasadas civilizaciones, los *Columbarios* permanecen intactos, tales como se hallaban hace miles de años, cuando su piadoso guardador los cubrió de tierra para ocultarlos á la profanación de sacrílegos invasores, y tales como el arado de un pobre labriego los hizo aparecer ante la absorta vista de nuestra generación.—Así es que allí se ve á la Antigüedad palpitante, auténtica, fehaciente. La antigua lámpara de bronce pende del techo: las humanas cenizas, no turbadas todavía por nadie, reposan en el fondo de las ánforas; las paredes siguen cubiertas de pueriles pinturas al fresco, que representan por lo regular guirnaldas de flores.—Dentro de los nichos se ven jarros, ídolos, lámparas de tierra y otros objetos curiosos....—¡Sólo en un *Columbario*, he contado hasta 600 urnas cinerarias, alguna de las cuales, según su epitafio, contenía revuelto el polvo *de una familia entera!*....

¡Santo depósito de dolores y memorias, de superstición y de cariño; confusa mezcla de seres; emblema de aquel pueblo en que se confundía un mundo! Y, ¡á qué solemnes consideraciones se prestaba aquel pequeño recinto, en que se veían expuestas, como simple curiosidad arqueológica, tantas historias, tantas vidas!

.....

Al salir de los *Columbarios*, vi á lo lejos un largo *camino*, adornado á un lado y otro de blancos y ruinosos monumentos, cuyos destrozados mármoles seguían blanqueando hasta perderse de vista con dirección á *Albano*....

Era la *Vía Apia*,—á la cual me encaminé en seguida.—Los monumentos que se veían en ella, y que

llegarían á mil, eran también Tumbas de antiguos romanos.—Aquella fúnebre calle, sembrada de sepulturas, me trajo á la imaginación los caminos de las pagodas indias, cubiertos de huesos de peregrinos....

¡Cuánta melancolía en todo lo que iba viendo! En torno mío se dilataba una estéril llanura, interrumpida á veces por los enormes esqueletos de los antiguos *Acueductos*, que parecían también sepulcros inconmensurables!—¡Sepulcros por todos lados! ¡Ceniza humana doquier! Y, para colmo de veneración, cerca de mí se levantaba la Iglesia de *San Sebastián*, por donde se baja á las *Catacumbas*, á la vasta ciudad subterránea, atestada asimismo de cadáveres! ¡al asilo de los primeros cristianos! ¡á la casa y panteón de los Mártires!....

No me atreví á entrar allí.... Mi visita á las *Catacumbas* debe ser objeto de una peregrinación especial. ¡Hoy agitaban ya mi espíritu sobradas emociones para que pudiera entregarse completamente á la religiosa poesía de tan venerandos recuerdos! — Di, pues, la vuelta á *Roma*, no sin subir antes al *Monte Palatino* y visitar las ciclópeas ruínas del *Palacio de los Césares*, de la *Domus Aurea* de Nerón.

Cuando entré en la *ciudad moderna*, eran ya las cuatro de la tarde.

Todas las tiendas estaban cerradas: circulaban muy pocos coches: apenas se veía gente en las calles, y la que me encontraba, iba cargada de comestibles y juguetes.... — La gran preocupación de los romanos, como de todo el mundo católico, era en aquel momento la colación de Noche-Buena.

Á las ocho de la noche, todas las calles estaban desiertas y todas las Iglesias atestadas de gente....—

Luego quedaron también solitarias las Iglesias, y la gente se refugió en sus casas....

Quedéme, pues, solo en la calle.

Eran las nueve.—Todas las familias estaban reunidas; todos los hogares daban calor; todos los corazones contaban con otro corazón en que depositar sus alegrías ó sus penas.... Movido yo entonces por una inclinación invencible, encaminé mis pasos á la *Plaza de España*, y me paseé largo tiempo á la vista de nuestra Embajada, ó sea bajo el amparo del escudo y pabellón de Castilla.

Pronto vino á reunírseme otro paseante solitario.... —Era mi amigo, mi compañero de viaje, mi compatriota Caballero, á quien no había visto en todo el día, y que, impulsado por una tristeza idéntica á la que á mí me dominaba, iba á buscar allí el mismo remedio: —¡á soñar con la patria y con la familia!....

Á cosa de las once encaminamos nuestros pasos á *Santa María la Mayor*, una de las cuatro Basílicas que tienen *Puerta Santa*, y la principal de las Iglesias consagradas en Roma á la VIRGEN MARÍA.—Nuestro objeto era oir allí la *Misa del Gallo*.

Para ir á aquel Templo, pasamos por una confluencia de calles, llamada *Plaza de las Cuatro Fuentes*, situada en la cima del *Monte Quirinal*.

Cada una de las Fuentes que dan nombre á aquella Plaza adorna la esquina de un Palacio.—El principal de ellos es el *Palacio Pontifical del Quirinal*, residencia de los Papas durante el verano.

Al otro lado veíamos una magnífica Casa, profusamente iluminada, de más alegre aspecto que suelen presentar los palacios de *Roma*, y en cuyo espacioso portal había algunos criados con lujosas libreas....— Era la residencia de la Reina Cristina, de la madre de la Reina de España....

Poco después llegamos á *Santa María la Mayor*.

Las puertas de la insigne Basílica, fundada en el siglo IV del Cristianismo, estaban todavía cerradas.—Se esperaba al Cardenal que había de decir la *Misa del Gallo*.—Miles de personas aguardaban sentadas bajo el noble pórtico de la Iglesia ó paseándose alrededor de la gran columnata allí próxima, perteneciente al primitivo Templo.

Hacía luna. El Pueblo Romano reía y cantaba. Muchos extranjeros (casi todos ingleses, y quién sabe si también protestantes) vagaban de la *Columna* á un arrogante *Obelisco* que se alza detrás del Templo, en una vasta Plaza....—Nosotros, más tristes y solos entre la multitud que antes en la soledad, permanecíamos ocultos en un intercolumnio del pórtico, como viajeros perdidos en noche de tormenta, que llegan á pedir hospitalidad á un castillo.... cuyo puente levadizo tardan en bajar.

En esta situación, vimos á lo lejos, y á la plena luz de la luna, á Jussuf, al incomparable marroquí; el cual, vestido con su mejor levita y su descomunal sombrero de copa, se paseaba filosóficamente, llevando una francesa colgada de cada brazo,—doncellas del Hotel sin duda....

Así oímos las doce, la hora solemne, y así pasamos otra media hora, sin que el Cardenal llegara....—Volvimos, pues, á casa sin oir la Misa del Gallo; tomamos te como cualquier otra noche; he escrito aceleradamente estos pobres apuntes, y cata aquí que ahora voy á dar permiso á mi alma (como á una criada que ya no necesito) para que vuele á esa tierra de España en alas de los sueños y pase el resto de la noche en compañía de las personas de su predilección.

VII.

EL PAPA DE PONTIFICAL.

Roma 25 de Diciembre.

Guadix fué una de las más importantes Colonias de los Romanos; después, en poder de los Moros, llegó á ser hasta capital de un Reino; verificada su reconquista por los Reyes Católicos, aún conservó durante tres siglos algunos aires señoriles, y allá por el año de 8, cuando la invasión francesa, los graves señores que eran Regidores perpetuos vestían sendas capas de grana, ceñían espadín y se cubrían con sombrero de tres picos.—¡Yo he alcanzado á conocer esta vestimenta de mi abuelo, que se conservaba en mi casa como una reliquia, y que nosotros, los hijos de 1833, irreverentes á fuer de despreocupados, dedicamos á mil profanaciones en nuestros juegos infantiles!—Como quiera que sea, cuando yo vine al mundo, Guadix era una pobre ciudad agrícola, ó, por mejor decir, una ciudad de colonos. Los Duques y Marqueses á quienes se repartió su territorio después de la reconquista, y cuyas grandes y ruinosas casas coronadas de torres se ven todavía en solitarias calles, se habían ido á vivir á Granada ó á la Corte de las Españas: los otros *pobladores* empezaban á confundirse con la plebe, á consecuencia de la desvinculación, que había fraccionado los caudales: las Ordenes Religiosas, dueñas de la mitad de la riqueza, habían sido privadas de sus bienes y suprimidas; el Provincial, su ilustre batallón provincial, se hallaba en Navarra ó Cataluña, peleando contra el Pretendiente: el antiguo Corregimiento no existía: todo el mundo vestía ya de paisano, sin capa de grana

ni espadín : los tradicionales gremios pertenecían á la historia : la *Alcazaba* era un montón de ruínas.

De la antigua grandeza sólo quedaba en pie un monumento, y ese era la *Catedral*. La Catedral, bella, artística, rica, gobernada por ilustres Prelados y sabios Cabildos, descollaba sola entre las ruínas romanas, árabes y semifeudales. ¡La Catedral era el único Palacio habitado ; el único poder que conservaba su primitivo esplendor y magnificencia ; el alma y la vida de Guadix! —En ella recibí yo mis primeras impresiones artísticas. Ella me dió idea del poder revelador de la arquitectura : allí oí la primera música : allí admiré los primeros cuadros. Allí también, en las grandes solemnidades, brillaron ante mis ojos las maravillas del lujo ; el tisú, el brocado, el oro, la pedrería ; ora en los cálices, ora en los ornamentos, ora en las vestiduras. Allí, entre nubes de incienso, al fulgor de millares de luces, al son del órgano, escuchando las concertadas voces de los cantores y los gemidos de los violines de la capilla, entreví el arte, soñé la poesía, adiviné un mundo diferente del que me rodeaba en la Ciudad. Y museos, teatros, monumentos arquitectónicos, conciertos, alcázares dorados, espectáculos brillantes, todo cruzaba por mi imaginación como una profecía ; todo palpitaba en mis entrañas, cual si un ser misterioso se despertase dentro de mí ; todo se me revelaba á la manera que los fulgores de la Gloria brillan ante los ojos de los extáticos.

Así, pues, las maravillas de la tierra, el sentimiento de las Artes, el *sursum corda* de la Poesía, se manifestaron en mi existencia en horas de mística devoción, y la fe y la belleza, la religiosidad y la inspiración, la ambición y la piedad, nacieron unidas en mi alma, como raudales de una sola fuente....—Figuraos, pues, la profunda emoción que me habrá producido

la verdaderamente sublime ceremonia que acabo de presenciar en la *Basílica de San Pedro:* figuraos lo que habrá sido para mí la Misa de Pascua, celebrada de pontifical por Pío IX en el mayor y mejor Templo del orbe Cristiano.

Pero descendamos ya á pormenores; los cuales pueden resultar tanto más minuciosos y exactos, cuanto que lo he visto todo muy de cerca y cómodamente, merced á la bondad con que nuestro Encargado de Negocios me invitó anoche á formar hoy parte de la Embajada Española en una gran Tribuna levantada sobre el pavimento de la Catedral, entre el Altar Mayor y el Trono del Sumo Pontífice.

Cuando entramos con la Embajada, la Iglesia estaba completamente llena, lo cual quiere decir que dentro de ella había más de 100,000 almas.—Allí, en una nave lateral, se veía toda la Guarnición francesa; esto es, cerca de 15,000 soldados. En otra parte (en el hueco que mediaba entre dos pilares) cabían y estaban todo el Ejército Pontificio, compuesto en su mayor parte de irlandeses (arrogantísimos hombres), y los *Zuavos del Papa* (creación moderna); esto es, otras 6,000 personas.... El resto lo ocupaba una heterogénea multitud, cuya mitad se componia de extranjeros.—Millares de inglesas, con los velos azules ó verdes del sombrero echados sobre el rostro, asistían de pie al espectáculo, como simples observadoras; frialdad filosófica que me hacía daño en mujeres tan lindas y de tan dulce aspecto.... Por todos lados se veian moros, judíos, peregrinos católicos, graves alemanes de doradas cabezas, *touristes* de todo el globo (Jussuf entre ellos), y, como fondo de este cuadro, hallábase allí el pueblo de *Roma*, ávido de emociones,

cansado de ellas, con sus altivos rostros y su actitud humilde, pensando acaso en el peligro que, según dicen, corre la Ciudad Eterna de dejar otra vez de ser la Capital del mundo....

En las Tribunas alzadas á los dos lados y enfrente de la nuestra, encontrábanse la Reina Madre de Nápoles y dos Hermanas y un Hermano de Francisco II, todos ellos vestidos de negro...., no sé si por el difunto Rey Fernando II, por el Príncipe de Siracusa, ó por el hundido Trono; la Reina Madre de España, doña María Cristina de Borbón, su Esposo y algunos otros españoles; el Príncipe Canino; las Autoridades de *Roma*; el General Goyon, General en Jefe del Ejército francés, y algunos otros Oficiales Generales; los Embajadores de todas las Naciones, y en lugar preferente, el Embajador francés, Duque de Grammont, dándose los aires de dueño de la Ciudad Papal ó de Presidente de Asamblea tan ilustre.

Ni un solo Sacerdote revestido se veía todavía en el Templo.... La atención y la expectativa eran inmensas.... De un momento á otro debía de llegar el Papa con todo el Clero romano.... — Reinaba el más profundo silencio.

En medio de él, oyóse el estampido de un cañonazo....—¡El Castillo de Sant-Angelo daba la señal de que el Sumo Pontífice bajaba de su Palacio á la Basílica!—Á aquel cañonazo siguieron otros, y repiques de campanas, y una indescriptible agitación en la multitud que inundaba el Templo....—El corazón me latía con irresistible violencia: sentí frío y ganas de llorar.... ¡Me desconocía en aquel momento, ó, más bien, antes me había desconocido!

En esto resonó en los aires, en lo alto de la gran Puerta de entrada, donde hay un extenso balcón, el acordado y melodioso ruído de muchas trompetas que

batían marcha....—Aquellas trompetas me recordaron las de Jericó, y hubiérase dicho que á su religioso y marcial sonido caían por tierra las puertas del Templo para dar paso al Pontífice-Rey....

En efecto: Pío IX acababa de entrar en la Basílica.... Yo no lo veía aún; pero las oscilaciones del gentío me iban indicando el tránsito del Papa por la inconmensurable Iglesia.... ¡Y las bíblicas trompetas, únicos instrumentos que pueden tocarse en *San Pedro*, seguían entonando aquella marcha triunfal, sagrada, parecida á un psalmo heroico de David!

De pronto la Procesión aparece por detrás de uno de los enormes pilares del Templo, y veo alzadas sobre la muchedumbre unas andas de oro, en las cuales viene sentado sobre la *Silla Gestatoria*.... (lo diré en la misma forma que le prestó mi imaginación) un *Santo vivo* (un San Gregorio, un San León, un San Félix); un Santo animado, palpitante, auténtico....; un venerable anciano, de nobilísima y apacible figura, paramentado con la capa pluvial y la Tiara, llevando en una mano las *Llaves del Cielo* y bendiciendo con la otra á las Naciones ó *Gentes* congregadas en torno suyo; la efigie viviente de San Pedro; el mortal que representa á Jesucristo sobre la tierra; el Papa, en fin; Pío IX....; ¡la Cabeza visible de la Iglesia!

¡Es la primera vez que contemplo á un ser humano llevado real y efectivamente en procesión, levantado en apoteosis, divinizado, como solemos verlos en representaciones teatrales ó en cuadros referentes á héroes de otros pueblos ó de otros siglos!....—Aquella sagrada imagen movía blandamente los labios para rezar, esparcía su paternal mirada sobre la multitud, se balanceaba levemente en su Silla al compás de la marcha, y hacía con la diestra la señal de la cruz.... Rodeábale una nube de incienso; anchos abanicos de

plumas agitaban el aire en torno de él; un alto palio cobijaba las andas; las gentes se arrodillaban á su paso....—Era un dios.

Precedíanle, acompañábanle y seguíanle más de mil Sacerdotes: entre ellos, todo el Colegio de Cardenales; más de cuarenta Arzobispos y Obispos, inclusos los del Rito Griego, vestidos de distinta manera que los Latinos; los Canónigos de todas las Basílicas de Roma; los Generales y Priores de innumerables Ordenes Religiosas (cada cual vestido con su *hábito regular*); los Abades mitrados; toda la Antecámara pontificia, Camareros de honor, Procuradores del Colegio, el Confesor de la Familia Pontificia, el Predicador apostólico, los Escuderos pontificios, los Camareros públicos, los Capellanes comunes y secretos (llevando en las manos todas las Tiaras y Mitras del Papa), el Procurador fiscal, el Comisario y los Auditores de la Rota, los Abogados consistoriales, los Capellanes cantores, los Votantes de la signatura.... Y también iban los elegantes *Guardias Nobles*, ó sea el antiguo Patriciado Romano, que hoy constituye la Escolta personal del Papa; el *Senador de Roma* (otro reflejo de la antigüedad gentílica), marqués Antici-Mattei, con los Conservadores del Pueblo Romano, en traje de Etiqueta; el Gobernador de Roma; el *Príncipe Asistente* al solio, y otros muchos personajes seglares y eclesiásticos, vestidos con diversos y nunca por mí vistos hábitos y uniformes, que igualmente traían á la memoria siglos, civilizaciones y pueblos diversos, y aumentaban, por tanto, la perturbación que tal espectáculo había producido en mis sentimientos....

¡Á cuántas consideraciones se prestaba aquella comitiva!....—Pero yo no tenía verdaderamente atención ni reflexión más que para contemplar al Papa...—El Supremo Jerarca había bajado de la *Silla Gestatoria*, y

adoraba el Santísimo Sacramento.... Dirigióse luego á pie al *Trono de Tercia*, y, allí, mientras se cantaba aquella *hora* canónica, se revistió los paramentos pontificales para la Misa....

Durante ella, una y otra vez vi pasar á Su Santidad á dos pasos de mí.—Su noble y aventajada talla, su plácida belleza, su venerable ancianidad, el asiático lujo de sus sacras vestiduras, todo correspondía al ideal que yo me había formado desde niño del Sumo Pontífice, del Soberano de las almas, del Emperador de Roma tres veces augusto, del Representante directo de la Divinidad....—En vano el ruído de sus pasos, el sonido de su voz, los accidentes comunes de su existencia humana me recordaban á cada momento la condición mortal y finita de aquel ser tan excepcional y sagrado; y en vano también mi razón pretendía con cruel insistencia someter todo aquel sublime instante, y los personajes que en él figuraban, y mis propias emociones, á un frío análisis, á un despiadado estudio.... La imaginación y el sentimiento recobraban siempre su imperio sobre el raciocinio; lo *natural* era arrollado por no sé qué misteriosas potencias del alma; y la fe, la poesía, el miedo.... (¡no atino con el nombre!) buscaba su centro en las regiones de lo *sobrenatural*, de lo eterno, de lo incomprensible....—¡Reverencié, pues, en aquel mortal al ser extraordinario que abre y cierra las puertas del cielo!—El hombre no era allí nada: ¡el Pontífice lo era todo!

El Papa decía la Misa de cara al pueblo. Asistíanle el Cardenal Amat, como Obispo Asistente, y el Cardenal de Silvestri, como Diácono Ministrante. Los Cardenales Ugolini y Marini eran Diáconos Asistentes, y monseñor Nardi, Auditor de la Rota, desempeñaba las funciones de Subdiácono Apostólico.

Sobre el Altar se veían cuatro Tiaras, dos de ellas

de subidísimo valor; regalo la una de Napoleón III y tasada en 24 millones de reales, y la otra, cubierta de brillantes, regalo de la actual Reina de España.

El Papa cantaba la Misa con voz entera y varonil, cuanto melodiosa y patética. Á aquel acento conmovedor no respondía más música que las *voces solas* de la célebre Capilla Sixtina, cuyos tiples y altos, ocultos en elevadísima tribuna, se concertaban tan magistralmente, que parecían coros de la Jerusalén Eterna.

Todas las ceremonias se hacían con rito doble, ó sea en latín y en griego. Cantóse, pues, dos veces el Evangelio *In principio erat verbum*, etc., lo cual traía á la imaginación los primeros siglos de la Iglesia, las predicaciones de San Pablo y las obras de los Santos Padres de la Iglesia griega, que yo leí cuando estudiaba Teología.

En el momento de *alzar*, el Papa se hallaba en su Trono, adonde le llevaron la Hostia y el Cáliz.—El Sumo Pontífice los recibió arrodillado...., y en aquel momento volvieron á resonar en los aires las místicas trompetas....

Los dos Ejércitos que había en la Basílica (el Francés y el Pontificio) rindieron sus armas con estrépito: la multitud se arrodilló: Reyes y Príncipes postráronse también de hinojos é inclinaron la frente: elevó el Papa la Forma y el Cáliz, y un sordo rumor resonó en las inmensas naves sagradas...., eco de cien mil corazones contritos, que, al golpe de otras tantas manos arrepentidas, confesaban tumultuosamente sus culpas.

¡Sublime y majestuoso instante! ¡Eterno poder de la belleza! ¡Misteriosa revelación de las excelencias del ser humano, producida por el concurso y fusión de tantas y tantas almas, incapaces por separado de remontar semejante vuelo! ¡Prodigios y tesoros del co-

razón, evocados por el arte y nacidos, como nacían las Ciudades griegas, al son de la lira de Orfeo! ¡Nobles facultades del espíritu, escondidas en él como la chispa en el pedernal! ¡Explosión de Fe, aspiración á lo infinito! ¡Realidad de un Dios, latente en el fondo de nuestra conciencia, como los colores en la luz, por tal modo y manera que basta una lágrima para que aparezca en vistoso iris!

Después de la Consumación, el Padre Santo distribuyó el Pan Eucarístico á los Cardenales Diáconos y á los *Nobles legos*.... — Entre los Cardenales vi adelantarse lento, severo, imponente, un hombre alto, joven todavía, pálido y triste, de aire pensador y despótico, el cual se arrodilló como todos delante de Pío IX, y comulgó. — Era el Cardenal Antonelli, el antagonista de Cavour.

Terminada la Misa y otras ceremonias, volvió á ocupar el Papa las andas, en las cuales fué conducido al Vaticano con idéntica solemnidad que salió de él dos horas antes....

Yo me acordé muchísimo durante todo este día del *Mortimer* de Schiller.

VIII.

LOS TEATROS DE HOY. — LAS CATACUMBAS DE SAN SEBASTIÁN.—EXCURSIONES Á TÍVOLI, FRASCATI Y ALBANO.—IGLESIAS Y PALACIOS.—EL PAPA EN LA CALLE.—FIN DEL AÑO.

ROMA 1.° de Enero de 1861, *á las dos de su madrugada.*

Ha pasado una semana desde que escribí mis últimos apuntes. Durante ella, he visto mil cosas que hubiera debido anotar; pero el cúmulo, variedad y

grandeza de mis impresiones me lo han impedido, y he aquí que hoy, cuando me dispongo á realizarlo, no sé ya por dónde empezar; reconozco que es imposible recordarlo todo, y hasta tengo miedo de no decir nada en forma perceptible.... — ¡Dejaré, pues, correr libremente la pluma, y salga lo que saliere!....

Hace dos horas terminó el año de 1860.... Es solemne, por tanto, la hora en que escribo estas líneas, cuya redacción no he dejado para mañana, sino que la haré en lo que resta de noche, por dos razones á cual más fuerte:— 1.ª, porque, habiendo acabado un año, deseo cerrar mis cuentas con él;—y 2.ª, porque no quiero confundir en mi cabeza con ningún recuerdo mundano la impresión que me produzca mi visita al Papa, de cuya Antecámara acabo de recibir el siguiente aviso:

DE LA ANTECÁMARA
PONTIFICIA.

—

VATICANO 31 de Diciembre de 1860.

—

Se suplica la presentación de este billete al llegar á la Antecámara.

—

Se advierte que no se podrá ser admitido sino de uniforme; y si no se tiene, de frac negro, corbata blanca y zapato bajo.

Se previene al Sr. D. Pedro Antonio de Alarcon que SU SANTIDAD se dignará admitirlo en audiencia el miércoles 2 de Enero próximo, á las once de la mañana.

EL MAESTRO DE CÁMARA DE S. S.

(Hay una rúbrica.)

Conque, manos á la obra, y pongámonos, como quien dice, *al dia*.

Comenzó el deseado *Carnavalone*, y con él la temporada cómica y lírica de *Roma*.

En el *Teatro di Apollo*, que es hoy el principal de la Ciudad Eterna, he visto un gran Baile de espectácu-

lo (de argumento y trajes turcos, y corte y música de Francia), tan pagano y lascivo como los mejores de París ó de Milán; y, á la noche siguiente, en el mismo coliseo, he oído cantar la *Traviata*, que aquí se anuncia con el título de *Violetta*, por considerarse muy escandaloso declarar que pudo haber en alguna parte una mujer *extraviada*....

Al *Teatro Valle* (segundo de la Ópera) hemos asistido tres noches consecutivas todos los españoles residentes en *Roma*, á admirar en la *Sonámbula* á Madama Gassier, ó sea á la sevillana Pepa Cruz (que así se llamaba la distinguida artista antes de casarse con M. Gassier), la cual nos ha llenado de orgullo cada vez que el público la ha hecho salir á la escena entre aclamaciones y aplausos.—Mis amigos y yo ocupábamos una platea de proscenio, desde donde elogiábamos y vitoreábamos á la cantatriz andaluza, en el vivo lenguaje *de la tierra*; y han sido de ver la gratitud y el entusiasmo con que nuestra compatriota nos correspondía; como también han sido de oir los diálogos que hemos cruzado con ella *sotto voce* desde el palco al escenario, sin embargo de no tener todavía el gusto de tratarla....—Hoy la tratamos ya.

Otra noche he ido á la anunciada *Presa di Tetuan* en el teatro Albert....—Lo que realmente se representaba era la conocida pantomima *Napoleón en Egipto ó la muerte del General Kleber*; pero, por evitar este mal recuerdo á las tropas francesas, la habían disfrazado de *Toma de Tetuán*.—Los soldados del Papa, ¡los héroes de Castelfidardo en carne y hueso!, hicieron en escena una porción de evoluciones, que el público aplaudía con frenesí, pues habéis de saber que en *Roma*, Ciudad eclesiástica, el militarismo constituye el *summum* de la poesía en acción....—Como quiera que sea, tuve el gusto de ver sobre las tablas á O'Donnell, Ros de

Olano, Prim, Zavala y Echagüe, bien que me costara mucho trabajo reconocerlos, y también vi á Muley-el-Abbas, Muley Admeth y otros infieles....

Muy dadas á estas sustituciones y á otras rarezas por el mismo estilo son las Autoridades romanas en cosas del Teatro....—V. gr.: los jueves acaban forzosamente las representaciones antes de media noche, á fin de evitar la profanación del viernes.—Cierto día de vigilia, creo que víspera de San Pedro, dábase en el Teatro Albert una comedia, traducida del francés y titulada *La cena de los dos pollos*, en que los actores figen comerse estas aves; mas he aquí que el señor Mateucci *(Monsignor Gobernatore)* halló absurdo que, ni por broma ó en apariencia, comiese nadie pollos en un *giorno di magro*, é hizo cambiar el título de la pieza por el de *La cena de los dos besugos*....—En la *Norma* se suprime aquel duo de tiples en que figuran los dos niños, para evitar el escándalo de que una *sacerdotisa* resulte madre....—Á lo cual yo repongo: «Pues ¿qué tienen que ver las *sacerdotisas* de Irminsul con las *monjas* del Cristianismo?—Pero hay más.... (aunque esto ya se justifica racionalmente): la *Lucrezzia Borgia* de Donizetti se canta en Roma con el título de *Elisa da Fosco*...., y la acción de *La Favorita* se ha trasladado á África, con el fin de que no salgan á la escena frailes enamorados....

Y ésta es la ocasión de decir que en *Roma* hay (lo copio de una Estadística) alrededor de 50 Obispos; 1,835 Sacerdotes; 2,474 Religiosos; 1,657 Seminaristas y Colegiales; 2,032 Religiosas, y 2,613 Pensionistas en los conventos y orfelinatos. Las Congregaciones de Religiosos (que ascienden á 55 y que reunen el número de frailes arriba expresados) se dividen en Basilios, 1; Benedictinos, 21; Camaldulenses, 20; Cartujos, 17, Monjes de Vallembreuso, 8; Cistercienses, 39;

Olivetanos, 15, y Armenios, 1.—Las Órdenes Mendicantes tienen: 172 Dominicos; 211 Menores de la Observancia; 136 Reformados; 41 Alcantarinos; 89 Conventuales; 196 Capuchinos; 23 Carmelitas de la antigua observancia; 79 Carmelitas descalzos; 57 Servitas; 5 de la Merced; 70 Trinitarios; 36 Mínimos; 21 Jerónimos y 29 Penitentes. Canónigos y Sacerdotes regulares hay: 27 Canónigos de San Juan de Letrán; 14 Teatinos; 28 Bernabitas; 32 Somascos; 289 Jesuítas; 20 Clérigos regulares menores; 48 Hospitalarios; 19 Padres de la Madre de Dios; 48 Escolapios y 40 Religiosos de San Juan de Dios.—Total, 10,101, sin contar los Cardenales.

Pero volvamos á mi historia de estos días.

El primer recuerdo que acude á mi imaginación es el de las *Catacumbas*, cuyo solo nombre estremece á todo cristiano, y á las cuales se entra por la *Basílica de San Sebastián*.

Tengo ya dicho que la *Basílica de San Sebastián* se levanta en las afueras de *Roma*, dos millas al Sudeste de la Ciudad, en un melancólico desierto sembrado de ruínas.—La Iglesia fué construída el año de 367, sobre el cementerio del Pontífice Mártir San Calixto, y restauróse tal como hoy se encuentra á mediados del siglo XVII.

Cuando hube recorrido toda la Iglesia; vino á mí un Fraile de alguna edad y de ascético rostro, y se brindó espontáneamente á guiarme por las *Catacumbas*.—Yo le argüí con la molestia que le causaría.... Él me replicó que su deber y su mayor gusto eran conducir á los cristianos en aquella *piadosa* y *arriesgada* peregrinación.—Acepté, lleno de gratitud y entusiasmo.

El Religioso me llevó á la *Capilla* de San Sebas-

tián: allí encendió dos velas, de las cuales me dió una, y, abriendo una puertecilla en que yo no había reparado, situada á la derecha del Altar, se santiguó devotamente y pasó delante de mí.

Bajamos muchas tenebrosas escaleras, sumiéndonos en un aire húmedo que se respiraba con dificultad.—Pronto llegamos á una Galería, abierta en tufo volcánico muy duro, y empecé á ver, á ambos lados y sobre mi cabeza, Nichos, Lápidas, Sepulcros, Losas hacinadas.... — Así anduvimos largo tiempo de una galería en otra, no sin que en ocasiones tuviéramos que bajar de nuevo, cuando ya debíamos de estar muy distantes del haz de la tierra!.... Tal lo comprobaba, penetrando por sinuosos agujeros abiertos en la bóveda, algún tenue rayo de luz del cielo....—La galería era casi siempre tan angosta, que apenas hubieran podido dos hombres caminar de frente por ella; pero de trecho en trecho se encontraba alguna explanada, punto de coincidencia de muchos caminos. Allí era más alta la bóveda, y arriba desembocaban otros corredores, á los que se subía por escaleras talladas en la piedra....—Eran pisos superiores de la Catacumba, la cual, en ciertos parajes, tiene hasta cinco ó seis órdenes de subterráneos.

Pronto perdí toda idea del tiempo que había andado, del lugar en que me hallaba y de la dirección que seguía. ¡Aquello era un laberinto interminable!—Y sin cesar, y en todos lados, veía *tumbas* y más *tumbas*, *lápidas* y más *lápidas*, de todas formas y de todos tamaños, ora en el suelo, ora en el techo, ya á los lados del tortuoso camino, ya en medio de las plazoletas. Á veces acercaba la luz á aquellas sepulturas, y leía indistintamente *Epitafios* cristianos ó gentílicos, ó veía raras obras de arte, *Estatuas* deformes de los primeros siglos de la Era vulgar, simbólicos *Bajo-relieves*

paganos, *Frescos* de la Edad Media, *Urnas* cinerarias.... Sobre algunas losas estaban grabados los atributos ó instrumentos de la profesión ú oficio que habían ejercido los seres allí enterrados; ora un cincel, ora una esteva, ora una espada, ora un crisol, ora una balanza, ora un martillo....

El Fraile (que iba delante de mí y á gran distancia) se paraba de tiempo en tiempo y me señalaba el lugar en que sufrió el martirio tal ó cuál Papa ó tal ó cuál Santo, ó me mostraba un sepulcro vacío....—Nos santiguábamos, y seguíamos....—Pero el Religioso desaparecía en ocasiones por aquellas misteriosas revueltas; y yo me perdía en el acto, y lo llamaba; y él se detenia y me llamaba á mí, hasta que el uno volvía á percibir el resplandor de la vela del otro, y se desvanecía todo pavor....

Así caminamos tres horas en todas direcciones, sin pasar dos veces por un mismo sitio.—Llegué finalmente á otra plazoleta, donde había una pobre Capilla, cerca de la cual se había sentado el Fraile.—Por todos lados se abrían nuevas galerias....

—Como V. ve, esto no tiene fin.... (dijo mi piadoso cicerone).—Cuando V. quiera, saldremos.

—¿Y por dónde?

—V. saldrá por cierta escalera que hay cerca de aquí, y que da á un paraje muy próximo á una Puerta de *Roma*.... —Yo volveré sobre mis pasos hasta llegar á la Iglesia de San Sebastián, de donde distamos ya muchísimo....

Antes de separarme del Religioso, hablé largamente con él acerca de las *Catacumbas*, cuya excavación (díjome sin rodeos) no fué obra de los primeros cristianos, como han supuesto algunos autores, sino resultado de las *canteras* que habían estado suministrando piedra y arena durante diez siglos para la edifi-

cación de *Roma*, según que refieren poetas é historiadores anteriores á Jesucristo.... Lo que aconteció luego fué que los Cristianos, perseguidos por los Emperadores, se refugiaron en aquellos subterráneos, los pusieron en comunicación entre sí, los ensancharon en ciertos parajes, é hicieron de ellos su vivienda, su templo y su cementerio....

Aún no se han descubierto todas las *Catacumbas;* las cuales, al decir de doctos arqueólogos, sumaban una longitud de trescientas leguas (¡tan complicadas y revueltas son sus calles!) ¡y contenían seis millones de Sepulcros!.... Los Emperadores, en su odio á los sectarios de la nueva Ley, cegaron ó tapiaron algunas galerías, dejando enterrados vivos á millares de cristianos, quienes murieron allí de hambre. Otras veces fueron éstos menos infortunados, y, aunque se les persiguió días y días por debajo de Roma, lograron escapar con vida, pasándose de un laberinto á otro, obstruyendo las galerías que dejaban á la espalda....—Por todo ello se les conocía con el nombre de *lucifuga natio* (gente que huye de la luz).

Después de los Antoninos abolióse en *Roma* la costumbre de quemar los cadáveres y de guardar las cenizas de la manera que hemos visto en los *Columbarios*, y adoptóse la inhumación cristiana. Entonces las *Catacumbas* empezaron á ser el Cementerio general de Roma, al par que el asilo de los Fieles, y así se comprende que se hallen tan revueltos en ellas los sepulcros gentiles y los cristianos, y que, en algunas losas, se vea por un lado el epitafio de un adorador de Júpiter, con su leyenda *Diis Manibus*, y, por el lado opuesto, el nombre de un Confesor de Jesús.

De cualquier modo, imaginaos las emociones que habrán agitado mi alma en aquel lugar sacrosanto.—¡Allí nació la Iglesia: aquellas Tumbas son el cimiento

del vasto Edificio que hoy cubre todo el universo. Allí estuvo enterrada la semilla del Catolicismo. Aquella es la mina que destruyó las bases del mundo pagano. ¡De allí salió la nueva, la única, la verdadera civilización; allí fueron las primeras ceremonias de nuestra Fe; allí las predicaciones á los neófitos; allí las elecciones de Papas; allí el martirio y la canonización de los Confesores; allí la tumba de los Santos! ¡Allí están, finalmente, las cenizas de aquel caritativo Ejército que, armado de la paz, luchó con el formidable Imperio, hundió los altares de la Gentilidad, venció con su constancia á los más fieros Tiranos, y acabó por surgir de la tierra y enseñorearse de los alcázares y de los templos de la Ciudad Reina del orbe, que los había estado agobiando tantos años bajo su ominosa pesadumbre!—¡La Basílica de San Pedro, el Vaticano, el Sumo Pontífice en la plenitud de su doble majestad, la grandiosa ceremonia que había presenciado el día de Pascua; todo el poder, toda la autoridad triunfante que domina hoy sobre Roma, habían brotado de aquellas cavernas!

.....

Cuando salí de las *Catacumbas*, é hirió mis ojos la luz del cielo, y me hallé solo en medio del campo, y miré en torno mío, y no vi más que la superficie de la tierra, muda, insensible, indiferente...., me pareció que despertaba de místico ensueño.

Al día siguiente de esta excursión emprendí otras mucho más largas (como que empleé en ellas dos días) á *Tívoli* y *Albano*, pueblecitos preciosos, situados casi á igual distancia de *Roma* (cuatro ó cinco leguas), aunque en encontrada dirección, el uno á la falda de los montes que limitan al Sur la campiña romana, y el otro en los que la limitan al Este.—Los dos pueblos son muy interesantes por su historia, por los monumentos

y ruínas que encierran y por su pintoresca situación.

Para ir á *Albano*, se pasa junto á los escombros de la antigua Ciudad de *Bovilia*, hallando además á cada paso innumerables restos de Quintas y Acueductos, Tumbas solitarias y Ruínas de colosales Mausoleos.—Y del propio *Albano* diré que, situado á mucha altura sobre la campiña romana, oreado por saludables brisas, con su abundante vegetación, sus monumentos antiguos y su gracioso Lago, es, como *Frascati*, uno de los refugios de la aristocracia de *Roma* durante los calores del estío, y goza de gran celebridad en toda Italia por la hermosura de sus mujeres, aumentada, ó más bien puesta de relieve, merced á su elegantísimo traje, que se compone de saya encarnada, corpiño negro, toca blanca y una exorbitante profusión de zarcillos, pulseras, sortijas y collares....—De allí son, pues, los modelos de que en todo tiempo se han servido los escultores y pintores de Roma, así para sus estatuas de diosas griegas como para sus pinturas de *Madonnas* cristianas.

En cuanto á *Tivoli*, bien sabréis que era el Versalles de los antiguos romanos, adonde todos los hombres ilustres iban á descansar de las luchas civiles en el seno de los placeres....—Antes de llegar á aquella otra Capua, se encuentra la *Villa de Adriano*, en la cual este Emperador trató de reproducir todos los monumentos que había admirado en sus largos viajes (especialmente en Grecia), y levantó en medio de ellos un magnífico Palacio....—De todo ello sólo quedan escombros y cimientos, y alguna que otra preciosidad que aparece de vez en cuando á fuerza de tenaces excavaciones.—El bárbaro Totila fué el encargado de destruir aquellos prodigios, con cuyos mármoles destrozados hicieron después cal los albañiles de la Edad Media.

En *Tivoli* se conservan muchas señales de las *villas*

de Salustio, Horacio, Propercio y Catulo.—Allí se admira aún, bien que ruínoso, el célebre *Templo de la Sibila*.—Allí se ve la extensa planta de la *Villa de Mecenas*, en la que todavía quedan en pie columnas y arcos de imponente hermosura.—Allí, por último, conmueve fuertemente el corazón de cuantos aman las Letras saber que aún puede indicarse el sitio en que estuvo la *Casa de Campo de Horacio*; sitio demarcado perfectísimamente (al comienzo de los Montes de la Sabinnia) por los nombres de algunos parajes que el poeta cita frecuentemente en sus obras.

Nada diré de las muchas y muy notables *Quintas* á la moderna que ha levantado la aristocracia de la Roma papal sobre las venerables ruínas mencionadas....—Básteos saber que *Tivoli* sigue siendo una mansión de delicias, y que, si no miente la fama, hay todavía algunos patricios romanos muy semejantes á los satirizados por Luciano y Juvenal.

.....

También he ido á *Frascati* (en camino de hierro), y allí he visto muchas *villas* lujosísimas, donde veranea la aristocracia clerical de *Roma*, mientras el Papa reside en su casa de campo de *Castel-Gandolfo*, que he distinguido á lo lejos, en la margen occidental del *Lago de Albano*.

Cerca de *Frascati* se hallan las Ruínas de *Túsculo*, antiquísima Ciudad, arrasada por los Romanos en el siglo XII.—Catón era natural de *Túsculo*.—Allí tenía también Cicerón su *Casa de Campo* favorita.—Hoy sólo hay que admirar en aquellos lugares, aparte de los escombros, un Convento de Camaldulenses, las hermosas vistas que desde él se disfrutan, y las higueras en que se cosechan todavía los famosos higos de que habla Macrobio.

De vuelta en *Roma*, he pasado todos estos últimos días visitando Iglesias y Palacios.

En cuanto á las *Iglesias*, no mencionaré sino las verdaderamente extraordinarias. — Citarlas todas fuera imposible.... ¡Roma encierra cerca de cuatrocientas!

La primera que acude á mi imaginación es *San Juan de Letrán*, silla del Patriarcado romano, de la cual se ha dicho que «si el Papa es en *San Pedro* el Soberano Pontífice, en *San Juan de Letrán* es el Obispo de Roma». —Y, en efecto, los Papas, después de su elección, vienen á esta ilustre Basílica á tomar posesión del Obispado de la Ciudad Eterna.

San Juan de Letrán fué construído por Constantino, cuya *Estatua colosal* adorna el fondo del Pórtico. El Templo ha sido restaurado muchas veces; pero siempre conservando en lo posible la edificación antigua, á tal punto, que las primitivas columnas están como incrustadas en los macizos pilares levantados en tiempo de Inocencio X.

En la Plaza que lleva el nombre de la Basílica se ve el más grande *Obelisco* de Roma, procedente de Heliópolis y transportado aquí por orden de Constancio en un barco de 300 remeros.

En la fachada principal del Templo se lee la famosa inscripción: SACROSANCTA LATERANENSIS ECCLESIA: OMNIUM URBIS ET ORBIS ECCLESIARUM MATER ET CAPUT. (Sacrosanta Iglesia de Letrán, madre y cabeza de todas las Iglesias de la Ciudad y del Mundo.)

Como arquitectura, la Iglesia es más notable por su grandor que por su grandeza, y más por su lujo que por su primor artístico; pero, con todo, sorprende y hasta impone al primer golpe de vista, especialmente cuando se penetra en el interior y se ven de pronto sus cinco espaciosas Naves y los diez gigantescos Arcos que dan entrada á las Capillas.

Sobre uno de los pilares subsiste la renombrada *Pintura* de Giotto, que representa á Bonifacio VIII proclamando desde lo alto del balcón de San Juan de Letrán el Jubileo de 1300.—El grande artista retrató entre la muchedumbre á su insigne amigo el Autor de la *Divina Comedia*.

Al Norte de la Iglesia, y ya sobre la *Plaza de San Juan*, se encuentra la famosísima *Scala Santa*, que ningún cristiano que visite á Roma deja de subir de rodillas, por creerse tradicionalmente que sus veintiocho peldaños de mármol blanco pertenecieron á la escalera del Palacio de Pilatos en Jerusalén.—Una vez arriba, se baja, en la forma ordinaria, por cualquiera de las cuatro escaleras laterales que se apoyan en aquel venerable monumento.

Yo hice lo mismo que hacen todos....—Dios me lo tome en cuenta.

También merece especial mención entre las Iglesias de Roma la nueva *Basílica de San Pablo*, inaugurada por Pío IX, en 1847, sobre el lugar que ocupaba otra fundada por Constantino y que devoró un incendio en 1823.—La *Basílica de San Pablo*, situada en las afueras de la Ciudad, es indudablemente asombrosa por sus dimensiones, por el lujo de sus mármoles, por sus gigantescas columnas de una sola pieza y por otras circunstancias; pero, á mi juicio, y en opinión de la generalidad de los viajeros, carece de armonía y de unidad, y, consiguientemente, de verdadera belleza.

Recuerdo asimismo á *Santa Croce in Gerusalemne*, erigida por Santa Elena, ¡por la madre de Constantino!....—En esta insigne Iglesia me han enseñado muchas y muy curiosas Reliquias....—Bien que, en punto á Reliquias, *Roma* no tiene igual.... Yo he visto

estos dias la *Vara de Moisés*, que se conserva en San Juan de Letrán; la *Cabellera de Jesucristo*, que se muestra en *Santa María la Mayor;* las *Mantillas* del Niño Jesús, y su *Retrato*, hecho á los doce años; varios *Retratos de la Virgen pintados por San Lucas*; la *Mesa en que cenó Cristo con los Apóstoles;* la *Piedra donde los soldados jugaron los vestidos del Salvador*, y, finalmente, la *Tablilla* que colocó Pilatos sobre la Cruz y en la cual se lee todavía (yo lo he leído): *Jesus Nazarenus, rex judaeorum.*—Á este tenor, hay en los templos de Roma centenares de miles de Reliquias....—Básteos, pues, con las apuntadas.

En *San Agostino*, Iglesia célebre por la mucha devoción que inspira una *Madonna* de Sansovino que se venera allí y por los millares de ofrendas ó *ex-votos* de plata, oro y pedrería que revisten su Santuario, he visto el famoso *Isaías* de Rafael, pintado al fresco en el estilo de Miguel-Ángel....—¡Mejor hubiera hecho Rafael en no olvidar el estilo, ó sea la inspiración ideal, de su maestro Perugino!

En *San Gregorio* llaman la atención dos frescos, ejecutados en competencia por Guido Reni y el Dominiquino, que representan la *Adoración de la Cruz por San Andrés* y la *Flagelación* del mismo Santo.—Tiénese por mejor el de Guido.

En *Santa Maria della Pace* hay otra obra célebre de Rafael, *Las Sibilas*, también en el estilo de Miguel-Angel; pero muy superior, en concepto de los críticos, á las obras pictóricas de éste....—Repito lo indicado á propósito del *Isaías*:—¡Yo prefiero al Rafael del *Sposalizzio*, de la *Santa Cecilia* y de la *Madonna del Gran-Duca*, al imitador de los prodigios atléticos propios y privativos de Buonarroti!

Y, á propósito: en *San Pietro in Vincoli* he admirado como quien más el renombrado *Moisés* del gran ar-

quitecto, escultor y pintor.—¿Quién no ha oído hablar de esta grandiosa estatua? ¿Quién no la ha visto mil veces, copiada por el grabado ó la fotografía?—Yo no diré más sino que, mirando á aquel gigante de mármol, he recordado con toda viveza la impresión de respeto, de veneración y de susto con que leí por primera vez el Pentateuco.—El *Moisés* de Miguel-Ángel es á un mismo tiempo el valeroso Caudillo del pueblo de Israel, el gran Legislador hebreo y el Sumo Sacerdote que sintió pavor en el Sinaí....—¡Cuánta inspiración en aquella colosal figura!

Aun después de conocer tales maravillas, he ido una vez y otra á *Santa Trinità de Monti* á contemplar extasiado el *Descendimiento de la Cruz*, cuadro de grandes dimensiones dibujado por Miguel-Ángel y pintado por Daniel Volterra.—De esta obra han dicho muchos artistas que es la más bella del Renacimiento, sin excluir la celebérrima *Transfiguración* de Rafael....—Yo no he visto aún la *Transfiguración;* pero mañana la veré, si Dios quiere.

Los *Palacios particulares* de Roma no brillan por su mérito arquitectónico, si se exceptúan el de *Venecia* (que construyó la antigua Señoría y residencia hoy del Embajador de Austria), notable por su aspecto feudal, esencialmente florentino; el *Palacio Massimi*, de exquisito gusto, y el *Palacio Farnesio*, que pasa por el más acabado del Renacimiento.—Los restantes son grandes y hermosas casas de piedra, y nada más.—En cambio, encierran Cuadros y Estatuas de primer orden.

Prescindiendo por ahora del *Vaticano*, en donde no he estado todavía (pues lo dejo para lo último, como el mejor), las obras más celebradas contenidas en los *Palacios de Roma* son las siguientes:

En la *Galería Barberine*, una *Fornarina* de Rafael, muy semejante á la que ya conocemos, y la célebre *Beatrice Cenci*, de Guido Reni, admirable por su tierna expresión, en que se revela todo el negro destino de aquella hermosa cuanto infortunada niña.—(También debe visitarse la *Biblioteca* del Palacio, compuesta de 50,000 volúmenes.)

En la *Galería Borghese*, distribuída en doce Salas (y tal vez la más rica de Roma), se admiran una *Leda*, obra de un discípulo de Vinci;—un *César Borgia*, por Rafael;—algunos cuadros del mismo divino pintor, repeticiones de otros que ya conocemos;—la famosa *Sibila de Cumas*, de Dominiquino (artista que voy venerando cada vez más);—una *Danae* de Corregio;—la *Caza de Diana* (por el Dominiquino), cuya pagana hermosura sorprende mucho en un pintor tan sobresaliente en los asuntos místicos,—y *El amor sagrado y El amor profano*, representados por dos mujeres hechiceras, sentadas al lado de una fuente, vestida la una con magnífico traje, la otra completamente desnuda, y ambas, en mi concepto, de igual manera profanas ó mundanales, á tal punto, que nadie adivina cuál simboliza el amor celeste y cuál el amor terreno.—Aquella obra, magistral á pesar de todo por el color, es una de las glorias de Ticiano.

En la célebre *Farnesina* (antigua *Villa Chigi*), situada á la orilla derecha del Tíber y perteneciente hoy al augusto defensor de Gaeta; allí donde el opulento banquero Chigi dió al Papa León X aquel famoso banquete en que la vajilla (toda de oro y plata) se fué arrojando al río después de servir cada manjar (sin perjuicio de sacarla á la noche siguiente, gracias á una red tendida de antemano); en la *Farnesina*, digo, he contemplado con verdadero éxtasis los renombrados *Frescos* de Rafael, y, sobre todo, el nunca bien pon-

derado *Triunfo de Galatea*, uno de los primeros asombros del arte, donde no se sabe qué admirar más, si la hermosura humana de las figuras, ó la grandeza olímpica de la composición. — Muchas páginas se necesitarían para describir todos los alardes de genio, erudición y talento que ha hecho Rafael en la *Farnesina*. Sólo diré, pues, que, ó el pintor de Urbino había visto (como creen algunos) Frescos y Bronces de la Antigüedad por el estilo de los que se descubrieron bajo escombros y cenizas dos siglos después, ó tuvo, entre sus inspiraciones cristianas, que le hicieron entrever el Cielo tantas veces, la inspiración, la *intuición*, por mejor decir, de la belleza clásica y se le revelaron todos los prodigios de *ornamentación* del gusto pompeyano....

En la *Galería Campana* (que por cierto está de venta) son de admirar los *Vasos Etruscos* y los *Bronces Griegos* que encierra.

En la *Galería Colonna* lucen más los *Paisajes* de Poussin y de Claudio de Lorena que las composiciones de Guido Reni y de Pablo el Veronés; ¡pero no más que un *San Jerónimo* de nuestro Ribera!....

En la *Galería Corsini* me enorgullecí también mirando una *Virgen* de Murillo, digna ciertamente de nuestro gran pintor.—La *Biblioteca* de este Palacio, abierta al público, encierra 1,300 manuscritos y 60,000 volúmenes.

En la *Galería Doria Panfili* hay otra obra española de mayor mérito aún y que eclipsa todas las demás que allí se veneran.—Tal es un *Retrato de Inocencio XI;* de aquel severo Pontífice que empezó por soldado raso y acabó por asustar á la Francia de Luís XIV.—El retrato ocupa el testero izquierdo del hueco de un balcón, especie de camarín, donde hay un diván dispuesto para que se admire con reposo aquella obra maestra

de la pintura española.—Conocéis á Velázquez.... Sabéis que infundía vida al lienzo.... ¡Imaginad, pues, á aquel gran Papa resucitado, con su carácter violento, con su férrea virtud, con su tremenda austeridad; tal como era, en fin, y tendréis idea del cuadro de nuestro compatriota! — Os digo, en verdad, que el gran Vicario de Jesucristo causa miedo.

Por último, en la *Galería Farnesio* he visto los renombrados *Frescos* de Aníbal Carracci, quien, ayudado de su hermano Agustín, del Dominiquino y de Guido Reni, dejó allí el más grande testimonio de su genio, en varias escenas mitológicas que *casi* compiten con las de la *Farnesina*.

Todas estas *Galerías* están abiertas al público ciertos y determinados días, mediante una mezquina retribución (cuatro ó seis reales) que hay que pagar á la puerta de cada una.—No es tal industria muy digna de Príncipes; pero, en cambio, les proporciona al año una renta de 8 ó 10,000 escudos romanos, ó sea de 8 á 10,000 duros.

Dejo enumeradas las principales cosas que he visto durante la semana última; pero no puedo referir de igual modo mil raras circunstancias en cuyo estudio se complace el observador y que forman lentamente sus opiniones y determinan sus afectos. — Mi entrada en cada Palacio y en cada Iglesia; mis conversaciones con *ciceroni* y conserjes; mis encuentros con grandes señores en las escaleras de sus Palacios; el monólogo diario de la prensa pontificia; las manifestaciones del público en los teatros; la cara con que el transteverino mira al soldado francés; el desprecio de los franceses hacia los romanos; mis observaciones en las tiendas, en los mercados, en las oficinas de la

Policía (adonde tengo que ir de tiempo en tiempo á pagar un nuevo permiso para seguir permaneciendo en Roma), en las puertas de los templos, en los cafés y en los *restaurants;* mis diálogos con los cocheros; mi amistad con los Padres españoles de Monserrate; todas estas cosas y otras muchas más deberían figurar en estos apuntes; pero fuera hacer mi trabajo interminable, sin contar con que yo respeto demasiado á nuestra reverenda madre *Roma* para meterme en ciertos pormenores y honduras....

Viniendo, pues, al día último y á las escenas que he presenciado en su tarde y noche, fuerza es que os supongáis conmigo en la Plaza de *Gesu*, adonde llegué por casualidad á eso de las cuatro, y en la cual el numeroso gentío, las apretadas filas de tropa que formaban calle desde la puerta de la *Iglesia de Jesús* hasta la Plaza de Venecia, las colgaduras que adornaban rejas y balcones y las elegantes damas asomadas á ellos, indicaban que allí ocurría ó iba á ocurrir algo muy extraordinario y solemne....

Pronto me sacó de dudas una señora romana, más ó menos patricia, que defendía á sus dos hijos contra las oleadas populares, y á quien pregunté la razón de aquellos preparativos.

—¡Se espera (me dijo) al Padre Santo, que vendrá, según antigua costumbre, á cantar en la Iglesia de los padres Jesuítas un solemne *Te Deum,* en acción de gracias por la feliz y bonancible terminación del año que concluye hoy!....

Las filas de tropa que formaban la susodicha calle pertenecían á la guarnición francesa, y además se veían entre la multitud infinidad de soldados franceses sin fusil, que aprovechaban sus horas de huelga para ver una vez más al Papa. — Los *galos* de la formación, ó sea los galos armados, solían dar fuertes culatazos á

los descendientes de Bruto, cada vez que se conturbaba la muchedumbre; mientras que los *galos* inermes insultaban y atropellaban al *pueblo romano*.... hasta que conseguían apoderarse de los primeros puestos, quitándoselos á las personas que, por haber llegado antes, los ocupaban legítimamente.... — ¡Los pobres hijos de la Loba sufrían tanto vejamen sin murmurar!....—¡Ah! ¡Sabido me tenía yo que no hay nada tan insufrible como un francés dueño de la victoria ó de la fuerza!

En esto la agitación de la muchedumbre anunció que llegaba algún gran personaje; quizás el mismo Papa....—Hasta entonces sólo habían pasado, por entre las filas de bayonetas, diez ó doce Cardenales, en sus grandes coches, cuyos lacayos llevaban á mano gigantescos paraguas rojos, no porque amenazase lluvia, sino porque los tales paraguas son parte integrante y oficial de los carruajes de los Príncipes de la Iglesia....—El pueblo había ido nombrando á los *monsignores* uno por uno, con marcadas muestras de temor y veneración....

La persona que entonces llegaba, era la Reina Cristina, acompañada de su familia y de su servidumbre....—Por cierto que un soldado francés le preguntó á otro:

—Dime: ¿cómo es que está aquí la Reina de España?

—¡Porque ahora hay allí República!—respondió el interpelado sin vacilar.

Después de la Reina Cristina, llegaron á *Jesús* la Reina Madre de Nápoles, los Hermanos de Francisco II y muchas otras personas principales de las que vi en *San Pedro* el día de Pascua.

Por último, notóse más viva agitación en la multitud; oyéronse *vivas* á lo lejos; agolpóse mucha gente

á los balcones; agitaron las damas sus pañuelos; batieron marcha las bandas militares; presentó la tropa las armas; abriéronse las puertas del Templo; salió de él una gran comitiva, que se formó en el atrio para recibir al Padre Santo; sonaron los *vivas* más cerca; se descubrió la muchedumbre que inundaba la Plaza; arrodillóse mucha gente; empezaron á aparecer carruajes pontificios, de los que se fué apeando la alta servidumbre del Papa, y finalmente apareció el coche en que venía Pío IX....

Las aclamaciones y las palmadas atronaron el aire. Por todos lados se veían pañuelos flotantes y sombreros levantados en alto.... Y la música tocaba una marcha majestuosa, y el coche adelantaba lentamente, y dentro de él veía yo ya al Sumo Pontífice, vestido con hábitos blancos y sombrero pastoral del mismo color.

No obstante su vestidura eclesiástica y las sagradas bendiciones con que respondía á los saludos del pueblo, yo no veía hoy en Su Santidad al Papa, sino al Rey, saludado con aplausos y vítores, en vez de oraciones y golpes de pecho, y rodeado de todo el aparato militar posible....

—¡Viva el *Pontífice-Rey!*— gritaba al mismo tiempo la multitud, como respondiendo á mis ideas.

Y no hubo más: el Papa se apeó y penetró en la Iglesia: la multitud se apiñó en su seguimiento, atropellando á su vez á la tropa: yo consideré imposible abrirme paso hasta la puerta del Templo; y, como empezase á anochecer y me esperaran en otra parte, me dirigí hacia el *Corso* por la Plaza de Venecia, dándole vueltas en mi imaginación á todo lo que acababa de observar.

.....

Finalmente, esta noche, á eso de las once, la tertulia española del *Café Grecco* se ha reunido á cenar en

la famosa *Trattoria de Lepre*. — Caballero y yo habíamos sido invitados.—Se trataba de despedir el año de 1860 y saludar el de 1861, y allí estaban todos los artistas y viajeros que nombré el otro día.

Cuando dieron las doce de la noche, todos nos pusimos de pie.

—¡Año nuevo! (exclamamos, levantando las copas.) ¡Á la salud de nuestras familias!

Había allí jóvenes que están ausentes de la patria hace tres y hasta cuatro años.—La emoción era inmensa.... El solemne júbilo de aquel momento ocultaba abismos de íntimo pesar, de dificultades privadas, de silenciosa melancolía....

—¡Por el Arte! ¡Por el logro de nuestras esperanzas!—exclamaban los desterrados.

Algunos momentos después nos despedíamos y separábamos en la *Via Condotti* con no sé qué afectuosa seriedad, presagio de una noche de amargas cavilaciones, diciéndonos, no muy confiadamente por cierto:

—¡Buen año! ¡Feliz año! ¡Muchos años!

¡Los años!....—Yo dejo aquí la pluma para pensar en ellos; con tanta más razón, cuanto que ya alborea en los cristales de mi cuarto el primer día de 1861.

IX.

VISITA AL PAPA.

ROMA 2 de Enero de 1861.

Quien quisiere formar idea de lo que yo habré pensado y sentido esta mañana al despertar, al vestirme y al emprender el camino del *Vaticano*, acuérdese de las emociones que lo agitaron cada vez que salió de su casa para ir á confesar.

¡Igual temor, igual respeto, igual recogimiento! No pensaba; sentía. Todo lo que había meditado y leído en mi corta vida, se me había olvidado como por encanto. Era otra vez niño: experimentaba con una viveza indefinible las mismas sensaciones que agitaban mi alma cuando únicamente maravillas veía sobre la tierra.—Había soñado después: había delirado; y hoy despertaba de pronto en el umbral del templo en que recibí el agua del Bautismo; y me encontraba con mi corazón de entonces; y lo reconocía, como se reconoce á un hermano que ha viajado largo tiempo; y veía abrirse ante mis ojos los dos simbólicos caminos, de los cuales uno conduce á la salvación y el otro á la perdición eterna.

¡Tal es el hombre! Edificad quiméricos alcázares sobre cimientos enterrados en su corazón por sus padres y maestros.... ¡Llegará un día de prueba,—el día del dolor, el día de la felicidad ó el día de la muerte,—y se hundirán los fantásticos edificios, y encontraréis inmóviles en su asiento las primeras creencias de la infancia!

Dada esta disposición de espíritu, yo no consideraba hoy más que una cosa: que iba á cruzar mi palabra pecadora con la que abre ó cierra las puertas del Cielo, con la Palabra que castiga ó perdona, que ata ó desata, que excomulga ó dispensa, que condena ó redime....—Y, como soy malo, tenía *miedo*,—última forma de la fe.

Á medida que avanzaba hacia el *Vaticano*, nublábanse más y más mi entendimiento y mi memoria, y relucía con mayor brillo en mi corazón aquella Potestad suprema á cuyos pies iba á arrojarme.—¡Pensad (vuelvo á deciros) en lo que experimentáis al ir á confesar!—Ciertamente, yo no iba á confesarme con el Papa: iba á cumplir un deber de cristiano peregrino.

Tampoco me movía la curiosidad: movíame la ardiente sed de lo infinito, de lo eterno, de lo absoluto, que nos lleva á todos á tantas otras cosas.... Además: tenía que pedir al Padre Santo que bendijese un rosario destinado á mi piadosa madre y que le aplicase la indulgencia plenaria para la hora de la muerte....—Es decir, que yo no iba solo, ó por mí solo, al Vaticano...., sino que, á la inversa, iba y tenía que ir sumándome con toda mi familia! ¡Obraba en su nombre; estaba obligado á darle algún día cuenta de mis actos de hoy; debía resumir y personificar sus afectos!

Perdóneseme este cruel análisis, y no se vea en él la última llamarada de mi soberbia.—Ved lo que efectivamente hay: buena voluntad en las intenciones, y sinceridad en las palabras.... ¡He creído deber contarlo todo, y así lo he hecho!—Ahora continúo mi relación, tan desahogado, libre y contento, cual si realmente acabara de confesar.

Llegado á la *Plaza de San Pedro*, penetré bajo la columnata de la izquierda, al fin de la cual empieza una extensa Galería, que termina en la magnífica *Scala regia*, decorada por Bernini con vistosísimas columnas.
—Estaba en el *Vaticano*.

Al pie de aquella Escalera volví á ver á los Suízos ó Alabarderos del Papa, con su pintoresco traje de rayas amarillas, rojas y negras, inventado por Rafael. Sin decirme nada, me dejaron subir, y, sólo al llegar al primer piso del Palacio, un Empleado lego se enteró del objeto que me llevaba, y me dijo que siguiese subiendo, *pues Su Santidad habitaba en el piso segundo.*

En el segundo piso la servidumbre era ya eclesiástica: á lo menos, vestía ropa talar de color morado. Mostré la comunicación en que se me concedía la au-

diencia, y fuí introducido en una vasta y no muy espléndida Antecámara, donde me pidieron el sombrero y me dijeron que me quitase los guantes, haciéndome pasar en seguida á un gran Salón cuadrado, en el cual me dejaron solo, no sin advertirme cortésmente que podía sentarme....

Aquel Salón era ya más suntuoso; pero no mucho. Adornábanlo un Trono, sobre cuyo dosel se veían bordadas la Tiara y la Armas pontificias; dos colosales braseros encendidos, en cuyas alambreras estaba modelada también la Tiara; tres grandes consolas con relojes del gusto de Napoleón I, y alfombras, tapices y divanes encarnados.

De vez en cuando cruzaban por delante de mí algunos graves personajes, yendo y viniendo desde la puerta por donde yo había entrado hasta otra que había en el fondo del Salón, en el testero derecho.... Casi todos vestian de morado con vivos rojos; algunos, de rojo solamente; muy pocos, de negro;—pero todos traje talar....—Eran Cardenales, Arzobispos, Obispos y demás altos Dignatarios de la ceremoniosa Corte pontificia.

Varios de ellos iban acompañados de otros Sacerdotes, que llevaban grandes legajos y carteras....—Sin duda, eran los Ministros y sus Secretarios.

Cien veces me levanté para saludar á tan elevados personajes, y cien veces volví á sentarme y á quedar solo, entregado á mis pensamientos, no siendo decible lo que revolví en mi cabeza de conjeturas, de reflexiones y de recuerdos durante la media hora que permanecí en aquel salón.... La luz del sol que lo alumbraba, los muebles, las cortinas, el Trono (en que me senté furtivamente,—confieso mi pecado), el silencio que allí reinaba, los pasos que lo interrumpían á veces, las personas que iban y venían, el compás de

los relojes, todo me sugería tumultuosas ideas, muy semejantes á los delirios de la calentura.

Al cabo salió de la habitación de la derecha, donde yo suponía al Papa, un Sacerdote, vestido de morado como toda la servidumbre pontificia, y se dirigió á mí; me preguntó mi nombre; consultó un papel; me dijo que esperase otro poco, y se volvió á marchar por donde había venido.

Desde entonces temblé, no sé si de temor ó de impaciencia, si de respeto ó de efusión cariñosa. — ¡Ya no podía retroceder! ¡El Papa sabía que yo estaba allí! —Algo semejante á lo que sentí en aquel momento experimentarán los mortales el Día del Juicio al verse llamados nominalmente á la presencia de Dios.

Poco rato después volvió el Sacerdote, y me dijo que lo siguiera.... — Así lo hice, y entramos por la puerta en que desde luego me había fijado.

Ya estaba tranquilo; pero, en cambio, había *dejado de pensar*; hasta tal punto, que no se me ocurría ni una sola palabra que poder decir al Padre Santo cuando me viese en su presencia.

Por fortuna, el Sacerdote me advirtió:

—Si trae V. algún objeto para que lo bendiga Su Santidad, llévelo en la mano.

Yo saqué el rosario destinado á mi madre.

La habitación en que habíamos penetrado era cuadrilonga, más pequeña que la anterior y de aspecto un poco más lujoso.—Al extremo de ella había diez ó doce Sacerdotes, Obispos en su mayor parte, y dos Cardenales de avanzada edad....—Todos conferenciaban de pie, en voz sumamente baja, formando grupo cerca de una mampara de damasco encarnado, medio cubierta por una cortina de terciopelo carmesí....—En la cortina y en la mampara relucía el Escudo de Armas de la Iglesia.

Todo esto lo vi de una ojeada, adivinando desde luego que por aquella mampara se entraba al despacho de Pío IX.

Mi guía no se detuvo, y yo continué marchando en su seguimiento.... — La Corte pontificia se abrió ceremoniosamente en dos filas, como defiriendo á la honra que iba á caberme de hablar con el Vicario de Jesucristo....—Yo pasé por entre aquellos poderosos señores, tan turbado y confundido, que me parecía que no tocaba con los pies en la tierra.—(¡Mirad si hago sacrificios de vanidad; mirad si soy explícito y sincero, con tal de que conozcáis los más nimios pormenores de tan importante visita!)

Llegábamos á la mampara....—Un familiar levantó la cortina; otro abrió la puerta, y el Sacerdote que me había guiado me hizo un profundo saludo; indicóme con reverente ademán que entrara solo, y añadió estas sencillas palabras:

—Ahí está Su Santidad.

Con lo que cerró la puerta detrás de mí, y yo me encontré, abandonado y aturdido, en una pequeña, triste y modestísima estancia....

Enfrente de la puerta por donde había entrado (al lado de la cual permanecí dos segundos inmóvil é indeciso) se veía otra mampara abierta de par en par, que daba á un alegre aposento bañado de sol....

—«Allí será....»—pensé.

Y di un paso en aquella dirección.

Pero en esto oí á mi derecha, y ya detrás de mí, una voz clara y apacible que decía:

—*Benedicat te Dominus*....

Me volví sobresaltado....—¡El Papa se hallaba en la misma habitación donde yo me creía solo!....—No lo había visto, en medio de mi confusión, porque Su Santidad estaba sentado delante de un bufe-

te, dando la espalda á la pared que yo dejaba atrás.

Me arrodillé, según el ceremonial que me habían prescrito, y Pío IX repitió dulcemente su Bendición, bendiciéndome también con la mano.

Hice la segunda y la tercera genuflexión, acercándome á Su Santidad; y, ya me disponía á besarle la sandalia, cuando sonrió levemente, con una afabilidad exquisita, é, interponiendo su mano derecha, dióme á entender que se la besara, en lugar del pie, y que me levantase....

Obedecí.

Pío IX estaba sentado, como he dicho, detrás de un bufete, sobre el cual había un gran Crucifijo de ébano y plata, una escribanía, un Breviario y algunos papeles.

Cuando entré, Su Santidad leía un libro en rústica de aspecto moderno, cuyas hojas iba abriendo ó cortando con una plegadera ó cuchillo de marfil, que soltó para darme á besar la mano, volviendo á cogerlo en seguida con movimiento maquinal....

Aguardaba yo á que me hablase, para atreverme á fijar mis ojos en los suyos....—Entre tanto, paré mientes de un modo pueril en el solideo blanco del Santo Padre, en su muceta y su capisayo, blancos también, en sus pulcras y hermosas manos, y sobre todo (¡cosa rara...., que me pareció pecaminoso afán mío de ver al hombre detrás del Pontífice!) en que el cuello de la muceta estaba un poco desaseado, de ludir con los sedosos cabellos blancos de Su Santidad.... —El conjunto de aquella figura, su albo ropaje, la mansedumbre de su actitud, su aire tranquilo, natural y franco, la modestia de la habitación...., todo respiraba paz, humildad y ternura!

Mientras yo observaba y discurría estas cosas, apenas habrían pasado ocho segundos, durante los

cuales Su Santidad miró un papel, que sin duda era la petición de aquella audiencia; — petición hecha por nuestra Embajada, y cuyos términos yo no conocía....

—V. es español.... (dijo al fin el Papa en castellano, no sin sorprenderme.) Yo quiero mucho á los españoles, y todavía recuerdo, como V. ve, aquella hermosa lengua que aprendí hace tantos años. — Yo he estado en España.

Su Santidad hablaba el castellano con una corrección admirable, sin acento alguno extranjero; pronunciaba las *eses* como los valencianos, y su voz era dulce, reposada y sonora.

Yo sentía renacer mi tranquilidad.

—¿De qué parte de España es V.? — me preguntó en seguida.

Y, cuando le hube contestado:

—¡Granada!.... (repitió el Pontífice.) Hoy hace años que entraron en ella los Reyes Católicos.—¡Guadix!.... Catedral insigne...., Silla de San Torcuato.... —Yo amo mucho al Obispo de Guadix.... — Cuando vaya V. á verlo, déle muchas expresiones mías.

Este lenguaje, sencillo y cariñoso, me animó á tal punto, que ya eché de menos la emoción con que había llegado hasta allí.... — Parecíame que toda la vida había estado oyendo al Papa!.... Así es que me permití mirarlo y estudiar su rostro con la más ingenua y franca atención, que no podía pasar por irrespetuosa, dado que mis palabras demostraban claramente veneración, afecto y gratitud.

Pío IX tiene sesenta y nueve años: es alto y fuerte: su apostura revela á un mismo tiempo cierta marcial franqueza y profunda humildad apostólica. En su semblante, verdaderamente hermoso, resplandecen la serenidad y la alegría. A la viveza de sus ojos se contrapone la pacífica bondad de su boca, que no cesa de

sonreir. No obstante su avanzada edad, brilla en su frente un destello de juventud, y, según pude ver luego, este venerable Anciano, de quien tantas veces se ha dicho que está vecino al sepulcro, conserva la agilidad y el fuego de sus mejores años.

Media hora duró la audiencia.—Acaso podría referir palabra por palabra todas las que me dirigió Su Santidad; pero no debo correr el riesgo de poner en sus labios alguna que no pronunciara.... — Daré, sí, cumplida cuenta del giro de la conversación.

Preguntóme el Padre Santo si había pasado por la «*Alta Italia*» para venir á Roma....

Esta pregunta me turbó un poco.... ¡En la *Alta Italia* se halla comprendido el *Piamonte*, el Reino de su enemigo, el territorio excomulgado!

Respondí afirmativamente, y Su Santidad, comprendiendo mi turbación, atenuó el interés del asunto, poniéndose á deducir de la respuesta todo mi itinerario desde que salí de España.... — Con tal motivo, se enteró del estado de los ferrocarriles españoles, confundiendo á veces la posición respectiva de algunas de nuestras Ciudades; á lo que yo *rectificaba* muy llanamente, no sin gran contentamiento suyo, haciéndole sonreir con sin igual dulzura.... — Aquella *falibilidad* del Sumo Pontífice tenía para mí un indecible encanto, y aumentaba la tierna confianza de una visita que yo me había imaginado tan solemne y dificultosa.

Del estado de los caminos de hierro pasó Su Santidad naturalísimamente al estado político de España, y manifestó regocijo por la paz que reina en «*aquel amado suelo*, después de tantas discordias». (Fueron sus palabras.)—Á este propósito se lamentó de la situación de Italia, y, elevando el tono de la conversación, pero siempre con angelical blandura, me dijo.... lo que yo había leido ya en muchas Encíclicas recien-

tes: que Su Santidad no ha perdido ni un solo momento el valor y la esperanza: que cree seguro el triunfo de la Iglesia: que da gracias á Dios por haber elegido su Pontificado para tan dura prueba: que su alegría aumenta á proporción de las tribulaciones; y que, pues yo, como escritor, dirijo mi voz al público (esto de *escritor* lo habría dicho la Embajada de España al pedir la audiencia), no deje de participar á mis compatriotas «la gratitud de la Santa Sede por la fidelidad de España y por los auxilios y pruebas de amor que de ellos recibe continuamente, asegurándoles que nada hay que temer por la Navecilla de San Pedro, pues saldrá triunfante de la presente borrasca, como ha salido de tantas otras»....

Confieso que oí esta exhortación con miedo y remordimiento. Parecióme que Su Santidad se dirigía á mí, á mi conciencia, á mi corazón, como para disipar en él dudas y temores.

Sería casualidad; pero en aquel momento atribuí también á intuición milagrosa la siguiente pregunta con que interrumpió mis pensamientos:

—¿Á qué ha venido V. á Roma? ¿Por devoción?

Creí que me preguntaba el primer pecado; que la Confesión principiaba....—No debía, pues, mentir: hubiera sido un sacrilegio.

—Por devoción cristiana, Santísimo Padre.... (contesté en el acto), y también por devoción artística.—El arte es la mitad de mi existencia.

El italiano agradeció aquí lo que pudo disgustar al Pontífice, y, cambiando de conversación, habló con entusiasmo de los tesoros artísticos que encierra la Ciudad Eterna, —concluyendo con estas frases:

—El *Vaticano*, la residencia de los Papas, es el primer Museo del mundo, sobre todo en Obras maestras de la Gentilidad.—Y no le sorprendan á V. mis

palabras.... Todo lo que es hermoso, es bueno, en cuanto revela la grandeza de la creación de Dios. Por eso hemos reunido en nuestro Palacio las maravillas del arte de Egipto, de Grecia y de Roma pagana, al lado de las pinturas católicas de Rafael y de Miguel Ángel.

Al llegar á este punto, presenté el rosario á Su Santidad, quien lo bendijo, indicándome que le aplicaba la Indulgencia Plenaria para mi madre, con tal que lo estrechase contrita entre sus manos á la hora de la muerte.—¡Don precioso! ¡Era como darme las llaves del Cielo para que se las trasmitiera al ser que más amo en este mundo!

Luego me preguntó Su Santidad si yo era casado, y—¿querréis creerlo?—por la primera vez de mi vida me ha parecido que hago mal en ser soltero, y hasta me ha costado cierto rubor el declararlo.

¿Qué sería esto? — ¡No sé!.... — Á la verdad, el Matrimonio es un Sacramento....—¡Pero no obligatorio!.... —¿Quién sabe? ¡En situaciones tan extremas como la en que yo me hallaba, se discurre con extraordinaria lucidez, con portentosa profundidad! Tal vez se me reveló en aquel instante todo el egoismo del célibe, que retarda el nacimiento de sus hijos; que rehuye los más graves y nobles cuidados de la existencia humana; que no fortifica los lazos de la sociedad con el nudo de una nueva familia; que no vincula el amor en una sola mujer, según quiere el Cristianismo....—¿Quién sabe?.... vuelvo á decir.

Por este camino, la conversación (que yo cuidaba de no alargar, pues hubiera sido incalificable abuso de la bondad infinita de Pío IX) se prolongó algunos minutos en el tono paternal que adoptó Su Santidad al principio; dado que, en respuesta á sus insistentes preguntas, tuve que enumerarle mi familia y darle

nimios pormenores de ella, sorprendiéndome cada vez más el interés (no la atención ni indiferente cortesía) con que escuchaba mis palabras.... ¡Parecíame imposible que, en medio de tantos cuidados y tareas como le cercan, el Padre Santo lograra fijarse tan completamente en mi mayor ó menor ventura y en la manera de ser y de estar constituída una familia cristiana cualquiera, de las miles de miles que componen su vasto imperio espiritual!

Llegó á tal extremo tan singular é indefinible situación, que, sin reparo alguno, me atreví á pedirle á Su Santidad algún recuerdo material de aquella audiencia; lo que menos le importase; lo que de nada le sirviese; un pliego de papel, una pluma....

—Algo mejor que eso voy á regalarle á V....—me dijo, sonriéndose y levantándose.

Aquí perdí todo mi valor, y hasta me horroricé de lo que había dicho, de lo que había hecho....—¡Molestar al Papa! ¡Dar lugar á que dejase su silla! ¡Obligarle á andar algunos pasos!....

Muchas veces le pedí perdón de mi audacia y le supliqué que no se incomodase....—Pero Su Santidad se reía, y marchaba por la estancia, diciéndome afablemente:

—Estoy bueno.... Ahora estoy muy bueno....—Dígaselo V. á su familia y á aquellos de sus amigos que bien me quieran....

Y, con paso firme, salió del despacho, penetrando en la otra habitación en que daba el sol y cuya puerta estaba abierta de par en par.

Por aquella puerta seguía yo viendo á Pío IX, quien abría una vetusta papelera, no sin continuar hablándome al propio tiempo, aunque nos separaba una distancia de veinte pasos.

—Voy á darle á V..... (decía, interrumpiéndose á

cada palabra, mientras revolvía el fondo de un cajón); voy á darle á V.... una medalla de las que acabo de hacer acuñar para los que han defendido en *Castelfidardo* la bandera de la Iglesia; pues, aunque V. no ha estado en Castelfidardo, estuvo en África, según dice la solicitud de audiencia que me ha remitido la Embajada, y es lo mismo; porque, al cabo, todo cede en honra y gloria de nuestra santa Religión.

Escuchaba yo estas palabras, medio orgulloso y medio arrepentido de lo que sucedía por mi culpa.

Volvió al fin el Sumo Pontífice al despacho; dióme una medallita en que se veía la Efigie de la Purísima Concepción y el busto de Su Santidad, y, poniéndome dulcemente la mano sobre un hombro, me dijo:

—Conque vaya V. con Dios: sea muy bueno, y dé memorias mías á sus padres y hermanos, con mi Bendición Apostólica. —Buen viaje; y mi Bendición á todas horas y en todas partes.—¡Logre V. tanta felicidad como yo le deseo!....—Adiós, hijo mío.

Me arrodillé tres veces, retirándome de espaldas, como está prescrito por la etiqueta del Vaticano, y, á cada genuflexión, Su Santidad sonreía cariñosamente, bendiciéndome, al par que repitiendo el más español de nuestros saludos:

—*Vaya V. con Dios.*

X.

EL VATICANO.—MARAVILLAS DE ARTE DE LA ANTIGÜEDAD Y DEL RENACIMIENTO.

ROMA 5 de Enero.

Una hora después me hallaba de vuelta en el *Vaticano*....—¡Iba á ver el *Palacio* con ojos de artista; á recorrer el *Museo* y la *Biblioteca*; á visitar el *Juicio final*

de Miguel Ángel; á admirar la *Transfiguración* de Rafael; á contemplar el grupo de *Laocoonte* y el *Apolo de Belvedere*, dos de las obras capitales de la Antigüedad clásica!....

Aquella visita, para la cual creí que tendría bastante tiempo con todo el resto de la tarde, ha durado cuatro días; pues desde la inolvidable mañana del 2 hasta hoy, puedo decir que no he hecho otra cosa que recorrer el *Vaticano*. — No daré, empero, cuenta de aquella amalgama de irregulares Palacios que, según la estadística, encierra en sus tres pisos infinidad de salas, galerías, capillas y corredores, además de esa Biblioteca, ese Museo, un Jardín extensísimo, 20 patios, 8 grandes escaleras y 200 escaleras de servicio. ¡Nada menos, en suma, que 13,000 habitaciones, comprendidos los subterráneos!

Tampoco disertaré sobre la historia de la construcción, sino que me limitaré á copiar las siguientes noticias:—Aulio Gelio hace provenir la palabra *Vaticano* de los oráculos *(vaticinia)* que, ya en su tiempo (dos siglos antes de Jesucristo), se pronunciaban en aquel lugar.—Ignórase la época de su fundación: sábese solamente que lo habitó Carlo-Magno.—En el siglo XII los Papas vivían todavía en Letrán, y no se trasladaron al Vaticano hasta que volvieron de Avignon.—Juan XXIII puso en comunicación el Palacio con el Castillo (de *Sant' Angelo)* por medio de una galería cubierta.—Nicolás V lo rodeó de murallas.—En el siglo XIV, Sixto IV hizo la Biblioteca y la Capilla Sixtina.—Alejandro VI mandó construir el departamento que lleva el nombre de *Borgia*....; y el resto se debe á Inocencio VII, Julio II, León X, Pablo III, Sixto V, Clemente XI, Pío VI, Pío VII, Gregorio XVI y Pío IX.

Dicho lo cual, busquemos las obras más notables que guarda aquel Capitolio de la Roma cristiana: y,

para ello, después de cruzar la *Sala Regia*, cuyos *Frescos históricos* son dignos de especial atención, penetremos en la célebre *Capilla Sixtina*.

En la *Capilla Sixtina*, donde se celebran, en presencia del Padre Santo, los Oficios de Semana Santa, se halla el famosísimo *Juicio final* de Miguel Ángel, inmensa pintura al fresco que llena la pared del fondo.

Esta obra ha sido juzgada por todo el mundo como superior á la crítica. Yo no he sabido qué admirar más en ella: si la grandeza del dibujo, si la gigante osadía que revela la disposición de cada figura, si la composición de uno y otro episodio, si la terrible animación del conjunto ó si la vehemencia de los afectos expresados por cada fisonomía. En cuanto á la *invención*, sabemos (y Miguel Ángel lo confesaba) que sólo es una traducción material de las grandiosas y tremendas *imaginaciones* de Dante, y desde este punto de vista, creo que están en lo justo los que hallan más idealismo, más inspiración mística, más espíritu cristiano en el *Juicio final* de Giotto, que vimos en Padua, y sobre todo en el de Orcagna, que admiramos en Pisa. En cambio el de Miguel Ángel impone y aterra por la representación física de los dolores, por el vigor del estilo, por la pasmosa variedad de las más atrevidas actitudes, por los maravillosos estudios anatómicos que revela, y por la fuerza y la vida de la acción dramática en general.

En el centro de la composición se ve á Jesucristo; pero no ya al *Salvador*, al manso cordero, á la víctima resignada; sino al terrible *Juez* que había de venir á juzgar á los vivos y á los muertos. («Es el Jesús del *Dies irae*», ha dicho no sé quién.) A sus pies se halla la Virgen María, arrodillada, intercediendo por los pecadores. La escena tiene lugar entre el Cielo y la Tie-

rra. De la Tierra salen los Muertos, despertados de su largo sueño por el son de grandes trompetas, que un grupo de Ángeles toca con espantosa energía. En lo alto se ven dos masas de Elegidos que vuelan al Cielo, abrazados unos á la Columna de la Fe y otros al Árbol de la Cruz. Cerca de Cristo se hallan los Mártires, quienes le presentan los instrumentos de su martirio,—las aspas, la cruz, la rueda, la escalera, los martillos, la espada....—San Bartolomé, admirablemente pintado, lleva en la mano su propia piel, que conserva la forma humana, ¡aun la del rostro! ¡pormenor horrible!—Á la izquierda luchan los Condenados con los Demonios, resistiéndose ferozmente á seguirlos al Infierno.—Hay quien dice que esta es la parte más perfecta de la obra.... Vese allí un Condenado reflexionando sobre su suerte, que hace temblar al que lo mira: ¡tal es su muda desesperación! — En la parte baja del fresco, anda Carón, el barquero mitológico, conduciendo los réprobos á las regiones infernales.... (¡Igual contrasentido pagano se advierte en el poema en Dante!)—Á la derecha, todo es júbilo y amor, gloria ó esperanza.... Allí están los Justos, los Elegidos, que acaban de pasar por delante de Jesús, el cual los va colocando á su diestra, como indicio de que estarán después *á la diestra de Dios Padre*. — Las Virgenes son muy bellas; pero no muy púdicas...., y eso que fueron *vestidas* por Daniel Volterra, á petición de Pablo IV....—¡Ah! ¿qué entendía de esto Miguel Ángel? ¡El era gentil, y siguió siéndolo al tratar el asunto más religioso, más cristiano, más ascético que puede encomendarse á un pintor! — Para concluir: el *Juicio final* encierra cuatrocientas figuras, en las que están representados todos los afectos, todas las edades, todas las actitudes, todas las pasiones, todos los tipos.... ¡Glosa admirable del alma y del cuerpo humano, que

demuestra la inagotable inventiva de un genio colosal y de una sabiduría académica prodigiosa!

Ni es esta la única obra de Miguel Ángel que encierra la *Capilla Sixtina*. — Todo el *techo* se halla pintado de su mano, y, entre las maravillosas invenciones que allí legó á la posteridad, cualquiera de ellas...., la menos perfecta...., bastaría á inmortalizar á aquel soberano artista!

Conocido su genio, bastará la índole de los asuntos para dar idea de la grandiosidad de sus obras.—Estos asuntos son: 1.°, Separación de la Luz y de las Tinieblas: 2.°, Creación del Sol y de la Luna y *siembra* ó sementera de la Tierra: 3.°, El espíritu de Dios cerniéndose sobre las Aguas: 4.°, Creación de Adán: 5.°, Creación de Eva: 6.°, Caída del primer hombre y su expulsión del Paraíso: 7.°, Sacrificio de Noé: 8.°, El Diluvio: 9.°, Embriaguez de Noé: 10, Jeremías: 11, La Sibila de Persia: 12, Ezequiel: 13, La Sibila Eritea: 14, Joël: 15, Zacarias: 16, La Sibila de Delfos: 17, Isaías: 18, La Sibila de Cumas: 19, Daniel: 20, La Sibila Líbica: 21, Jonás: 22, Asuero y Esther y el suplicio de Hamán: 23, La serpiente de metal: 24, David y Goliat: 25, Judith y Holofernes, y una infinidad de figuras decorativas.

De estas obras, merecen especial mención los *Profetas y las Sibilas*; y especialísima, la *Creación del Hombre* y la de la *Mujer*, sobre todo la del *Hombre*, representado en un hermosísimo cadáver sumido en un rincón de la Tierra, adonde llega el Creador, sostenido por Ángeles, y le da la vida tocándole con el dedo. —Esta escena respira sublime poesía, enteramente genesíaca, que recuerda los sencillos y majestuosos versículos de Moisés.

En la *Capilla Paulina* hay otros dos frescos de Miguel Angel (*La Conversión de San Pablo* y *El Martirio*

de San Pedro) que en cualquier parte llamarían extraordinariamente la atención, pero que se ven sin asombro cuando viene uno de admirar la *Capilla Sixtina* y se dirige á las *Logias* de Rafael.

Las *Logias* son una multitud de reducidas estancias, formadas por tres hileras de pórticos; y llevan el nombre de Rafael, porque este inmortal artista las construyó, las decoró y las pintó al fresco.—Las pinturas representan asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento, principiando por la *Creación del Mundo*, y, ya en ellas, casi iguala Rafael á Miguel Ángel en la grandeza y majestad de la concepción....—Pero donde lo *vence* por completo es en las célebres *Cámaras* (Stanze).

En aquellas *Cámaras* se admiran las obras capitales del pintor de Urbino.—Allí se ven *El incendio de Borgo*, —la *Escuela de Atenas*,—la *Disputa del Sacramento* (que es sin duda la más alta y grandiosa creación del arte cristiano),—*El Parnaso*,—*Heliodoro arrojado del Templo*, —*San León deteniendo á Atila á las puertas de Roma*,— *El Milagro de Bolsena* (historia de un sacerdote incrédulo, convertido al ver una Hostia ensangrentada),— *San Pedro puesto en libertad*,—la *Batalla de Constantino*, —otros episodios de su vida cristiana....,—etc.

Repito lo que más atrás dije refiriéndome á Miguel Ángel....—Cada una de estas otras obras merecería también capítulo especial, y cualquiera de ellas bastaría á la gloria de Rafael. El pintor divino demuestra en las *Cámaras* todo su genio, toda su filosofía, toda su erudición, y juntamente su inspiración cristiana, su profundidad teológica, su gracia y virilidad, unidas por admirable modo.—Conténtome yo con nombrar aquellos prodigios del Arte: ¡El resto lo dice la fama y lo repetirá siglos y siglos!

Pasemos ahora á la *Pinacoteca* ó *Galería de Cuadros*

del Vaticano, compuesta de poquísimas obras, pero todas ellas magistrales.

La primera que todo el mundo busca allí es la *Transfiguración,* del mismo Rafael, por mucho tiempo reputada como la mejor creación de su autor y de la pintura universal.—Hoy la crítica, más generalizadora y profunda, echa de menos en aquel cuadro el perfume de santidad y ambiente divino que respiran otras obras de Rafael. La *Transfiguración* es sin duda un prodigio, considerado *el arte por el arte* y como ingeniosa é idealizada reproducción de la naturaleza.... Los clásicos, los paganos, los académicos, podrán no pedirle nada á aquella grandiosa composición.... Pero todo poeta creyente, toda alma enamorada de lo absoluto y de lo eterno, todo corazón sediento de afectos y goces infinitos, habrá de reconocer que estos sentimientos rayaron más alto en otra obra inmortal, sabiamente colocada enfrente de la *Transfiguración* de Rafael, como para castigar al pintor de las *Vírgenes* por haberse inspirado en el Olimpo, y no en la Gloria, al retratar la sublime escena del Thabor.

La obra á que me refiero es la *Última Comunión de San Jerónimo*, por el Dominiquino.—Cierto que su idea y su disposición están plagiadas de la pintura del mismo nombre, ejecutada por Aníbal Carracci, que vimos en Bolonia; pero lo que maravilla y arrebata en el cuadro del Dominiquino no se encuentra en la creación de Carracci; y acaso, porque no se encontraba en ella, acometió Dominiquino la empresa de mejorarla, celoso del éxito que había alcanzado.... Hablo de la unción religiosa; de aquella santidad que no respira la *Transfiguración* de Rafael.—Resumiendo: el *San Jerónimo* de Dominiquino es un anciano decrépito, enfermo, casi moribundo, que quiere estar arrodillado y no puede. Algunos Varones piadosos lo sostienen

por debajo de los brazos, con lo que el sublime Traductor de la Biblia, sentado sobre sus desnudos pies, apenas logra levantar la cabeza. Ya no le queda vida más que para mirar la Hostia que le presenta el Sacerdote.... Se comprende que en sus venas no hay ya otro calor que el amor divino y el santo deseo de tocar con sus labios, de recibir en sus entrañas, la Forma consagrada del Cuerpo del Redentor.... ¡La Comunión será para él un ósculo de paz, después de los combates de esta vida, y un vínculo de alianza con la eternidad!—¡Qué sed de ver á Dios! ¡qué rendimiento! ¡qué júbilo!.... ¡Yo no conozco expresión más culminante de caridad!.... ¡Yo no he visto nunca tan espiritualizada la forma humana!

Pero fuerza es que andemos más de prisa; pues nos queda muchísimo de que hablar....— En la *Galería del Vaticano* se hallan también la célebre *Madonna di Foligno* de Rafael; su *Coronación de la Virgen* (pintada en el estilo de su insigne maestro, y, por consiguiente, inmaterial, pura y divina como una visión del Cielo); la *Anunciación*; la *Adoración de los Reyes*; la *Presentación al Templo*, y las *Virtudes teologales*, cuadros todos, especialmente el último, dignos del genio y de la fama del pintor de Urbino.

De las obras restantes de la Galería, las más bellas y renombradas son la *Visión de San Romualdo*, por Andrea Sacchi;—*El entierro de Cristo*, por Caravaggio;— una *Madonna* de Ticiano;—la *Leyenda de Nicolás Vari*, por el sublime Beato Angélico;— dos cuadros de Murillo (la *Sagrada Familia* y la *Vuelta del Hijo-pródigo*), colocados allí por Pío IX, — y los famosos *Tapices de Rafael*, que encierran extraordinarias maravillas de concepción y de dibujo.

La *Biblioteca del Vaticano* es la primera colección de

Manuscritos de todo el universo. El local no puede ser más bello ni más suntuoso. La *Sala Grande*, de 216 pies de longitud por 49 de anchura, está adornada con preciosos frescos y con elegantes armarios cerrados. De esta Sala arranca una doble galería, vistosísima, de más de 1,000 pies de longitud.

Los Manuscritos no bajan de 25,000, y entre ellos los hay griegos, latinos, árabes, persas, turcos, siriacos, hebreos, slavos, etíopes, samaritanos, coptos, armenios, georgianos, indios, chinos.—De los innumerables tesoros que allí se guardan, sólo he visto algunas cartas de Enrique VIII á Ana Bolena; un cuaderno de borradores del Tasso, quien por cierto corregía mucho sus versos; una Biblia del siglo VI; la *República* de Cicerón, y un *Virgilio* del siglo V, adornado de preciosas miniaturas.

La *Biblioteca del Vaticano* comprende además 30,000 Impresos; — un *Museo* llamado *profano;* — otro de *Antigüedades cristianas*, en que se ven Lápidas procedentes de las Catacumbas, pinturas de maestros griegos muy anteriores al Renacimiento de las artes, Cálices antiquísimos, y otros muchos objetos pertenecientes á los primeros cristianos; — un Gabinete en que hay seis armarios llenos de ídolos, estatuitas, inscripciones en bronce, utensilios de todo género de los antiguos romanos, y la cabellera de una mujer, perfectamente conservada, aunque tendrá más de quince siglos, que se encontró en un sarcófago gentil; — una Sala de *Pinturas bizantinas*; —el Gabinete de los *Papirus*; —ocho Salas más, atestadas de curiosidades históricas; —el *Gabinete de las Medallas*; —y la Sala de las *Bodas Aldobrandinas*, donde se halla el famoso *Fresco* de este nombre, cuya importancia ha desaparecido después de las exhumaciones de Pompeya.

Hasta aquí la Biblioteca. — Ahora empieza el verdadero *Museo del Vaticano;* esto es, el *Museo de Escultura*, vastísima ciudad que encierra los despojos de mil generaciones. — Baste saber que aquel *Museo*, el primero del mundo, tiene una gran Sala destinada exclusivamente á *Bustos* de la antigüedad; una Galería llamada de los *Candelabros*; una Sala de *Animales* esculpidos; otra Galería llena de *Estatuas*; patios atestados de *Sepulcros* y de grandes *Vasos*; un departamento que encierra todo un *Museo Etrusco*; otro que equivale á un *Museo Egipcio*, y muchos que llevan nombres especiales y que bastarían al lustre de la más culta capital, como son el *Museo Chiaramonti*, la *Galería Lapidaria*, el *Museo Pío Clementino*, etc.

El *Museo del Vaticano*, —lo repito,—es un pueblo, ó, por mejor decir, un *gentío* de piedra. Allí se encuentran todos los hombres célebres de que nos hablan los historiadores latinos; y allí están asimismo sus dioses. Los retratos, los bustos, las estatuas que pueblan aquel recinto exceden en vida y expresión á la fotografía. Oradores, Filósofos, Guerreros y Poetas nos miran, nos hablan, se mueven, palpitan, animados por el Arte. Los Emperadores, los Cónsules, los Tribunos, las Matronas, las Cortesanas, los niños, los esclavos, todos moran en aquel lugar, rodeados de los restos de sus viviendas, de las pilas en que se bañaban, de los pavimentos de mosaico que pisaron, de las bestias feroces que admiraron en los Circos, de los sepulcros que no han podido retenerlos, de las columnas de sus Templos y Palacios de sus ídolos, de los monumentos que veían en plazas y calles, de las obras maestras de Fidias y Praxíteles que tuvieron en tanta veneración, de todo, en fin, lo que embellecía su existencia cuando, en vez de efigies de mármol, eran personas de carne y hueso....

¡Y qué numerosa es aquella población petrificada! ¡Sólo para conocer de vista á los inmóviles Habitantes del *Museo* sería menester permanecer allí un año! ¡Para tratarlos y ser amigo familiar de todos, no bastaría un tercio de la vida!—Desistamos, pues, de parar la atención en unas gentes que hemos de abandonar tan pronto, y fijémonos solamente en las obras inmortales de la Antigüedad; en los grandes prodigios de la Escultura griega: esto es; hagamos lo mismo que hacemos en cualquiera ciudad cuando la visitamos de paso: no reparemos en el vulgo: veamos los monumentos y á las personas notables, y sigamos nuestro camino.

Por ejemplo: saludemos á esta soberbia *Cariátide*, hermosa como una Juno, magníficamente vestida, y que parece el símbolo de la belleza permanente;—detengámonos luego cerca de la Estatua del *Pudor*, de esa gallarda joven que, á medida que se envuelve más en sus ropas, deja adivinar con mayor precisión y exactitud las formas hechiceras de su cuerpo;—admiremos y reverenciemos la austera figura de *Demóstenes* en su actitud persuasiva;—apartémonos algo, no que nos atropelle, del *Atleta* ó *Corredor*, que huye continuamente de su pedestal;—y hagamos alto delante de la colosal estatua del *Nilo*, conocida de todo el mundo por la circunstancia de que una excelente copia de ella adorna un Jardín público de París....

Nada más imponente que aquel gigante acostado, por cuyo cuerpo trepan y corren diez y seis niños, que siempre me recuerdan á los liliputienses que se apoderaron de Gulliver.... ¡Yo no comprendo que pueda presentarse alegoría más exacta que esta escultura, para dar idea del opulento Río que es vida y alma de todo el Egipto; que lo aniquila y regenera continuamente, y que le ocasiona asombro y pavor

cada vez que lo inunda para fecundar y enriquecer su campos!

Pero continuemos.—He aquí la célebre *Minerva Médica*.—¡Ved enfrente de ella á *Augusto*, ó, por mejor decir, al joven Octavio!—Ved allí á *Tiberio*, sentado pacíficamente....—Su calma glacial horroriza.... ¡Pasemos! ¡Pasemos pronto!

Estamos en el Vestíbulo circular, donde se halla el Balcón de *Belvedere*, que da nombre á toda esta parte del *Museo*.—La vista que desde el balcón se disfruta es, en efecto, asombrosa. Roma entera se extiende ante nuestras miradas....—Pero ¿cómo ponerse á contemplar á Roma, cuando reclaman nuestra atención las primeras maravillas del arte griego?—¡Adelante! ¡Adelante!

Desde el *Vestíbulo* pasamos al célebre *Patio*, centro del Museo, rodeado de Gabinetes que encierran las obras capitales de la Escultura antigua.

He aquí el *Perseo;*—he aquí el *Mercurio*, conocido con el nombre de *Antinoo;*—he aquí el célebre *torso griego*, que, no siendo más que un fragmento de estatua, conserva toda la vida que pudo tener la estatua entera y hace adivinar el resto de la figura....

Miguel Ángel decía que era discípulo de este *torso*....—¡Pero Miguel Ángel decía también que el *Grupo de Laocoonte* era el *milagro del arte*, y estamos á pocos pasos del *Grupo de Laocoonte!*—Avancemos, pues.

¡Oh prodigio! No basta conocerlo, como lo conoce todo el mundo, por el vaciado, por el grabado ó por la fotografía. Acontece con estas obras maestras que, después de serle á uno familiares por las muchas y excelentes copias de ellas que hay en todos los grandes Museos de Europa, todavía cree verlas por primera vez cuando examina el original.—¡Y es que ni el vaciado ni la copia tendrán nunca la morbidez del

Paros ó del Carrara, modelado por aquellos magos del arte y bruñido por miles de años! Quien no haya visto estos modelos insuperables, asombro de generaciones de artistas, no sabrá jamás hasta qué punto puede animarse la piedra bajo la mano del escultor, ni cómo una forma precisa y dura adquiere el indeciso contorno de la carne y la suave vaguedad del movimiento.... —Ved, si no, á *Laocoonte:* vedlo pugnar con las serpientes que lo ahogan, y ahogan al par á sus hijos; ved la infinita angustia del rostro del padre; ved sus atléticos esfuerzos, sus miembros crispados, su desesperada actitud, y decid si aquello es materia inerte; si aquella boca no se queja; si aquellos brazos no luchan; si aquellos ojos no lloran lágrimas de sangre!

Y ¡qué transición!.... En el lado opuesto encontráis el *Apolo de Belvedere*, la suave figura que pasa por tipo correcto de la belleza del hombre; el gallardo mancebo de perfectas formas, de varonil hermosura, de noble continente, que enamora tanto á las hijas de Eva como la *Venus de Médicis* á los hijos de Adán; el *Apolo de Belvedere*...., en fin, muestra proverbial de que no siempre es *feo* el sexo que no se llama *bello* por antonomasia!

Después encontraréis el *León que despedaza á un caballo*, admirable grupo, en que las dos figuras son interesantes, las dos nobles, ninguna odiosa; —el *Cupido de Praxiteles*, llamado el *Genio del Vaticano;* —su *Apolo* y su *Venus*, que son dos maravillas, copia la segunda de la famosa *Venus del Gnido;*—la renombrada estatua de *Meleagro*, y mil otras obras maestras que ni nombrar me es posible, pero que en otro cualquier Museo serían objeto principal del entusiasmo de los artistas.

Y nada digo de *Vasos etruscos*, cuyas pinturas son otros tantos poemas, ni de las urnas y pilas de pórfido

ó de otras riquísimas piedras que demuestran el grado de lujo y esplendor á que llegó el regalo de los griegos; ni de las preciosidades artísticas y curiosidades históricas que encierra el *Museo Egipcio*....— ¡El *Vaticano* es interminable, indescriptible! ¡Museo digno de *Roma*...., y esto lo dice todo!

. . . . . .

. . . . . .

ROMA 8 de Enero.

He pasado tres días más en *Roma*, de donde parto hoy para *Nápoles*, para la hermosa *Nápoles*, término de mi peregrinación....

Mucho he visto, sentido y pensado en la Ciudad Eterna durante estos últimos tres días, y mucho nuevo que ver, que sentir y que pensar me quedaría siempre, aunque permaneciera en ella años y años....— ¡Roma es inmensa! ¡Roma es infinita!

La descripción completa de sus Ruínas requeriría un tomo en folio; otro la descripción de sus Iglesias; otro la de sus Pinturas; otro la de sus Vasos, Bronces y Medallas; otro la de sus Esculturas; otro la de sus Bibliotecas; otro la de sus Oficinas eclesiásticas; otro la de sus Academias artísticas, *et sic de caeteris*....—Me declaro, pues, vencido, agobiado, anonadado por la Gran Ciudad, y huyo, renunciando á la tarea de acabar de describirla.

Tampoco me atrevo todavía á decir cosa alguna acerca del Poder temporal de los Papas....—Esta cuestión es otro abismo sin fondo.

LIBRO UNDÉCIMO

NÁPOLES.

I.

DE ROMA Á LA FRONTERA NAPOLITANA.—TERRACINA.—GAETA.—OBSTÁCULO IMPREVISTO.

TERRACINA 9 de Enero.

HEME en *Terracina*, en la última Ciudad de los Estados Pontificios, á media legua de la frontera napolitana.

Acabamos de llegar. Son las once y cuarto de la noche. Así que escriba nuestra breve historia de hoy, descansaré algunas horas, y mañana por la mañana saldremos para Nápoles.

Dióscoro Puebla, uno de los artistas pensionados por el gobierno español en Roma, y de quien ya he hablado en estos apuntes, forma parte de la expedición.—Él se volverá á Roma desde Nápoles: los demás regresaremos á España embarcados.

Creo inútil decir que estos *demás* somos Caballero, Jussuf y yo.

El viaje que hemos hecho de Roma á *Terracina* es digno de mención, aun después de haberos ya descrito otra caminata en posta por el Estado Romano.—Seré, con todo, muy ligero.

Á *mezzo-giorno*, esto es, á las doce del día, salimos hoy de la Ciudad Eterna, por la puerta *San Giovanni;* Jussuf, encargado siempre de la galga ó *scarpa*, y Caballero, Puebla y yo cómodamente arrellanados en una inmensa y sólida carretela, dentro de la cual quedaba sitio para el consabido cesto de provisiones....

Atravesamos la campiña romana, solitaria, triste y llena de ruínas.—Torné á ver á *Albano*, donde se paseaban juntos los soldados franceses con los soldados napolitanos que se han refugiado en este país después de las derrotas del Volturno; aquellos, equipados lujosamente; estos, miserables y desarrapados; los unos ebrios; los otros pálidos y desfallecidos. —Cruzamos un hermoso *Puente* que une á Albano con *Ariccia*, desde el cual descubrimos simultáneamente una llanura suave y melancólica y un horizonte de mar, mientras que limitaban el paisaje á la izquierda los frondosos Montes Albanos, á cuya falda se veían blanquear mil fúnebres ruínas.... ¡hasta de ciudades enteras! —Gozamos luego de una sublime puesta de sol en el mar, bajo un pabellón de rojizas nubes; y, á la luz del crepúsculo, en el solemne silencio que nos rodeaba, contemplamos con infinita tristeza y honda compasión aquella tierra solitaria que íbamos cruzando, apestada y bella como la infortunada Pía, y en que no se notaban otras señales de vida que algunas piaras de búfalos revolcándose en el negro cieno de los pestilentes pantanos.

Ya de noche, pasamos por *Velletri*, patria de Augusto, antiquísima Ciudad, cuyas mujeres tienen reputación de muy hermosas, y donde, al decir de Puebla, que conoce palmo á palmo los alrededores de Roma, quedan muchos, muchísimos recuerdos de la ocupación española de 1849....; tanto, que los franceses, para embromar á aquellas beldades, las llaman

Margaritas.... (epigrama que no explicaré).—Allí mudamos tiro, y por cierto que el maestro de Postas nos declaró, casi con lágrimas en los ojos, que nuestra silla era la primera que pasaba por la Ciudad después de Noche Buena. — También nos ha anunciado que probablemente no nos dejarán los Piamonteses cruzar la frontera napolitana.... Pero nosotros hemos seguido adelante: primero, porque tengo una carta para Cialdini; y segundo, porque en Roma nos han asegurado que *hay armisticio* entre los sitiadores y los defensores de Gaeta.

En las demás paradas, los dueños de los *albergos* nos han pedido, como se pide una limosna, que entrásemos en sus establecimientos, que pasásemos allí la noche, ó que á lo menos hiciésemos algún gasto, pues se hallan en la última miseria á causa de la interrupción de las comunicaciones.—¡Los postillones, por su parte, al darnos las *gracias* por la propina, ó sea por la *buona mano*, nos han confesado que en todo el invierno solamente han comido achicorias!

Mas no se crea que semejante estado de indigencia se limita á los que viven de los forasteros. Todo el país pontificio presenta el mismo aspecto de desolación y ruína, no sólo por consecuencia de la guerra, sino porque sus habitantes fueron siempre tan enemigos de trabajar como rehacio su Gobierno en emprender reformas y obras públicas.... Así es que, por donde quiera que hemos pasado, nos han pedido limosna verdaderos enjambres de pobres, los cuales (dicho sea para satisfacción de los poetas) *nos tuteaban* familiarmente, no por espíritu democrático.... moderno, sino á la manera clásica, como los antiguos romanos tuteaban á sus señores, ó tal vez como los primitivos nazarenos, declarados hermanos por Jesucristo, se tuteaban entre sí....

Departiendo acerca de tales cosas, y de otras que no son de este lugar, hemos pasado por los encinares de *Cisterna*, albergue de bandidos desde la antigüedad hasta nuestros días, y por la *Torre de Treponti*, donde hemos mudado tiro.—Allí empiezan las célebres *Lagunas Pontinas*, que se extienden hasta la Ciudad en que escribo, ó sea por un espacio de ocho leguas de longitud y tres de máxima anchura. Sus aguas estancadas producen la *malaria*, tremendo azote que ha despoblado completamente toda aquella región, en que hubo nada menos que treinta y tres Ciudades!

Finalmente: á las diez y media de la noche hemos llegado á *Terracina*, segundo Puerto de mar de los Estados Pontificios, y albergádonos en el *Hotel de la Posta*, desde cuyos desmantelados salones oigó los bramidos del líquido elemento...., ¡que por cierto se halla bastante encolerizado!

Aquí nos han vuelto á anunciar, como muy posible, que los Piamonteses no nos dejen pasar la frontera napolitana; pues desconfían de todo el que, procedente de Roma, se dirige al teatro de los sucesos....—ó sea al Campamento de los sitiadores de Gaeta, distante de *Terracina* unas tres leguas....

La misma Plaza sitiada se ve perfectamente, según dicen, desde el Muelle de esta Ciudad, y también nos han asegurado que ayer al medio día sonaba aún el cañón por aquella parte y se percibía el humo de los disparos en el cielo que cobija á Mola....

¡Corpo d'un Satanasso! ¿Si no habrá tal *armisticio?*

Día 10.

Han pasado veinticuatro horas bastante largas, y cátanos todavía en *Terracina*, decididos á volvernos á Roma y á emprender desde allí otro viaje á Nápoles, por Civita-Vecchia y el mar.

Antes de tomar esta determinación, hemos apurado todos los medios imaginables para continuar nuestra marcha por tierra, ó, á lo menos, para no perder lo que llevamos andado y embarcarnos en este puerto con dirección á Nápoles, ó al mismo Gaeta.... Pero todo ha sido inútil, según que paso á referir.

Esta mañana, al ser de día, hicimos enganchar la silla de posta y tomamos el camino de Nápoles, contra la opinión de los habitantes de *Terracina*, que nos aseguraban que tendríamos que volvernos.

El día estaba hermoso, aunque agitadísima la mar. La carretera, abierta á pico en erguidas peñas, seguía las ondulaciones de la costa. Á nuestra izquierda veíamos formidables cumbres convertidas en fortificaciones. La rica vegetación que festoneaba los zócalos de aquellos gigantes de granito anunciaba ya la espléndida flora del Mediodia. Á lo lejos se divisaban las rocas artilladas que cercan á *Gaeta*, tantas veces asilo del valor y la desgracia, y hoy último baluarte de una monarquía moribunda.

Á la media hora de camino, dejamos los *Estados del Papa*, y entramos en el *Reino de Nápoles*.—En los límites de ambas *naciones* había una especie de Portazgo, donde un empleado pontificio nos pidió.... la última limosna por no vernos los pasaportes.— Nosotros le preguntamos, en cambio, si nos detendrían más adelante las tropas piamontesas....—El romano nos dijo *que no*; é hizo bien....;—pues de otro modo no se hubiera justificado la susodicha limosna, supuesto que no habríamos *pasado*.

Un cuarto de legua más adelante, y al pie ya de *Fondi*, primer pueblo napolitano, el camino, convertido en desfiladero entre el *Lago de Fondi* y unas rocas, estaba cortado por altísima Puerta, guarnecida de dos macizas torres artilladas.

—¡He aquí la *Portella!*....—(exclamó el Postillón): Esta es la verdadera entrada en el Reino de Nápoles.

Dicho Postillón, vestido con su casaquilla corta y con su alto sombrero chapado, era realista de Francisco II, y, por tanto, llevaba un miedo cerval á los Piamonteses....

Llamamos á la Puerta: sonó al otro lado de ella ruído de armas, y una voz terrible exclamó en italiano del Norte:

—¿Quién vive?

—Una silla de posta que se dirige á Nápoles....—contestamos nosotros.

—¿De qué nación son Vds.?

—Españoles.

—No se puede pasar.

—Traemos una carta para el General Cialdini....

—El General Cialdini está en *Mola di Gaeta*, y nosotros tenemos orden de no abrir la puerta á nadie, y mucho menos á españoles....—¡Ya sabrán Vds. que algunos compatriotas suyos vinieron á nuestro campamento como amigos, y á la tarde los divisamos con nuestros anteojos en las murallas de Gaeta, donde señalaban hacia acá, explicando indudablemente á los borbónicos la situación de nuestras baterías ocultas!....

—¡Nosotros no somos espías! ¡Nosotros somos liberales, amigos de la Independencia italiana!

—¡Lo mismo decían aquellos!....—replicó el Oficial, á quien asistía completa razón....

—Pues entonces, pondremos un telegrama al General, y para ello, V., que sin conocernos nos insulta, nos permitirá subir á *Fondi*....

—No, señor: lo que se hará será enviarle el telegrama al Coronel que manda en *Fondi*, y él verá si puede transmitirse al General Cialdini.

Nos armamos de paciencia, recordando historias

que demasiado sabíamos; escribimos con lápiz un parte al General Cialdini, diciéndole que llevábamos recomendaciones del Conde de Cavour para las autoridades piamontesas de Nápoles, y deslizamos el papel por debajo de la *Portella*.

El despacho debió de impresionar al Oficial de guardia; pues un minuto después oimos estas órdenes:

—¡Á escape! ¡Reviente V. el caballo! Y dígale al señor Coronel que estos caballeros, con harto sentimiento mío, están esperando al otro lado de la *Portella!*

Á tales palabras siguió el ruído de un galope desesperado.

Nosotros sacamos nuestras provisiones; nos sentamos en el tranco de aquella Puerta que daba entrada á un campo de batalla, á un Reino cancelado, á las regiones tostadas por el Vesubio y á la *Gran Grecia* de los antiguos, y nos pusimos á almorzar tranquilamente, no sin convidar antes al Oficial de guardia, quien nos dió las gracias, asegurándonos que aceptaría con mucho gusto, si no le estuviese prohibido, pena de la vida, salir por aquella Puerta ó dejar penetrar á nadie.

En cambio, sacó una silla y la apoyó contra el portón; y así, espalda con espalda y con una tabla por medio, emprendimos amistosísimo coloquio, en que nos enteró del estado de la campaña.

Resumen: El armisticio ha sido pura *invención* de los romanos. ¡Hace cuatro días (el domingo) se dieron tres ataques inútiles á *Gaeta*, en que murieron muchos piamonteses!—La Escuadra francesa *no se ha marchado*, y mientras permanezca delante de la Plaza, no se podrá atacar á ésta por mar; es decir, que Napoleón, *sin prestar socorro ni esperanza* alguna á los sitiados, prolonga su agonía.—Se han repartido en *Gaeta* raciones para una semana, y, al cabo de ella, los Napolitanos tendrán que rendirse irremediablemente, faltos de víve-

res y municiones.—Desde hoy empezarán á embarcar la caballería y á trasladarla á Terracina; lo cual toleran muy regocijados sus *protectores* los franceses....—¡Es el principio de la evacuación!....

De modo, que si á los españoles se nos cree *falsos* cuando nos apellidamos *neutrales* (por ser público que nuestro Gobierno simpatiza con la causa de Francisco II), á los franceses se les cree *más falsos todavía* cuando alardean de *amigos* del infortunado Borbón, por haber la seguridad de que el Emperador de Francia no le ayudará más que á caer; lo cual no quita para que de una parte haya muchos españoles tan *italianistas* como nosotros, y de la otra muchos franceses tan *anti-italianistas* como los *verdaderos* defensores de Gaeta.

. . . . . .

Regresó el soldado de caballería....—¡El Coronel de *Fondi* se ha negado á transmitir el telegrama!

¡Qué demonio!....—En fin.... No hay remedio....—Volvámonos inmediatamente á *Terracina*.

El resto del día lo hemos pasado vagando por esta Ciudad, cuyo aspecto, muy semejante al de los parajes sombríos y dramáticos de Florencia, no ha sido parte á consolarnos de nuestra desventura.

Al caer la tarde, un Vaporcito que había estado desembarcando caballos procedentes de Gaeta, se dispuso á volver á la Plaza sitiada.

—¿Vamos á Gaeta?—nos preguntamos á una voz.

—¡Vamos!—nos respondimos los tres á un mismo tiempo.

Y corrimos al muelle.

La mar estaba espantosa....—Sin embargo, el bote del Vapor acababa de separarse de la orilla....

—¡Ah del bote!—exclamamos.

—¡Bote! ¡Bote!—repitieron las gentes del muelle, llamándolo para que volviese y nos llevase á bordo.

El bote no nos oyó. Los bramidos del mar y del viento se lo impedían....—¡Y á esta casual circunstancia debemos la vida Dióscoro Puebla, Caballero, Jussuf y yo!

Dígolo, porque cinco minutos después resonaba un espantoso grito en la playa de *Terracina*....—¡El bote había sido devorado por las olas!

De los cuatro marineros que lo tripulaban, sólo tres pudieron salvarse, gracias á los remos.—El cuarto desapareció...., ¡y ni su cadáver se ha encontrado todavía!—Las tablas del bote, mecidas por la marejada, golpean ya á estas horas los peñascos de la punta del muelle....—¡Lo mismo habrían hecho nuestros pobres cuerpos!

Volvámonos, pues, por tierra á Roma, desde donde iremos en Ferrocarril á Civita-Vecchia, en busca de un Vapor que nos conduzca directamente á Nápoles, cuando la mar y los marinos estén de acuerdo.

II.

CIVITA-VECCHIA.—DOS AJUSTICIADOS.—EL ARCHIPIÉLAGO PARTENÓPEO.—EL VESUBIO Á LO LEJOS.—¡NÁPOLES!

CIVITA-VECCHIA 12 de Enero.

No se dirá que pierdo el tiempo. Han pasado dos días, y ya estoy á bordo del *Durance*, vapor francés, surto en el puerto de *Civita-Vecchia*.

¡Son las cinco de la tarde: dentro de una hora levaremos anclas; y mañana nos amanecerá en el Golfo de Nápoles, al pie del Vesubio!

Caballero y Jussuf se han quedado en Roma, y se marcharán por tierra á Turín, en donde he prometido

estar dentro de veinte días.—Dióscoro Puebla se halla conmigo á bordo.

Nuestro paso por Roma ha sido *un sueño:* quiero decir, que llegamos ayer á las once de la noche y nos acostamos, y que, no bien nos hubimos levantado esta mañana, tomamos el tren para *Civita-Vecchia.*

En *Civita-Vecchia* nos ha acompañado y obsequiado mucho el Cónsul de España, mi antiguo amigo el señor Valladares.—Pero, dicho sea en honor de la verdad, el único Puerto de los *actuales* Estados Romanos tiene muy poco que ver, y eso poco *no lo hemos visto*, á causa de la espantosa lluvia que ha estado cayendo toda la tarde.—Sin embargo, llevo un recuerdo inolvidable de la Tiro papal, y es haberme encontrado de manos á boca con el verdugo, que venía (caballero en una mula, y calado de agua) de guillotinar, no muy lejos de la población, á dos reos *políticos*....

La suerte de estos desgraciados ha sido terriblemente caprichosa. Procesados y condenados á muerte como enemigos del Poder Temporal del Papa, iban ya á ser ajusticiados en Perugia, cuando he aquí que la ciudad se sublevó y los insurgentes invadieron la cárcel, poniendo en libertad á todos los presos políticos. Pero la autoridad romana, que veía venir el motín, se había anticipado á sacar secretamente de la cárcel, *quince minutos* antes del alzamiento, á estos dos infelices reos, y á esconderlos en otro lugar, desde donde los envió á Roma con el mayor misterio...., ¡cuando Perugia y toda la Umbría formaban ya parte de los dominios de Víctor Manuel!—Una vez en Roma los dos prisioneros, se han dejado pasar tres meses, hasta que ayer fueron trasladados á Civita-Vecchia (la ciudad más fuerte del Estado romano, copiosamente guarnecida de tropas francesas), con el solo, con el único, con el exclusivo objeto de degollarlos hoy....; lo cual se ha verificado

sin aparato ni ruído.—¡Entre tanto, sus compañeros en la prisión, sus cómplices en el delito, toda Perugia, toda la Umbría, llevan cuatro meses de ser liberales impunemente!....—Repetid conmigo...., que la suerte es muy caprichosa.

Pero anochece, y el Capitán del *Durance*, excelente marino, á quien tuve el gusto de conocer en Africa (pues mandaba uno de los buques sardos contratados por nuestro Gobierno), nos envía á buscar para que lo acompañemos *à pranzo*, quiero decir, á comer....—Vamos allá, y hagamos por la vida, sin miedo alguno de que nos guillotinen por liberales....; pues ya hemos levado anclas, y somos libres....—¡Tan libres somos, que estamos en plena posesión del mar, bajo la bandera francesa, y con rumbo á *Nápoles*, ciudad libre también....—Pero, antes de recobrar esta libertad, ¡trabajo nos ha costado *legalizar* nuestra situación á los ojos de la policía romana!—¿Queréis creer que nos pedían en la Estación del Ferrocarril de *Civita-Vecchia* un certificado del Cura «*de nuestra parroquia en Roma*», que nos autorizase á dejar los Estados Pontificios? ¿Queréis creer que, porque no teníamos ese certificado, trataban de hacernos regresar á la Ciudad Eterna? ¿Queréis creer que hasta que se convenció un Empleado, nada Salomón, de que no éramos *italianos*, nos hemos visto amenazados por los gendarmes del Papa?

¡Ah, noble y beatísimo Pío IX! ¡Qué cosas se hacen en su santo nombre!.... Y ¡qué inmensa distancia, qué absoluta diferencia existe entre lo que se ve y se adivina con dolor en el Estado Romano, y aquel alma bondadosa, paternal, angélica, que acoge tan cariñosamente á los peregrinos y derrama un bálsamo tan benéfico en los corazones atormentados!

. . . . . .

Dia 13.—Á bordo del *Durance.*

Ya es de día....—Subamos sobre cubierta....—Debemos de estar á la vista de *Nápoles.*

La noche ha sido penosa: hemos navegado con viento contrario, y esto ha retardado dos horas nuestro viaje.—¡Mejor! ¡Así veré con luz del día los grandes panoramas que van á descorrerse ante mis ojos!—En cuanto al mar, dijérase que está ahora durmiendo, según la calma con que lo hiende el buque.... Además, por la ventana ó *porta* de mi camarote, veo un cielo azul y transparente.... Va á salir el sol....—¡Arriba!

Subo á tiempo al alcázar.... Ya se distingue á lo lejos la doble pirámide de la *Isla de Ischia*, centinela avanzada del Golfo de Nápoles....—Pero nuestra verdadera atención es para *Gaeta*, que se divisa allá en la extensa línea del Continente con sus recios muros.—El cañón no ha tronado en toda la noche.

Cien anteojos se fijan en la Plaza sitiada....—Nada en ella da señales de vida....—¡Tal vez dentro de una hora será teatro de nuevos y desesperados combates!—Démosle nosotros un adiós...., y dispongamos el ánimo á las delicias de las regiones encantadas en que vamos á penetrar.

Ya empieza á dibujarse claramente, en el fondo azul del cielo y de las olas, el clásico Archipiélago Partenopeo.... Las Islas de *Ischia* y de *Prócida* parecen dos grandes navíos de color de violeta anclados á la entrada del mágico Golfo que no tiene igual en el mundo. Estas Islas se nos presentan en varias posiciones, á cual más elegante, según que avanzamos hacia ellas.—Me recuerdan las estatuas que en los museos giran sobre su pedestal....

Ya distinguimos otra Isla más pequeña....—Es la

Vivaca.—Á lo lejos aparece una mayor....—¡Es *Capri*...., la inmortal *Caprea* de los griegos!

Penetramos en el canal que separa á *Prócida* del Continente.... Pronto doblaremos el *Cabo Miseno*, y descubriremos el maravilloso cuadro de que se ha dicho: *¡Vedi Napoli è poi muori!*

Los recuerdos mitológicos de cada Isla, el eco poético de cada nombre, aleja de mi imaginación todo el mundo moderno.—Entramos en la región de la Fábula; en la región frecuentada por los dioses....

Sale el sol.... y, como por encanto, vemos brillar infinidad de pueblos, que brotan de las aguas y se reflejan en ellas.—He allí *Castellamare*.... He allí *Sorrento*.... He allí *Meta*, *Vivo Equense*, *Torre Anunciata*.... y otras poblaciones, bordando la corva ribera del mar, enlazadas unas á otras hasta formar una guirnalda ondulante de Pueblos, Quintas y Palacios, que parecen nacidos de la orla de espuma del refulgente golfo.—Entre tanto, las islas de color de violeta se han convertido en grandes macetas de flores y verdura, coronadas y ceñidas de pintorescos edificios que centellean al sol como la plata....

Pero ya debe de verse el *Vesubio*....—¡Oh, sí! Sobre todo este cuadro se levanta, dominando los montes, una solitaria cumbre, coronada de largo penacho de humo....—¡Es el titán de fuego!.... ¡La imaginación sabe que aquella cinta gallarda de flotante humo, coloreada por el sol de la mañana, es la respiración del monstruo que ha devorado tantas ciudades, y cuyos rugidos y palpitaciones hacen temblar á esta comarca!

A mí me horroriza tanto más aquella leve enseña de su formidable poder, cuanto que he pasado parte de la noche leyendo á Plinio el Joven y meditando horrorizado en la destrucción de *Herculano* y de *Pompeya*.—Es decir; que la idea del *Vesubio* no tiene en mi

imaginación una forma amiga, sino extremadamente enemiga y espantosa....

Hemos doblado el *Cabo Miseno*.... Estamos dentro del Golfo....—¡Espléndido, sublime, indescriptible espectáculo!....—Todavía no vemos á *Nápoles*.... Para ello tendremos que doblar la *Punta de Posilipo*.... Pero ya descubrimos, en un lado, la Bahía de *Baía*, formada por la región que lleva el nombre de *Campi phlegraei* (campos ardientes), escenario mitológico en que están la *Stigia*, el *Acheronte*, el *Cocyto*, los *Campos Elíseos*, el *Tártaro*, el *Lethco*, todo el mundo plutónico...., y, en otro lado, el vasto semicírculo trazado por la especie de Península de Salerno, donde se hallan todos los pueblos que divisé antes. En medio, se ven las dos ciudades muertas, *Herculano* y *Pompeya*, y las que las han reemplazado á poca distancia, y *Pórtici* y la *Torre del Grecco*, y cien otros pueblecillos, escalonados (¡qué horror! ¡qué temeridad!) á la falda misma del *Vesubio*....

¡El *Vesubio!*....—Ya se le descubre completamente: ya me impone y aterra su plomiza mole piramidal, cuya base es de lava, cuya cúspide es de ceniza, cuyo corazón es de fuego, y sobre la cual ondea incesantemente una columna de humo que se ennegrece ó se enrojece por intervalos.—¡Ah! Yo pondré mi pie sobre tu frente, ¡Demonio de los montes!.... ¡Pero, cuando tal suceda, ten piedad de mí! ¡Yo quisiera recordar, durante algunos años, que hubo un día en que hollé tu cumbre incendiada, como hubo otro en que pisé las cumbres de hielo del Mont-Blanc!

Doblamos al fin la punta de *Posilipo*....

¡Nápoles! ¡Nápoles!....—¡He aquí toda la Ciudad, levantada en anfiteatro sobre el transparente golfo,

retratándose en él, coronada de torres, por detrás de las cuales asoman nuevas colinas, cubiertas de laureles, de vides, de naranjos y de limoneros! ¡He ahí la gran colmena, reclinada en escalonados Montes, llenos de Jardines que festonean de flores y verdura los Palacios y las Iglesias! Aquí, en el mar, millares de barcos de todas las naciones, el histórico *Castello dell' Ovo*, las alamedas del Muelle de *Chiaja*, los bosques de *Villa Reale*, las encantadas alturas que esconden la *Tumba de Virgilio*, el Muelle de *Santa Lucía*, el *Puerto Militar*, el *Castello Nuovo:* allá arriba, el formidable y célebre *Castillo de San Telmo:* más allá aún, la *Cartuja*, que domina toda la Ciudad.... — ¡Esa es *Nápoles;* la sirena *Parténope;* la cortesana griega; la antigua esclava de Aragón y de Castilla!.....

La capital, propiamente dicha, tiene una legua de extensión de Norte á Sur y media legua de Este á Oeste; pero, si se agregan los Barrios que de ella dependen, mide seis leguas de circunferencia. — En este espacio pulula medio millón de habitantes; medio millón tan sólo; mas son de índole tan vivaz, tan bulliciosa, tan voceadora, que, al entrar en el Puerto, se creería uno llegado á una capital de tres ó cuatro millones de almas.

Un sol ardiente (y estamos en Enero, y son las ocho de la mañana); un aire tibio y perfumado; una mar azul y reluciente como claro espejo; árboles sin número, verdes ó floridos, brotando por todas partes, desde la orilla del agua hasta la cima de los montes, entre las casas y sobre los templos; una alegría infinita en el cielo; una diafanidad gloriosa en la atmósfera; un océano de luz y una riqueza nunca vista de colores intensos, brillantes, espléndidamente combinados, dan á *Nápoles* su aspecto riente, mágico, seductor, irresistible.... — Al contemplarlo, diríase que

se asiste á una fiesta pagana en que los hombres y la naturaleza han confundido su regocijo, se han dado un beso de supremo deleite, se han entregado desaforadamente al goce de la vida y se han jurado eterna juventud, interminable primavera....

Ver á Nápoles y después morir....—¡Oh, sí! Hay en este suelo, hay en este aire, hay en esta luz una superabundancia tal de pasión, gozo y hermosura, que el corazón se ensancha, que la sangre chispea, que las lágrimas acuden á los ojos; que se tiembla de amor á la existencia; que reconoce uno que nunca ha vivido tanto; que quisiera morir antes que volver al frío y desmayado mundo que ha conocido en otras partes.... —No sé si es que el volcán centuplica la vitalidad de esta comarca con sus efluvios ardientes; no sé si es que la estructura del Golfo, resguardado de todos los vientos, ha convertido su seno en encantado refugio de las auras portadoras de la fecundidad; no sé si es que las divinidades de la antigua Grecia, los dioses protectores del amor y de la abundancia, siguen considerando esta parte del mundo como su mansión favorita:—lo que puedo decir es que *Nápoles* hace comprender los éxtasis, deliquios y beatitudes de todos los paraísos imaginados por los poetas.

III.

LA VIDA EN NÁPOLES.—LOS LAZZARONI.—IL CARRICOLO.—POZZUOLI.—LOS REINOS DE PLUTÓN.—PUESTA DE SOL.—UNA TRATTORIA.—EL TEATRO DE SAN CARLOS.

NÁPOLES 17 de Enero.

Si bello es *Nápoles* visto desde el mar, interesante y bellísimo es después que se salta á tierra, y arrebatador y hechicero cuando se llevan, como llevamos

nosotros, cuatro días dentro de sus muros....—No puede imaginarse ciudad más alegre, más animada, más ruidosa, más pintoresca. En ella todo es música, luz, colores, movimiento. Sus naturales bullen, corren, gritan, cantan, rezan y ríen incesantemente y á un tiempo mismo. — El napolitano tiene mucho de griego, mucho de berberisco y mucho de andaluz.

Los muelles y las playas son unos campamentos de invierno y de verano (pues aquí no hace nunca frío), donde cien mil hombres, mujeres, viejos y niños, viven al aire libre, pescan, guisan, comen, bailan, roban, duermen y se reproducen. — Muchísimos de ellos tienen establecida su tienda de comercio en mitad de la calle; tienda que consiste en una larga mesa cubierta de exquisitas ostras, peces vivos, vistosas flores y ricas frutas.—Para dar idea de la frugalidad de los napolitanos, baste decir que muchos *lazzaroni* se mantienen sólo con *sandía*, que es uno de los productos más abundantes del país.—«*Co tre calle* (dicen) *vive*, *magne*, *è te lave a faccia.*» (Por tres céntimos, bebes, comes y te lavas la cara.)—Y dicho se está que una ciudad en que se vive de este modo, es sucia en grado superlativo.

Otro de los rasgos característicos de *Nápoles* es el infinito número de coches (calesines por lo general, llamados aquí *carricoli* ó *carrocele*) que discurren á escape por la población, ora deslizándose cuatro en fondo por las empinadas calles empavesadas de lava, ora cruzándose en todas direcciones, sin orden ni concierto, con tanta osadía y destreza como antiguamente los carros griegos y romanos. — El temerario conductor se pone á veces de pie para dirigir la *cuadriga*, que no es tal cuadriga, sino un solo caballejo enano, que corre como un demonio, arrancando chispas del suelo.... En el carruaje van frailes, mujeres, niños,

garibaldinos, *lazzaroni* (siempre cuádruple tripulación de la que buenamente cabe); quién agarrado á un hierro, quién colgado de un tirante, quién de pie en un estribo, y casi todos gritando desaforadamente....

El escándalo es la vida, el alma, la idiosincrasia de *Nápoles*. En *Nápoles* gritan los transeuntes que van solos en medio del día por plazas y calles, y gritan.... por el solo placer de oirse, porque les retoza la alegría en el cuerpo, no sé por qué prurito de alterar el orden.... —Otros, en vez de andar, bailan y brincan como si estuvieran picados de la tarántula.—(Y, en efecto, su baile favorito se llama la *tarantella)*.—Todo el mundo canta, y todos cantan bien, cada uno por su lado, produciendo una gozosa algarabía, que trastorna y aturde al forastero.—Es esto, en fin, una orgía constante; es una borrachera de júbilo y desvergüenza; es un desenfreno antisocial y cínico; y no lo llamaré *salvaje*...., porque me acuerdo de la refinada *civilización* que ha producido tal escoria.

¡Oh!.... Sí: *Nápoles* es la heredera legítima de la Grecia decadente y de la Roma prostituída.—¡Cerca de Nápoles está Capua! ¡Dentro de Nápoles está el barrio, ó, por mejor decir, la sentina llamada *Porta Capuana!* ¡Á la vista de Nápoles está *Pompeya*, la Sodoma del paganismo, enterrada bajo ceniza *(pro criminibus)* hace mil ochocientos años!—Nápoles es el pantano del vicio. A Nápoles se puede aplicar con una exactitud espantosa la descripción que Zorrilla hace de Pentápolis, cuando habla de

«....aquella muchedumbre
que, profanando su mortal belleza,
del vicio en la asquerosa podredumbre
enfangó su feroz naturaleza,
dejándola sin freno y sin cuidado
desbocada correr tras el pecado....»

La calle principal de Nápoles, la de *Toledo*, se llama así del ilustre Virrey del mismo apellido, que la mandó abrir cuando este Reino era Provincia española.—Algo tortuosa y no muy ancha, forma una áspera cuesta de media legua de longitud, y recuerda nuestras ciudades más vetustas, por el aspecto romántico de las casas, cuyo balconaje saliente y ostentoso da sombra á escudos heráldicos de Castilla y Aragón.—Aquella vía es una especie de valle ó río, al cual descienden como arroyos muchas calles, tan empinadas, que algunas están dispuestas en escalones.

Á su comienzo, en el *Largo* (plaza) *de San Ferdinando*, se encuentra el célebre *Café de Europa*, antiguo foco de conspiraciones y centro hoy del entusiasmo y la algazara.—Nunca he podido alcanzar en él un puesto, ó sea una mesa desocupada.... En cambio, allí cerca, hay otro *Café* y *Riposto* (fonda), sostenido por un reaccionario ó *borbónico*, al cual asiste muy poca gente, y donde honran, siempre que vamos, nuestra habla española, dándonos de comer muy bien....—Sin embargo, mi *restaurant* favorito, para almorzar, es la mismísima calle pública, quiero decir, el *Muelle de Santa Lucía*.... Allí habitamos (sólo para dormir y como vestuario) una casita cuyos balcones caen al mar y dan frente al *Vesubio*....

¡El *Vesubio!* De noche nos pasamos largas horas contemplándolo, hasta desde la cama!.... En lugar de humo, percibimos entonces tres ascuas inmensas, y, de vez en cuando, una llamarada purpúrea que ilumina el Golfo y la Ciudad como luz de Bengala.... Y es que el Volcán está en *erupción* estos días, y que la *lava* corre, bien que no mucho....

Pero volvamos ahora al almuerzo.—Por la mañana nos salimos al *Muelle*, y allí, al aire libre, almorzamos ricos higos chumbos, ostras del *Lago Fusaro* (las

mejores y más baratas del universo), pescado frito, que vemos pescar y freir, y vino de la adyacente isla de Capri, aromático y generoso como los buenos mostos andaluces.

La multitud circula en torno nuestro, sin reparar en nosotros ni en otras muchas personas que de igual modo almuerzan....—Pero nosotros, más desocupados, reparamos en todo el mundo, y vemos, por ejemplo, que casi todas las napolitanas son feas....—No así los napolitanos.

Entre tanto, los *lazzaroni*, medio desnudos, cantan, silban ó hablan á voces, tendidos al sol.... Los Frailes, queridísimos de la plebe, van de un lado á otro en amigable coloquio con los muchachos vagabundos, que se dan de cachetes por besarles el rosario ó la manga del hábito.... Oficiales de Garibaldi, con su vistoso uniforme, todo encarnado, corren al escape de sus corceles de guerra.... (Sin duda han venido del campamento de Mola, ó vuelven á él.—¡Oh! Allí se lucha de veras, y se muere que es una maravilla!....) Y la naturaleza sigue sonriendo: ¡el mar, el cielo, las Islas, las extensas riberas del Golfo, la muchedumbre, el aire; todo respira júbilo y deleite!....—¡Ah! Esto no es la vida, sino el delirio de una población.... ¡Se diría que el *Vesubio* comunica á *Nápoles* su fiebre eterna!

Y no fuera mucho decir....— Ya sabemos que toda la Ciudad está embaldosada de lava.... Pues añádase que casi todas las casas han sido construídas con igual materia, con tufo, ó *toba*, y con otros productos volcánicos.—Es, por tanto, el *Vesubio* la vida y el alma, la celebridad y el peligro constante de la escandalosa Partenope.... ¡No tiene Nápoles al Vesubio, como Granada á la Alhambra; no! ¡El Vesubio es el que tiene á Nápoles! —El Volcán es lo principal, y la Ciudad lo accesorio.

Desde *Santa Lucía* nos vamos todas las mañanas á recorrer las calles, á estudiar el *Museo Borbónico* (de que ya hablaré), á visitar Iglesias y Palacios ó á regatear en las *Tiendas de coral y objetos de lava*,—que son las especiales del país.

De las Iglesias, la mejor es la *Catedral*, levantada sobre las ruínas de dos Templos griegos, dedicado el uno á Apolo y el otro á Neptuno. —Su Altar Mayor sirve de sarcófago á San Genaro, Patrono é ídolo de la población.

En *Santa Clara* hemos visto las Sepulturas de muchos Reyes de Nápoles, algunas de ellas de gran mérito artístico....—Pero ¡cuánto más nos han interesado los Sepulcros de los Príncipes y Princesas de Aragón que encierra la sacristía de *Santo Domingo!* — Allí hemos saludado también el *Mausoleo del célebre Marqués de Pescara*, que está representado con hábito de franciscano.

Asimismo han llamado nuestra atención: *San Felipe Neri*, por su lujoso y exquisito decorado;—*San Francisco de Paula*, imitación del Pantheón de Roma;—*Santiago de los Españoles*, por su nombre y por haberlo construído el citado D. Pedro de Toledo, cuya magnífica Tumba allí se admira,—y *Monte Oliveto*, antiguo Convento, donde Torcuato Tasso escribió parte de la *Gerusalemme liberata*.

El *Palacio Real*, debido al Virrey español Conde de Lemos (el Mecenas de Cervantes), es uno de los más grandes y bellos de Europa. —Hoy lo habita el Príncipe de Carignan, *Luogo-tenente* de Nápoles en nombre de Víctor Manuel....

Por último, en la *Cartuja de San Martín*, que es lujosísima y muy bella, y se halla situada en una altura que domina admirablemente toda la ciudad, hay muchas pinturas de nuestro Ribera (gloria de la Escuela Napolitana, bajo el nombre del *Spagnoletto*, como todo

el mundo sabe), distinguiéndose entre todas su famoso cuadro de la *Deposición de la Cruz*.... — Y allí hemos encontrado también á un Cartujo español, de carne y hueso, y vivo y muy amable; el cual, enterado de nuestra procedencia, y *por no reventar* (fueron sus palabras), obtuvo de su condescendiente Superior la necesaria licencia para *hablarnos*.

Por las tardes solemos emprender un paseo á caballo....—Y ora vamos á *Villa Real* (que es como si dijéramos, la Fuente-Castellana de esta Ciudad, adonde acuden todos los carruajes aristocráticos y los jinetes *comme il faut)*; ora nos dirigimos á *Pozzuoli*, ó cuando menos á *Bagnoli*.

El paseo á *Pozzuoli* es el más interesante, si bien el más largo, y voy á describirlo, en testimonio de gratitud á lo muchísimo que he gozado allí á la ida, en la estancia y á la vuelta.

Se sale de la Ciudad, atravesando el *Muelle de Chiaja*, con dirección al Promontorio de *Posilipo*, perforado por la célebre Gruta del mismo nombre, que pone en comunicación el Golfo de Nápoles con el de *Pozzuoli*.

Antes de entrar en la Gruta, subís á visitar la *Tumba de Virgilio*, de la cual sólo queda el paraje, que es el mismo en que el poeta tuvo la *villa* donde escribió sus Églogas y sus Geórgicas. —El laurel plantado por Petrarca en aquella gloriosa ruína desapareció á fines del siglo pasado, y el que hoy lo ha sustituído, plantado por Casimiro Delavigne, desaparecerá también, á causa de la costumbre que tienen, ó tenemos, todos los viajeros de arrancarle una hoja á cada visita.

La *Gruta de Posilipo* es una especie de túnel abierto en tufo volcánico, sólido como granito. Tiene quinientos metros de longitud, por cinco de latitud y diez y nueve de altura. De día y de noche la iluminan tur-

bios reverberos, que apenas sirven para que se vean y se eviten los muchos carruajes que van y vienen por aquella pavorosa galería.—La primera perforación data de los tiempos de Augusto, y se ensanchó y perfeccionó, tal como hoy se halla, en el reinado de Alfonso I de Aragón.

Al salir de aquel camino misterioso, os halláis en los *Campos Ardientes*, ya mencionados; región volcánica, llena de cráteres semivivos, que ofrecen una variedad infinita de fenómenos plutónicos. — Aquel es el Infierno pagano. — Allí hay lagos que se llamaban la *Stigia* (hoy *Averno*), el *Cocito* (hoy *Lecrino*), el *Tártaro* (hoy *Mar Muerto*), el *Letheo* (hoy *Fusaro*), los cuales encierran (además de recuerdos inmortales, por lo que influyeron en la imaginación de Virgilio, que paseó por todos ellos á Eneas) «las mejores ostras del mundo»:— y no soy yo quien lo dice, sino Marcial.—Allí se encuentra la famosa *Gruta del Perro*, llamada de este modo por la cruel prueba que con pobres animales se hace de que es imposible permanecer dentro largo rato, á causa del gas de ácido carbónico que despide la tierra. —Allí veis la *Solfatara*, volcán no completamente apagado aún, y cuya última erupción fué en el siglo XII. ¡Todavía arroja humo: todavía está caliente la tierra en sus alrededores: todavía, si abrís un pequeño agujero en el suelo y sopláis, producís fuego!—Allí contempláis también el cráter de *Astroni*, del que sólo quedan tres lagos, rodeados de árboles sombríos.—Y allí, en fin, visitáis el *Anfiteatro de Pozzuoli*, que nunca se borrará de mi memoria....

Desde sus nobilísimas ruínas se alcanza un gran horizonte de mar, hasta Cabo-Miseno...., y, enfrente, se ven las ruínas de *Baia*, inmensa, rica, hermosa Ciudad de los tiempos clásicos, aniquilada por los terremotos; *Cumas*, la ilustre *Cumas*, la Ciudad más an

tigua de Italia, borrada casi de la faz de la tierra; el *Templo de las Ninfas*, con sus columnas sumergidas en el mar, y otros muchos Templos y otras muchas Ciudades, todo ello convertido en escombros, por las sacudidas que acompañan siempre á las erupciones del Vesubio.

El *Anfiteatro de Pozzuoli* está más vivo que el de Roma. Ni un saqueo sistemático de sus materiales, ni restauraciones mezquinas han llegado aún á quitarle el aire de autenticidad que ofrecen sus escombros.... Todo se halla como quedó después del temblor de tierra que lo hizo pedazos: ¡columnas rotas é inmensos capiteles bellísimos encuéntranse acá y allá, vueltos del revés, clavados en la arena, ó enterrados bajo las bóvedas que se hundieron!....—Desde lo alto del graderío he visto el espectáculo eterno; el mismo que contemplarían los antiguos Romanos cuando venían á esta región á descansar del gobierno del mundo: ¡el mar, el cielo, la costa azulada, tapizada de árboles y flores y sembrada de mármoles que reverberaban al sol...., y allá, á lo lejos, la nave gala ó ibera que se perdía en el horizonte!—Sólo ha cambiado hoy el destino de los pueblos. Hoy no es Italia la señora de las Galias y de España: hoy es mísera presa que se disputan sus vasallos de otro tiempo, mientras que ella pugna por su unidad é independencia.

La vuelta á *Nápoles*, después de esta excursión, que he hecho ya tres veces, proporciona un espectáculo tan sublime, tan conmovedor, tan bello y tan solemne, que nadie que lo haya contemplado dejará de recordarlo toda su vida....

¡Mirad!.... Regresamos de *Pozzuoli*, no por la *Gruta*, sino por la orilla del mar, girando en torno del Promontorio de Posilipo, por un elevado camino tallado en las acantiladas rocas.

Empieza á declinar la tarde.... El sol se pone en lo último del Mediterráneo....—¡Todavía lo verán durante una hora en nuestra adorada España!....

Ya estamos en la *Punta de Posilipo*.—Desde aquí se descubre juntamente la región mitológica que acabamos de abandonar y todo el Golfo de Nápoles; la Ciudad, las Islas, el Vesubio y las Ciudades sucesivas que bordan la orilla de la península de Sorrento....

¡Este es el *Nápoles* descrito por Lamartine en *Graziella*; el Nápoles que hay que ver, *para después morir!*....—¡Qué cielo! ¡qué mar! ¡qué majestuoso silencio! ¡qué extática inmovilidad de las olas!—No corre ni un leve soplo de brisa: el humo del Volcán, enrojecido por el sol poniente, se levanta á inconmensurable altura, como una pluma descomuñal de color de escarlata. Los cristales de la población brillan como el fuego. El mar se halla tan dormido, que los barquichuelos, las casas y las peñas *se repiten* en él, dibujando en el seno del Golfo otra ciudad submarina.—¡Es la Sirena Parténope que sonríe desde el fondo de las olas!—En otros lados llega á tal extremo la quietud del agua, que en su unida y transparente superficie de color de leche se dibujan manchas y franjas obscuras, indicando el paso de ejércitos de peces por lo hondo....—¡Parece una dilatada piel de pantera, extendida á los pies de la Ciudad!

Del abrigado Puerto salen en este instante muchos barcos de vapor con rumbos diversos, dejando en el apacible golfo largas estelas de cristal y aljófar, á modo de recuerdos y saludos de los que abandonan esta mansión de delicias.—¡Yo sigo con la vista las embarcaciones que se alejan hacia Occidente, hacia la madre España!.... Las aves, cerniéndose como puntos negros en el fondo de oro de la luz del crespúsculo, parece como que acompañan á aquellos barcos, cuyo vela-

men, hinchado por las brisas de alta mar, se destaca entero y fantásticamente agigantado en el último término del horizonte....

¡Oh momento verdaderamente inefable!.... Todos los que, por este camino, han salido de *Nápoles* ó vuelven de *Bagnoli* ó de *Pozzuoli*, han hecho alto como nosotros en un elevado balcón que domina tan grandioso cuadro.... Las damas, reclinadas en sus carruajes; los ginetes, inmóviles en las sillas; los que han venido á pie, reclinados en las peñas, todos callan.... ¡La sublimidad de esta hora patética, embarga, electriza los corazones!.... ¡Cuánta vida y cuánto silencio!—Diríase que se asiste, como á una tragedia, á la muerte de tan hermoso día.

¡Ah! Sí; el momento es augusto.... La naturaleza, pasmada de su propia hermosura, se complace en prolongar estos dulcísimos instantes.... Creeríase que el tiempo se ha parado, condensándose y resumiéndose en una sola hora. Todos los siglos muertos y futuros palpitan confundidos en la belleza eterna de la Creación. La melancolía de nuestra rápida existencia da lugar á un seráfico gozo, cuya verdadera expresión se encuentra en la frase proverbial: *¡Ver á Nápoles y después morir!*....—Y, en efecto: ¿qué nos importa morir, si hemos vivido cuanto puede vivirse; si hemos agotado en un solo instante todas las emociones de la tierra?

.....

No bien se oculta el sol, todos respiramos á un tiempo; todos levantamos la cabeza, y todos vemos que tenemos lágrimas en los ojos....

Ha cesado el silencio: pónense en movimiento carruajes y jinetes: renace la conversación....—¡Hemos vuelto á nuestra pobre vida humana!

Entre tanto, unas tinieblas súbitas, rápidas, ins-

tantáneas, ennegrecen todo el cuadro que hace un minuto reflejaba destellos y colores, cual si el tiempo apresurara el paso á fin de ganar los momentos perdidos durante su involuntario éxtasis.

Después de estos paseos, el alma embelesada queda rendida de su larga tensión armónica con la belleza universal, y pide á gritos sensaciones más limitadas, goces más leves....—¡El mismo Fausto se parece algunos momentos á su pobre discípulo Vagner!

Es, pues, la hora de volver á *Nápoles* á todo el correr de los caballos, y de apearse á la puerta de la *Trattoria de Petrillo*, ¡famosa si las hay!

Allí encontramos muchos distinguidos Oficiales de la Milicia Nacional del Piamonte (encargada de guarnecer á Nápoles, en tanto que el Ejército lucha contra Gaeta), y varios Oficiales garibaldinos, que cantan himnos patrióticos, llevando el compás con los cuchillos en copas y vasos.—Y allí nos esperan las exquisitas ostras de los plutónicos Lagos que acabamos de visitar, servidas por el mismo marinero que las cogió esta tarde, el cual es cojo y bello como un verdadero Lucifer....

Hanle encojado en la última guerra, allá en Sicilia, adonde fué como voluntario de Garibaldi, no obstante sus diez y siete años....—¡Oh, Carolo! ¿quién te mandó dejar tu pacífica *arena* por la otra ensangrentada? ¡Serías menos ilustre; pero no llevarías toda tu vida esa rehacia pata de palo!

¡El vino de Capri le va muy bien á las ostras, y los higos de Ischia se dejan atrás á los de Smirna, ya que no á los de Turon de la Alpujarra!....—En cambio, las nueces de Sora no tienen igual ni parecido en mis recuerdos....

Pero lo más notable de todo es el limón que exprimimos sobre las ostras: ¡su fragancia no desaparece de la mano en muchas horas!....—¡Bendita tierra, donde (como dijo lord Byron de otra que no debo nombrar) *todo es bello.... menos el espíritu del hombre!*

Y, á propósito: al reflexionar hace poco en los espantosos vicios, pregonados como las más lícitas mercancías, de los abyectos moradores de esta Ciudad inicua y deliciosa, me he acordado naturalmente del *Vesubio*, azote levantado sobre Nápoles, á quien castiga con frecuencia; y, al acordarme del *Vesubio*, he temblado de ansiedad, de alegría y de miedo, pensando en que mañana saldremos para *Pompeya*, desde donde subiremos á la cúspide misma del Volcán, al borde mismísimo del cráter!...,

¿Qué importa?.... ¡Por de pronto, ya hemos comido, y ahora podemos ir, si queremos (esto es, si yo dejo de escribir de sobremesa todas las vaciedades que se me ocurren); podemos ir, digo, al gran *Teatro de San Carlos*, donde se estrena hoy no sé qué ópera del amigo Verdi....

Pues, señor; hay que reconocer que este vinillo de Capri, tan barato, ¡vale un mundo!

El *Teatro Reale di San Carlo* merece su fama de *el mejor de Europa*.—El de la *Scala* es algo mayor, pero no tan lujoso, y el *Real* de Madrid únicamente lo aventaja por la holgura y comodidad que ofrece al público.—De los restantes (dicen los viajeros), ni tan siquiera hay que hacer mención, tratándose del que estamos viendo ahora mismo....

Fué éste obra de nuestro insigne Carlos III (quien, como todo el mundo sabe, reinó en *Nápoles* quince años, antes de ser Rey de España), y contiene seis

órdenes de treinta y dos palcos, en cada uno de los cuales caben doce personas.—El público es elegante, distinguido y bastante circunspecto para una Ciudad tan bulliciosa.—Aquí hallo algunas napolitanas bonitas.... (cosa rara) y muchísimas extranjeras celestiales....—¡Efectos del Capri, sin duda!

Los barrios principales de *Nápoles* tienen alumbrado de gas; pero el *Teatro* se halla iluminado con aceite, á causa del miedo del penúltimo Rey á los incendios.... —Y aquí necesito advertir que el *Teatro* y el *Palacio Real* están enlazados por un corredor, para el exclusivo uso del Rey y su familia....—¡Pobre Rey y pobre Reina, los últimos que por aquella galería han pasado!.... ¡Esta noche no oirán otra música que la del cañón en las fortificaciones de Gaeta!....

La nueva ópera de Verdi se titula la *Batalla de Legnano*, y, por consiguiente, es muy alusiva á las actuales circunstancias.—Trátase en ella de la *Liga lombarda* contra los Austriaços....—Pero, á pesar de esta recomendación, ha sido silbada, ¡y con suficiente motivo!....

—Diga V.... (pregunto á un espectador:) ¿y porqué, desde primera hora, hay siempre dos centinelas entre bastidores?

—Es una antigua costumbre, establecida por la casa de Borbón....—me responde el interrogado.

El baile nos indemniza en cierto modo de la ópera.—La *Boschetti* baila divinamente, y las decoraciones y los trajes exceden á todo elogio....—Por lo demás, las bailarinas no sacan ya pantalones verdes, como en tiempos de los Borbones, y también se ha abolido últimamente otra costumbre, aún más donosa, que consistía en no permitir el día del Rey á ningún actor morir en escena.—¡La Gracia Real lo perdonaba!....—Entre tanto, eran ahorcados y fusilados

de veras (no ficticiamente) millares de reos políticos, por orden del clementísimo Fernando II....!

Después de la función, bajamos al *Café del Teatro*, donde llama nuestra atención un hombre hermosísimo, vestido con túnica blanca, botas negras, sable y turbante de astracán.—Pregunto á mi antiguo y buen amigo el Cónsul de España en Nápoles, D. Carlos Morejón, quién es aquel extraño personaje, y me responde que es el *criado armenio* de Alejandro Dumas.

Porque Alejandro Dumas está en *Nápoles*, escribiendo un periódico en defensa de la unidad italiana....—¡Pero helo aquí, que viene á refrescar!....—Su criado no había hecho más que precederle, á fin de prepararle el triunfo....—Todos los concurrentes se ponen á contemplar al insigne autor de *Los Mosqueteros*.

¡Salud á mi novelista favorito, de la edad en que se sueña con imposibles!.... ¡Salud á uno de los genios más simpáticos de Francia y del mundo[1]!—Y vámonos á casa, que mañana tenemos que madrugar.

IV.

LA DESTRUCCIÓN DE POMPEYA.—EL MUSEO BORBÓNICO.

NÁPOLES 18 de Enero, por la mañana.

Antes de emprender nuestra excursión á *Pompeya*, para donde saldremos dentro de dos horas, bueno será recordar de nuevo, y con algunos pormenores, la gran catástrofe, sin igual en el mundo (si se exceptúa la que aniquiló á Sodoma, Gomorra, Seboin, Segor y Adama), que acabó en un día con aquella grande, rica y populosa Ciudad, fama y orgullo de la

[1] Diez años después tuve la fortuna y la honra de tratar íntimamente al insigne Dumas, según he referido en otra obra.
(Nota de esta Edición.)

Campania, y uno de los retiros predilectos de los más ilustres romanos.

Oigamos primero á un testigo presencial : á *Plinio el Joven* , quien tenía diez y ocho años el 79 de nuestra Era , cuando se verificó la espantosa erupción del *Vesubio* que destruyó á *Pompeya* , *Herculano y Staviae*.— Hallábase en Miseno , antigua ciudad , situada á tres leguas de Nápoles , delante de la cual estaba anclada una Escuadra mandada por su ilustre tío y padre adoptivo , *Plinio el Naturalista*. La madre de aquél y hermana de éste llamó la atención del sabio anciano sobre una rara nube que coronaba el *Vesubio*, y Plinio , adivinando un fenómeno plutónico extraordinario , hizo preparar un buque y se dirigió al pie del Volcán , á la ciudad de *Staviae* , donde desembarcó , sin que le detuvieran las cenizas y piedras calcinadas que caían ya sobre el barco y sobre todas las cercanías. Una vez en *Staviae* (cuyo último día era aquel) , tranquilizó á su amigo Pomponiano, se hizo conducir al baño, y comió tranquila y alegremente....

«*En seguida* (dice Plinio el Joven en una carta al insigne Tácito , l. VI , 16) *se acostó y durmió profundamente , pues desde la puerta se oia el ruido de su respiración.... Sin embargo , el patio por donde se entraba en su aposento empezaba á llenarse de piedras y cenizas , de tal manera , que á poco más que hubiera permanecido encerrado , no habria podido salir. Despertósele , salió, y fué á reunirse con Pomponiano y los demás que habian velado su sueño. Una vez juntos , deliberaron sobre si debian encerrarse en la casa ó vagar por el campo , y viendo que todas las casas estaban cuarteadas por los violentos y frecuentes temblores de tierra , se ataron unas almohadas sobre la cabeza para defenderse de las piedras que caian , y salieron. El dia empezaba á amanecer; pero en torno de ellos reinaba la más sombria y densa noche , interrumpida por*

diversas claridades. Llegaron á la playa: el mar estaba tempestuoso y les impedía reembarcarse. Allí mi tío se acostó sobre una manta extendida en el suelo, pidió agua fría y bebió dos veces. Pronto las llamas y un olor á azufre que anunciaba su proximidad pusieron en fuga á todo el mundo y obligaron á mi tío á levantarse. Alzóse, apoyado sobre dos esclavos jóvenes, y, en el mismo instante, cayó muerto, sofocado, á lo que yo imagino, por aquella espesa humareda. Su pecho era naturalmente débil, estrecho y anhelante. Cuando apareció la luz (tres días después del que había sido el último para mi tío), hallóse su cuerpo entero y sin heridas.... Su actitud era la del sueño más bien que la de la muerte.»

En cuanto á Plinio el Joven, consta que se había quedado en Miseno, retenido por sus estudios. Su madre despertó sobresaltada por la violencia del terremoto, y corrió á la habitación de su hijo.... Sentáronse juntos, y el mancebo se puso á leer á Tito Livio. —Pero las sacudidas continuaban, y la casa se les venía encima.... Huyeron, pues, al campo....

«*La playa se había ensanchado....* (dice Plinio en otra carta al mismo Tácito, quien le había pedido pormenores del cataclismo, para sus ANALES): *muchos pescados estaban en seco sobre la arena; una nube negra y horrible se entreabría á veces, desgarrada por los surcos de las llamas, semejantes á relámpagos.... Esta nube bajóse hasta la tierra, cubrió la mar, robó á nuestros ojos la isla de Caprea y nos ocultó la vista del promontorio de Miseno.... A mí me sostenía este pensamiento triste y* CONSOLADOR *á la vez*: QUE TODO EL UNIVERSO PERECÍA CONMIGO.»

¡Durante este cataclismo, *Pompeya* había desaparecido de la faz de la tierra!

En el momento de la erupción hallábase reunido el pueblo en el *Anfiteatro*, que podía contener 20,000 personas; lo cual explica el escaso número de esque-

letos que aparece en las excavaciones, pues se cree que todos los que estaban en el Circo huyeron hacia Levante.—En medio de repetidos temblores de tierra, de espantosos truenos y de inmensas llamaradas del Volcán, empezó á caer sobre *Pompeya* una lluvia tan densa de cenizas y de agua caliente, que en pocas horas la Ciudad había desaparecido (sin hundirse otra cosa que los techos) bajo una capa de lodo volcánico que se levantó más de cuatro metros por cima de los mayores edificios.

Los errantes pompeyanos volvieron á los pocos días; hicieron algunas excavaciones en busca de sus tesoros, y fundaron á pocas leguas de la difunta Ciudad una pobre Aldea, que también llamaron *Pompeya*, la cual fué destruída á su vez por otra erupción al cabo de cuatrocientos años.—Desde entonces, las grandes mudanzas que experimentó el mundo con la propagación del Cristianismo, la invasión de los Bárbaros, el fin de la Gentilidad y la caída del Imperio Romano, sumieron en el olvido aquel acontecimiento, y nadie se acordó ya de *Pompeya:* esto es, nadie pensó en determinar su antigua situación, ni en levantar el sudario que la cubría....

¡Así pasaron *diez y siete siglos* desde la desaparición de la Ciudad!—Durante ellos, una sola vez pudo ser hallada casualmente, y fué en 1592, cuando se abrió un Canal por encima de ella para llevar las aguas del Sarno á *Torre Anunciata*, aldea levantada á muy poca distancia del trágico escenario....—Pero nada se descubrió, sin embargo de que el Canal cruzaba sobre el *Foro* y sobre el *Templo de Venus*....

Finalmente, el año de 1748, reinando aquí nuestro Carlos III, ciertos campesinos hicieron un hoyo en busca de agua, en los viñedos que habían llegado á cubrir toda la Ciudad, y tropezaron con algunos obje-

tos de arte.—Esto movió la curiosidad del Rey : estudióse, investigóse, compulsáronse historias, y ya no cupo duda de que *Pompeya* existía entera debajo de aquellas viñas.—Las excavaciones confirmaron los más lisonjeros cálculos: la ceniza, aunque muy endurecida por los siglos, se levantaba fácilmente : *Pompeya* se encontraba intacta : los objetos más perecederos se habían conservado prodigiosamente....—¡La antigüedad pagana brotaba, pues, de la dura tierra, viva, auténtica, fehaciente, como si la evocase la trompeta del Juicio Final!

Pero Carlos III se fué á reinar á España, y sus sucesores no dedicaron á las excavaciones la atención preferente que merecían.—Murat las emprendió en gran escala ; pero después de Murat vino otra vez la dinastía de Borbón, y con ella la indiferencia ó el desdén á una empresa tan interesante.... ¡Baste decir, que el último Rey le destinaba solamente cinco mil duros anuales!—Así es que, después de haber pasado más de un siglo desde la resurrección de *Pompeya*, sólo se ha descubierto hasta el día de hoy la quinta parte de la Ciudad, permaneciendo todavía el resto bajo su abrumadora mortaja....

He aquí lo que vamos á ver; pero, antes, no estará de más que recordemos asimismo las visitas que hemos hecho al *Museo Borbónico* de Nápoles, construído también por Carlos III para recoger y coleccionar todos los objetos curiosos ó de arte que se fuesen encontrando en *Pompeya*.

El *Museo Borbónico* es notabilísimo, aun para los que han visitado el del Vaticano y los de Florencia. Como edificio, se distingue por su magnitud y buena distribución, y, en cuanto á riqueza histórica y artís-

tica, no tiene igual en el mundo....—Porque los objetos que encierra el *Museo Borbónico* interesan más íntimamente que los guardados en los demás.... ¡Aquí todo tiene el polvo del tiempo, la verdad de la vida, la realidad ó la actualidad del ser!

Imposible fuera enumerar los mosaicos, las pinturas murales, las estatuas de mármol y de bronce, las inscripciones, los bajo-relieves, los vasos, los *papyrus*, los muebles, las ropas, las alhajas, las monedas, las medallas, los instrumentos que guardan aquellos armarios.—Citaré, pues, al acaso los objetos que más han cautivado mi atención, principiando por *lo último*.

Empezaré, digo, por el *Museo Secreto*, cerrado y sellado por Pío IX cuando visitó á *Nápoles*, y abierto hoy á los que tienen ciertas recomendaciones.—Allí se ve gráfica y plásticamente y con horror y asco la explicación providencial de la destrucción de *Pompeya*: allí el mármol y el bronce, el hierro y el barro, maravillosamente trabajados por el arte, representan toda la vileza de los placeres más inmundos, no sólo en estatuas, frescos y relieves, sino en los útiles de la vida; en ánforas, vasos, tinteros, lámparas, pesos, herramientas....; hasta en los adornos de la persona!....—¡Cómo se revelan allí la Nápoles griega, la Nápoles romana y la Nápoles de nuestros días!....

«Ningún delito entre ellos era nuevo....»

dice en su famosa *octava* de *nueve* versos nuestro inspirado Zorrilla, hablando de Pentápolis....—Yo añadiré, como él:

«.....Mas tente ¡oh pluma! que en maldad te tiño,
Y á llevarte adelante no me atrevo.... »

Citaré, sí, la *Sala de Pinturas antiguas*, que pasan de mil seiscientas y son frescos trasladados de las casas

de los pompeyanos.—El dibujo no ha llegado, ni en los tiempos de Rafael, al extremo de gracia y perfección que revelan aquellas figuras ó los adornos y caprichos decorativos que allí se admiran.—Todos conocen por el grabado (y sirva esto de muestra) las *Trece Bailarinas* cuyos originales allí se guardan.... ¡Por el mismo estilo son las demás obras que aquella Sala encierra!

En un armario de cristales se conserva cierta endurecida masa de las cenizas que rodearon el cuerpo de una mujer y en las cuales quedaron impresas las amplias y bellas formas de sus hombros y de su seno.... —Aquel espantoso *molde* se ha extraído de un sótano de la antigua *Pompeya*. En el mismo armario se ve el cráneo, todavía con pelo, de la propia mujer; un hueso de uno de sus brazos, y las alhajas de oro que la adornaban en el momento de la catástrofe....

En otras salas encontraréis toda clase de enseres y objetos propios de la vida de la población pompeyana, conservados tan perfectamente cual si no contaran, como cuentan, mil ochocientos años el que menos.—Allí admiráis el grado de civilización á que habían llegado los Antiguos, y, sobre todo, la semejanza de sus invenciones con las nuestras: allí aparecen sus costumbres con los más nimios pormenores: allí veis pesos, medidas, lámparas, pebeteros, objetos de tocador, arneses, carros de triunfo; todo de una suprema elegancia, que hoy pugnan por imitar los artífices de Italia, Francia y Alemania: allí hay moldes para hacer pasteles, parrillas para asar carne, herramientas de todos los oficios: allí camas, sillas, corazas, lanzas, espadas, dedales, husos; un casco que encierra el cráneo de su dueño, hornillos portátiles, cocinas económicas: allí alhajas y adornos femeninos de tan exquisito gusto, que hoy sirven de modelo á los plateros de París y Roma; instrumentos de cirugía

iguales á los que en nuestros días han merecido privilegios de *invención* por su perfección y utilidad (*speculum*, *forceps*, *fíbula*, sondas, escalpelos); compases (uno de ellos para reducir); un peso de plomo con una inscripción por un lado, que dice: *eme*, y otra por el otro, que dice: *habebis;* una balanza *verificada* ó contrastada en el Capitolio, según su marca; tinteros, stylos, tabletas de marfil, plumas de madera de cedro, estuches de plumas; trompetas, clarines, timbales, clarinetes, y (¡lo que es más todavía!) trigo, frutos, pan, heces de vino y aceite, y, en una cacerola, restos de un guisado en que se ha reconocido la *polenta*, que llamamos ahora. — Entre los objetos de tocador, veréis espejos de metal, botes con cosméticos, cajitas de colorete, broches, peines, agujas, tijeras.—También encontraréis billetes de teatro, que son unos pedacitos de marfil, donde se lee el título de la comedia, el nombre del autor y el número de la localidad: «*La Casina de Plauto* (dice uno de ellos): 2.ª *platea: 3.er rincón: grada 8.ª* »—En compensación, veis un cepo de hierro, encontrado en un cuerpo de guardia, con cuatro esqueletos cogidos por los pies, y, en otro lugar, llama poderosamente vuestra atención otro esqueleto con una bolsa en la mano.... ¡Tremenda imagen de la avaricia!

Lo más trascendental que encierra el *Museo Borbónico* son los *papyrus* hallados en *Herculano* (cuya destrucción fué más definitiva que la de *Pompeya*, pues lo inundó y cubrió una inmensa ola de cierto betún parecido á lava hirviente).—Los *papyrus* arrollados, que constituían los libros de los Antiguos, fueron, pues, carbonizados completamente, á tal punto, que al principio se les tomó por carbón ó cisco, y eran destruídos sin reparo alguno. — Después se vino en conocimiento de que aquellas pavesas guardaban la ciencia

y la literatura de la Gentilidad; de que aquellos carbones encerraban el diamante.... Empero ¡imposible leer los *papyrus*, imposible desliarlos, imposible tocarles!....—Se deshacían como ceniza....

Mas ¿qué no vence la voluntad?—Un sabio religioso, el P. Antonio Piaggi, halló medio de desarrollar las pavesas ennegrecidas, de fijarlas sobre una tenue membrana transparente, y de leer lo escrito!—Yo he visto funcionar tan ingenioso aparato....—¡Ay! Pero al mismo tiempo he sabido que no se ha descifrado hasta ahora ningún libro de verdadera importancia.... Los once gruesos volúmenes que van publicados son comentarios sobre filósofos conocidos, ó historias de guerras, mejor contadas por los autores clásicos.—Sin embargo, quedan 1,300 *papyrus* por desarrollar.... ¡Quién sabe si esconderán algún tesoro, alguna de las obras maestras de que nos habla la fama y cuyo texto no ha llegado á nuestros días!

En *Pompeya* no se han encontrado hasta hoy *papyrus*.—Tal vez la ceniza y el agua los disolvieron.

En cuanto á las obras de arte que se admiran en el *Museo Borbónico*, me limitaré á nombrar las principales, que, en mi concepto, son: el famoso cuanto sublime *Gladiador moribundo*,—*Ganimedes y el Águila*,—la *Minerva Farnesio*,—*Agripina* sentada, llorando la muerte de Germánico,—la célebre *Flora* ó Venus vestida,—*Atlas sosteniendo el cielo*,—el *Grupo del Toro Farnesio*, maravilla del cincel griego, de una sola pieza de mármol, y, sobre todo, me complaceré en recordar (como uno de los mayores prodigios artísticos que he contemplado) el *Hércules Farnesio*, obra de Glycon de Atenas, gigantesca estatua en que el artista ha representado la fuerza de dos maneras, á cual más ingeniosa: primera, poniendo al musculoso gigante una cabeza pequeña, estrecha, que recuerda vagamente la

de un toro; y segunda, haciendo que la figura tenga que apoyarse para no caer....—¡Idea felicísima! ¡confundir el *peso* con la *fuerza!*

Entre los muchos y muy buenos cuadros que encierra también el *Museo*, citaré la impúdica y renombrada *Danae* de Ticiano, la cual se halla en otro *gabinete secreto*, — una Virgen de *Correggio*, modelo de gracia, llamada *la Gitanilla*, —y un *San Jerónimo*, que despierta al son de la trompeta del Juicio final é invoca la clemencia de Dios; obra sublime de nuestro inspirado Ribera....

Pero nosotros no hemos recordado el *Museo Borbónico* con más objeto que disponer el ánimo para nuestra excursión á *Pompeya*, al *Vesubio* y á *Herculano*.—Ya hemos visto los despojos de las víctimas del Volcán.... Partamos, pues, en busca de los cadáveres de ambas Ciudades y del fantasma de fuego que se enseñorea sobre un mundo de ceniza.....

.....

V.

UN DÍA EN POMPEYA.

18 de Enero.

Las nueve de la mañana son cuando salimos de *Nápoles*,—de donde arranca un modesto Ferrocarril, que se dirige á Nocera por la orilla del mar, y que sabemos pasa por delante de *Pompeya*.

A los pocos minutos de marcha llegamos á *Portici*, Sitio Real, lleno de preciosas Casas de campo, y cuyo famoso *Palacio* es también obra de Carlos III....

No podemos detenernos á visitarlo.... — ¡Nuestro viaje es á *Pompeya*, y nada más que á *Pompeya!*

Hace una mañana hormosísima.... — Seguimos avanzando hacia el *Vesubio*....

He aquí á *Resina*, ciudad de 10,000 habitantes.—*Debajo de ella* duerme *Herculano*, cuyas ruínas, abrumadas por inmensa mole de betunes, no alumbrará jamás la luz del cielo....—¡Ya volveremos!....—Continuemos nuestra marcha.

Pasamos al pie del Volcán, á media legua de su cima, siempre por la playa....—Inmóviles ríos de lava antigua penden, por decirlo así, desde el gigante al mar, á modo de colosales y retorcidas cabelleras.—Me recuerdan los *glaciers* de Suíza.... Como ellos, cada una de estas corrientes solidificadas tiene su fecha: *Lava de 1767: lava de 1794: lava de 1806*....—Unos y otros son monumentos de horror, fabricados por la naturaleza.

Generalmente se sube desde aquí al *Vesubio;* pero nosotros haremos la ascensión grande, la completa, la difícil, la espantosa.—¡Subiremos desde *Pompeya;* cruzaremos la cumbre del Volcán, y descenderemos casi verticalmente á la región de las lavas!—¡Adelante, pues!

Al poco rato estamos en *Torre del Grecco,* ciudad de 16,000 habitantes, muchas veces destruída por los terremotos, y siempre reedificada en el mismo sitio.... —¡Tal es la temeridad del hombre! ¡Así se acomoda, en cualquier proporción que sea, á la contingencia infalible de la muerte!

—¡Nadie es inmortal.... (dirá el morador de las faldas del *Vesubio),* y esta comarca es la más fértil del mundo! ¿Á qué marcharme á otra región menos peligrosa, pero también menos productiva, si al cabo moriría también en ella?

Y tiene razón: los alrededores del Volcán son un verdadero paraíso.... ¡Baste decir que hasta sobre la

misma lava crecen las renombradas cepas que producen el *lacryma Christi!*—Por lo demás, la catástrofe avisa con algunos días de anticipación. Cuando las fuentes y los pozos se secan, y los reptiles salen espantados ó abrasados de sus agujeros, y la actividad del cráter aumenta extraordinariamente, y el humo se levanta á una legua de altura, tomando la forma de gigantesco pino, la erupción es indudable....—Entonces la población abandona todas estas ciudades; y, si al regresar á ellas las encuentra arruinadas, las vuelve á edificar muy tranquilamente...., y en paz.—Ahora: ¡lo que no comprendo es que haya un polvorín, como lo hay, á dos kilómetros del cráter, encima de *Torre Anunciata!*

Porque ya estamos en *Torre Anunciata*, ciudad de 16,000 almas, que ha reemplazado á *Pompeya*, bien que medien tres millas entre ambos pueblos....—Y he aquí la explicación de este aparente contrasentido: *Pompeya* era puerto de mar; pero las materias volcánicas, y acaso también el movimiento general con que el Mediterráneo se va retirando de Norte á Sur, han intercalado una legua de terreno entre las olas y el antiguo puerto.... Ha quedado, pues, *Pompeya* muy retirada tierra adentro, y en el nuevo espacio robado á las ondas se ha edificado á *Torre Anunciata*, cuyo Puerto hace las veces del pompeyano....

Con todo, no nos apeamos en su Estación, sino que caminamos algunos minutos más, y otra Estación solitaria aparece á nuestra vista.

El tren se para otra vez....

—*¡Pompeya!*—gritan entonces los empleados del Ferrocarril.

«POMPEYA» se lee en la pared de la *Estación*.

Y á poca distancia vemos unas Murallas derruídas....

—¿Qué resurrección es esta? (no puede menos de

preguntar la imaginación.) ¡Lo mismo habría sucedido, si *Pompeya* no hubiese muerto!—¡La Ciudad-cadáver tiene su Estación de ferrocarril! ¡La Ciudad enterrada durante diez y ocho siglos se coloca de un solo paso á la altura de nuestra civilización!...—¡Espantosa ironía!

Así es que al oir gritar «*¡Pompeya!*» entre los silbidos de la máquina, paréceme que acaban de decir en tono de burla: —*¡Surgite, mortui!*

Nadie acude de la capital difunta á subirse en este tren, que ya piafa de impaciencia por continuar su camino....—Nadie tampoco se apea aquí al mismo tiempo que Dióscoro y yo....—¡Nosotros somos los únicos viajeros que han venido hoy á la antigua gran Ciudad de *Pompeya!* Y nadie sale á recibirnos: nadie se asoma á aquellos ruinosos muros.... —El silencio de los sepulcros reina en toda la comarca.

Parte al fin el tren, y se aleja en busca de la vida y llevándola en su seno....—Nosotros nos quedamos á solas con la muerte.

Pero ¿qué es lo que vemos?—Allá, lejos, cerca de la Muralla, se descubre un edificio aislado, elegante, modernísimo, sobre cuya puerta dice un letrero: «*Hotel Diomedes*».

¡Diomedes!....—Diomedes era uno de los más ricos habitantes de la antigua *Pompeya*, y en su casa se han hallado muchas preciosidades artísticas de los mejores tiempos de la civilización Romana. —Es decir; que Diomedes murió hace mil ochocientos años....

Vamos allá, y veamos qué especie de edificio es ese que lleva su nombre....

¡Demonio! El *Hotel Diomedes* es una Fonda, cuyo dueño, francés por más señas, sale á recibirnos ha-

ciéndonos muchas cortesías.... — Yo me asombro de que esté vivo, y siento tentaciones de hablarle en latín.... Pero ¡oh desencanto!: el francés (que construyó esta Fonda hace dos ó tres años y que maldito lo que tiene de poeta) se apresura á explicarnos la triste realidad de las cosas y á trazarnos el plan que debemos seguir para que él haga su negocio....

Su plan (y, por consiguiente, el nuestro) comprende nueve artículos:

1.° Almorzaremos tortilla y chuletas de carnero. —No hay otra cosa.

2.° Después de almorzar, pasaremos á *Pompeya*, que dista de aquí medio kilómetro.

3.° Allí encontraremos un Guía, que nos conducirá ante el Director de Excavaciones, *único habitante fijo* de la Ciudad, para el cual traemos una carta de recomendación.

4.° El Director nos acompañará por las calles...., todas desiertas, y nos introducirá en las casas...., todas deshabitadas.

5.° Á la noche vendremos á comer y dormir á este mismo *Hotel*.

6.° Mañana de madrugada subiremos al *Vesubio*, llevando provisiones para almorzar en su cima.

7.° El susodicho francés, ó sea el ponente, nos proporcionará caballos para la primera mitad de la ascensión, y un Guía para el resto de ella.

8.° Al mediodía bajaremos por el otro lado del Volcán, y llegaremos á *Herculano*.

Y 9.° y último. Después de visitar las calles subterráneas de *Herculano*, regresaremos á Nápoles en camino de hierro.

Total: unos cien francos por persona, casi todos para el francés.

Al cabo de dos horas.

Henos á las puertas de *Pompeya*.

La primera ojeada basta para sentirlo y comprenderlo todo.—Una calle larga, recta y sola, embaldosada de lava, con altas aceras, se extiende ante nuestros ojos....—Á uno y otro lado se ven casas con los techos derruídos.... —En esta calle no hay otro vestigio humano que las huellas marcadas en el pavimento por los carros que rodaron muchos años sobre él, y que después no han rodado durante diez y ocho siglos....—Nada se oye.—Nadie pasa por ninguna parte....—Como esta calle, hay muchas...., muchísimas....—¡Y nada más!

Sin embargo, avancemos.

De trecho en trecho encontramos pasaderas de piedra, destinadas á que los transeuntes *cruzasen* de una acera á otra los días de lodo....—Entre las pasaderas quedan cuatro ranuras, abiertas á distancias proporcionadas á la anchura de los carros de aquellos tiempos....—¡Cuántas señales de vida sin vida!

A la puerta de algunas casas se ven los altos poyos de piedra á que se subían los pompeyanos para montar á caballo....—Hoy son inútiles.

En los muros se leen borrosos letreros en latín, escritos hace mil ochocientos años, que delatan los amores de tal mujer, ó el delito de cuál hombre; versos de Virgilio ó de Ovidio, palabras obscenas, y anuncios de funciones dramáticas ó de luchas de gladiadores.....—¡Estas funciones no llegaron á verificarse! ¡Aquellas delaciones no tienen ya objeto!

Las fuentes públicas que se encuentran á cada paso no manan agua; los conductos de plomo que los surtían están rotos, y otros se ven fundidos por la abrasada ceniza que exterminó la Ciudad.... —

¡Cuántas formas de muerte! ¡Cuánta desolación!

Pasáis de una calle á otra: veis Arcos de Triunfo, veis Palacios, veis Templos, veis anchas Plazas llenas de grandiosas columnas que permanecen de pie ó cuyos capiteles yacen al lado de los pedestales; veis el *Forum Civile*, el *Templo de Venus*, las *Thermas* ó Baños Públicos, los *Tribunales*, las *Fábricas*, los *Teatros*....; pasáis de la *Calle de las Tumbas* á la *Calle de los doce Dioses*, de la *Villa de Cicerón* á las *Prisiones;* recorréis toda la Ciudad en mil sentidos, y no encontráis á nadie, y no sucede nada, y no existen ni aquellas familias, ni aquellas leyes, ni aquellos dioses; quiero decir, ni aquella Religión, ni aquel Estado, ni aquella sociedad!....

¡Y ni compadecer podéis el destino de los pompeyanos!.... Á cada momento halláis, á la entrada de una calle, ó en la puerta de una casa, un atributo infame de prostitución, un signo de vileza, un ídolo nefando, que os hace apartar la vista con horror....

Yo no ceso de recordar la *Pentápolis* de Zorrilla.

«Con estos jeroglíficos impuros
se adornaron los pórticos, las fuentes,
las calles y las plazas y los muros;
y no quedaron ojos inocentes,
ni oídos castos, ni recuerdos puros,
ni rubor en los rostros impudentes....»

El poeta habla de Sodoma: cualquiera diría que hablaba de *Pompeya*.

Por lo demás, la historia ostenta aquí un carácter con que no aparece en otra parte alguna. No es esta una representación ó rememoración del mundo Antiguo, colegido por las ruínas, adivinado por los monumentos, aprendido por la erudición.—La Antigüedad aparece aquí real, tangible, presente. ¡Es que no han *pasado* los diez y ocho siglos!

Y, en efecto, para *Pompeya* no han pasado.—*Pom-*

peya no ha sido testigo de nada de lo que ha sucedido en el mundo durante su largo sueño.—Sus casas, sus calles, sus templos no han visto lucir esos cientos de miles de soles que constituyen casi todo el Imperio Romano, toda la Edad Media y los siglos del Renacimiento.—Trae, pues, *Pompeya* á la imaginación la idea del Día del Juicio....

He penetrado en muchas casas: he recorrido todas sus habitaciones, distribuídas al estilo griego, con suelos de mosáico y preciosas pinturas en las paredes: heme detenido en el *atrio*, en el *peristilo*, en el *venereum*, en el *cubiculo*, en el *triclinio*, en el *larario*.—Y me he preguntado de nuevo por aquellas costumbres, por aquella civilización, por aquellos dioses....—¡Y la Era Cristiana ha aparecido ante mis ojos como un océano interpuesto entre dos mundos!

Pero humillemos el estilo y descendamos á pormenores.

Las casas de *Pompeya* tenían (y tienen), en vez de *número*, el nombre de su dueño, escrito con letras rojas.—Diríase que los pompeyanos preveían el destino de su Ciudad, y adivinaban que con el tiempo la recorrerían otras generaciones, sin hallar á quién preguntarle noticias sobre el vecindario.

En la esquina de una calle leo el siguiente anuncio, escrito en latín sobre el muro: «*Se alquila en los dominios de Julia Félix, hija de Spurius, del 1.° al 6 de los idus de Agosto, un baño, un venereum, noventa puestos ó tiendas y algunas piezas en el primer piso, por cinco años consecutivos.—Si se estableciere casa de* PROSTITUCIÓN, *se anulará el arrendamiento*».—¡Siempre el mismo *ritornello!* ¡Siempre la prostitución!

Imposible me fuera pintar todo lo que veo y me maravilla; pero el mero nombre de algunos parajes revelará el interés con que los visito.

Aquí tenéis la *Panadería*, donde se ha encontrado harina, trigo, el horno y todos los útiles del oficio :— aquella es la *Casa del Cirujano* :—he aquí una *Fábrica de jabón* :—he aquí una *Botica*, que se halló repleta de drogas, y que tanta luz dió respecto de la medicina antigua:—mirad el *Gran teatro*, ó *Teatro trágico*, vasto semicírculo que se abría de cara al mar, fondo del escenario :—ved el *Teatro pequeño*, ó sea el *Odeón*:— apartémonos del *Gran Lupanar*, descubierto en 1845, lleno de asquerosas pinturas é ídolos obscenos :—entremos en el *Granero público*;—penetremos en el *Erario*; —visitemos las *Prisiones*; —recorramos el *Taller del Escultor*;—detengámonos, en fin, en la *Posada de Albinius*;—pero no en la *Taberna y lupanar*, aquí próximos, en que la embriaguez y la lascivia vivían juntas como buenas hermanas....

Al caer la tarde, fatigados de vagar todo el día por este osario, volvemos á buscar al Director de Excavaciones, al cual hallamos preparándolo todo para que veamos desenterrar parte de un aposento de una casa de la *Calle de la Fortuna*.

Esta operación nos conmueve extraordinariamente. Los trabajadores levantan la ceniza con gran cuidado.... —¡Á cada instante nos parece que vamos á ver salir un muerto!....—Al descubrir las paredes, brillan á nuestros ojos los vivísimos colores de sus pinturas, que un momento después empieza á amortiguar el contacto del aire....—Aquí sale un mueble, allí una lámpara de barro, ora un ídolo de bronce, ora madera carbonizada, ora trozos de elegantes esculturas.

Se diría que la catástrofe fué ayer.—¡Oh frías cenizas del Volcán! ¡qué bien habéis guardado vuestra presa al través de tantas edades!

El suelo que se descubre es un precioso mosaico que representa el Nacimiento de Venus.—Al limpiarlo,

se recogen algunas monedas con el busto de Nerón.

Mas ¿qué es esto que hallamos en un ángulo del aposento?—¡Es una *cuna de hierro* en forma de nave!.... —¡Qué horror! Los operarios remueven el polvo que hay dentro de la cuna, y el Director de excavaciones, que tiene ya gran práctica en la materia, nos dice palideciendo:

—La cuna *estaba ocupada:* aquí veo huellas de substancias *animales*.

Pero hacemos mal en horrorizarnos. ¡Aunque este niño no hubiese perecido al empezar su existencia; aunque hubiese vivido cien años, ya habría muerto hace muchos siglos!

.....

El sol se va á ocultar.—Es la hora de atravesar toda la parte de *Pompeya* que permanece bajo las cenizas, y de dirigirnos al *Anfiteatro*.

Esta colosal ruína se encuentra en un extremo de la Ciudad, muy lejos de las calles descubiertas hasta ahora....—Y aquí diré que las excavaciones se redujeron en un principio á demarcar al área de *Pompeya*, siguiendo la amplísima elipse de sus murallas; que, por consiguiente, se desenterraron todas sus Puertas y se fijaron los límites de la población; que el *Anfiteatro*, por ser tan corpulento apareció entonces y fué exhumado completamente; pero que después se le dejó allí, solo, en el confín oriental del inmenso cinerario, y se trasladaron los trabajos al confín opuesto, donde continúan....

Por esta razón, para llegar al Circo, tenemos que andar mucho rato sobre la parte de *Pompeya* que sigue inhumada; ¡es decir, sobre la parte que sigue oculta á la luz del sol y á las miradas de los hombres! —Creo, pues, cometer un sacrilegio al mover la planta por los senderos que cruzan este campo de dolor, y la

fijo en el suelo con timidez y blandura, como temiendo lastimar á los que debajo duermen....

¡Oh! Debajo de nosotros, en las entrañas de la tierra, á cuatro metros de profundidad de esta verde y apacible llanura, plantada de vides, hay calles, plazas, templos, estatuas, joyas, y tal vez millares de esqueletos humanos!—¡La muda tierra esconde todavía cuatro quintas partes de la ciudad difunta!....

.....

Hemos llegado al *Anfiteatro*, que se conserva íntegro, aunque con muchas gradas derruídas. Estas son treinta y tres, y desde la más alta se abarca un espectáculo verdaderamente sublime.

Ante todo, causa instintivo terror el recordar que los habitantes de *Pompeya* se encontraban reunidos aquí en el momento de la catástrofe, y no puede uno menos de mirar frecuentemente al *Vesubio* (cuya mole, demasiado próxima, cierra el horizonte hacia el Septentrión), para ver si se advierte alguna *novedad* en el humo que lo corona....—Es decir, que aquí no acontece lo que en el *Anfiteatro* romano....: aquí no se teme que los leones hayan perpetuado su raza en las cavernas subterráneas: ¡aquí se tiene á la vista un monstruo tan tremendo, tan cruel, tan incontrastable, que la idea de las bestias feroces no causa espanto á la imaginación!—Y esto sin contar con que se sabe que hasta los temidos reyes de las selvas fueron impotentes ante la furia del Volcán, según lo acreditaron ocho esqueletos de leones, hallados sobre esta arena cuando se levantaron las cenizas.

Desde lo alto de la gradería vemos la espaciosa elipse del *Anfiteatro;* después las viñas, ó sea el campo fúnebre que he descrito, y algunas excavaciones parciales verificadas en medio de él: en seguida los Muros y las Puertas que encerraban la extinguida población;

luego las Calles, las Casas, los Templos, el Foro...., toda la parte exhumada de la Ciudad. A la izquierda, álzanse el *Monte San Angelo* y el *Monte Cereto*, á cuya falda se apiña el arbolado en grandes masas obscuras, sobre las cuales se destacan como blancas palomas algunos pueblecillos: al fondo descubrimos la redondez del Golfo, azul y reluciente como un zafiro inmenso, y, en torno á las olas, las Ciudades que se miran en ellas:—*Castellamare* (con el Castillo en el mar, que le da nombre); *Sorrento*, ceñido de bosques y jardines, y la *Isla de Capri*, que parece una prolongación de la *Punta della Campanella*:—más allá, la lontananza del Mediterráneo, una atmósfera de oro y esmeralda, y un sol radiante que moja ya sus cabellos en las ondas, después de un espléndido día rico de música y de colores.... : y, si volvemos á mirar más cerca, vemos melancólicamente las prolongadas sombras de las columnas que se hierguen como fantasmas en la extensión de este despoblado; vemos blanquear despedazados mármoles esparcidos por doquiera, al modo de huesos sueltos de la Antigüedad insepulta; vemos, en fin, á nuestra derecha, al siniestro verdugo de tantas generaciones, al triunfador de Pompeya, al titán de fuego, que, cuando patea irritado, aniquila y sumerge las comarcas que lo cercan y hace retroceder lleno de susto al potente mar, cuyos límites, al parecer eternos, puede alterar en un instante....

.....

Se oculta el sol.—Salió esta mañana y se pone ahora, como ha salido y se ha puesto durante 1800 años, sin hallar á nadie en *Pompeya*....

¡Ah! ¡Cómo se van diez y ocho siglos! ¡cómo se van!—Si esta Ciudad hubiera seguido habitada todo ese tiempo, hoy no encerraría *más moradores* que antes de la erupción, sino *más cadáveres*....

Aquella misma generación que desapareció en un día, habría ido desapareciendo poco á poco, y tras ella las subsiguientes....—Así es que, en este momento de solemne tristeza, no se da cuenta el alma de si compadece á los que murieron con *Pompeya*, ó á los que en *Pompeya* hubieran nacido, á no desaparecer la Ciudad, y no llegaron á nacer para morir....

«*Año 79*» marcaba el reloj del tiempo la tarde aquella en que los pompeyanos, reunidos en este Circo, creyeron que había llegado el fin del mundo.—«*Año de 1861*», marca hoy el sol de un día de Enero, al despedirse hasta mañana de *Pompeya* sin habitantes.—¡Ah! ¿qué vale todo el poder; qué vale toda la furia destructora de un volcán, al lado de la vida de la Tierra, que rueda por los espacios, firme y segura en torno de su eje, regenerada todos los años por las caricias del sol, siempre hermosa, joven y fecunda, siempre ceñida de zonas bonancibles en que pueda renovarse la historia humana?

¿Ni qué vale la misma Tierra; qué vale la existencia de un astro más ó menos,—incandescente ayer, mañana helado,—producto del consorcio de una cantidad errante de materia cósmica, agrupada sobre un centro fortuíto por la misteriosa fuerza centrípeta, y destinado á romperse, á desaparecer, á aniquilarse en un tiempo dado....;—qué vale, digo, la vida de nuestro planeta, si se compara con la eterna máquina del Orbe, con la inmensidad de lo infinito, donde giran, mueren ó nacen continuamente millares de mundos, animados y dirigidos por la omnipotencia de Dios?

.....

Es de noche. La vida exterior ha desaparecido. Las tinieblas se han apoderado de cielo, tierra y mar....

Refugiémonos en lo profundo del alma, donde también reside lo Infinito.

VI.

EL VESUBIO.

19 de Enero.

Después de una noche inolvidable, cuya primera mitad he pasado contemplando á *Pompeya* á la luz de la luna, y la otra mitad soñando con la novela de Bulwer, con terremotos y con nuestra próxima subida al Volcán, amanece otro hermosísimo día, que parece la repetición del de ayer, y que está muy lejos de serlo, pues entre ambas salidas del sol hemos gastado veinticuatro horas de nuestra limitada vida, y esas veinticuatro horas no tornarán ya nunca ni para nosotros ni para nadie.

Conque hablemos de nuestra arriesgada expedición de hoy.—Los caballos nos esperan: las provisiones para el almuerzo que hemos de hacer al borde mismo del cráter, están ya preparadas: nosotros vamos armados de gruesos bastones con punta de hierro, á fin de asegurarnos en las ásperas cuestas de deleznable ceniza que tenemos que subir....—Podemos emprender la marcha.

Al principio, caminamos por antiguas *carreteras pompeyanas*, dando la vuelta á las murallas de la Ciudad y reparando en que las tales carreteras, embaldosadas de lava, están como alfombradas de una ceniza gorda y algo consistente.... En seguida nos dirigimos en línea recta al inflamado Monte, cuya cima se eleva 1,200 metros sobre el nivel del mar, y por cuyas faldas empezamos á subir á los pocos minutos de haber salido de *Pompeya*.

El terreno que vamos atravesando es todavía muy fértil, por más que el suelo tenga ya un aspecto mucho

más mineral que vegetal. De entre las piedras calcinadas, de entre las escorias de fundidos minerales, de entre las huellas de la lava, de entre la misma parda ceniza (que parece arena), brotan frondosísimas vides, cuyos largos sarmientos se enredan á mil especies de árboles frutales, cubiertos ya de flores, mientras que en el suelo se ven rastreras matas de altramuz y de otras plantas que no conozco.

Así caminamos media hora, siempre subiendo.—Al cabo de ella, alcanzamos un terreno estéril, en que se hunden los caballos....—¡Aquí no hay ya más que ceniza en las cuestas algo accesibles!

Cinco minutos después, se nos nubla el sol y sentimos que llueve sobre nosotros....—Pero el nublado consiste en que nos hallamos á la sombra del *humo*, el cual, después de levantarse á una altura inmensa, vuelve á caer en la dirección del viento, como ondulante pluma, y, en cuanto á la lluvia, habéis de saber que es de ceniza escapada de los pulmones del gigante....—Por lo demás, el horizonte sonríe en torno nuestro....—¡Sólo á nosotros nos domina el horror y nos cobija la sombra!

Ya empezamos á pisar fríos y parados torrentes de antigua lava, cuyas trenzadas ondas recuerdan la cabellera de Medusa.—Los caballos no pueden seguir.... La pendiente, que ya era insoportable, llega ahora á increíble número de grados.

Echamos, pues, pie á tierra y despedimos á uno de los Guías con las cabalgaduras.—¡Para descender, no necesitaremos auxilio! ¡Ya ensayamos en Suíza la manera de bajar cuestas empinadas...., é igual haremos hoy!....—¡Nieve ó ceniza, lo mismo es para el caso!—Ahora, para seguir subiendo (y son muy pocos los que suben por este lado), se emplean tres sistemas: 1.º, atarse á la cintura una cuerda, de la

cual tira un Guía, que sube de espaldas delante del viajero, mientras que otro le empuja por detrás; 2.°, sentarse en una parihuela y dejar todo el trabajo á los dos Guías, y 3.°, subir uno por su pie, como si fuera Guía y no viajero....

Nosotros adoptamos el último sistema, que, si bien más fatigoso que los otros dos, si bien penosísimo, si bien insufrible, es, en mi concepto, el más seguro, pues no va uno pendiente de la destreza ó de la buena voluntad de sus prójimos....

Pero (ya lo veis) semejante ascensión es irresistible.... Á cada paso tenemos que detenernos, faltos de respiración; y, si nos detenemos mucho, húndese la ceniza bajo nuestros pies y atrasamos lo adelantado....

Ya hemos dejado debajo de nosotros arroyos de lava líquida, cuyas espumosas escorias causan horror, y cuya marcha silenciosa y lenta sólo puede compararse á la del tiempo, que mata todo lo que toca....—Afortunadamente, fluye poca cantidad, y se enfriará y solidificará antes de llegar al pie del Monte.... Pero no por eso me arredra menos su actividad destructora.... ¡Mucho antes de llegar á una peña, la calcina: cuando la invade, la reduce á polvo!—Todo se funde y se aniquila en torno de ella.... ¡Formidable lengua del Dragón horrible, no puede lamer sin matar!

La parte sólida del *Vesubio*, el verdadero Monte, concluye en esta región por donde se desborda la lava en negros chorros, que por la noche son rojizos....—El tercio de cuesta que nos falta ahora se llama el *Cono de cenizas*, y es una mole blanquecina de ochocientos metros de altura, formada por las pavesas que arroja el cráter, las cuales suben á cierta elevación y vuelven á caer sobre la montaña.—La mayor parte de este depósito de ceniza se acumuló el mismo día que desapareció *Pompeya*.

No bien ascendemos algo por el *cono*, empezamos á sentir mucho calor bajo los pies, aunque los llevamos reciamente calzados; y, cuando nos es forzoso poner la mano sobre la ceniza para no caer, tenemos qun retirarla al punto....

Más adelante, notamos que de los hoyos que abrimos con los bastones cada vez que los clavamos para descansar, sale un humo negro y pestilente....

Entre tanto, la lluvia de ceniza arrecia sobre nosotros....—¡Nos acercamos á la cima!—El Monte empieza á estremecerse, con un ligero temblor semejante al de un buque de hélice en una mar serena....—Un trueno sordo, continuo, profundo, retumba ya debajo de nosotros...., y ora crece, ora se debilita, pero siempre muge...., siempre amenaza....—El olor á gas, á azufre, á brea, á infierno...., es cada vez mayor....—La ceniza grieteada, incandescente, deja, en fin, escapar un leve humo casi blanco, que, apenas se ha levantado algunos pies en la atmósfera, vuelve á bajar y á meterse, como atraído por una aspiración subterránea, en la misma ceniza de donde salió.... ¡Por señas que estos vapores fugitivos, fatuos, traviesos, me parecen espíritus irónicos, duendes, diablillos, que salen del Averno á recibirnos, á vernos llegar, á engañarnos, y que regresan á su antro, á decirle á su Rey *que ya estamos aquí*, ó creyendo, en su malicia, que trataremos de pillarlos y nos precipitaremos tras ellos en el abismo!....

¡Un paso más!.... ¡Un último esfuerzo!....

¡Hemos llegado!—¡Estamos sobre la cumbre del Volcán!

Séame permitido un arranque de orgullo....—¡Piso la cúspide de la Pirámide de fuego!.... ¡Huello la frente del Verdugo de Pompeya!

El humo me envuelve en los primeros instantes.... —Luego se desvanece la nube, y me permite, durante algunos minutos, ver lo que me rodea....

En redor mío se dilata una escabrosa planicie redonda, como de cien metros de diámetro, cubierta de ceniza obscura y de escorias y rebabas.... Las escabrosidades de esta meseta son masas de espuma de betunes hirvientes, cuyo feísimo aspecto, porosidad esponjosa y estremecimientos continuos causan horror.... Y, á pocos pasos, levántanse ligeramente los bordes del Cráter...., al cual voy á asomarme....

El terreno que piso para acercarme á él, parece hueco; ¡debajo de mis pies tiembla y brama el incansable monstruo!....

El estruendo es cada vez más terrible....—Respiro un aire mefítico, abrasado, infernal.... —Pero no retrocedo....

De diez en diez minutos lanza el Volcán un espantoso rugido. De su ancha boca sale una inmensa columna de humo, y, cerca de ella, brotan asimismo, de las hendiduras de la ceniza, mil y mil humos más ligeros. Esta nube, que veo levantarse entre mis pies y en torno mío cuando el Cráter *respira*, flota algunos segundos sobre la montaña, sumergiéndome en tenebrosa noche: después *aspira* el Cráter, y todos los humos parciales corren á sepultarse en él, absorbidos por sus formidables pulmones....

Llego al borde de la sima....—Para ello me arrastro boca abajo por la ceniza abrasada...., mientras que el Guía me retiene por los pies, temeroso de que pierda el sentido, de que me asfixien los vapores, ó de que avance demasiado y apoye las manos en un punto deleznable....

De esta manera descubro la boca del pavoroso abismo.... — Es una especie de pozo, de seis varas de

diámetro, circular, cuyas paredes, revestidas de azufre, presentan largas grietas....

Adelanto más la cabeza.... Miro á lo hondo....

Al principio, un humo denso no me deja ver nada....—Luego distingo llamas rojizas y azules, que iluminan un sumidero negro, profundísimo....—¡Parece que allí borbota y hierve inmensa caldera llena de plomo derretido!

Los gases me ahogan.... El aliento del dragón me abrasa.... —En esto retumba un espantoso trueno.... El brocal de ceniza en que me apoyo, tiembla como el agua movida por el huracán.... ¡La lava sube!....—¡Oh, sí! ¡La llama asciende entre torbellinos de humo! ¡Va á *respirar* el Cráter!....—¡Retrocedamos!

Apenas me aparto y me cubro con las manos el rostro, el aliento sofocante del Volcán pasa sobre mi cabeza!.... —¡Qué horror!.... Palpita la tierra; arde el aire; el cielo se ennegrece; la respiración me falta....—¡Esto es morir!

Pero cede el acceso; desaparece el humo, quedando reducido á una espesa columna que se levanta gallarda en el espacio, y vuelve la luz, y brilla el cielo, y el mar reverbera otra vez en lontananza....

Dentro de diez minutos se repetirá el mismo fenómeno....—¡Y así continuamente!

¡Oh! No reiteraré la dolorosa prueba á que acabo de someter mis fuerzas, por satisfacer una curiosidad que sólo ha conseguido avivarse.... —¡Descender á ese abismo!.... ¡He aquí lo que ahora se atreve á codiciar el alma!

Y es que ese abismo atrae.... —Colgado sobre él, he creído estar asomado al corazón humano, viendo la cuna de las pasiones, la raíz de los sentimientos, los estragos de la desventura....

«¡ Aquí la turbación, aquí el gemido,
aquí la guerra, aquí los hondos males
tienen reinado eterno !....»

murmuraba yo, recordando unos versos de Carolina Coronado.

—¡Aquí (decíame luego) se ven las entrañas del Planeta! ¡De aquí brotan metales y betunes, piedras y gases, revueltos y confundidos, como van mezclados en la sangre todos los elementos de nuestra vida! ¡La perpetua fecundidad del mundo exterior; la reproducción incesante de los seres; los siempre vistosos colores de la primavera; la rica savia que se torna en frutos; la sal incorruptible, protectora de cuanto nace; el calor vital y la fuerza progresiva de la terrenal materia; todo eso proviene de este movimiento oculto, de este fuego activo, de esta agitación constante que reside en el corazón del globo. — ¡Los latidos de ese corazón yo los siento ahora, y esta palpitación intermitente no es más que el sístole y diástole cuyo pausado ritmo señala los instantes de la vida de la Tierra!

Tales han sido mis reflexiones durante esos diez minutos, cuando el horror y el miedo daban treguas á mi fantasía.—Por lo demás, y si hubiera de obedecer á los impulsos instintivos de la naturaleza (lo declaro francamente), ni un solo momento permanecería aquí, después que me he asomado al fondo del Cráter!.... Pero, como es probable que jamás vuelva á subir á este Monte, y sé que no todos los días, ni mucho menos, se dan casos de que el Volcán devore á los que lo visitan, me decido á pasar algunas horas en su infierno, bien que invocando antes mi buena estrella y jurarle que, si libro hoy con vida, lo cual es bastante fácil, mañana pondré el rumbo hacia la madre Patria, — donde, por la misericordia de Dios, no hay volcanes á la presente.

Conque almorcemos.

El Guía nos conduce á un paraje de esta cima, algo separado del Cráter, donde la ceniza es más blanca y gorda que en parte alguna.—Este lugar se llama *la Cocina del Diablo*, pues los señores viajeros ingleses han introducido la costumbre de asar aquí huevos en la incandescente ceniza; para lo cual basta dejarlos un momento sobre ella....

Nosotros hacemos lo que los ingleses; y, con esto y queso de Parma, vino de Yschia y pan (que son todas nuestras provisiones), almorzamos alegremente.... aunque *no sentados*;—pues ya supondréis que nuestro objeto no es asarnos á nosotros mismos....

En seguida subimos á la parte superior de esta cumbre, y nos solazamos con el panorama más grandioso que puede imaginar la poesía....—El Volcán humeante, los valles cubiertos de lava, la *Somma* (pequeña cordillera de betunes y cenizas, separada del *Vesubio* el día de la destrucción de Pompeya), los pueblecillos que bordan el pie de este monte, Nápoles...., el mar...., las Islas, las llanuras de la Campania, infinidad de blancas Ciudades esparcidas entre verdes paisajes, las montañas azules, la inmensidad de un purísimo horizonte....; todo esto constituye un espectáculo arrebatador.—¡Ah! ¡Nunca me ha parecido tan bella Italia como en el instante de emprender mi regreso hacia los Alpes y comenzar las despedidas!....

Á las tres de la tarde, á la hora apocalíptica, echamos á andar.... Cruzamos, pues, todo el Monte en dirección contraria á la que hemos traído, y nos asomamos al gran valle de lavas que va á morir cerca de *Herculano*....

La bajada sólo es posible de una manera.... Ya sabéis como....—Nos tendemos casi enteramente sobre la ladera de la montaña; nos apoyamos en los basto-

nes ferrados ; clavamos los talones en la ceniza, y nos dejamos ir con toda velocidad....

Cinco minutos después nos hallamos á media legua del Cráter y mil metros por debajo de la cumbre del *Vesubio*.—¡Estamos en salvo!

VII.

HERCULANO.

Antes de continuar nuestra bajada, nos dirigimos á la célebre *Ermita de San Salvador*, donde se bebe (y bebemos) el mejor y más legítimo *Lacryma Christi* de la comarca....—¡Con él brindamos una vez y otra, y damos el más tierno adiós á las regiones meridionales de Italia!—Y dispensad la frecuencia de estas libaciones de última hora.... ¡Empiezo á sentir nostalgia, ó sea *murria*, como decíamos antiguamente.—¡España me llama con grandes voces!

Desde la *Ermita* y *Bodega de San Salvador* volvemos á precipitarnos, aunque ya por pendientes más suaves, hasta llegar á *Resina*, que no es más que la antigua *Retina*, Puerto de la Ciudad de *Herculano*, cuyas ruínas nos apresuramos á visitar....

La catástrofe de *Herculano* fué diferente de la de Pompeya, aunque también ocurrió en la erupción del 79.—Un lodo volcánico, duro hoy como el granito, la inundó enteramente, y sobre él vinieron más adelante diversas corrientes de lava, hasta formar encima de la Ciudad una compacta mole de *treinta y cuatro metros* de espesor!....

Herculano permaneció también desconocido y olvidado durante diez y seis siglos y medio, hasta que en 1711, Manuel de Lorena, Príncipe d'Elbeuf, habiendo sabido que un panadero de *Resina*, al abrir un pozo en

busca de agua, había encontrado muchos y muy buenos mármoles labrados, mandó hacer grandes excavaciones en aquel lugar, y halló el famoso *Teatro* de Herculano.—Después se han descubierto algunas calles, una *Basílica* y dos ó tres *Villas* llenas de magníficas *Estatuas* y de *papyrus*; pero, como las excavaciones se han tenido que hacer por medio de pozos y de galerías subterráneas, á causa de la gran profundidad á que se halla la abrasada Ciudad y de la dureza de la materia que la obstruye, se han vuelto á tapar casi todos los lugares explorados, á petición de las ciudades que se levantan hoy sobre ella.

En *Herculano* se han encontrado muchas de las mejores Esculturas que adornan hoy el *Museo Borbónico* de Nápoles. — Fuera de tal interés y del de los *papyrus*, muy escaso es el que han ofrecido estas ruínas, después del descubrimiento de las de Pompeya....—La circunstancia de tener que visitar á *Herculano* á la luz de antorchas y por pasadizos abiertos *ad hoc* entre tal y cuál escalera, despoja á los resucitados objetos del carácter póstumo (indefinible conjunto de vida y muerte) que ostentan en la otra gran Ciudad suprimida por el Vesubio, hoy alumbrada segunda vez por las inextinguibles luces de la Naturaleza....

EPÍLOGO

DE NÁPOLES Á MADRID

NÁPOLES 22 de Enero de 1861.



ON las cinco de la tarde.—Dentro de unos minutos me habré embarcado con rumbo á ESPAÑA.

En *Civita-Vecchia*, *Liorna* y *Génova* haré rapidísima escala; después tomaré el camino de tierra por el *Mont-Cenis*, *París* y *Bayona*, y, si Dios no lo remedia, pasaré el Carnaval en Madrid.

En el momento de dejar á *Nápoles* (donde he permanecido otros tres inolvidables días, después de nuestra excursión al Vesubio), recibo la noticia de que la Escuadra Francesa se marchó anteayer (dejando libre el mar á los buques sardos) y de que *Gaeta* se halla en vías de rendirse.... — ¡Ha terminado, pues, el antiguo *Reino de las Dos Sicilias!*

Pero el vapor *Carmel* nos espera.... — ¡Partamos! —Y, al partir, demos otro adiós del alma á esta región encantadora....—¡Ver á Nápoles y morir!....—¡No!—«*¡Ver á Nápoles y volver!*»—He aquí lo que yo exclamo al separarme de su costa.

Á bordo del *Carmel*, 22 de Enero.

Al obscurecer pasamos delante de *Gaeta*.

Truena el cañón....—Es el estertor de agonía de la vieja Italia....

¡Salud á la Italia nueva, que se levanta del sepulcro!—Pero ¡honor también al último Campeón de la historia! ¡Honor asimismo á la Heroína de *Gaeta*, á la hermosa Reina destronada!

Á bordo del *Carmel*, 23 de Enero.

Hemos navegado toda la noche, y nos amanece delante de *Civita-Vecchia*.

La Escuadra Española se halla fondeada en el Puerto.—Acaba de llegar de Gaeta....—¡Cómo alegra mi alma la bandera roja y amarilla!

Aquí me separo de Dióscoro Puebla, á quien acompaño hasta el muelle.—Él salta á tierra y se dirige al Ferrocarril, á fin de llegar esta noche á *Roma*....—Yo regreso al Vapor, donde me paso el día viendo á lo lejos las melancólicas llanuras del Estado del Papa y evocando mis recientes memorias de la Ciudad Eterna.

.....

Á las cuatro de la tarde levamos anclas con rumbo á *Liorna*.

Hace un tiempo hermosísimo: el horizonte, azul y despejado, se pierde de vista hacia poniente: el sol, al ocultarse, nos deja ver la erizada silueta de la *Isla de Córcega*, por delante de la cual pasamos á muchas leguas de distancia.

El Capitán del Vapor me señala una Isla pequeña que se ve más acá, á unas tres leguas de nuestro derrotero....—Es la *Isla de Monte-Cristo*...., con la cual tanto soñé cuando muchacho.

Á la noche se toma el te y se baila sobre cubierta, á la luz de la luna, que esclarece los cielos y el mar en toda la plenitud de su hermosura.

Yo mido con la vista la triple estela rutilante que la quilla y las ruedas del Vapor dejan en pos de sí, y la descuento de la distancia que me separa de algunos seres queridos, y fluctúo entre la pena de dejar á Italia y la alegría de acercarme al suelo que me vió nacer.

Las hermosas y elegantes pasajeras se han cansado de bailar, y descienden á sus camarotes, acompañadas de sus amantes, de sus maridos ó de sus padres.

El Capitán y el Timonel cruzan algunas señales ó se dirigen algunas palabras técnicas de un extremo á otro del buque....

Á las doce de la noche distingo tierra á derecha é izquierda, y más de un faro que nos avisa los riesgos posibles....

Pasamos entre *Piombino* y la *Isla de Elba*.

Á bordo del *Carmel*, 24 de Enero.

Al ser de día estamos en *Liorna*.

Reconozco el puerto á que arribé hace cerca de dos meses, cuando aún no había visto á Florencia, Roma y Nápoles.—Mis deseos y esperanzas de entonces se han trocado en plácidos recuerdos....

Tampoco salto aquí en tierra, y eso que *Liorna* está de gala, llena de colgaduras y flores y atronada por músicas militares.—Hoy deben de llegar á ella los Príncipes Humberto y Amadeo de Saboya, hijos del Rey Víctor Manuel, con dirección á Florencia, donde pasarán el Carnaval.

En efecto: á eso de las diez entra en el puerto una Fragata de guerra, que fondea al lado del *Carmel*....

Toda la Toscana sale á recibir á los hijos del Rey *Galantuomo*.

El Príncipe Humberto, el heredero de la corona, es un corpulento mancebo, sumamente grave, á pesar de que sólo cuenta diez y siete años.

¿Quién puede leer en el porvenir de ese príncipe? ¿Recibirá la corona de toda Italia de manos de un Papa? ¿Será sólo Rey del Piamonte? ¿Heredará siquiera el derecho de vivir al pie de los Alpes?

.....

Son las siete de la noche.—Salimos para *Génova*.

GÉNOVA 25 de Enero.

Al amanecer, avistamos la famosa *Città di Maria Santissima*.

Al desembarcar, encuentro á Caballero y á Jussuf, que me aguardan con las maletas hechas y dispuestos á acompañarme á España....

Á las diez de la mañana salimos juntos para *Turín*.

Dos horas después.

En Génova era ya primavera; pero, al pasar los grandes túneles del Apenino, nos encontramos con una espantosa nevada que cubre todo el Piamonte.

¡La verdad es que estamos en Enero!—¡Adiós, pues, á las encantadas regiones del Mediodía, y salud á estos nuestros antiguos amigos los Alpes, que se nos presentan de nuevo con su perpetua vestidura de nieve!

TURÍN 4 de Febrero.

He pasado diez días más en esta Ciudad, cuando sólo pensaba detenerme en ella algunas horas.

¡Decididamente, *Turín* ha sido la Capua de mi expedición á Italia! Tres veces he penetrado por sus puertas, y las tres veces me he quedado allí como adormecido, *disfrutando* días y días de sus diez y ocho grados bajo cero.

Durante esta mi última estancia en la capital del Piamonte, he asistido al estreno de una ópera nueva de Verdi *(Un ballo in maschera)*, y he oído cantar la *Norma* á la justamente célebre Carolina Titien.

Al mismo tiempo he visto en el *Teatro Reggio* al Rey Víctor Manuel y al historiador César Cantú.

5 de Febrero.

Partí, al cabo, y heme aquí en trineo, atravesando á media noche las heladas cumbres del *Mont-Cenis*, cubiertas de sempiternas nieves.

Ya no pararemos hasta Madrid, donde nos proponemos vestirnos de máscara este Carnaval....—¡Y cuenta que el Carnaval es dentro de cinco días!

¡Nada más grandioso que la vista de los Alpes, á las doce de la noche, en pleno invierno, cubiertos de su blanco sudario y alumbrados por la luna!

Cuando vuelva á Italia, haré la descripción de este cuadro.

Ahora no pienso ya más que en llegar á España.

PARÍS 6 de Febrero.

Son las cinco de una mañana que no amanecerá hasta dentro de dos horas y media....

Las anchurosas calles de la gran Ciudad están completamente solas y mudas....—*París* duerme.

Nosotros lo atravesamos de un extremo á otro, y nos ponemos en franquía para seguir nuestro viaje á España.

Burdeos 8 de Febrero.

¡Excelentes ostras y excelente vino!....

Pero el *pito* del tren sólo nos deja ya tiempo para pagar nuestro gasto de *dos* días....

Porque aquí hemos perdido uno....

Irun, á la una de la madrugada del 9 de Febrero.

Hace una hora que pasé la frontera y pisé tierra de España....

¡España!....—No ofenderé mi patriotismo, definiendo la santa alegría con que pronuncio este nombre, con que oigo hablar castellano en torno mío, con que respiro el aire de la patria....

Adivínelo quien me leyere....

Lunes 11 de Febrero.

Esta mañana llegué á *Madrid*.

Y, como era día de Carnaval, me vestí de máscara y me fuí al Prado, á embromar á personas que amo mucho....

Ni una sola me ha conocido; y, en castigo de ello, ó sea para que sigan *no conociéndome*, me abstengo de decirles aquí mi opinión acerca del gran problema suscitado por la *Unidad italiana*.

«*La elocuencia es plata; pero el silencio es oro*»,—dicen los orientales.... Y, hablando en plata, no sé qué decir de la *cuestión de Roma*.

FIN DEL SEGUNDO Y ÚLTIMO TOMO.

ÍNDICE DEL TOMO II

LIBRO SEXTO

LAS LEGACIONES

Páginas.

I.—Un día en Padua.—San Antonio.—La antigua frontera pontificia..... 5

II.—Una tarde en Ferrara.—El Castello.—Recuerdos de Lucrecia Borgia.—Parisina.—El Tasso..... 20

III.—El amanecer en Ferrara.—Viaje á Bolonia.—Las torres inclinadas.—Paseos por la ciudad.—La Academia de Bellas Artes. 32

LIBRO SÉPTIMO

MÓDENA Y PARMA

I.—Módena.—El Albergo de San Marcos.—Un poco de historia.—El Teatro Ducal, ahora Real.—Recuerdos de Lilliput.—El actor Rossi.—Un paseo por la ex-corte.—Palacio del ex-Duque.—La vía Emiliana..... 53

II.—De Módena á Parma.—Los Farnesio.—Recuerdos de España.—Correggio.—Un teatro antiguo y otro moderno..... 69

LIBRO OCTAVO

GÉNOVA

I.—Entreacto.—El autor hace novillos y se vuelve á Turín.—Visita al conde de Cavour.—Teatros.—Viaje á Génova.—Un Ferrocarril en los Apeninos..... 81

II.—Vista de Génova.—Recuerdos históricos.—Cristóbal Colón.—Paseos por la ciudad.—Los garibaldinos.—Una manifestación pacífica.—Me embarco para la Toscana..... 87

LIBRO NOVENO

LA TOSCANA

I.—Liorna.—De Liorna á Pisa..... 101
II.—Pisa..... 106
III.—Luca..... 120
IV.—De Luca á Florencia.—Florencia á lo lejos.—Recuerdos históricos.—Primer paseo por la ciudad..... 123
V.—Siete días en Florencia.—Iglesias.—Pitti y Uffizi.—La Venus de Médicis.—Rafael.—Le Cascine.—El perro de Florencia.—Costumbres.—Teatros.—Salimos para Roma..... 137
VI.—Un matrimonio feliz.—Siena, última ciudad del mundo.—La Malaria.—Miedo á los bandidos.—La frontera de los Estados actuales del Papa.—Llegamos á Viterbo..... 161

LIBRO DÉCIMO

ROMA

I.—La campiña de Roma.—Roma á lo lejos.—Entrada en la Ciudad Eterna..... 183
II.—Primeras impresiones.—Roma en el «siglo»..... 189
III.—El Coliseo á la luz de la luna..... 200
IV.—La Basílica de San Pedro..... 215
V.—La celda donde murió el Tasso.—La fuente Paulina.—El Trastevere.—El Pantheón.—El Pincio.—La aristocracia seglar de Roma.—Puesta del sol.—Tertulia española..... 231
VI.—La Noche-Buena en Roma..... 243
VII.—El Papa de pontifical..... 252
VIII.—Los teatros de hoy.—Las Catacumbas de San Sebastián.—Excursiones á Tívoli, Frascati y Albano.—Iglesias y Palacios.—El Papa en la calle.—Fin del año..... 260
IX.—Visita al Papa..... 281
X.—El Vaticano.—Maravillas de arte de la Antigüedad y del Renacimiento..... 293

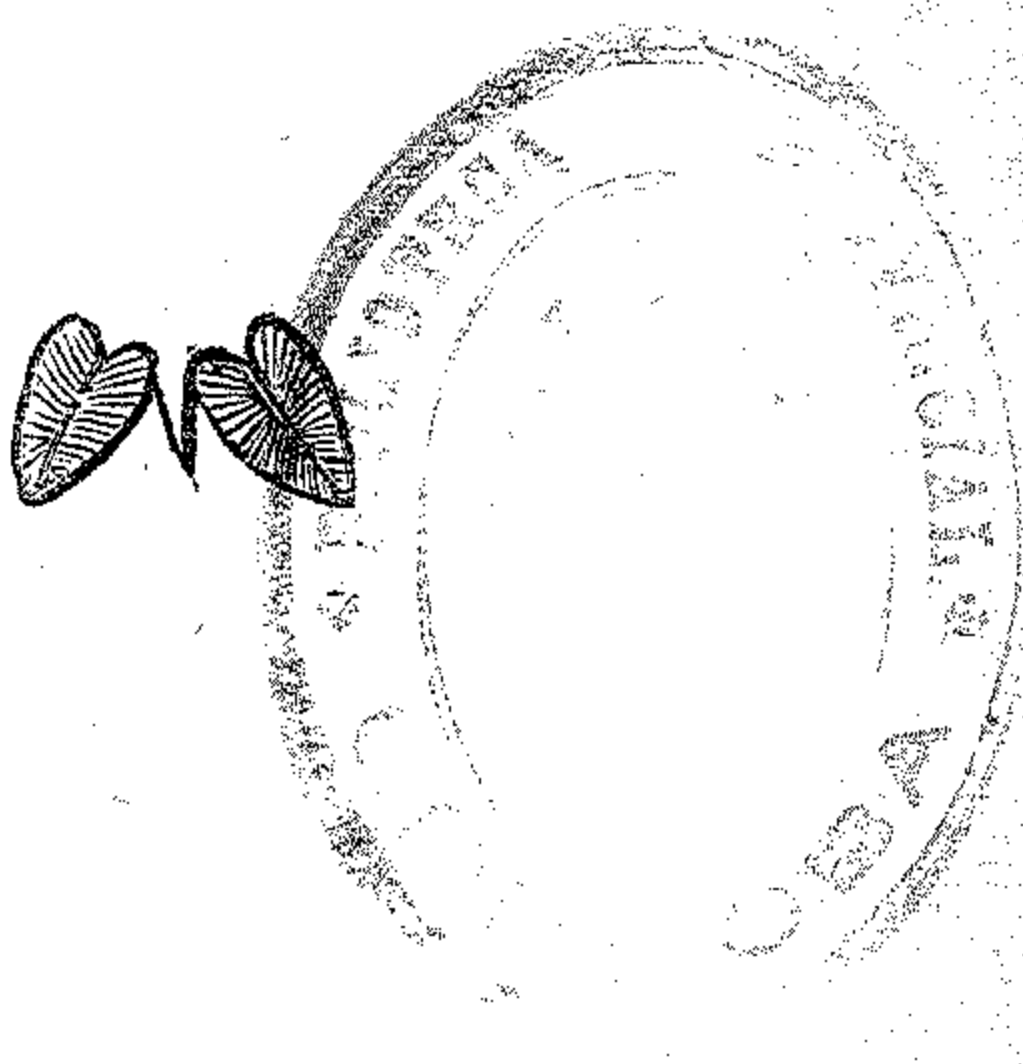
LIBRO UNDÉCIMO

NÁPOLES

I.—De Roma á la frontera napolitana.—Terracina.—Gaeta.—Obstáculo imprevisto..... 307
II.—Civita-Vecchia.—Dos ajusticiados.—El archipiélago Partenópeo.—El Vesubio á lo lejos.—¡Nápoles!..... 315
III.—La vida en Nápoles.—Los Lazzaroni.—Il Carricolo.—Pozzuoli.—Los reinos de Plutón.—Puesta de sol.—Una *trattoria*.—El teatro de San Carlos..... 322
IV.—La destrucción de Pompeya.—El museo Borbónico..... 336
V.—Un día en Pompeya..... 345
VI.—El Vesubio..... 358
VII.—Herculano..... 366

EPÍLOGO.

De Nápoles á Madrid..... 369



COLECCIÓN

DE

ESCRITORES CASTELLANOS

OBRAS PUBLICADAS.

NOVELAS CORTAS de D. P. A. de Alarcón.—1.ª serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.ª serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.ª serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, por el mismo.—Un tomo 3 pesetas.

COSAS QUE FUERON, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA ALPUJARRA, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.

VIAJES POR ESPAÑA, del mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL CAPITÁN VENENO.—HISTORIA DE MIS LIBROS, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

POESÍAS SERIAS Y HUMORÍSTICAS, seguidas de EL HIJO PRÓDIGO, drama, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

DE MADRID Á NÁPOLES, por el mismo.—Dos tomos, á 4 pesetas cada uno.

(De todas estas obras del Sr. Alarcón hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas tomo.)

ROMANCERO ESPIRITUAL del M. Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—7 tomos: el 1.º, con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con retrato del Autor.—Sólo hay ejemplares de 6, 10, 25 y 30 pesetas.

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo, con retrato del Autor, 4 pesetas.

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, *biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras*, por D. A. Cánovas del Castillo.—Dos tomos, 8 pesetas.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por Menéndez y Pelayo.—Los cuatro primeros volúmenes, 17 pesetas.

ESCENAS ANDALUZAS, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario). —Un tomo, 4 pesetas.

DERECHO INTERNACIONAL, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.

VOCES DEL ALMA, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 ptas.

PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con retrato del Autor, 10 ptas.

ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS, por D. Manuel Cañete.—Primer tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.

CALDERÓN Y SU TEATRO, tercera edición, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.

ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN, por D. Vicente de la Fuente.—Los dos primeros tomos, 8 pesetas.

ESTUDIOS GRAMATICALES, por D. Marco Fidel Suárez.—Un tomo, 5 pesetas.

POESÍAS de D. José Eusebio Caro.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.

DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL, por D. Serafín Estébanez Calderón.—Dos tomos, 8 pesetas.

HORACIO EN ESPAÑA.—*Solaces bibliográficos*, por don Marcelino Menéndez y Pelayo.—Dos tomos, 10 pesetas.

TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI, por D. Manuel Cañete.—Primer tomo, 4 pesetas.

LAS RUÍNAS DE POBLET, por D. Víctor Balaguer.—Un tomo, 4 pesetas.

LEYENDAS MORISCAS, publicadas por F. Guillén Robles.—Primer tomo, 4 pesetas.

HISTORIA DE LA LITERATURA Y DEL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA, por A. F. Schack.—Tomo 1, 5 pts.

CANCIONERO DE GÓMEZ MANRIQUE.—Dos tomos, 8 pesetas.

POESÍAS, CANTARES Y LEYENDAS, por D. Mariano Catalina.—Un tomo, 5 pesetas.

ESTUDIOS SOBRE VESTUARIO, EQUIPO Y ARMAMENTO DEL EJÉRCITO, por D. Nazario de Calonje, con láminas, 3 pesetas.

DE D. SEVERO CATALINA.

LA MUJER.—Un tomo, 4 pesetas.

ROMA.—Tres tomos, 12 pesetas.

LA VERDAD DEL PROGRESO.—Un tomo, 4 pesetas.

VIAJE DE SS. MM. Á PORTUGAL.—*La Rosa de oro.*—Discurso académico.—Un tomo, 4 pesetas.

EDICIONES PEQUEÑAS DE LUJO.

LA PERFECTA CASADA, por Fr. Luís de León, con retrato del Autor.—Un tomo, 2 pesetas, encuadernado.

ROMANCERO MORISCO.—Un tomo con grabados y encuadernado en vitela, 6 pesetas.

CERVANTES.—*Rinconete y Cortadillo.—El Celoso Extremeño.—El Casamiento engañoso y el Coloquio de los Perros.* Un volumen con grabados en el texto, retrato del Autor y encuadernación en vitela, 6 pesetas.

LA MUJER, por D. Severo Catalina.—Un tomo con grabados, 5 pesetas.

Ejemplares encuadernados de lujo para regalo, á diferentes precios.

(*Los pedidos á la librería de Murillo, calle de Alcalá, 7.*)

EN PRENSA.

HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. Marcelino Menéndez y Pelayo: tomo III (2.º volumen).

CANCIONES, POEMAS Y ROMANCES, por D. Juan Valera.

LEYENDAS MORISCAS, publicadas por E. Guillén Robles: tomo II.

HISTORIA DE LA LITERATURA Y DEL ARTE DRAMÁTICO EN ESPAÑA, por A. F. Schack: tomo II.

EN PREPARACIÓN.

MÁS VIAJES POR ESPAÑA, de D. P. A. de Alarcon.

ESTUDIOS LITERARIOS, por D. Pedro José Pidal.

ESTUDIOS HISTÓRICOS, por D. Aureliano Fernández-Guerra.

OBRAS de D. Juan Eugenio Hartzenbusch.

HISTORIA DE CARLOS V, por Pedro Mexía (inédita).

NOVELAS ESCOGIDAS, de Salas Barbadillo.

OBRAS ESCOGIDAS, del P. Martín de Roa.

Los ejemplares especiales son:

150 en papel agarbanzado grueso.....	á 6	pesetas.
100 en papel de hilo español, números 1 á 100	á 10	id.
25 en papel China, números I á XXV.....	á 30	id.
25 en papel Japón, números XXVI á L....	á 35	id.

Todos los ejemplares numerados llevan dobles pruebas de los retratos grabados al agua fuerte por Maura.

MÁS OBRAS

DE

D. PEDRO A. DE ALARCON

EN OTRAS EDICIONES.

DIARIO DE UN TESTIGO DE LA GUERRA DE ÁFRICA.—Tres tomos, á 3 pesetas cada uno.

DE MADRID Á NÁPOLES.—Un tomo en 4.º, de lujo, de cerca de 600 páginas, con 24 magníficas láminas, 7 pesetas.

